GUILLERMO FERNÁNDEZ STEVENSON

LA HISTORIA DESCONOCIDA DE JAIME GUZMÁN



GUILLERMO FERNÁNDEZ STEVENSON

LA HISTORIA DESCONOCIDA DE JAIME GUZMÁN



LA HISTORIA DESCONOCIDA DE JAIME GUZMÁN

Autor: Guillermo Fernández Stevenson

Editorial Conservadora S.p.A.

Badajoz 100, of. 523

Las Condes, Santiago, Chile

www.editorialconservadora.cl

Edición: Henry Boys Loeb y Benjamín Cofré Lagos

Asistencia Editorial: Carlos Sánchez Farías

Diseño: Carlos Merino Vial

Inscripción N° 2020-A-3494

Nº de Registro Propiedad Intelectual 2022-A-2946

ISBN 978-956-6172

ISBN digital: 978-956-6172-03-1

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

GUILLERMO FERNÁNDEZ STEVENSON

LA HISTORIA DESCONOCIDA DE JAIME GUZMÁN

EDITORIAL CONSERVADORA®

ÍNDICE

Agradecemos a la Fundación Carlos de Foucauld por su invaluable apoyo, el cual hizo posible la publicación de este libro.

fcf

ediciones

También agradecemos a la Fundación Jaime Guzmán por el material gráfico compartido.

FJG

FUNDACIÓN JAIME GUZMÁN

PRESENTACIÓN

El libro que tenemos el honor de re-editar constituye un novedoso aporte a la construcción biográfica de Jaime Guzmán Errázuriz. Narrado desde una perspectiva subjetiva y muy personal, aborda aspectos desconocidos de su vida y de su particular visión del mundo. En tiempos de incertidumbre jurídica y política en Chile, esta obra representa un bálsamo histórico que, sin duda, ayudará a ponderar de mejor manera el pasado reciente de nuestro país y a valorar la obra del Gobierno Militar, más allá de las caricaturas desproporcionadas y con escaso fundamento que se han difundido sistemáticamente en medios de comunicación y aulas de clase desde 1990 a la fecha. La lectura de este libro es de carácter obligatorio si se quiere reivindicar el valor de nuestras instituciones y la figura de los ciudadanos que, desde diferentes sectores políticos, hicieron posible el Chile exitoso y en vías de desarrollo que estamos poniendo en riesgo mediante un proceso constituyente de carácter refundacional que amenaza con destruirlo todo, incluidos los innumerables logros, méritos y aciertos de quienes nos han precedido.

Para enfrentar la revolución en curso hace falta un prócer contra-revolucionario. Quién sabe si Jaime Guzmán logra aplacar, en la pluma de Guillermo Fernández, la segunda revolución marxista de su historia; esta vez de manera póstuma.

Henry Boys Loeb, abogado

Benjamín Cofré Lagos, historiador

Editores

PRÓLOGO

En el momento en que se debate sobre una nueva constitución, es reeditada la biografía de Guillermo Fernández Stevenson sobre Jaime Guzmán Errázuriz. El tiempo precedente, particularmente desde 2019, ha hecho reaparecer una enconada crítica sobre la Constitución de 1980, la más modificada de la historia nacional, tanto, que llevó la firma de un presidente militar y hoy de otro, socialista. A la vez que un sistemático ataque al que se estima su principal redactor, el biografiado.

Lo mismo cabe decir del Gobierno Militar, escarnecido sistemáticamente. El primer y tercer período presidencial posteriores a 1990 acentuaron su empeño de centrar la mirada en el tema de los derechos humanos –la grave falencia de ese gobierno–, para oscurecer por completo la obra político-constitucional, económica y social de aquel. Se encargaron informes sobre este tema con la idea de que solo revelar todo lo ocurrido, podría traer paz a los espíritus. Es evidente que, por el contrario, se atizó el odio evitando la plena aplicación de la amnistía a todos los actores, amnistías con las que se había puesto término históricamente en nuestro país a todos los quiebres institucionales. Quedó así en claro que había una intención de revancha y ninguna noción de las causas que lo habían provocado. Estos hechos son relevantes para entender cabalmente el libro que presentamos, que tiene al respecto capítulos que iluminan claramente el período de Chile en que se desarrolló el accionar del protagonista.

Sobre la figura sobresaliente de la política nacional que fue Jaime Guzmán Errázuriz, actor esencial de los años finales de la década de 1960, del gobierno de la Unidad Popular y del Militar, así como de la restauración de la democracia por la Constitución de 1980, escribe Guillermo Fernández Stevenson: Abogado por la Universidad de Concepción, ha ejercido la profesión y la docencia universitaria, es miembro de la Sociedad de Historia de Concepción y cursó el Magister en Historia en su alma máter. Intelectual atento al devenir, novelista y

poeta, es autor de obras históricas, ésta que prologamos, y “El extravío histórico chileno”, una fundada crítica al centralismo de nuestro país.[1]

El interés del autor por lo público lo llevó a involucrarse en ese accionar desde su juventud, y luego en el Movimiento Gremialista de su centenaria facultad, donde conoció al biografiado y trabó una cercana amistad con él. Fui testigo de esto por haber sido compañeros de facultad y ambos activos gremialistas. Fueron muchas las ocasiones en que Guillermo Fernández conversó y acompañó a Jaime Guzmán, en una época que éste viajaba a Concepción regularmente, o en Santiago, donde a su vez lo visitó. Su mirada captó matices de Guzmán que otros no percibían. Lo que se vierte en el texto, redactado en parte mientras cursaba el Magister mencionado y se le abrían perspectivas sobre aspectos esenciales de la política nacional.

No deja de ser relevante que, de la ya numerosa bibliografía sobre Jaime Guzmán, éste sea –en su versión original– el tercer libro publicado, en mayo de 2001,[2] siendo desconocido para gran parte de los aficionados a la historia, incluso para especialistas que han escrito sobre el personaje, por el hecho de haberse presentado solo en Concepción y de haber sido su difusión y crítica, escasa.

La obra a la que nos referimos tiene una particularidad propia: relata la vida de Guzmán, con un conocimiento profundo de sus características personales, psicológicas y humanas. Y las vincula a la historia política de Chile, desde su nacimiento hasta su asesinato, relatándonos desde su niñez hasta su último día, su pensamiento y actuar, de una forma tal que los hechos son mirados “desde” el biografiado. Es un libro escrito con un estilo atrayente, sustentado en hechos históricos, muchos olvidados, y que nos hace caminar junto a Jaime Guzmán, introduciéndonos en los sucesos en que participó.

Las figuras históricas tienen una historia familiar y un contexto. Este libro trata sobre un hombre que, como pocos, tiene en sus antecedentes familiares y en la

sólida formación allí recibida un hito imprescindible para comprenderlo cabalmente. Una persona tan envuelta en el presente y futuro de su patria, como lo fue, estaba también enraizado en un pasado de servicio, fe, austeridad y cultura. Su familia materna, con la que se crió, fue relevante en la política a partir del período republicano y en la historia de la Iglesia Católica Chilena, y los vínculos que a través de ella tuvo con destacados políticos desde la juventud fueron un aliciente a su interés en lo público.

Por otra parte, le correspondió vivir un momento histórico crucial, el más grave del período republicano de nuestro país en el siglo XX. En sus palabras: “nuestra generación llegó a la universidad en un momento que sobre ella golpeaba una marea de arrolladora fuerza destructiva que, pocos años más tarde, amenazaría el país entero. Era una utopía antinatural y desquiciadora que atacaba toda jerarquía, que fomentaba sistemáticamente el odio, y que impulsaba una revolución totalizante y totalitaria.”[3]

El libro que prologamos tiene el mérito de describir, con delicadeza, el contexto familiar de Jaime Guzmán. Y también en forma vívida y rigurosa el marco histórico de una democracia en decadencia desde mediados de la década de 1960, que llevó a la instauración del Gobierno Militar, al que el biografiado sirvió con talento en sus aspectos institucionalizadores y democratizadores, no sin dificultades y sinsabores.

El capítulo inicial nos habla del origen del gremialismo, base del actuar público del abogado. Lo plantea en un escenario en que la derecha, a partir de los años 1930 en opinión del autor, no tiene un proyecto de largo alcance, ya que la falta de una visión similar de la política llevó a los Partidos Liberal y Conservador a actuar juntos, pero sin programa común que estuviera vinculado a las aspiraciones del país y a las necesidades de los más pobres. Analiza Guillermo Fernández a la derecha y sus traumas, y señala con propiedad a los gobiernos de Carlos Ibáñez en 1952 y Jorge Alessandri en 1964, como paréntesis independientes con que la ciudadanía hizo frente a los desbordes de la politiquería y los riesgos crecientes de politización de las instituciones. Explica

cómo el gremialismo nació para impedir que movimientos neo marxistas, infiltrados en el catolicismo, se apoderaran de la Universidad Católica de Santiago y de la Iglesia misma. La cercanía que había adquirido con Jorge Alessandri, el político en que reconoció su mayor influencia y al que más admiró, agudizó su crítica a los vicios de la política y lo llevó a alejarse de quienes habían puesto a la derecha en esa condición. Comprendió Jaime la necesidad de una labor refundacional, que sería su objetivo de vida, explicando su actuar entre los años 1973 y su muerte: construir esa democracia y luego, defenderla.

El libro detalla la evolución de Guzmán desde una postura conservadora corporativista, hacia una liberal en lo económico, "en que en vez de procurar que no haya ricos, se combata para que no existan pobres".[4] Aspecto en el que fue clave la lectura del libro "El espíritu del capitalismo democrático" del filósofo Michael Novak, que Guzmán regaló a sus más cercanos para difundirlo. El autor desarrolla una tesis que debe meditarse: a su juicio, la brutal guerra política que terminaría con la vida de Guzmán se inició antes del gobierno de Allende y se prolongó durante el Gobierno Militar, en el cual su brillo puso a Guzmán como uno de los principales responsables de su éxito económico y jurídico. Y así su muerte viene de un largo período de odio que culmina con ella. Pero como podemos comprobar del tiempo transcurrido desde la primera edición, esta lucha política y el odio consiguiente de sectores contrarios a la democracia no se extinguieron.

No es posible describir el contenido de esta biografía, y no debe hacerse, ya que se privará a los lectores de una enriquecedora lectura, pero diversos capítulos del libro entregan información sobre las operaciones de inteligencia y su enfrentamiento al terrorismo en los años de Gobierno Militar, rememorando la "guerra sucia" que se desarrolló en el país, hoy olvidada; el rol que Guzmán jugó en la defensa de los derechos humanos, tanto desde el gobierno como en forma personal; la pugna con el entonces coronel Manuel Contreras, jefe de la Dirección Nacional de Inteligencia; el problema generado al unirse diversos sectores de derecha en Renovación Nacional, cuyas rencillas internas llevaron a su expulsión y el nacimiento de la Unión Demócrata Independiente; entre otros.

Siendo ya senador, se destaca la capacidad de Jaime Guzmán para obrar con una mirada política de largo plazo, y se rememoran los indicios que presagiaban un posible atentado sobre su persona, la serenidad espiritual con que enfrentaba esa posibilidad y aquel período final de su vida, en que pensó con generosidad que su sacrificio podía traer la paz a la nación.

Observándolo con perspectiva, puede apreciarse la capacidad política del biografiado, quien comprendía que solo manteniendo la iniciativa política, impulsando resueltamente modernizaciones en una constante capacidad creadora, sería posible la renovación de la juventud que se integraba a la tarea pública y el apoyo de las generaciones más jóvenes. Guzmán buscaba entonces crear "hechos políticos" que condujeran las situaciones y no que éstas lo envolvieran o condicionaran.

Confirma el libro su profunda vocación democrática y su deseo de que después del fructífero paréntesis del Gobierno Militar, "todo el cuerpo elector se identificara con el sistema, porque disfrutaría de sus beneficios espirituales y materiales".[5] Pero a la vez también su falta de interés por ser considerado de derecha, sino definirse como partidario de una "sociedad integralmente libre". Los aportes que realizó en la Comisión Redactora de la nueva Constitución están siempre dirigidos a configurar una democracia que fuera sólida, perdurable. Jaime Guzmán fue un servidor público por excelencia. Dotado de una espiritualidad en que el sacerdocio era una llamada poderosa, postergó éste por servir al país.

El libro de Guillermo Fernández recoge esto y mucho más. Escrito desde el conocimiento directo del biografiado, entrega una síntesis acertada que rememora el contexto político tan difícil en que a Guzmán le tocó actuar y cómo trabajó siempre buscando el bien de Chile.

Guzmán escribió, a propósito de la formación del gremialismo en la Universidad Católica y el actuar de uno de sus amigos y compañeros de generación: “Fue entonces cuando en él se redobló el amor a Chile, a la causa de la libertad, y la evidencia de que nada fecundo puede construirse sin ser fieles al orden natural de todo lo creado, incluyendo el ser humano y su convivencia social. Pero no bastaba esa convicción, porque de poco vale la conciencia de un deber, cuando no está acompañada de la voluntad de cumplirlo. Era menester asumir el acuciante desafío que sentíamos como vocación de servicio público. Como esa noble tarea que significa trascender por sobre nuestras legítimas inquietudes personales y familiares, complementándolas”. Y agregó: “se consagró al servicio de nuestra patria… sin que su labor admitiera límites de cansancio ni se doblegara jamás ante los inevitables sinsabores que entraña el quehacer público.”[6] Estas palabras son hoy plenamente aplicables a él y fueron pronunciadas –quizá de forma premonitoria– en el funeral de Miguel Kast Rist. Fue un auténtico “pescador de hombres” quien, a través de su ejemplo, llevó a muchos jóvenes a la política, la cual valoraba como un noble quehacer cuando se ejercía en pos del bien común y del país.

Jaime Guzmán fue un político excepcional, de una notable capacidad intelectual, quien tuvo la inusual condición de ser a la vez un hombre de acción y de habilidad política superior. Guillermo Fernández le hace justicia en su libro, en que lo revela, sin erudición innecesaria, sino con un lenguaje fluido, en su exacta dimensión y se muestra a la vez como un sólido historiador.

Solo cabría agregar, habiendo recorrido su vida, conociendo su fe de cruzado en política y su patriotismo sin tacha, que nada puede ser más exacto que las palabras que lo acompañan en su tumba: Jaime Guzmán Errázuriz. Amó a Dios y a la Patria.

Luis Felipe Moncada Arroyo

De la Sociedad de Historia de Concepción

CAPÍTULO 1

A QUEMARROPA

Ricardo Palma Salamanca y Raúl Julio Escobar Poblete, “El Negro” y “Emilio”, en ese instante preciso –aproximadamente a las 18:15 horas del primero de abril de 1991–, habían logrado lo que con gran incertidumbre venían planificando desde hacía mucho tiempo.

El famoso rostro pálido y transparente que a estos dos personajes los había obsesionado por años, cuya progresiva calvicie venía retrocediendo inexorablemente desde la antigua frente juvenil, para dejar al descubierto una superficie alba y brillante que se extendía ahora por toda la parte superior de su cráneo, apenas interrumpida a media cabeza por una delgada franja de cabellos rubios, débiles y escasos; de barba dura y afeitada tres veces al día, mirada inteligente, pero cálida tras los gruesos anteojos bifocales sin los cuales no distinguía a una persona de la otra, se encontraba con la vista perdida en el tumulto de estudiantes, detenido, frente a ellos, después de muchos esfuerzos logísticos. La expresión siempre relajada y alegre del profesor, esta vez exteriorizaba algo de preocupación, más no por él, sino por el país y, especialmente, por los más modestos. Había asumido desde algún tiempo el tema de la violencia política como algo recurrente y casi obsesivo, enfrascándose en una peligrosa campaña por sancionar drásticamente toda manifestación del violentismo político, que tantas muertes había causado en el país y Latinoamérica –según él– por no enfrentársele con la suficiente energía.

Este profesor nunca había tenido automóvil. Le gustaba andar a pie o en micro para sentir el pálpito de la opinión pública, así como la receptividad hacia su propia persona, cuya popularidad –decía– acostumbraba medir según el número de insultos que recibiera a su paso. Sin embargo, sus continuos viajes a Valparaíso, desde que fue elegido senador, le obligaron a contar con un auto, además de un chofer, Luis Fuentes Silva, porque nunca aprendió a manejar. Éste, en ese momento, esperaba a que un verdadero símbolo del modernismo, de la

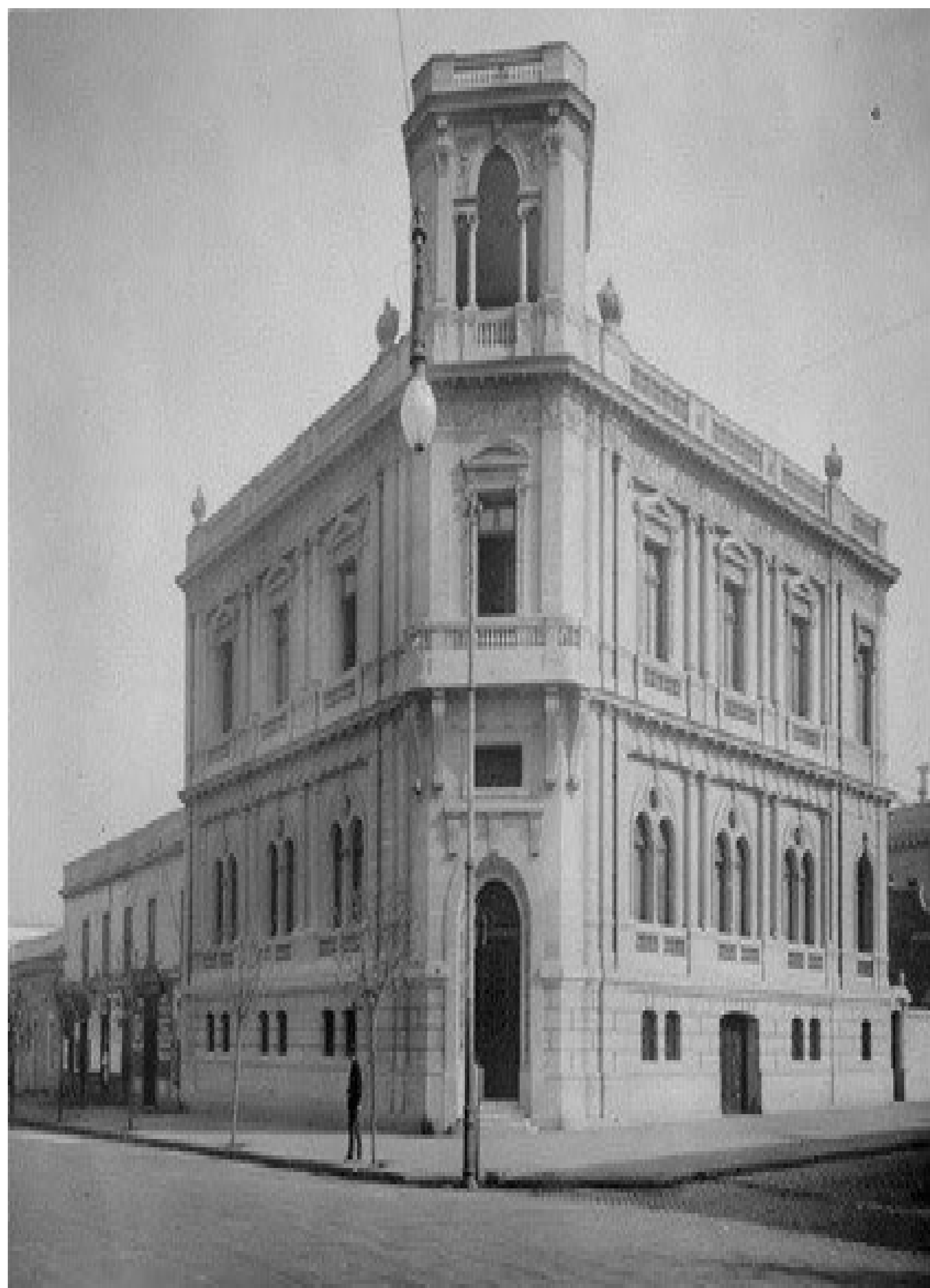
exuberancia urbana y su masividad enajenante, el semáforo, le permitiera continuar rumbo hacia la reflexión y posible solución de los grandes problemas de Chile. No pudo hacerlo. Antes que la máquina le abriera camino, de entre los muchachos que esperaban locomoción en el paradero de Batlle y Ordóñez con Regina Pacis, “El Negro” y “Emilio” emergieron como saetas incandescentes, encendidas por el odio y el drama acumulado de mucha gente, para cumplir con la misión de su existencia: terminar con la vida de Jaime Guzmán con dos balas disparadas a quemarropa.

Desde ese instante, millones de personas se han preguntado sin éxito acerca de las razones por las que murió Jaime Guzmán, sin que llegue la respuesta, ni aún ahora que ya han transcurrido tres décadas desde su brutal e injusto asesinato.

JAIME GUZMÁN:

LA PERSONA

El 28 de junio de 1946, cuando los primeros coletazos de la Guerra Fría empezaban a afectar con dramatismo a la economía y la convivencia social de gran parte del mundo, debido al escenario posterior a la Segunda Guerra Mundial (incluyendo a este lejano extremo del continente sudamericano), en el seno de un hogar cristiano y tradicional nació el niño Jaime. Pero, por los gruesos muros de la casa ancestral de la Alameda con Almirante Barroso, donde pasaría su infancia, no entraban esos problemas. Ocupada después por el Centro Bellarmino,[7] había sido –y era aún– la residencia de su bisabuela materna, doña Rosario Matte de Edwards, y la economía no era precisamente una de las dificultades familiares. La suya fue tal vez la última generación que alcanzó a disfrutar, aún en sus retazos, de la que llegó a ser probablemente la mayor fortuna que haya existido en el Chile decimonónico.



El niño creció físicamente débil, pero imbuido del ambiente que traspasaba a la vieja casona, llena de tradiciones y de espíritu religioso. En cambio, precozmente desarrolló una curiosidad por su entorno familiar y social que iba mucho más allá de lo normal para alguien de su edad, revelando una inteligencia preclara y una comprensión muy temprana de los temas que se le comunicaban, con lo que dejaba impresionados a todos quienes lo conocían. Recorría la casa con curiosidad infantil, manifestando un inusual interés por cada objeto, en particular los religiosos, que en ella evocaban de forma inevitable algún hecho importante del pasado familiar o nacional, que él buscaba de inmediato conocer. Vivía con sus padres, Carmen Errázuriz Edwards y Jorge Guzmán Reyes, y sus dos hermanas, Rosario e Isabel. Desde allí "no teniendo más de cinco años, observa con deleite las manifestaciones políticas y las conversaciones de alto vuelo que en torno a ellas se generaban en casa".[8]

De pelo rubio y liso, peinado a la gomina cuidadosamente hacia el lado, su esmirriada figura va adquiriendo un aspecto intelectual, que se fue acrecentando con los años, acentuado además por una cierta presencia dentro de su rostro de los dos dientes frontales superiores, y hacia la adolescencia, de un par de gruesos anteojos de marco negro que pasarían a formar parte inseparable de su fisonomía. Dadas sus características personales y en especial las religiosas, exteriorizadas igualmente desde niño, debió afectarle mucho, sin duda, la temprana separación de sus padres, gravitando en él desde entonces de manera preponderante la tradición materna, con cuya familia conviviría prácticamente durante el resto de su vida.

El ambiente era señorial y vinculaba directamente a un pasado enraizado en viejas tradiciones. La casa contaba con enormes salones, imágenes religiosas, oratorio, y se celebraban escrupulosamente misas dominicales. Sin duda que este ambiente, sumado a la particular sensibilidad que ya manifestaba, influyó de manera determinante en la formación intelectual y moral de Jaime Guzmán, ya que, mientras otros jóvenes de su edad se veían influidos por hermanos mayores que empezaban a cambiar el terno por los bluejeans y las antiguas melodías por el rock and roll, él se acostumbró a observar a su abuelo y a su bisabuela

inclinarse en el oratorio para destinar largas horas a la oración. El propio niño, incluso, se ocupa personalmente de los ornamentos y del altar, demostrando por estas tareas una unción reveladora de la fuerte espiritualidad que lo invadiría a lo largo de toda su existencia.

No menor, eso sí, era la vocación y el atractivo que experimentaba por la cosa pública, que aprende a valorar de manera especial, y aún por otros y muy variados temas, donde se incluía hasta el fútbol. Él mismo declararía que la afición por la política "me viene de niño, y creo que participar en el servicio público constituye un aporte al bien común de gran nobleza y trascendencia, al cual estamos obligados quienes sintamos un impulso hacia ese campo. En todo caso, mi actuación en política será siempre combinada con mi actividad docente, que tal vez es prioritaria, y con otros intereses de los más variados tipos".[9]

No obstante que herencia política le llegaba también por la vía paterna –ya que su abuelo, Julio Guzmán García, había sido un destacado dirigente liberal en Iquique, y su tío abuelo, Samuel Guzmán García, un conocido senador–, el modelo masculino y la mayor influencia familiar hacia ese campo los adquirió de su abuelo materno, Maximiano Errázuriz Valdés, quien, viudo largo tiempo de doña Rosario Edwards Matte, habitaba también la vieja casona; había sido senador y destacada figura del Partido Conservador. Particularmente sensible al pensamiento filosófico y teológico, los primeros años de Jaime Guzmán encuentran aquí, amasados por su abuelo, un ambiente adecuado para adquirir y desarrollar una formación profunda en esos dos aspectos, la cual le llevaría a ver siempre las cosas mundanas, incluida la política, desde un universo por completo aparte.

Unido así a una casa, objetos y personas que lo comunicaban con un pasado de rasgos tan especiales, Jaime Guzmán debió hacer suya desde la infancia una carga histórica que para cualquiera pudo ser muy pesada. Pero en él se compensaba con un gran sentido de la realidad, acompañado de una aguda percepción del futuro, todo lo cual le permitió desde temprano reflexionar a fondo sobre los más complejos temas sociales de su tiempo. Gran parte de sus

aproximaciones a los dramas y virtudes de nuestro país encuentran su causa en ese pasado familiar, social y nacional, que en ese mismo orden lo fueron involucrando progresivamente, casi como una obligación, en el análisis y más tarde en las posibles soluciones de la problemática del hombre y de Chile, que llegaría a conocer en profundidad.

La instrucción secundaria la recibió en los Sagrados Corazones, donde ingresó en 1951. Allí pudo prolongar, bajo los auspicios del padre Damián Symon, a quién ayudaba a decir misa, la formación religiosa que ya había iniciado en el seno de su propia familia y bajo el alero del mismo sacerdote, gran amigo de su abuelo y bisabuela, para quienes celebraba también regularmente la liturgia. De pequeño viajaría, además, junto a su madre y tíos a las principales capitales de Europa, por lo que el nuevo alumno tendría en este aspecto una instrucción aventajada y más amplia que la corriente para su edad. Se sumaba a lo anterior que en su entorno íntimo el tema educacional se encontraba tan fuertemente arraigado, como que su tío abuelo, Claudio Matte, había sido el autor del primer y más famoso silabario que haya existido en el país, el Silabario Matte, con el cual aprendieron a leer generaciones de chilenos.

Por eso, en 1952, a los seis años, le causó gran impresión presenciar desde los balcones de su casa el desfile con que su tío, el conocido empresario y yerno del expresidente Arturo Alessandri Palma, Arturo Matte Larraín, culminaba su frustrada incursión en la campaña presidencial de ese año, participando de forma activa, pese a su edad, en las tertulias familiares donde se analizó latamente ese acontecimiento político y social del momento. La misma impresión le causó en 1957 la irrupción en la política chilena de Jorge Alessandri Rodríguez, esta vez exitosa, al ser elegido senador por Santiago, momento desde el cual el niño Jaime pasaría a ser el más entusiasta partidario de su futura candidatura presidencial, la que al año siguiente se concretaría de igual manera triunfante.

El “bicho” por la política ya le había picado, insuflando su semilla o su veneno en un torrente sanguíneo profusamente abonado para hacer germinar con abundancia sus frutos. No sin algo de razón (aunque también de injusticia),

Jaime Eyzaguirre, a quien Guzmán se refería como su “maestro”, habría declarado en algún momento a propósito de las grandes condiciones de su discípulo, que lo único que podría perderlo sería la “ambición política de los Errázuriz”.[10]

*

En efecto, Guzmán era extrañamente tributario de acumulativas tendencias ancestrales sobre las materias que desarrolló de manera más notable, y entre ellas, desde luego, la política. Ya Francisco Javier Errázuriz Madariaga (el mayor de los hijos de Francisco Javier Errázuriz Larraín, aquel inmigrante navarro fundador en Chile, en 1733, de esta familia), supo aprovechar lo avanzado por su progenitor y al calor del ejemplo y la fortuna de su padre, orientó la vida hacia tres actividades que habrían de aflorar en su descendencia y, de forma particular, en Jaime: la abogacía, la docencia y la política. Fue rector de la Universidad de San Felipe, alcalde del Cabildo de Santiago y Juez de Comercio, todo lo cual no le impidió dedicarse también y con algún éxito a la actividad mercantil.

Y si bien la vocación tanto política como religiosa se profundizó en los hijos de Francisco Javier Errázuriz Madariaga: Ramón y Fernando Errázuriz Aldunate –este último era bachiller en teología y, por cierto, asiduo comerciante, diputado, senador y vicepresidente del Senado, gobernando incluso el país en 1831 como vicepresidente de la República entre los periodos de José Tomás Ovalle y José Joaquín Prieto–, fue en realidad el tercero de sus hijos, Francisco Javier Errázuriz Aldunate (tercero también de ese nombre en Chile), el genearca de las dos grandes tendencias familiares: una política (liberal) y otra religiosa (conservadora), que se concentrarían en Jaime Guzmán como pocas veces suelen sintetizarse las influencias ancestrales en alguno de sus descendientes.

Nacido en 1773, Francisco Javier Errázuriz Aldunate fue llevado a España por su padre, quien intentó incorporarlo allí a la Compañía de Guardia de Corps, creada para los caballeros americanos. Pero al parecer su vocación comercial fue

superior, porque el tercer Francisco Javier terminó en Cádiz dedicado como sus ancestros a los ajetreos mercantiles, continuando en esa actividad al volver a Chile en 1806, donde lo sorprendieron los acontecimientos de la emancipación que vinieron aparentemente a alterar sus planes. Dado el cambio de escenario, adhirió mesuradamente al bando patriota, desempeñándose como alcalde del Cabildo de Santiago durante los primeros años de vida republicana, integrando el primer Congreso Nacional de 1811 y siendo, además, miembro suplente del Congreso designado por O'Higgins en 1818. Un poco arruinado por los avatares de la Independencia, en 1823 se desempeñó también como director de la Caja de Descuentos.

La vida personal de este comerciante fue algo azarosa, pero fructífera tanto para él como para el país. Casado tres veces, en segundas nupcias con Josefa de Zañartu, fue progenitor del primer presidente de ese apellido: Federico (1871-1876), y abuelo tanto del segundo, también Federico (1896-1901), así como del tercero: Germán Riesco Errázuriz (1901-1906). Por aquí –siendo ésta la rama liberal de la familia–, se fortaleció de manera poderosa la tendencia política recibida por Guzmán. Pero él pertenecía a la rama conservadora, mucho más ligada a la historia eclesiástica chilena que la anterior, y que viene del tercer enlace de Errázuriz Aldunate (1829), con doña Rosario Valdivieso Zañartu, quien inclinaría fuertemente la balanza hacia la sensibilidad por las cosas del espíritu (era hermana del arzobispo de Santiago, Rafael Valentín Valdivieso, que con su poderosa personalidad influyó de forma determinante en su familia por generaciones).

Los dos hijos del matrimonio Errázuriz Valdivieso, como su madre, fueron también intensamente creyentes y observantes: Maximiano Errázuriz Valdivieso –bisabuelo de Jaime Guzmán, cuya formidable religiosidad le transmitió por diferentes vías–, y Crescente Errázuriz Valdivieso, también arzobispo de Santiago e igual de influyente en él.

*

Tal vez por esta doble tradición política y religiosa –fuertemente arraigada en Guzmán–, personificó éste como nadie el difícil equilibrio que suele existir al interior de ciertas personas con vocación pública, cuando creen posible servir al prójimo a través de más de una forma, pero que ellos estiman incompatibles entre sí, y especialmente si las alternativas que se les presentan oscilan entre el plano de lo espiritual, como la vida religiosa, y de lo material, como la política. Pero en él, a diferencia de lo usual, esa disyuntiva estaba resuelta a través de la opción exclusiva y excluyente de una de ellas, el camino político, con gran sacrificio personal al relegar a la otra, no obstante su fuerte llamado hacia ese campo, sólo para cuando se sintiera liberado de la anterior. Todo ello, desde luego, sin perjuicio de vivir de forma intensa la religiosidad al interior de su vida privada, muchas veces, y por eso mismo, toscamente incomprendida. Porque un propósito tan profundo y escaso como la consecuencia con valores superiores, llevada hasta el extremo y sin claudicaciones, no es algo que en las procelosas aguas de la política contingente se sepa valorar por encima de la astucia no siempre limpia, el ventajoso cubileteo o la prebenda obtenida a cualquier precio, por lo general cohonestadas.

En cambio, si hay algo que en Jaime Guzmán adquiere dimensiones casi sobrehumanas, es precisamente esa difícil consecuencia, absoluta e intransable, entre lo que decía y lo que hacía. De allí prácticamente todos los aspectos de su vida que le son más característicos y reconocidos: desde la misa diaria –porque nadie que tenga la posibilidad de estar con Dios todos los días, señalaba, puede conscientemente desperdiciarla–, pasando por la dedicación plena al cumplimiento de su vocación de maestro y de conductor de juventudes, que llenaban de sentido a su existencia, hasta el celibato de soltero que tanto llamaba la atención incluso a quienes posaban y siguen posando de católicos, la religión que sólo admite la vida sexual dentro de los marcos del matrimonio.

Pero la religiosidad de Jaime Guzmán contó también con abundante información genética, y tan importante para Chile como lo habían sido sus antecedentes políticos. Porque ambos poderes –el temporal y el espiritual– se enfrentaron en nuestro país, para lograr una definición que venía sin resolverse desde los orígenes mismos de la República, y lo hicieron con consecuencias que nos alcanzan incluso hasta hoy. A través del siglo XIX, el clero participó activamente

en la política chilena, pasando por diferentes etapas: durante la Independencia se colocó mayoritariamente del lado del rey, por lo que el triunfo de los patriotas lo hizo ubicarse en la oposición. Durante los primeros años del régimen pipiolo, no en forma mayoritaria pero sí vistosamente, participaron incluso en el gobierno, como lo harían más tarde durante el ensayo federal, para volver luego a la oposición. Estuvieron con Portales y Prieto durante la revolución de 1829, sirviendo de poderoso sostén al régimen de allí surgido; pero durante el gobierno de Bulnes su apoyo palideció, y a no mediar el desmayado respaldo del arzobispo Rafael Valentín Valdivieso, el clero habría sufragado casi en su totalidad por el general De la Cruz –como ocurrió en La Serena y Concepción– en lugar del candidato oficial: Manuel Montt. Sin embargo, ese apoyo desapareció por completo durante el gobierno de este último, cuya fuerte personalidad en la defensa de las prerrogativas civiles se enfrentaría a la de monseñor Valdivieso, que defendía las eclesiásticas, haciendo colisión en la denominada “cuestión del sacristán”, que encendió el combustible acumulado desde la Independencia.

Por ese motivo, durante el período de monseñor Valdivieso explotó en Chile un profundo conflicto de poder entre la Iglesia y el Estado, de vastas consecuencias posteriores –incluida la cruenta Revolución de 1859, en cuya génesis tuvo activa participación–, transformándolo en uno de los hombres más influyentes del siglo XIX dentro de la evolución de los partidos políticos chilenos: logró que los conservadores retiraran su apoyo al Gobierno de Montt, pasándose a la oposición, e impulsando con ello el surgimiento de los restantes partidos que dominarían progresivamente la escena nacional hasta 1925. Su ejemplo gravitaría más tarde fuertemente en las condiciones de Jaime Guzmán, que ejercería similar influencia en la evolución de los partidos políticos chilenos hacia finales del siglo XX. Había heredado la particular conjugación político-religiosa de monseñor Valdivieso, sólo que, a diferencia suya, decidió ejercerla desde la civilidad. Tal vez esta fundamental diferencia entre ambos radique en que el ascendiente de monseñor Valdivieso pasaría a Guzmán por el cedazo previo de otro, para él de mayor proximidad y afinidad: el de Monseñor Crescente Errázuriz.

Este último vivió con monseñor Valdivieso, su tío, desde la infancia, debido a

que su padre falleció cuando tenía sólo seis años de edad. Con este motivo pudo formarse una idea muy cercana de los conflictos políticos y de la participación de la Iglesia en ellos, adquiriendo al respecto un juicio muy crítico que marcó gran parte de su labor y de su legado: “Adquirió en el trato cercano del Metropolitano la experiencia, de gran utilidad, del gobierno eclesiástico. Pudo, así, en edad muy temprana, conocer las alturas y pequeñeces de los hombres. Eran los años difíciles de la organización de la Iglesia chilena y el comienzo de los conflictos con el Estado republicano, así como de las llamadas cuestiones teológicas”.[11]

Debido a su experiencia de vida y al contrario de su tío, monseñor Errázuriz fue resuelto opositor a que la Iglesia participara en política, cuestión que Jaime Guzmán por su parte asimiló desde muy temprano. Y con la misma resolución que se negaba a que los sacerdotes participaran en materias político-contingentes, rechazaba también la intervención de los políticos en los asuntos de la Iglesia. Era una separación tajante entre los ámbitos de acción de cada cual, a pesar del medio de extrema politización en que le correspondió desenvolverse: gobierno de Arturo Alessandri Palma y separación de la Iglesia del Estado. Algo así como la oposición que intentaría, casi cincuenta años más tarde y en un ambiente homologable, el gremialismo de Jaime Guzmán respecto de la intervención política en la Universidad y en los cuerpos intermedios.

Curiosamente, en Jaime Guzmán se fundía con igual fuerza la sangre de estos dos prohombres de la Iglesia chilena: su más caracterizado impulsor hacia las materias político-contingentes –monseñor Valdivieso–, y el mayor opositor a que participara en ellas –monseñor Errázuriz–, quien expondría la misma resolución que el anterior en la defensa de sus convicciones.

Y ambos influirían por igual, a través de sus legados y ejemplos, en la formación moral y vocacional de Jaime Guzmán, que en alguna medida los sintetiza.

*

Es posible que estos antecedentes familiares decantaran en él, desde muy joven, algunos conceptos de fondo que, por lo general, requieren de un periodo mucho mayor para arraigarse como convicciones permanentes en las personas. O, al menos, abonaran de manera importante el terreno sobre el cual ejercerían su poderosa influencia los “maestros” de su juventud, como el presbítero Osvaldo Lira Pérez y el abogado e historiador Jaime Eyzaguirre Gutiérrez. Ambos medievalistas y monarquistas pueden verse traslucir en los escritos de colegio, donde el joven Guzmán denotaba ya una particular sensibilidad hacia la reflexión jurídico-política de corte conservadora. Según Arturo Fontaine Talavera, los orígenes de su pensamiento habrían estado en las clases de religión del R.P. Florencio Infante en los SS.CC. (conocedor del libro Nostalgias de Vásquez de Mella del padre Osvaldo Lira), la visión histórica y religiosa de Jaime Eyzaguirre (en especial Hispanoamérica del Dolor y Fisonomía Histórica de Chile), la teoría contrarrevolucionaria de Plinio Correa de Oliveira (fundador de Fiducia) y, por cierto, los textos clásicos de la Doctrina Social de la Iglesia, que eran el punto de partida desde el cual empezaba su propia evolución.

De aquí la emoción y el entusiasmo del joven Guzmán al narrar desde Europa a su hermana “Charito”, el 19 de marzo de 1962, su visita al Alcázar de Toledo:

Palacio árabe durante siglos, fue espectador de una de las gestas más heroicas que recuerda la historia. El año 1936, después del levantamiento de España contra el gobierno republicano-comunista de Madrid, las tropas antigobiernistas, dirigidas por el General Francisco Franco como General en Jefe, decidieron defender el Alcázar de Toledo para que no cayera en manos de los rojos. Franco no estaba en el Alcázar, sino que venía a libertar a los que lo defendían, sitiados por los marxistas. Al mando de los defensores estaba el General Moscardó durante los 72 días que duró el asedio. Los problemas ahí adentro se sucedían sin interrupción: alimentación, higiene, etc. Había mujeres y niños. El 23 de julio, Moscardó recibe un llamado telefónico en que los rojos le avisan que han capturado a su hijo Luis y que lo van a fusilar si no rinde el Alcázar. Le ponen a Luis al teléfono y él ratifica la amenaza y entonces es cuando Moscardó, en una frase que perdurará por los siglos, le dice: “Pues encomienda tu alma a Dios, da

un grito de ¡Viva España! y muere como un patriota" –"Un gran beso, padre" –"Un gran beso, hijo mío". Luis Moscardó fue fusilado, pero como dice en su tumba "los que han muerto como los que aquí yacen, suben al cielo y pasan a la historia".[12]

Agreguemos que, más tarde, esta formación se vio fortalecida por sus contactos con el filósofo Juan Antonio Widow, además de los abogados Gonzalo Ibáñez, Sergio Miranda Carrington y José Joaquín Ugarte, con quienes compartía un horizonte común para Chile, enraizado en su fuerte admiración por el proceso hispano y la determinante participación de Franco dentro de él.

En una intervención suya de sexto año de humanidades, publicada por la Revista del colegio de los SS.CC., y que él denominó "¡Viva Franco, Arriba España!", se lamenta del estado de postración en que se encontraba la Madre Patria después de instaurada la Segunda República, en 1931. Especialmente, al "declararse laica y antirreligiosa, al prohibirle la enseñanza a las órdenes religiosas, el expulsar a los jesuitas, al crear los cementerios laicos, al negar la importancia y validez del matrimonio religioso… empezó entonces a crearse un concepto de cruzada nacional para liberarse del yugo republicano".[13]

El niño Jaime admiraba, en cambio, la organización social y política creada por Franco, la que defiende ya en esa época en términos muy similares a los que expondría masivamente después, durante su largo periodo de colaboración con el régimen militar chileno: "el nacional-sindicalismo es partidario de una organización corporativa de la sociedad, basada no en partidos políticos, sino en la Familia, el Municipio y el Sindicato, órganos intermedios entre la Sociedad y el Estado, con derechos y deberes anteriores y superiores a él, de auténtico derecho natural… En resumen, toda España, articulada en sus entidades naturales y profesionales, está representada en las Cortes, cuya composición ofrece una imagen más fiel que la resultante de un sufragio inorgánico".[14]

Personalmente, siempre pensé que para Jaime Guzmán la política era algo así

como una Guerra Santa, o que por lo menos así la enfrentaba él. Y es posible que en esta formación originaria se encontrara la causa, al entenderla desde entonces como una obligación cristiana, similar a la que en otros tiempos llevó a los fieles a combatir en las Cruzadas para recuperar el Santo Sepulcro. Por eso, en conversaciones privadas no le era ajeno el tema de Fátima y las revelaciones de la Virgen, exhortando al mundo a rezar el Rosario y a recuperar para ella al pueblo de la URSS, dominado a la fecha por el marxismo.

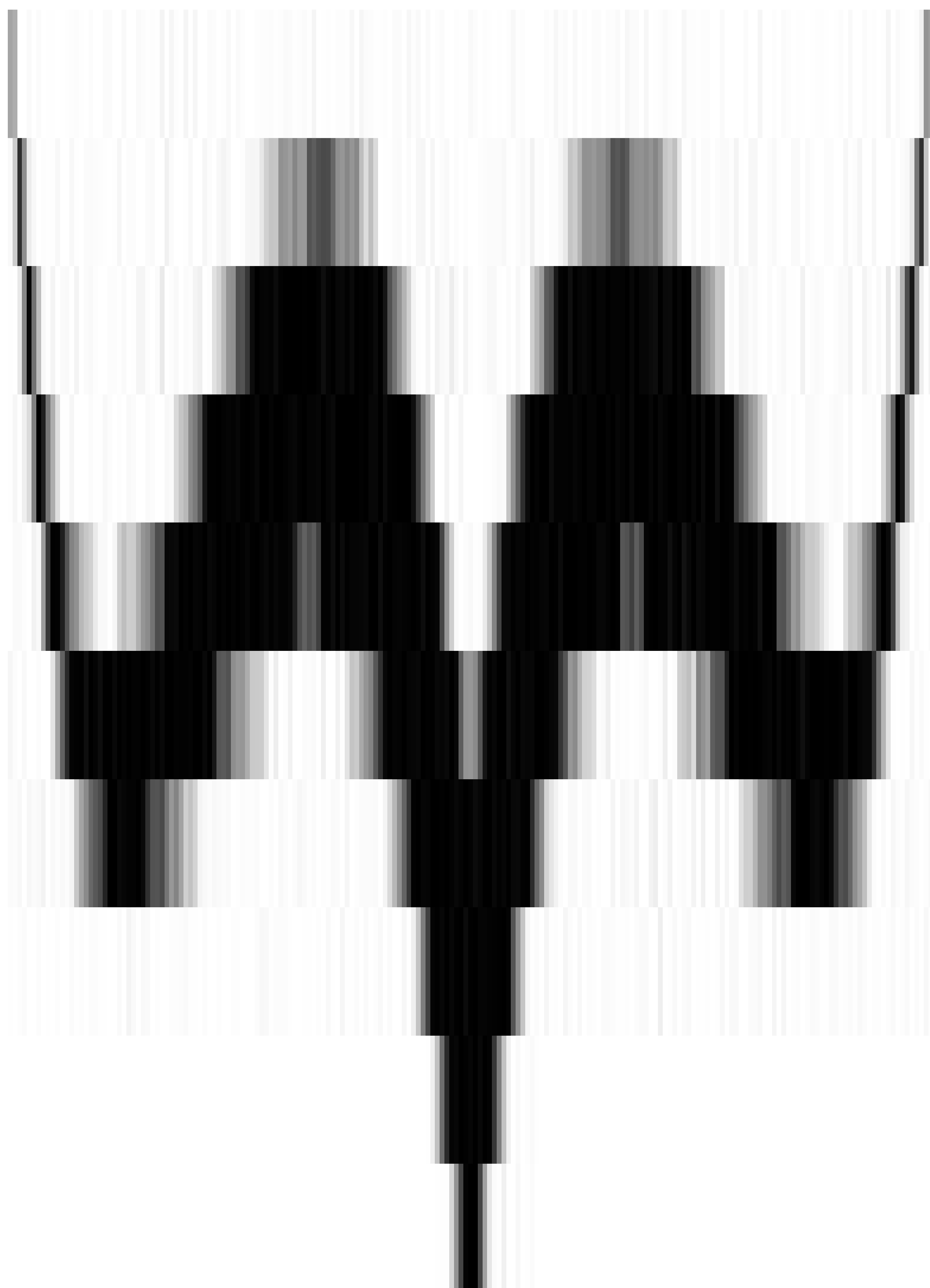
Contribuye a reforzar la impresión anterior lo expuesto por el propio Jaime Guzmán en otro trabajo de su época de humanidades, también decidor de la formación que estaba adquiriendo, donde comenta con entusiasmo la intervención en su colegio del catedrático brasileño Pablo Correa de Brito, referida a la revolución y la respuesta contrarrevolucionaria que frente a ella se debía adoptar con urgencia. Le llamó especialmente la atención su alusión a la revolución protestante, que a juicio del catedrático habría tenido como primer objetivo destruir el Orden Cristiano que imperó durante la Edad Media, período que el Papa León XIII recuerda como "… un tiempo en que la filosofía del evangelio gobernaba los Estados". La Edad Media, según Correa de Brito, habría sido "la única concretización histórica de los principios evangélicos".[15]

Según esto, la reforma protestante rompió el primer pilar del Orden Cristiano medieval: la "jerarquía eclesiástica". Luego vino la segunda etapa de esta revolución general, la Revolución Francesa, que acabó con la "jerarquía política", el segundo pilar del Orden Cristiano en el mundo. Y, por último, la "jerarquía económica", el tercero de sus pilares, vendría a ser rota por el comunismo, en lo que constituiría la última y definitiva etapa de esta Revolución envolvente y generalizada.

El joven Guzmán, fuertemente impresionado, terminó su trabajo arengando: "La contrarrevolución, valiente y decidida, no admite demoras". Y ésta sería una máxima política para él a lo largo de toda su vida.



“LA CONTRARREVOLUCIÓN, VALIENTE Y DECIDIDA, NO ADMITE DEMORAS.”



*

Maximiano Errázuriz Valdivieso –hermano del obispo Crescente, y quien llegó a ser uno de los hombres más ricos de Chile–, nació en Santiago en 1832, encontrándose la situación económica de su padre muy deteriorada. Se tituló de bachiller e ingresó muy joven como agrimensor general de la República, un trabajo sin muchas expectativas. Pero trasladado a Valparaíso se inició también en la actividad del comercio, donde conoció a la joven Amalia Urmeneta Quiroga, de quien se enamoró. Ella era hija del potentado minero José Tomás Urmeneta, que supo aquilatar el valor moral y humano que había en Maximiano, dándole su bendición. A la unión conyugal siguió la comercial, y la sociedad "Errázuriz y Urmeneta", dedicada a la extracción y fundición de cobre, prosperó rápidamente. Radicado en el norte, Errázuriz administró la mina de Tamaya –cerca de Ovalle– y las fundiciones de Tongoy y Guayacán; estaban transformadas a la fecha en grandes empresas, por lo que constituyeron la base para una de las mayores fortunas familiares chilenas. La sociedad entre Errázuriz y Urmeneta subsistió hasta el fallecimiento de este último, continuando después como "Errázuriz e Hijos".

Pero no todo fue felicidad. Una de sus hijas había muerto a poco de nacer y, más aún, el matrimonio de Maximiano Errázuriz con Amalia Urmeneta fue trágicamente breve. En 1861, luego de darle cinco hijos y a la edad de veinticuatro años, Amalia falleció. Para consolarse, Maximiano inició largos viajes por Europa, siguiendo la huella de la historia y en particular del arte, por el que sentía especial inclinación. La vida pública tampoco estuvo ajena a su quehacer, vinculándose al Partido Conservador. Durante la guerra con España, fue comisionado por el gobierno para gestionar en EE.UU. la compra de un poderoso blindado (1866); y antes de que el conflicto terminara, se desempeñó como ministro Plenipotenciario en Gran Bretaña, donde obtuvo un préstamo para gastos militares que, en el más absoluto anonimato, avaló con su fortuna personal.

Maximiano Errázuriz Valdivieso contrajo segundas nupcias con Carmen Valdés Ureta, matrimonio que también fue fugaz. La Sra. Valdés falleció al corto tiempo, enviudando Errázuriz una vez más. Bendecido y sacudido sucesivamente por la vida, Maximiano había sido un hombre de grandes conflictos espirituales. En un primer momento, después de adquirir su inmensa fortuna y no obstante su carácter piadoso y retraído, buscó la opulencia. Un poco obligado por las circunstancias sociales de la época, y después de recorrer varias veces Europa, estimó necesario abandonar su vieja casona colonial para reemplazarla por una mansión al nuevo estilo decimonónico, sin escatimar en gastos. Contrató un arquitecto italiano que, junto a otros especialistas y bajo su personal dirección, levantó en la Alameda uno de los palacios más grandes y suntuosos de la capital: la actual embajada de Brasil.



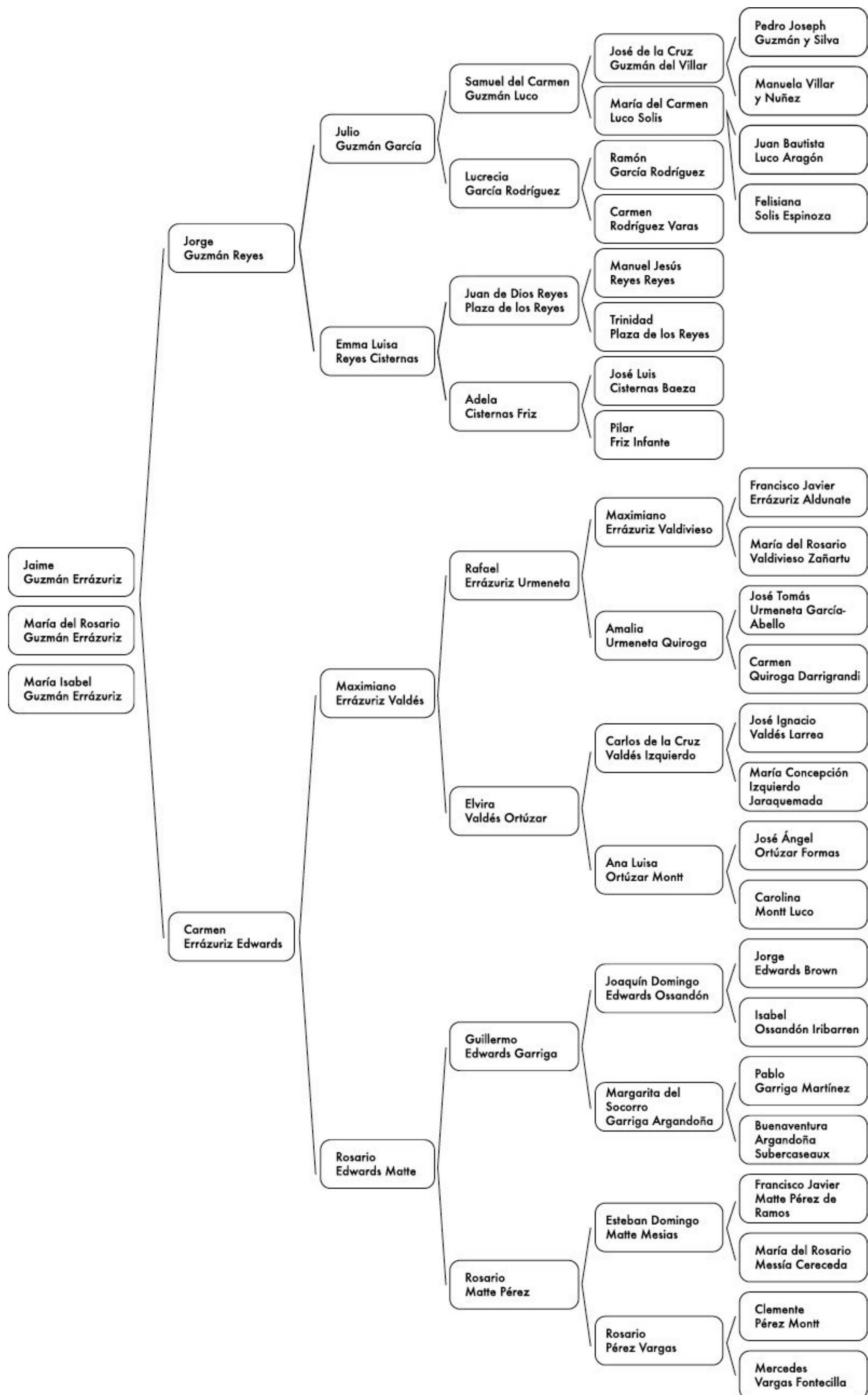
Pero una vez construida la mansión, Maximiano sintió que una contradicción interna hacía crisis, ya que su fuerte espiritualidad no le permitía disfrutar de lo que había creado. Estando consciente como estaba de las grandes debilidades humanas, de lo efímero de la vida que había palpado varias veces en carne propia, y de la pobreza material de los demás, con la que se condolía sobremanera, vendió el Palacio de la Alameda y dedicó sus esfuerzos a su hacienda Panquehue, que le permitía mantener un contacto más directo con la naturaleza, como deseaba.

Con su extraordinaria capacidad de trabajo, Errázuriz logró convertir la hacienda rápidamente en un modelo de productividad, mientras adquiría una creciente preocupación por los más pobres y abandonados, motivo por el cual decidió no habitar el palacio de la hacienda sino que la casa de la administración, mucho más sobria y austera. Paralelamente, se interesó por los círculos de obreros católicos que en Europa alcanzaban gran desarrollo, manifestando en su hacienda una extraordinaria preocupación por sus empleados –que eran varios cientos–, dotándolos de especiales condiciones de vida. En tiempos del cólera atendía personalmente a los afectados, enviando a Santiago a muchos de los que quedaron huérfanos, donde los ubicó en establecimientos educacionales y les proporcionó alimentación y asistencia permanente. Todo, como siempre, en el más completo anonimato. En 1890 –siempre en la casa de la administración, al lado de la gran mansión–, Maximiano Errázuriz falleció. Tenía 58 años de edad, y los suyos no se extrañaron al encontrar bajo sus ropas numerosos cilicios colocados por él para mortificar su cuerpo. Todos sus hijos varones heredaron su sensibilidad artística o humana: el menor, Rafael Errázuriz Urmeneta, que tuvo importantes actuaciones políticas en uno y otro siglo, casó con Elvira Valdés Ortúzar, y ambos son los padres de Maximiano Errázuriz Valdés, el abuelo de Jaime Guzmán con quien éste pasó los primeros años de su infancia en la casa de la Alameda con Almirante Barroso, y de quién recibiría la influencia mística y familiar de sus antepasados.

Si bien Jaime Guzmán, por lo anterior, era un producto de la familia Errázuriz, su preocupación por las raíces y el sentido profundo de las cosas lo llevó a

investigar su genealogía paterna, encontrándose ésta a su fallecimiento entre los papeles de su departamento: descendía de una vieja familia hispana (probablemente andaluza de raíz castellana), iniciada en nuestro país aproximadamente en 1754 por don Luis de Guzmán y Guzmán que, casado con doña María Henríquez y Barrera, fue el padre de Francisco Guzmán y Henríquez (1735-1797). Éste contrajo nupcias con María Silva Mesinas, siendo los padres de Pedro Joseph Guzmán y Silva (1780-1845), quien a su vez casó con Manuela Villar y Núñez, progenitores de José de la Cruz Guzmán del Villar (1807-1869) que, casado con María del Carmen Luco Solís, serían los padres de don Samuel Guzmán Luco (1838-1904): padre, a su vez, de don Julio Guzmán García, abuelo paterno de Jaime Guzmán Errázuriz.

Sin embargo, fue por al lado materno, con el que convivió, que llevaba Jaime sobre sus hombros el peso de la tradición histórica y política que influyó tan poderosamente en él. Tomó conciencia de ella desde su primera infancia, merced a su sensibilidad por las cosas del espíritu, y se fortaleció considerablemente por el contacto directo durante sus primeros años con un ambiente que lo remontaba a su pasado familiar y, por esa vía, a los momentos más importantes de la historia política y eclesiástica chilena.



Jaime Guzmán Errázuriz
María del Rosario Guzmán Errázuriz
María Isabel Guzmán Errázuriz
Jorge Guzmán Reyes
Carmen Errázuriz Edwards
Julio Guzmán García
Emma Luisa Reyes Cisternas
Maximiano Errázuriz Valdés
Rosario Edwards Matte
Samuel del Carmen Guzmán Luco
Lucrecia García Rodríguez
Juan de Dios Reyes Plaza de los Reyes
Adela Cisternas Friz
Rafael Errázuriz Urmeneta
Elvira Valdés Ortúzar
Guillermo Edwards Garriga
Rosario Matte Pérez
José de la Cruz Guzmán del Villar
María del Carmen Luco Solis
Ramón García Rodríguez
Carmen Rodríguez Varas
Manuel Jesús Reyes Reyes
Trinidad Plaza de los Reyes
José Luis Cisternas Baeza
Pilar Friz Infante
Maximiano Errázuriz Valdivieso
Amalia Urmeneta Quiroga
Carlos de la Cruz Valdés Izquierdo
Ana Luisa Ortúzar Montt
Joaquín Domingo Edwards Ossandón
Margarita del Socorro Garriga Argandoña
Esteban Domingo Matte Mesias
Rosario Pérez Vargas
Pedro Joseph Guzmán y Silva
Manuela Villar y Nuñez
Juan Bautista Luco Aragón
Felisiana Solis Espinoza
Francisco Javier Errázuriz Aldunate
María del Rosario Valdivieso Zañartu
José Tomás Urmeneta García-Abello
Carmen Quiroga Darrigrandi
José Ignacio Valdés Larrea
María Concepción Izquierdo Jaraquemada
José Ángel Ortúzar Formas
Carolina Montt Luco
Jorge Edwards Brown
Isabel Ossandón Iribarren
Pablo Garriga Martínez
Buenaventura Argandoña Subercaseaux
Francisco Javier Matte Pérez de Ramos
María del Rosario Messía Cereceda
Clemente Pérez Montt
Mercedes Vargas Fontecilla

La madre de Jaime, luego de su separación, abandonó el solar ancestral para establecerse con sus hijos en el Parque Forestal, en un amplio departamento con vista al río Mapocho. El niño, pese a su corta edad, había decidido asumir desde ya el rol protagónico al cual, de manera inevitable, por vocación y condiciones, estaba llamado. Por eso, apenas cumplidos los trece años y con una seguridad poco usual a esa edad, se inscribió resueltamente en la juventud del Partido Conservador. En 1964 se encontró entre los cientos de ciudadanos que acompañaron y vitorearon a Jorge Alessandri Rodríguez en su último y más famoso trayecto a pie, como había hecho de manera regular durante todo su mandato, desde La Moneda hasta su departamento de calle Phillips, promoviendo desde ese instante mismo su reelección. Jaime sabía, por los mensajes del exmandatario advirtiéndolos, que se avecinarían tiempos difíciles para la patria. Y éstos amenazaban incluso con desembocar en una crisis institucional de consecuencias imprevisibles, si no se ponía término de inmediato al generalizado vicio político chileno de ofrecer ilusiones irrealizables, basadas en ideologías foráneas, en las que la gente –especialmente la más modesta– hacía fe. Alessandri incluso interpeló a los más ansiosos aspirantes de la época a sucederlo en el sillón de O'Higgins: Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende Gossens, pero sabía también que eso –por lo mismo– no se detendría.

Guzmán participó luego, por algún tiempo, en el movimiento tradicionalista Fiducia, antes de adquirir la personalidad política propia que muy pronto le sería característica; firmó con ellos la inserción publicada en El Mercurio el 15 de mayo de 1965, por la que este movimiento representaba al presidente Frei su anunciada modificación a la garantía constitucional del derecho de propiedad, con el objeto de profundizar la Reforma Agraria.

Ese mismo año, Enrique Ortúzar –exministro de Alessandri–, convocó a Guzmán y otros jóvenes de la Universidad Católica para que trabajaran por una nueva candidatura de don Jorge. Allí Jaime conoció a Eduardo Boetch, quien intercedió para que, pese a su edad, se incorporara al exclusivo grupo de amigos que visitaba regularmente a Alessandri en su departamento de calle Phillips,

hábito que mantendría hasta la muerte del exmandatario.

A los veintiún años, Jaime Guzmán adquirió un pequeño departamento en Galvarino Gallardo, próximo a Pedro de Valdivia, a pocas cuadras de Providencia y de los entonces célebres Coppelia y Drugstore, transformados en lugares de encuentro habituales para el naciente movimiento hippie criollo, así como en canchas de batalla para sus enfrentamientos con quienes representaban su antítesis, los cadetes de la Escuela Militar. Son íconos de una época en la que Guzmán parecía no tener lugar, caracterizada por una generalizada reacción en contra de las jerarquías y un irrefrenable deseo juvenil por transgredir las tradiciones, que se manifestaba de manera más característica en el pelo largo y las estrafalarias vestimentas, como los pantalones a rayas y "pata de elefante", además de la progresiva liberalización sexual a que llevó la difusión masiva, en esa época, de la píldora anticonceptiva. Se podía ahora –según sus distribuidores– desligar la relación sexual de su sentido afectivo y reproductor, para transformarla en un medio de placer sin riesgos. Todo lo cual denotaba una incontrarrestable influencia cultural foránea: de forma evidente de EE.UU., y en alguna medida europea, sobre todo francesa, desde donde llegaban los ecos de multitudinarias manifestaciones.

Fue en ese difícil medio en que Jaime Guzmán empezó su labor de formar juventudes en torno a los principios éticos, morales y políticos que había asimilado a lo largo de toda su existencia. Recurrió para ello a coloquiales reuniones en su nuevo departamento, al estilo de aquellas a las que había concurrido muchas veces durante su infancia, en casa del "maestro" Jaime Eyzaguirre. Comenzaba Guzmán ya a manifestar entre sus iguales una irresistible tendencia a enseñar, conducir y liderar, en particular si con ello debía vencer tendencias generalmente seguidas, pero que él estimaba equivocadas, lo que le daba siempre a su trabajo un particular rasgo de heroísmo o elevación, aunque se tratara de las materias más cotidianas y contingentes. Más tarde continuaría estas reuniones en el departamento 31 de Carlos Silva Vildósola 1300, y finalmente en el de Hernando de Aguirre, por los cuales circuló gran parte de la élite política e intelectual de su tiempo, así como una cantidad innumerable de jóvenes y anónimos estudiantes de los más alejados extremos de Chile.

En 1970, le correspondió a Jaime Guzmán una participación activa e incansable en la segunda –y esta vez fallida– campaña presidencial de Alessandri, donde tuvo oportunidad de demostrar sus grandes condiciones de organizador y conductor. Emilio Sanfuentes había creado en 1969 el Centro de Estudios Socioeconómicos (Cesec), al alero del cual se preparó, a partir de ese año y a petición de don Julio Phillipi, el programa económico para la candidatura de Alessandri, con importante participación de Sergio de Castro, Pablo Baraona, Manuel Cruzat, Adelio Pipino, Javier Fuenzalida, Sergio de la Cuadra y Sergio Undurraga. Jóvenes economistas seguidores de la escuela de Chicago, quienes, a partir del análisis de datos recogidos en la Sociedad de Fomento Fabril, propusieron fuertes reformas liberalizadoras para Chile. Y para facilitar su comunicación con el candidato, Jaime Guzmán fue nombrado coordinador, cuya capacidad intermediadora se puso a prueba cuando, poco antes de las elecciones, surgieron serias discrepancias entre el grupo de jóvenes economistas y los más importantes asesores económicos de Alessandri: Ernesto Pinto Lagarrigue y Pierre Lehmann.

La intelectualidad económica del sector la lideraban a la fecha los ingenieros del viejo cuño, partidarios de las obras públicas y las políticas estatales de fomento a través de la Corfo, que por lo tanto leyeron con espanto el proyecto de libertad de precios y apertura al comercio exterior sin mediar proteccionismo alguno que proponían los audaces jóvenes. Cuando se sumaron al sector tradicionalista Ernesto Ayala, José Luis Cerda, Carlos Hurtado, José Luis Federici, Juan Braun y Tomás Lackington, la ruptura pareció inminente. Pero el joven Guzmán, manifestando desde ya el tacto, la paciencia y la capacidad conciliadora que demostraría a lo largo de toda su vida, logró limar asperezas e impedir un escándalo que habría perjudicado seriamente a Alessandri, “el hombre público chileno hacia el cual mayor admiración profesé y que mayor influencia ha ejercido sobre mí”.[16]

En realidad, no sólo el único político chileno que admiró Jaime, sino del cual recibió además su formación política y constitucional más importante, y quien, en alguna medida, ejercería sobre él la influencia de un verdadero padre.

CAPÍTULO 2

UNA OBSCURA MAQUINARIA

Jaime Guzmán era diferente de todos los políticos e intelectuales característicos del mundo latinoamericano. Carente de vicios y ambiciones económicas, nunca había desempeñado un cargo propiamente tal dentro del Gobierno Militar y, aun así, influyó más que todos los ministros con que contó ese régimen. Su aspecto intelectual, casi arquetípico, era también engañoso, ya que no era un gran lector de libros, aunque sí un ávido consumidor de periódicos. En todo caso, a muy temprana edad ya había leído todo lo que necesitaba saber, a pesar de ser escéptico del conocimiento político abstracto.

Su portentosa inteligencia –que era en realidad lo que expresaba su rostro–, se manifestaba en una honda sensibilidad social, una impresionante memoria de tipo personal, con la que provocaba gran admiración al saludar siempre y a todos por su nombre o cariñoso apodo, aunque hubiera coincidido sólo una vez e hiciera mucho tiempo con esa persona, y en un inusual brillo expositivo, que le permitía comunicar ideas complejas en un lenguaje sencillo y convincente. Si a lo anterior agregamos un trato cálido y llano, siempre con tiempo para escuchar al que quisiera hablar con él, como si no hubiera tenido nada más que hacer, junto con la sensación de superioridad que irradiaba tan pronto se cruzaban con él las primeras palabras, se explica la imagen de "intelectual" con que en Chile, tan dado a los estereotipos, era universalmente reconocido. Pero él, en realidad, era un hombre de acción. Y todas las que emprendía estaban encaminadas hacia una sola y gran meta final: cambiar a Chile. A Guzmán no le gustaba el país algo abúlico y decadente en que estábamos convertidos; quería otro que emergiera como un gran motor de desarrollo, capaz de entregar "igualdad de oportunidades" a todos los chilenos, de manera que aquel que menos tuviera, dispusiera sin embargo de lo suficiente como para buscar y obtener el máximo de realización personal que fuera capaz de proponerse.

Por eso cuando, encontrándose el país en plena democracia, el "Negro" y

“Emilio” ingresaron por la puerta principal del Campus Oriente de la Universidad Católica con el objeto preciso de asesinarlo, el país percibió que algo se encontraba absolutamente desestructurado dentro de nuestro sistema de convivencia. Que aún no se cerraba el paréntesis abierto en 1967, cuando el Partido Socialista legitimó doctrinariamente en Chillán la vía violenta de acceso al poder, eligiendo solo tres años después al presidente de la República Salvador Allende Gossens, dando con ello paso a un período en que se sucederían los atropellos y la “extralegalidad” como formas normales de gobierno. Y que esa visión, encapsulada a través del tiempo en pequeños grupos de fanáticos, sobrevivía.

Pero, ¿de dónde provino la orden?

¿De los agentes de la policía secreta de Pinochet? Basta recordar que Guzmán los había enfrentado desde el interior de ese mismo régimen, mientras desempeñaba –públicamente– un rol de adalid contra el terrorismo, según una tesis contenida en los documentos desclasificados por EE.UU. el año 2000,[17] según la cual los asesinos habrían pertenecido a una facción desmembrada del FPMR infiltrado por el general Manuel Contreras.

¿O provino de grupos terroristas, que quisieron enfrentar a su manera a quien se había transformado en su peor enemigo dentro del plano de las ideas y los proyectos legislativos?

¿O llegó del extranjero, una vez más? Quizás de Cuba, que necesitaba de forma urgente restablecer relaciones comerciales con Chile ante la caída de los socialismos reales que lo sostenían, y a lo cual Guzmán se opondría con toda la fuerza de sus grandes condiciones para las luchas épicas, que sería el carácter que inevitablemente le daría.

Y es que Jaime Guzmán contaba con numerosos enemigos, de todos los extremos, por idéntica causa: su férrea oposición a la violencia política.

El profesor había llegado esa tarde al Campus Oriente de la Universidad Católica, como todos los lunes, a dictar su clase de Derecho Constitucional, y al retirarse le sorprendieron dos individuos absolutamente ajenos al devenir universitario merodeando y husmeando en torno a su persona.

GREMIALISMO

Tanto en lo que refiere a su aspecto político como a lo económico y social, la década del 60 se caracterizó por un cuestionamiento general, donde los valores, las tradiciones, las costumbres, las practicas, los consensos políticos, las democracias y, en general, todo lo que había sido, amenazaba gravemente con dejar de ser. Por lo mismo, se transformó también en una década de proposiciones revolucionarias y de "ideas nuevas", aunque, en nuestro caso, ninguna de ellas fuera original y sus probabilidades de éxito muy remotas. Pero ¿a quién le importaba? A nadie. Porque fue también –al decir de un historiador– "el decenio de la ilusión",[18] y allí radicaba, precisamente, su encanto.

Mientras la hermosa música de Los Beatles invadía las últimas fiestas que se hicieron en las casas de familia, cuando aún no acostumbraban a terminar conjuntamente con las cortinas, cristales y muebles del que se atrevía a organizarlas, un nuevo sector de la juventud, convertido en una espontánea lluvia de "paracaidistas", adquiría progresivamente el hábito de dejarse caer hábilmente en ellas, en tropel, como bandas de maleantes. Las generaciones jóvenes chilenas experimentaban también su propio cambio fundamental, tan profundo y a mayor velocidad aún que el de las tradiciones políticas. Y como el lugar donde se hicieran las fiestas no era el problema, muy pronto se trasladaron desde los hogares a las emergentes discotecas, donde no existía ninguna de las restricciones de ingreso ni de ningún tipo que tanto molestaban en las casas particulares.

Las simpáticas chasquillas que viajaban desde Liverpool a los hogares del mundo con una aprobadora sonrisa general, fueron reemplazadas en los adolescentes varones por largas cabelleras, cintillos y "colas de caballo", que poco antes sólo se habían visto en las mujeres. Los adultos, que empezaron a fruncir el ceño con una ligera molestia, experimentaron una preocupación franca cuando sus frágiles hijas, educadas con esmero en estrictos establecimientos

religiosos, empezaron –apenas salían de ellos– a subirse el uniforme para transformarlos en provocadoras minifaldas; y casi simultáneamente conocieron la furia, al observar que las mismas empezaban a llegar de las discotecas a altas horas de la madrugada –cuando llegaban– o peor aún, al constatar que tomaban regularmente la píldora anticonceptiva y habían iniciado su vida sexual incluso antes de la hermosa ceremonia de graduación secundaria.

Difícil la inserción de una persona como Jaime Guzmán en una década como la de los 60, que constituyó para las sociedades desarrolladas, y desde luego para Chile, al que nunca ha dejado de afectarle todo lo que ocurra en cualquier parte del mundo, un período de la más profunda crisis. Y más aún dentro del marco latinoamericano que embriagaba a las juventudes, de todas las clases sociales, con el romanticismo de la revolución cubana y la aventura boliviana del "Che", mientras el continente se debatía entre la miseria o la ensoñación, la realidad o la esperanza, la dictadura –sea del proletariado o de los militares– o el desesperado y tardío salvavidas ofrecido por John Kennedy, para dar inicio desde Montevideo a su muy discutida "Alianza para el Progreso".

"¿Para el progreso de quién?", se preguntaban los de izquierda, ya que este plan sólo tenía por objeto evitar la influencia del eje Cuba-URSS en la región y, por lo tanto, más que defender la integridad latinoamericana defendía su poder de compra –que no era lo mismo–, y por esa vía, los intereses del propio EE.UU. "¿Alianza?" Cuestionaban los de derecha, al constatar que involucraba una masiva expropiación de latifundios, sindicados como el semillero de temidas revoluciones a la cubana, y la todavía más temida pérdida de influencia sobre el abandonado "patio de atrás", que tan imprevistamente había adquirido un molesto interés internacional. Pero, aunque se vio forzado a dictar una incipiente ley de Reforma Agraria, la recepción manifestada a su "alianza" por Jorge Alessandri, ya en las postrimerías de su mandato, fue suficientemente desvaída como para dirigir su atención y recursos, con más provecho, hacia su seguro sucesor.

¡Alianza para el progreso chileno y desde ahí para el resto de América Latina!,

parecía responder de forma enérgica el emergente abanderado del Partido Demócrata Cristiano, Eduardo Frei Montalva, cuya candidatura presidencial financió EE.UU. según comprobó mucho tiempo después el informe de la Comisión Church, del senado en ese país, y el embajador Edward M. Korry (1967-71).[19]

EE.UU. había elegido a Chile como punta de lanza de su nueva política para la región post-Fidel, precisamente por su relativa estabilidad frente al resto: después de todo, hasta antes del mundo bipolar, nadie había osado discutirle su influencia en el continente desde que Monroe espetó su famosa doctrina: "América para los americanos", que paulatinamente perdió su heroísmo para convertirse a los ojos de muchos en "América para los norteamericanos", un grito mucho menos sublime, que le generó con el tiempo un peligroso desencanto y desafección.

Este era el contexto internacional, y la ubicación de Chile dentro de él, cuando Jaime Guzmán inició su participación, desde la Universidad, en nuestra política contingente.

*

Directamente de los Sagrados Corazones a la Universidad Católica, siempre con la capilla a la mano, para no perder la costumbre de la misa y comunión diarias, Guzmán, de tan solo 16 años, llegó a estudiar Derecho tras haber desestimado por el momento la vida sacerdotal. Pero la mantendría latente a lo largo de toda su existencia, para cuando sintiera cumplida su misión en la vida civil. No obstante, en la universidad el joven Guzmán encontró un entorno que le permitiría realizarse integralmente como estudiante, como profesional y como persona, compenetrándose de tal forma con su misión educadora y formativa que dejaría en ese lugar sus mejores energías, primero como educando y muy luego como educador.

El joven esmirriado, de incipiente calva y gruesos anteojos de “mateo”, tenía sin embargo una extraordinaria capacidad de comunicación, y con ella hizo rápida y sincera amistad con un grupo amplio de condiscípulos, con la mayoría de los cuales se prolongaría para toda la vida. Entre otros, se encontraban Máximo Silva, Raúl Lecaros, José Joaquín Ugarte, Hernán Felipe Errázuriz, Jovino Novoa y especialmente Pola Valdés, quien, como el resto, respondió con gran empatía a su amistad, pero agregándole una particular comprensión hacia su persona, junto con un afecto cálido y tierno, rozando fuertemente en lo sentimental, cuyo recuerdo los conmovería a ambos para siempre.

Luego de confirmadas sus primeras impresiones y afinidades, el grupo se decidió a tomar ramos con los mismos profesores. Fue especialmente importante para Guzmán la cátedra de Derecho Constitucional con Enrique Evans, del cual se haría rápidamente su ayudante. Al cabo de muy poco andar, empezaron a quedar claras las fortalezas y debilidades de cada miembro del grupo, destacando en Jaime su despejada inteligencia y una extraña capacidad de coordinación entre múltiples y muy variadas actividades, así como su poderosa vocación por la docencia y, sobre todo, por la política. También le interesaba el deporte, pero una rápida observación a sus piernas flacas, torpes y tiesas, además de una galopante miopía que lo obligaba a convivir con dos pesados cristales anteponiéndose inevitablemente a su persona, debió ser suficiente para disuadirlo siquiera de intentar ejecutar alguno. Entre las principales debilidades de Guzmán estaba su timidez. Las fiestas, “malones” y “pichangas” de la época, y sobre todo los bailes en que tras una obscura nube de humo solían ser obligados a participar, con o sin su voluntad, todos los concurrentes, eran su pesadilla. Sólo Pola Valdés tenía la generosidad suficiente, que nunca olvidaría, para bailar con él al ritmo que sus torpes pies quisieran llevarlos, o para sacarlo de la pista hacia otro lugar, más tranquilo, y liberarlo del cruel bochorno.

Salvo por su admiración a Jorge Alessandri, el joven Guzmán se encontraba políticamente huérfano. Su temor de que la Universidad y, más ampliamente, las instituciones cristianas en general, sirvieran ingenuamente al propósito de los nuevos infieles, los marxistas, era algo que violentaba su espiritualidad tanto

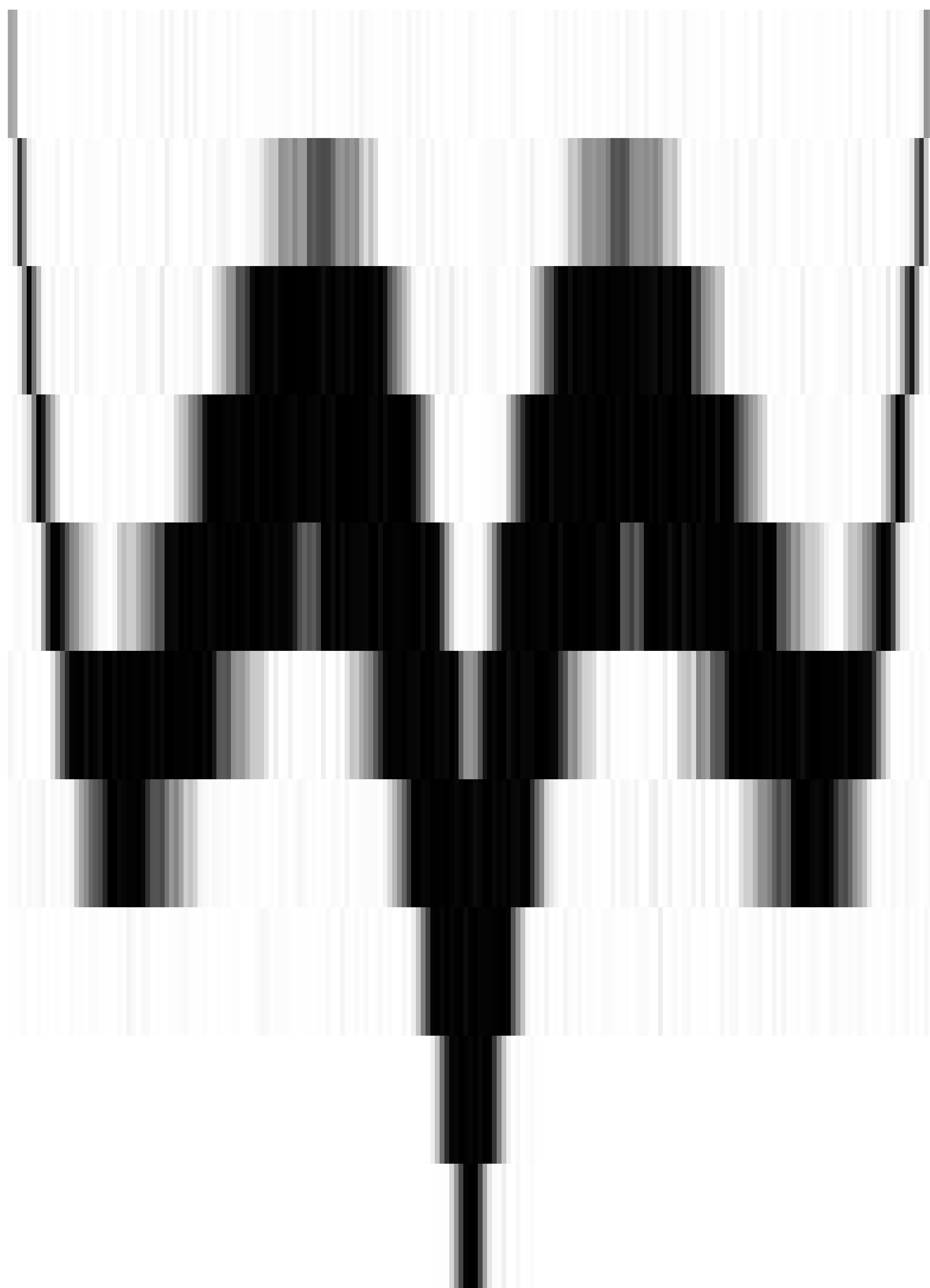
como su sensibilidad política. Especialmente cuando pudo comprobarlo con sus propios ojos, al detectar tempranamente la estrategia de sus adversarios, ya en plena ejecución, activando toda su capacidad de reacción para hacerles frente de inmediato. Y aunque tildado de “momio” y de pensamiento efectivamente conservador, la derecha chilena, en realidad, no lo identificaba, ni quería que lo identificaran con ella.

*

Y tenía razón. La derecha, como sector político, venía en declive desde su aparición, cuando la irrupción de Arturo Alessandri Palma, en 1920, como abanderado popular, produjo la unificación política del sector hasta entonces dirigente. Ésta se manifestó primero en la “Unión Nacional” de 1920, oponiendo a Alessandri la candidatura de Luis Barros Borgoño; luego, en la “Unión Patriótica” de 1925, levantando la fallida postulación de Ladislao Errázuriz y, por último –de los años 30 en adelante–, en un conglomerado informal pero característico, compuesto de dos partidos hasta entonces adversarios, el Liberal y el Conservador, que desde ese momento actuarían juntos, aunque sin entenderse mutuamente. Desentendimiento originario que los perseguiría para siempre. Había nacido así “la derecha” y sus traumas: actuar por reacción en lugar de proponer ideas nuevas, peleando con sus aliados en lugar de unirse a ellos y maximizar sus posibilidades. Cuando Jaime Guzmán llegó a la universidad, ambas circunstancias la habían hecho desaparecer del escenario político.



HABÍA NACIDO ASÍ "LA DERECHA" Y SUS TRAUMAS: ACTUAR POR REACCIÓN EN LUGAR DE PROPONER IDEAS NUEVAS, PELEANDO CON SUS ALIADOS EN LUGAR DE UNIRSE A ELLOS Y MAXIMIZAR SUS POSIBILIDADES.



La izquierda, en cambio –en parte por eso mismo–, venía experimentando el proceso contrario: un crecimiento constante desde los conflictos sociales originados en las salitreras del norte y reprimidos violentamente durante las primeras décadas del siglo XX. Se fortaleció aún más con la política económica de industrialización estatal que desarrolló EE.UU. para Latinoamérica, entre los años 1938 a 1975, con núcleo en sus centros urbanos: la denominada "estrategia de desarrollo hacia adentro", impulsada por la CEPAL, que arrastró hacia las ciudades a una importante cantidad de la población rural, con motivo de lo cual surgieron en torno a ellas los grandes cinturones de pobreza que más tarde desencadenaron los conflictos sociales modernos. Fue una consecuencia "de la ruptura del equilibrio económico entre el campo y la ciudad, provocada por una política económica que privilegió a la industria, actividad de localización preferentemente urbana".[20]

El crecimiento explosivo de la clase obrera en las ciudades fortaleció, a su vez, al sindicalismo, cooptado por partidos de izquierda, que supieron capitalizar el descontento denunciando desigualdades y reclamando –muchas veces con gran justicia– el mejoramiento en las condiciones de vida de sus representados. Este fenómeno profundizó el problema lejos de solucionarlo, ya que los diferentes gobiernos aumentaron sin límite el gasto público, muchas veces inorgánicamente, en su afán de dar respuesta a demandas sociales cada vez mayores, con el efecto agregado –y muy poco analizado– de empobrecer consecuencialmente a los sectores carentes de organización y, por lo tanto, de capacidad de presión; quienes, según Jaime Guzmán, eran los realmente pobres y abandonados del país, y a los cuales debía dirigirse con mayor énfasis la ayuda del Estado.

El proceso se desarrolló de manera tan desconcertante para la derecha, inmersa en sus eternos conflictos y personalismos, que perdió todo planteamiento de fondo para encarar el acontecer nacional, hasta que éste se le impuso de manera apabullante e irreversible. Peor aún, debido a su insistencia en el orden, la propiedad privada y el cumplimiento de la ley, más su oposición a que se dictaran leyes sin respaldo financiero –muchas de ellas de carácter social–, fue

fácil caricaturizar a sus representantes con la defensa de sus propios intereses, orquestándose hábilmente una campaña que les hizo perder ascendiente y credibilidad frente a los votantes, quienes por su parte actuaban cada vez menos comprometidos con el sistema vigente debido a la progresiva expansión del sufragio universal hacia sectores que nada recibían de él y que hasta ese momento estaban marginados de toda participación. Jaime Guzmán estimaba que aquí, precisamente, estaba la gran debilidad de nuestra democracia: "Los países que vieron advenir la sociedad contemporánea de masas con un grado suficiente de desarrollo integral, han tenido, frente a naciones como la nuestra, una indudable ventaja histórica para realizar el consiguiente tránsito de una democracia restringida a una democracia masiva, sin peligros graves para la estabilidad de ésta".[21]

Carente de candidatos, la derecha postuló en 1942 al general Carlos Ibáñez del Campo, básicamente por su considerable arrastre personal de votos. Pero un sector del partido Liberal encabezado por su enemigo personal, el exmandatario Arturo Alessandri Palma, apoyó a su oponente, el radical Juan Antonio Ríos, y éste, debido a esa división, resultó electo, perdiendo la derecha una de sus más importantes posibilidades de reconquistar el poder. Muerto el presidente Ríos en 1946 sin completar su período, la derecha tuvo una segunda y todavía mejor oportunidad de gobernar, que también desperdició y por el mismo motivo. El país evolucionaba claramente hacia ese sector político, por lo que se llamó a una gran convención para designar candidato, en la que se perfilaron como posibles, por los liberales, nuevamente Arturo Alessandri Palma, su hijo Fernando, Francisco Bulnes Correa y José Maza Fernández; por los laboristas se presentó Jaime Larraín García Moreno, y por el ala conservadora el candidato fue el Dr. Eduardo Cruz-Coke. La convención de derechas –se decía– no designaría candidato, sino presidente. Pero no fue así. Alessandri cerró el paso a cualquier candidatura liberal que no fuera la suya o la de su hijo, los conservadores no aceptaron ninguna otra que la de Cruz-Coke y ambos partidos se negaron categóricamente a la de Jaime Larraín; en definitiva, fueron a la elección con dos candidatos: los liberales con Fernando Alessandri y los conservadores con Eduardo Cruz-Coke, obteniéndose el único resultado posible: ganó Gabriel González Videla, apoyado por los comunistas, que sacó menos votos que los liberales y los conservadores juntos.

Desde entonces, las banderas de la vieja derecha fueron solamente las de oponerse a los avances de la izquierda. Ya no ofreció más horizontes constructivos para el país, sino que se limitó a impedir la destrucción que, para ellos, se estaba incubando en Chile por sus adversarios. Tanto las presidencias de Carlos Ibáñez en 1952 como de Jorge Alessandri en 1958, constituyeron los diques independientes que la ciudadanía buscaba frente a los desbordes de la politiquería y los riesgos de la izquierdización. Sin embargo, ninguno encarnó un proyecto de largo alcance y con perspectivas de futuro, a pesar de los esfuerzos personales pero fracasados de Jorge Alessandri por adoptar medidas institucionales rectificadoras a través de reformas que, al final, no prosperaron. Más aún, en la elección presidencial de 1964 la derecha renunció, simplemente, a llevar candidato, como única forma de impedir que ganara Salvador Allende.[22]

La postrera formación del Partido Nacional, a fines de la década del 60, bajo la conducción original de Víctor García Garcena y luego del pratista Sergio Onofre Jarpa, a partir de las ruinas de los destruidos Partido Liberal y Conservador, no logró concitar posibilidades ciertas de oponerse al avance apabullante de la izquierda, dentro de un contexto internacional que la favorecía ampliamente. La derecha, se hallaba completamente agotada como proyecto político.

Pero, de ese cuadro polarizador que entrañaba en ciernes un cambio intenso y profundo en el funcionamiento de nuestro cuerpo social, ya habían surgido el Partido Comunista, el Socialista y la Falange Nacional, esta última escindida del Partido Conservador y, más tarde, transformada en el Partido Demócrata Cristiano, que prosperó presentándose como la alternativa democrática para el violento cambio económico-social que postulaban los dos primeros. Todos constituían los llamados partidos “ideológicos” o “doctrinarios” que –como bien recuerda Bernardino Bravo Lira–, más que militantes “buscan adeptos para una ideología”.[23]

*

El joven Jaime Guzmán, a pesar de sus fuertes vinculaciones familiares con los antiguos Partidos Conservador y Liberal, merced a su poderoso sentido de la realidad y visión de futuro, comprendió desde el primer momento la necesidad imperiosa de desarrollar una labor fundacional, sobre bases completamente nuevas, lo más alejadas posible tanto de los vicios que caracterizaban a la politiquería chilena como de los traumas y personas que habían hecho naufragar a la "derecha" dentro de ella.

El gremialismo surgió de esa visión. Partió por impedir que la Universidad Católica permitiera que, dentro de su seno, operaran disfrazada pero eficazmente los propios adversarios de la fe católica, proyectándose desde allí hacia la Iglesia chilena en general. Porque, con miras a la elección presidencial de 1970, Allende manifestó a sus partidarios la necesidad de obtener el apoyo de algunos sectores cristianos, al percibir en el catolicismo uno de los diques infranqueables de sus pasadas campañas por la primera magistratura. Aparecieron de esta forma los "Cristianos por el Socialismo" (antes "Iglesia Joven"), bajo la conducción del sacerdote jesuita Gonzalo Arroyo, dentro de cuyo proceso se enmarca la ocupación de la Universidad Católica de Valparaíso, el 21 de junio del 67, por estudiantes encabezados, entre otros, por Raúl Allard y Alejandro Foxley, así como la toma de la Casa Central de la Universidad Católica de Santiago por su Federación de Estudiantes (FEUC), que a la sazón dirigía el democratacristiano Miguel Ángel Solar, y en la que Jaime Guzmán tendría su bautizo en combate.

Dicha toma prometía un éxito fácil. Pero, en contra de todo lo predecible, poco después de iniciada llegaron hasta el plantel grupos de estudiantes de agronomía y derecho encabezados por Jaime Guzmán, Gerardo Arteaga, Juan Luis Bulnes, Julio y Diego Izquierdo, Sergio Gutiérrez Irarrázabal y Jaime Correa, quienes ante la completa inmovilidad de las autoridades, habían decidido entrar en el mismo terreno de los agresores y oponerse por la fuerza a la medida de fuerza. Ingresaron por la puerta de Marcoleta, donde fueron recibidos violentamente por los partidarios de la FEUC, dirigidos por Fernando Lara, Carlos Montes y Harry Evans, trabándose ambos grupos en una prolongada riña, mientras en el edificio del frente, donde se ubicaba la Escuela de Sicología, estudiantes de Derecho se enfrentaban al grupo "Espartaco" –del pedagógico de la Universidad de Chile– y a miembros del MIR, con Miguel Enríquez a la cabeza, que concurrieron en

apoyo de la FEUC.

Finalmente, los recién llegados fueron rechazados y la FEUC continuó su ocupación por once días más; pero ya no fue lo mismo. La noticia ahora no eran ellos, sino la existencia de un grupo de estudiantes que no solo manifestaba su resolución de actuar en contra de la politización de la universidad, sino que demostraba en los hechos su voluntad y capacidad de hacerlo. Pertenecían a un movimiento nuevo, original y contestatario, autodenominado “gremialista”.

Sin orgánica aún, los gremialistas habían surgido pocos años antes, por iniciativa de algunos estudiantes de Derecho de la misma Universidad Católica, entre los que destacaban Jaime Guzmán –ideólogo y principal impulsor–, Manuel Bezanilla, Sergio Gutiérrez, Arturo Yrarrázabal, Alfredo Foster, Raúl Lecaros y Hernán Larraín. Les preocupaba la fuerza que dentro de su medio adquiría el proceso ideologizador de la época, por lo que en marzo de 1967 habían emitido una Declaración de Principios, que firmaron además Jovino Novoa, José Joaquín Ugarte, Maximiano Errázuriz, Jaime Náquira, Eugenio Guzmán y Juan Pablo Bulnes. En dicha declaración se expresaba, como base fundamental de su pensamiento, que “la naturaleza de la universidad es ajena a cualquier concepción ideológica o política, porque tiene como causa su propia y específica finalidad, que es universal y permanente”.[24] Esa finalidad estaba constituida por el conocimiento y la difusión de la verdad, que hacían de la investigación y de la docencia los objetos básicos del quehacer universitario. “Por lo tanto, el movimiento Gremial –concluían– rechaza categóricamente la existencia de una idea socialista, democratacristiana o nacional de la Universidad”.[25]

Jaime Guzmán, que era autor de esos escritos, había aprendido y hecho suyos los conceptos de autonomía e independencia universitarias de académicos como Godofredo Iommi, Rafael Gandolfo, Oscar Godoy y, probablemente, Juan de Dios Vial Correa, que eran quienes los sustentaban entre el profesorado.

*

Los acontecimientos de agosto de 1967 popularizaron especialmente a los gremialistas, al transformarlos en el primer grupo de universitarios que se oponía de manera pública, doctrinaria y en el terreno mismo, a la instrumentalización de las aulas para fines político-partidistas. Lo cual significaba, de conseguirlo, frustrar desde la raíz esta nueva estrategia de la izquierda que buscaba asegurar su acceso al poder. Los hechos que siguieron a estos disturbios los hicieron aún más famosos, porque el 20 de agosto la Santa Sede designó al Cardenal Arzobispo de Santiago, monseñor Raúl Silva Henríquez, como mediador y plenipotenciario para resolver la disputa en la Universidad Católica. Este, al día siguiente, propuso una fórmula de solución y dio por superado el conflicto. Pero el rector, Monseñor Alfredo Silva Santiago, estimando que dicha proposición cedía solo en beneficio de los dirigentes de la FEUC y que, por lo tanto, quebrantaba seriamente el principio de autoridad, no sólo no lo suscribió, sino que renunció a su cargo. Se generó luego una fuerte pugna por su sucesión, a la que sólo se pondría término bastante más adelante, el 07 de septiembre de 1969, con el nombramiento desde el Vaticano de Jaime Castillo Velasco en su reemplazo. Debido a ello, a fines de 1967, los gremialistas tuvieron la osadía de presentar a Jaime Guzmán –su líder principal– como candidato a la FEUC, postulando la neutralidad política de la universidad en medio de la vorágine ideologizadora y violentista de la época –como medio siglo antes había intentado monseñor Crescente Errázuriz, respecto de los sacerdotes y la Iglesia misma, en un ambiente de politización equivalente–. Guzmán fue derrotado escasamente por Rafael Echeverría, el candidato oficialista perteneciente al Partido Demócratacristiano, pero el porvenir se les presentó auspicioso a los gremialistas debido a las preferencias obtenidas por Guzmán, que constituyeron una esperanza cierta de triunfos futuros.

Las tensiones estudiantiles presagiaban ya los difíciles tiempos que se avecinaban, así como la pérdida progresiva de las tradicionales virtudes democráticas, incluso por las más altas autoridades nacionales. Como ejemplo, en octubre de ese año el gobierno de Frei prohibió por vía administrativa la circulación del libro Frei, el Kerensky chileno, escrito por un dirigente brasileño de Fiducia, lo que preanunciaba –y en alguna medida legitimaba– los graves atentados a la libertad de expresión que se sucederían más adelante. Por su parte, el nuevo rector de la UC, que llegó con el propósito de activar la reforma

universitaria promovida por la FEUC, organizó el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), dirigido por los reformistas José Joaquín Brunner y Manuel Antonio Garretón, frente a lo cual Jaime Eyzaguirre formó otro, con la mira final de proveerse un espacio de reflexión permanente a través de una publicación periódica, como consecuencia de lo cual surgiría finalmente de la imprenta de Hermógenes Pérez de Arce la revista Portada, dirigida por Gonzalo Vial, donde –entre otros– empezaron a escribir Julio Phillipi, Guillermo Bruna, Jaime Martínez Williams, Ricardo Claro Valdés, Alejandro Silva Bascuñán, Hugo Tagle Martínez y Jaime Guzmán, a los que más tarde se agregaron otros tantos, casi todos discípulos del "maestro" Eyzaguirre, cuyo esfuerzo se vio trágicamente frustrado por su fallecimiento en un accidente automovilístico en septiembre de 1968.

La base de los gremialistas, ya suficientemente consolidada, les permitió al año siguiente organizarse en toda la universidad. Bajo la dirección de Ernesto Illanes, de Economía; Hernán Larraín de Derecho; y Juan Manuel Fuenzalida de Construcción Civil, adquirieron vigencia permanente. Su perseverancia les permitió reeditar el enfrentamiento de agosto del año anterior, ahora en el plano electoral, planteando los comicios estudiantiles que se realizaron el 24 de octubre de 1968 como una redefinición de los acontecimientos relativos a la toma de la Casa Central, que significaron la renuncia de Monseñor Alfredo Silva Santiago. Una verdadera revancha, en la que se midieron nuevamente los protagonistas de esos hechos, organizados ahora en el "Movimiento 11 de Agosto" por un lado y el "Movimiento Gremial" por el otro, postulando este último a Ernesto Illanes para la presidencia de la FEUC. La contienda, por cierto, fue apasionada, particularmente por todo lo que se jugaba en ella, y tuvo lugar en un ambiente de violencia creciente. El día 11 de agosto, más aún, para conmemorar la toma de la Casa Central ocurrida el año anterior y preparar el ánimo electoral, los que habían sido sus protagonistas, en un acto de audacia sin límites, se tomaron ahora la Catedral de Santiago, colgando entre sus torres un lienzo con el texto "Por una Iglesia junto al Pueblo y su Lucha", obteniendo de esta forma un nuevo símbolo.

El eventual triunfo del "Movimiento 11 de Agosto" en la Federación de Estudiantes, que sería el paso siguiente, provocaría sin duda al interior de la

comunidad cristiana una señal de renunciamiento, desde el seno mismo de una de las principales instituciones eclesiásticas, el cual facilitaría enormemente el establecimiento del socialismo en Chile. De hecho, algunos de los dirigentes de ese movimiento, perfilando mejor su postura incluso frente a ellos mismos, se habían alejado de la Democracia Cristiana para incorporarse al naciente MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria), más próximo a las posiciones marxistas y llamado a consolidarse con la victoria casi segura en las próximas elecciones estudiantiles.

Sólo que en ellas, contra toda previsión y aparente lógica, ganaron los gremialistas.

*

El doblegamiento –hasta ahora fácil– de la ley y la autoridad, había sufrido un serio traspié. Y su derrota no provenía de la fuerza pública, del orden establecido ni de las viejas estructuras "burguesas o capitalistas" que combatían, sino de los propios estudiantes; aquellos en cuyo nombre se hacía la revolución estudiantil y se promovía la siguiente, a nivel nacional, lo que la elevaba al rango de la mayor gravedad para sus organizadores.

Por ello la FEUC no aceptó la derrota, generándose disturbios que se prolongaron hasta avanzadas horas de la noche. Debido a eso, mientras la directiva saliente sostenía una tensa reunión en su exsímbolo, la Casa Central de la Universidad Católica, los gremialistas se encaminaban triunfantes hasta ese mismo lugar, para exigir su reconocimiento. Hasta que al amanecer, con la Canción del Adiós entonada por los nuevos dirigentes resonando por los aires, los antiguos directivos debieron hacer abandono del lugar, cruzando por entre los recientemente electos, en dirección hacia sus hogares. Transitaron, entre otros, Miguel Ángel Solar, Juan Gabriel Valdés, Rodrigo Egaña, Fernando Lara y Enrique Correa Ríos, presidente este último de la juventud democratacristiana y quien –se dice– al pasar frente a los gremialistas les habría comentado: "Esto les

costará más de cien fundos”.

No obstante, dada su importancia, apenas pudieron los antiguos dirigentes de FEUC desconocieron nuevamente la elección de Ernesto Illanes, promoviendo la realización de un plebiscito para deslegitimar, desde el propio estudiantado, el resultado de las urnas. Pero en éste –que se realizó en abril de 1969–, Illanes fue ratificado. Y con él a la cabeza de la FEUC el gremialismo empezó a participar activa y eficazmente en el debate por la reforma universitaria, que constituía el punto de discusión más álgido de la época, dando incluso a conocer una propuesta propia, alternativa a la oficial, denominada “Por una Reforma Universitaria Seria e Independiente”. En ella insistían tanto en el propósito de despolitizar a la universidad, como en la necesidad de reconocer en la casa de estudios una finalidad que emanaba de su propio ser, porque lo contrario –redactaba Jaime Guzmán–: “tiene como lógica consecuencia el ponerla al servicio de grupos foráneos a ella, determinándole y delimitándole según su utilidad, su campo de acción”.[26]

Dos importantes reflexiones ha dejado Jaime Guzmán sobre todo este episodio: “Solo deseo dejar constancia de que nuestra lucha no era específicamente en defensa del ‘antiguo régimen’, sino del respeto a los nuevos estatutos que la Universidad acababa de aprobar precisamente en 1967 y que implicaban el término del rectorado de Monseñor Silva Santiago a fines del mismo año, abriéndose paso a las posibilidades de una renovación universitaria necesaria y fecunda, por cauces pacíficos, jurídicos y –sobre todo– respetuosos de la naturaleza jerárquica de la Universidad… A su vez, lo que el movimiento estudiantil de la ‘toma’ pretendía era asestar un golpe simbólico al corazón de toda jerarquía, lo cual resultaba idóneo para desatar la fuerza revolucionaria que lo inspiraba. Ese era el verdadero motivo de no esperar cuatro meses hasta la culminación reglamentaria de aquel rectorado. Las revoluciones destructoras necesitan derribar símbolos y actuar con drasticidad psicológica para aplastar todo ánimo de resistencia”.[27]

En 1970 Illanes fue sucedido por Hernán Larraín en la Federación de Estudiantes

de la Universidad Católica. Su gestión marcó un hito al publicar en El Mercurio cuatro denuncias sucesivas sobre la situación interna de la universidad, que terminaron por provocar la renuncia a su cargo del rector Castillo Velasco, aunque “con elástico” –como el ingenio popular ha llamado con acierto a este tipo de retiros–, ya que volvería muy luego a ocuparlo nuevamente como si jamás lo hubiera abandonado.

*

Jaime Guzmán, pese a su escasa edad, participó activamente en la campaña presidencial del año 1970, destacando como hábil dirigente de la candidatura de Jorge Alessandri y dando forma al sector “alessandrista independiente”, que dirigió la campaña en competencia interna con el Partido Nacional, algo más lejano al candidato. El triunfo de Allende, no obstante, coincidió con la elección de una nueva directiva gremialista en la FEUC, encabezada esta vez por Tomás Irarrázabal e integrada además por Raúl Lecaros, Miguel Kast, Jaime Grisante, Hernán Larraín, Eduardo Rodríguez, Luis Monje, Blanca Arthur, Cecilia Sommerhof y Andrés Valdivieso. Las ideas gremialistas –en ese entorno– no tardaron en dejar las aulas universitarias para establecerse en otras organizaciones, como las laborales, donde vinieron a poner término al dramático aislamiento de los dirigentes que resistían la penetración partidista como podían. “El gremialismo –se difundía con ese propósito en 1971– es una corriente de pensamiento que lucha por la despolitización de todos los organismos intermedios entre el hombre y el Estado, es decir, de todas aquellas agrupaciones en que los seres humanos se reúnen en razón de su vecindad, de su trabajo o de su función dentro de la sociedad”.[28] Por lo tanto –agregaba–, el gremialismo “propicia la despolitización de los sindicatos, de las agrupaciones gremiales estudiantiles, de los municipios, de los colegios profesionales, de los centros de madres, de las juntas de vecinos, etc.”.[29]

Estos y otros textos empezaron a hacerse habituales en el debate político diario y, con ellos, el pensamiento de Jaime Guzmán, que era su redactor e inspirador. Los gremialistas fueron reelegidos sucesivamente y por largos años en la

presidencia de la FEUC, y ya hacia finales de la Unidad Popular se habían arraigado poderosamente también en otras universidades, como la de Concepción, cuna del MIR, donde los gremialistas llegaron a obtener resonantes triunfos. Más tarde constituiría, además, un importante semillero para el nombramiento de casi todos los alcaldes designados por el régimen militar surgido en 1973, sirviendo de base, de esta forma, para la más profunda reforma que se haya efectuado al régimen municipal chileno.

Aparte de ellos, muchos son los profesionales que hoy ocupan importantes posiciones en la vida nacional, ya sea en el área pública o privada, que hicieron sus primeras y a veces únicas armas en la política chilena a través del Movimiento Gremial creado por Guzmán.

CAPÍTULO 3

EL CAMINO DE LA VIOLENCIA

La brutal “guerra política” –que terminó con la vida de Jaime Guzmán– se inició antes del Gobierno de Salvador Allende, fue desencadenada durante éste, prolongada a lo largo de todo el Gobierno Militar y continuada después de la vuelta a la democracia, incluso con las instituciones republicanas funcionando regularmente. Guerra subterránea y para muchos desconocida que cobró fuerza a través del tiempo, particularmente cuando el Gobierno Militar consolidó sus triunfos económicos y jurídicos, como el plebiscito de 1978 y, sobre todo, la Constitución de 1980 (influyendo de forma determinante Jaime Guzmán en su redacción al interior de la Comisión Ortúzar). Todo lo cual era percibido por la extrema izquierda como la proyección definitiva y, tal vez –lo que menos aceptaban–, exitosa, del propio régimen de facto.

El brillante profesor era visto con justicia como uno de los principales responsables del éxito económico del Régimen Militar, de su sostenimiento jurídico y, en especial, de la exitosa difusión a lo largo y ancho del país de la tesis según la cual la democracia había sido destruida por Allende –el presidente que para la opinión mundial había muerto por ella–, y se encontraba en restablecimiento debido a la obra de su sucesor, el general Pinochet –quién en el juicio internacional había sido precisamente su destructor–.

Las extrañas y violentas colisiones entre grupos diversos, que se venían tensionando de manera oculta por los sectores ubicados en la periferia del espectro político chileno, habían nacido durante el Gobierno Militar con el conflicto entre la DINA y el MIR, inmediatamente después del 11 de septiembre de 1973. Provocaron la muerte del intendente de Santiago, Carol Urzúa, por una bomba puesta en su automóvil, a raíz de la acción terrorista de Miguel Enríquez y su grupo. Y tuvieron el año 1985 una importancia fundamental, cuando el clandestino PC –cuyas actividades eran seguidas de cerca por las organizaciones de inteligencia del régimen militar– fue víctima de un cruento y sórdido atentado

que impactó violentamente a la conciencia colectiva chilena: un día cualquiera para la mayoría, aparecieron degollados sus activos dirigentes José Manuel Parada, Manuel Guerrero y Santiago Mattino. Después de esto, los miembros del Partido Comunista Chileno empezaron a cuestionar seriamente la política militar de su partido.

El año 1986 fue denominado por la izquierda extrema como su “año decisivo” y, efectivamente, podría haberlo sido: en los primeros meses los organismos del Gobierno Militar descubrieron en las playas de la Región de Atacama (Carrizal Bajo) un ingreso clandestino de armas cuyo propósito era generar un enfrentamiento masivo en el país, con lo cual la insurrección, que hasta esa fecha venía cosechando importantes triunfos, tambaleó. Los acontecimientos empezaron a acercarse al límite que podían llegar. Por un lado, el régimen se esforzaba en demostrar con hechos concretos la necesidad de mantener su aparato represivo, por lo que inició una amplia campaña publicitaria en contra del FPMR que lo impulsó, a su vez, a tomar decisiones todavía mucho más audaces.

Pero el extremo al que habían llegado las cosas dejaba a los subversivos pocas posibilidades de encontrar una represalia equivalente al perjuicio recibido, por lo que decidieron jugarse el todo por el todo en una acción final, imposible de superar en audacia y resultado político: el asesinato del general Pinochet.

La emboscada, hábilmente planificada, se produjo durante el regreso de su parcela ubicada en la zona de El Melocotón, en una locación largamente estudiada, y causó la muerte de cinco de sus guardias personales, conmocionando hasta las fibras más profundas de todos los chilenos. Sin embargo, el gobernante –cuyo vehículo blindado se vio envuelto bajo fuego de metralleta y artillería– salvó físicamente ileso, al igual que su nieto que viajaba junto a él y a quién protegió con su propio cuerpo.

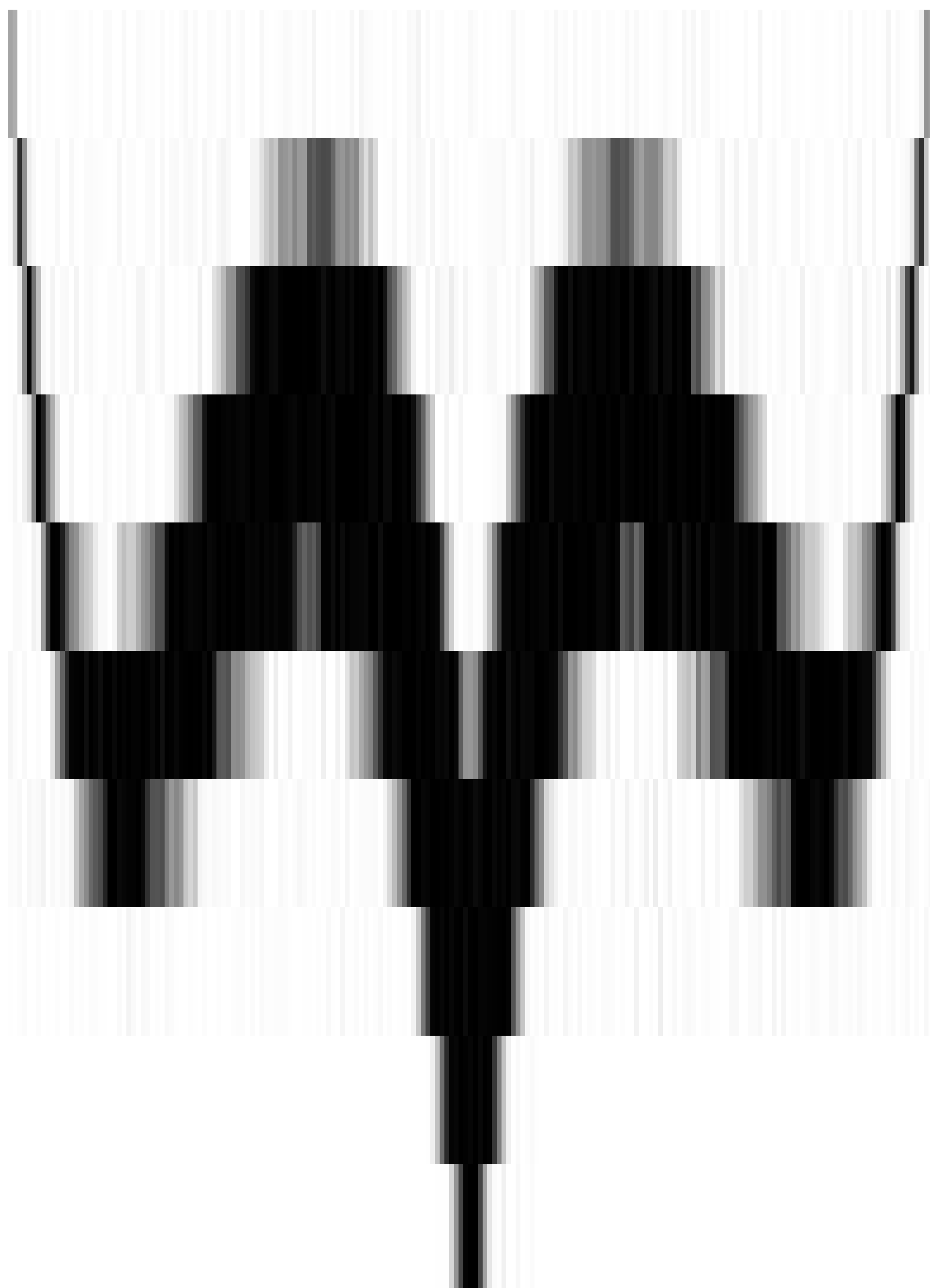
LA VÍA “DEMOCRÁTICA” AL SOCIALISMO

Según datos del economista Andrés Velasco,[30] Chile tuvo bajos rangos de crecimiento durante gran parte del siglo XX, como el 2,9 % de la primera década, que llegó a 0,74 % en los años 30, manteniéndose todavía hacia los 70 en un escuálido 2,1 %. De allí que al finalizar la década del 60 aún existieran importantes sectores sin posibilidad de acceder a los beneficios del sistema, que apenas lograron el sufragio se embarcaron con razón en cualquier aventura política que les significara al menos la esperanza de tiempos mejores. Ese fue en gran parte el electorado que en 1970 eligió a Salvador Allende.

Mirado con la perspectiva del tiempo, no obstante los 160 años de vida independiente, el triunfo de la Unidad Popular desde una minoría ciudadana fue producto de nuestra inmadurez democrática. Así se explica que con sólo el 36,6 % de los votos, en medio de una gran incertidumbre y acusaciones de fraude –más tarde respaldadas por el propio Jorge Alessandri–, Allende hubiera alcanzado el poder promoviendo un amplio programa de reformas inspiradas en el marxismo, sin haber leído jamás a Carlos Marx. Y que a su minoritario respaldo popular agregara un acuerdo oligárquico entre la DC y los partidos de izquierda, resultando finalmente que en un país donde menos del 7 % de la ciudadanía tenía militancia política, terminara siendo la directiva de uno de éstos (DC) –cuyos militantes además votaron por otra persona– la que lo llevó al poder, para que intentara reemplazar con alrededor del tercio de las voluntades nacionales el modelo social, político y económico que los dos tercios restantes querían mantener.



EN UN PAÍS DONDE MENOS DEL 7 % DE LA CIUDADANÍA TENÍA MILITANCIA POLÍTICA, TERMINÓ SIENDO LA DIRECTIVA DC LA QUE LLEVÓ AL PODER A SALVADOR ALLENDE, QUIÉN INTENTÓ REEMPLAZAR CON ALREDEDOR DEL TERCIO DE LAS VOLUNTADES NACIONALES EL MODELO SOCIAL, POLÍTICO Y ECONÓMICO QUE LOS DOS TERCIOS RESTANTES QUERÍAN MANTENER.



Cosas de la política chilena, que obligaron a Allende a gobernar desde la "extralegalidad", en un entorno donde la polarización internacional generada por la Guerra Fría y la disolución moral de partidos y dirigentes a que condujo ya habían socavado suficientemente el terreno. Porque los procedimientos paralelos o "extralegales" no eran nuevos en Chile. Venían gestándose desde antiguo, sólo que ocultamente, corroyendo desde sus bases el sistema formalmente democrático del que sentíamos generalizado orgullo. Intuida más que probada, desde mucho tiempo la "intervención imperialista" venía manifestando su presión y atractivo para los partidos y dirigentes políticos locales. Trascendida con ese carácter, se sospechaba que ya en la Segunda Guerra Mundial la Comisión Rockefeller simplemente distribuyó fondos entre los parlamentarios chilenos para obtener un cambio en su favor de la política de neutralidad que nuestro país había mantenido sabiamente hasta 1943. Por cierto lo logró, pero a un costo mucho mayor y que a nadie importó: Chile fue obligado a vender el estratégico cobre a los EE.UU. a precios considerablemente menores que los del mercado internacional, perdiendo millones de dólares. La actitud exactamente contraria a la que ese país había tenido y tendría después con el nuestro, las veces que fuimos nosotros los que enfrentamos conflictos internacionales.

El sometimiento de líderes y partidos políticos chilenos a las grandes potencias internacionales ha sido uno de los más obscuros y desconocidos episodios de la vida pública nacional. Pero los modernos sistemas de investigación, facilitados por los profundos cambios ocurridos en el mundo, parecen llamados a depararnos sorpresas desagradables. Una prueba relevante ha surgido de los documentos desclasificados por la CIA y el Departamento de Estado norteamericanos el año 2000,[31] arrojando alguna luz sobre hechos hasta ahora solo supuestos, e impactando a la comunidad nacional por la confirmación –con la reserva que pueda generar la fuente– de sobornos y otras formas de pagos ofrecidos, aceptados y a veces hasta solicitados por partidos y connotados políticos del país. Como el extraño caso de Radomiro Tomic quién, según una conferencia del exembajador de EE.UU. en Chile, Edward Korry, habría girado "cheques a fecha para financiar su campaña", los que aparecieron durante el proceso de nacionalización de los bancos por el régimen de Allende, utilizándolos "como un arma intimidatoria para que los democratacristianos se alinearan con la UP. Los detalles de este caso están muy bien documentados –

continúa el embajador– en los cables de la embajada, por cuanto un desesperado PDC nos solicitó cancelar las deudas pendientes de Tomic...”.[32] Como puede verse, la historia recién comienza pero ya amenaza con sorpresas ingratas. Por el otro lado, las investigadoras rusas Olga Ulianova y Eugenia Fediakova, “cuya fuente es el Sistema de Archivos de la Federación Rusa, detallan (en Revista del Centro de Estudios Públicos Nro. 72) los fondos por más de 13 millones de dólares entregados por los soviéticos en diferentes años al Partido Comunista chileno”.[33]

De manera que la administración de Allende no fue el inicio de la progresiva “extralegalidad” de la época, sino más bien su culminación y rostro más visible. Incluso su candidatura y la actitud del propio Allende en su interior descansaban ya sobre una base extralegal, desde que formaban parte de un proyecto declaradamente violentista, decidido así por el Partido Socialista en el Congreso de Chillán de noviembre de 1967. En él, el socialismo chileno llegó entre otras a las siguientes conclusiones:

La violencia revolucionaria es inevitable y legítima... Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico y a su ulterior defensa y fortalecimiento. Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del Estado burgués, se puede consolidar la revolución socialista... Las formas específicas o legales de lucha (reivindicativas, ideológicas, electorales, etc.) no conducen por sí mismas al poder. El Partido Socialista las considera como elementos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada”.[34]

Llama poderosamente la atención que habiendo asistido a este Congreso, siendo su más probable abanderado en las próximas elecciones presidenciales y ante un tema de tanta trascendencia, no hubiera tenido Allende la influencia suficiente como para revertir la opinión favorable que se manifestó a la vía violenta, o al menos –si verdaderamente no la compartía–, para dejar constancia de su oposición, aunque hubiera sido minoritaria. Pero era parte de su doble estándar para alcanzar el poder. Porque Allende dirigía en Chile la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), organismo creado por Fidel Castro

para promover la revolución cubana en el continente como un derecho y un deber de los latinoamericanos. Claramente, entonces, estaba cohonestando con su omisión el objetivo violentista perseguido, que contaría desde entonces con su aprobación tácita y desencadenante, al menos como el paso inmediatamente siguiente al de su propio gobierno. La otra fuerza política de importancia que apoyó a Allende en 1970 (aparte del MIR, que propugnaba el cambio violento e inmediato, pero que no integraba formalmente la U.P.), fue el Partido Comunista. Y éste no estimaba factible llegar al socialismo sin la dictadura previa del proletariado, según expresaría más tarde su secretario general: "…No compartíamos por ejemplo, su criterio [de Allende] según el cual nuestra vía revolucionaria constituiría un segundo modelo de realización del socialismo excluyendo o haciendo innecesaria la Dictadura del Proletariado en una determinada etapa del período de transición".[35]

*

Cuando al anochecer del 04 de septiembre de 1970 se empezó a sospechar, con visos de certeza, el probable triunfo de Allende, en algún lugar de Santiago se empezaron a reunir los principales líderes de la derecha –con rostro de pánico– para analizar los posibles cursos de acción. Jaime Guzmán fue a la casa de su amigo Guillermo Arthur, siendo tal vez el único que no cayó en la psicosis del momento; jamás pensó vender lo que tenía, refugiarse o arrancar. Internamente reflexionaba ya sobre la estrategia más conveniente para hacer frente a la marea revolucionaria extralegal, que ahora en el poder, muy pronto inutilizaría el aparato del Estado como instrumento para una oposición eficaz. La ciudad y el país estaban tensos, y en los siguientes días muchos chilenos vendieron automóviles e inmuebles a vil precio para marcharse a como diera lugar del futuro enclave marxista.

Por su parte, la experiencia de la campaña presidencial trajo para Jaime Guzmán efectos y afectos que durarían para siempre. Uno de los más importantes para él estuvo en la sincera y duradera amistad que, no obstante la diferencia de edad, adquiriría con Jorge Alessandri, al extremo que el retraído expresidente y

excandidato lo hizo merecedor de un honroso cupo en el pequeño círculo de invitados a las onces de la “Chacra de Malloco”,[36] que ofrecía todas las semanas. Se integró así a un selecto grupo de comensales constituido por Elena Larraín viuda de Droguett, Arturo Matte Larraín y Sra., Ernesto Pinto Lagarrigue y Sra., Hugo Rosende Subiabre y Sra., Eduardo Boetsch García-Huidobro y Sra., entre otros conocidos actores de la vida pública de la época.

Jorge Alessandri había declarado durante su campaña que quien sacara un voto más sería el presidente de Chile, lo cual significaba que si ahora el Congreso lo elegía a él, debería renunciar, correspondiendo en tal caso que asumiera el presidente del Senado para llamar a una nueva elección. Pablo Rodríguez Grez, un miembro del comando de Alessandri que había adquirido notoriedad por enfrentar de manera brillante en un foro televisivo –el mismo día de la elección– a importantes dirigentes del allendismo, había decidido jugarse por esta última alternativa. Junto a otros destacados profesionales estaba recorriendo el país, además, llamando a adherir a un movimiento nacionalista de carácter permanente: “Patria y Libertad”, destinado a impedir la consumación del marxismo en Chile.

Eduardo Boetsch lo presentó a Jaime Guzmán, que asistió con sus gremialistas a dos actos masivos, siendo ambos oradores de fondo en la reunión fundacional; pero el 19 de octubre sería el propio Alessandri quien cerraría la puerta a toda posibilidad de una nueva elección, emitiendo una declaración en la que llamaba a no votar por él en el Congreso Pleno. A partir de entonces, Guzmán comprendió que el camino violentista promovido por Pablo Rodríguez no era el más adecuado para organizar una resistencia eficaz, que en algún momento involucrara seriamente a las FF.AA., y de las onces de Malloco surgieron las primeras ideas para ir aglutinando a los gremios, únicas entidades que bien movilizadas podrían interponerse en el camino hacia el colectivismo y la estatización.

Jaime Guzmán reflexionó a fondo sobre la gravedad de lo que estaba ocurriendo, destacando que uno de los factores determinantes pero evitables en el acceso de

Allende al poder había sido la debilidad que aquella vez tuvieron frente a él importantes sectores cristianos, tradicionalmente diques infranqueables para el perseverante marxismo criollo. Emitió sobre la materia juicios muy críticos, tanto respecto de la jerarquía de la Iglesia Católica de la época como de la dirigencia democratacristiana.

En 1972, en su artículo “La iglesia chilena y el Debate Político”, criticó derechamente que ésta no se hubiera manifestado doctrinariamente en contra de la candidatura allendista, como lo había hecho en 1962 y lo haría después, aún más ampliamente todavía, en contra del marxismo en general. ¿Habría variado el resultado –se preguntaba luego– si la Iglesia hubiera considerado que su deber era orientar a los católicos en el plano de la doctrina en lugar de mantener una actitud silenciosa? La estrechez del triunfo de Allende permitía presumir que la influencia que todavía conservaba habría sido suficiente como para volcar el resultado electoral. “Máxime si se repara en que uno de los aspectos más socorridos del allendismo para defenderse del totalitarismo que se le achacaba residió en invocar reiteradamente el carácter pluripartidista de la ‘Unidad Popular’, en la que convergían marxistas, laicos y cristianos”.[37]

Y en cuanto a la DC, Guzmán quedó muy fuertemente impactado por su impresión de que ésta actuó durante la campaña presidencial de 1970 tácitamente unida a la candidatura de Allende. Al respecto pronunció una conferencia en el Instituto para una Sociedad Libre,[38] en la cual, luego de exponer las bases ideológicas de ese partido, realizó un análisis crítico de su condición de antesala, acaso sin saberlo, para el advenimiento del marxismo, basado en cuatro puntos fundamentales:

1. La debilidad de la DC frente a esta ideología, actitud que se manifestaba en la conocida frase del expresidente Frei Montalva pronunciada en 1947, rechazando la doctrina y táctica comunistas, pero agregando que “ante el comunismo vemos que hay algo peor: el anticomunismo”. En cambio –le criticaba–, respecto del capitalismo ese partido no tiene la misma posición, utilizando sin problemas el término “anticapitalista”. Esta actitud graficaba una conducta que se proyectaba

a todos los ámbitos de su quehacer.

2. Luego, Guzmán le reprochaba su carácter mesiánico: “Cuando llegó al poder en 1964 dijo que gobernaría 30 años, que era como decir indefinidamente, símbolo gráfico de ese mesianismo”, lo que se ratificaba en frases de su ideólogo Jaime Castillo Velasco, que daban cuenta de forma permanente de la misma idea: “Se madura para llegar al poder cuando el partido está en condiciones de cambiar la civilización por otra nueva. Cuando está en condiciones de crear una nueva cristiandad”. Había, a su juicio, algo de irreversibilidad, aspiración que consideraba reñida con un verdadero espíritu democrático. “Se llega al poder –citando nuevamente a Castillo– para no abandonarlo mientras la misión histórica no esté realizada”; y no dejaba de recordar, en el mismo sentido, la conocida frase de Frei Montalva: ‘hay que saber estar solos”.

3. Guzmán también criticaba a la Democracia Cristiana su denominada “tercera posición”, consistente en la doctrina comunitaria que pretendía impulsar en lo económico-social, y que a su juicio constituía una irrealidad: “Más que un ideal, me parece una utopía”.

Los ideales consisten en “la batalla que todos tenemos que librar día a día por nuestra perfección personal y social”. La utopía, en cambio –decía– “es pretender algo que resulta imposible para la naturaleza humana, por ser superior a lo que la naturaleza humana es susceptible de brindar y asimilar”; o bien –precisaba cuando se le argumentaba con el caso de los apóstoles o ciertos santos que habían vivido en comunidad– por pretender con carácter generalizado y social, lo que resulta válido sólo para ciertas vocaciones excepcionales.

Tomaba pie en otras frases de Jaime Castillo Velasco, en cuanto a que los democratacristianos luchaban “por crear la nueva civilización, la nueva cristiandad hacia formas comunitarias de vida”. Pero sucede –agregaba Guzmán– que en el régimen socialista totalitario no se les permite dar esa lucha; entonces, en la práctica, ésta se transforma en una posibilidad que sólo les brinda

el régimen capitalista, por lo cual la Democracia Cristiana termina siendo sin desearlo y sin darse cuenta acaso un puente para abrirle paso al comunismo. “Por eso es que el comunismo la utilizó en Chile y la va a seguir utilizando. Porque al destruirse las bases económicas de la sociedad occidental capitalista, se le abre paso a la única otra posibilidad real que existe, que es el socialismo colectivista”. De allí que ciertos democratacristianos desencantados con la tercera posición, que nunca llegaba, y empapados ya de toda una carga emotiva en contra del capitalismo, daban el paso siguiente y se deslizaban hacia el marxismo: “Eso es lo que pasó con la Izquierda Cristiana y el Mapu”.

4. Por último, el cuarto aspecto de la Democracia Cristiana chilena que Jaime Guzmán estimaba reprochable era su “complejo antiderechista”: “A mí me tocó recorrer gran parte del país con don Jorge Alessandri, y en la mayoría de los lugares los partidarios de Tomic y de Allende estaban aliados. En todas partes actuaban en conjunto contra el que sentían adversario común, que era Alessandri... La noche de la victoria de Allende –más aún– se abrazaron juntas las juventudes democratacristianas y las juventudes comunistas frente a la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH), desde cuyos balcones habló Salvador Allende al país el 04 de septiembre de 1970”.

Y a pesar de que finalmente libraron juntos la batalla contra la Unidad Popular, a Jaime Guzmán le parecía que por diferentes razones costaría mucho que este fenómeno desapareciera –como efectivamente no desapareció– de la directiva de la DC.

*

Entonces: ¿cómo pretendía Allende cambiar de manera tan radical el sistema económico, político y social del país, desde una posición tan minoritaria? De la misma manera como había llegado al poder: buscando los flancos que se abrieran dentro de la anacrónica legalidad vigente y presionando por fuera, mediante una acción atemorizadora que no pudiera adjudicársele de manera

pública (“marchar separados y golpear juntos”, era de hecho la consigna del MIR respecto de su gobierno). La impronta de “extralegalidad” pareció invadir todos los aspectos de la nueva administración. Para partir, la sucesión de hechos irregulares que marcaron desde el inicio el gobierno de Allende nos da cuenta de una fuerte presencia internacional, de uno y otro extremo, que rodeó su acceso a la Moneda, la mantención en ella mientras pudo y, finalmente, su caída.

Desde luego, la insólita visita por más de un mes que Fidel Castro hizo durante la UP, instruyendo y orientando acerca del proceso revolucionario chileno, confirma su influencia sobre las autoridades de la época, además de la que ya ejercía la URSS, a la que el propio Allende había calificado de “nuestra hermana mayor”. Los poderes fácticos operaban desembozadamente, representados entonces por el extremismo y la presión política extralegal de cualquier signo.



Una de las primeras manifestaciones de aquella influencia fáctica, después de la elección de Allende, estuvo en el asesinato por parte de extremistas de derecha, el 22 de octubre de 1970, del comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider, en un frustrado rapto con activa participación del exgeneral Roberto Viaux Marambio. Habiéndose confirmado después, por los documentos desclasificados el año 2000 por la CIA,[39] que el intento fue financiado y en gran medida dirigido desde EE.UU., donde Richard Nixon no aceptaba que se entronizara una nueva Cuba en el continente, ni menos por la vía democrática que ese mismo país promovía.

El violentismo se volvió explosivo. Y no obstante sus palabras, muchas actitudes del propio Allende no dejaban clara la idea que él en realidad tenía sobre las vías democráticas o violentas para la realización de sus proyectos, transformándose ésta en una de sus primeras y tal vez más importantes ambigüedades como gobernante. Y ni la UP misma como coalición de gobierno y estando ya en el poder tenía claro todavía, en un caso tal vez único de improvisación gubernativa, cuál de estas dos opciones sería la que adoptaría para obtener los revolucionarios cambios que anunciaba. Uno de sus integrantes diría después: "Cualquiera de estas alternativas exigía de la U.P. una definición concreta y que se traducía en opciones muy diversas. Desgraciadamente la U.P. nunca procedió a aclarar estos problemas. Coexistían desacuerdos doctrinarios y se reflejaba aquí un grave vacío teórico en la elaboración de la vía chilena al socialismo... Las consecuencias de sus ambigüedades fueron extremadamente serias".[40]

Por su parte, un documento publicado a los dos años de gobierno de la Unidad Popular (diciembre de 1972) por el denominado Polo Revolucionario, que agrupaba entonces a un significativo sector del Partido Socialista, al MAPU, a la Izquierda Cristiana y al MIR, declaraba que en ese momento eran las tareas principales del pueblo chileno: "... derribar el poder del Estado burgués y construir desde el pueblo un poder nuevo. Sin la destrucción del carácter burgués del Estado y sin la edificación desde las masas de un Estado proletario, es imposible comenzar siquiera a marchar por una senda socialista".[41]

Por lo tanto, siguió a Schneider, el 2 de diciembre de 1970, antes que Allende cumpliera un mes en el cargo, la muerte de Amoldo Ríos Alarcón, un estudiante mirista de la Universidad de Concepción fallecido en un enfrentamiento entre los propios partidarios del régimen: el MIR y los jóvenes comunistas de la Brigada Ramona Parra –encargada de su publicidad mural–. El hecho traería consecuencias mayores, además de presagiar la tortuosa relación que mantendrían durante los próximos años quienes habían saboreado el triunfo en 1970.

El Partido Comunista sostuvo que la muerte de Ríos era un asunto estrictamente político y no policial, rechazando toda intervención de los organismos del Estado sobre sus militantes mientras no se demostrara jurídicamente su responsabilidad. El diputado del PC Jorge Inzunza y los jefes miristas Miguel Enríquez, Bautista Von Schowen, Luciano Cruz y Andrés Pascal Allende, que eran prófugos de la justicia, arreglaron entre ellos el problema quedando el asesinato de Ríos en la más completa impunidad, a pesar de que otro mirista herido en la misma ocasión aseguraba poder identificar sin problema a los agresores, todos del Partido Comunista. Pero el "asunto Ríos" y la muerte sin sanción de uno de sus militantes tuvo para el MIR otras compensaciones: antes que terminara el mes (28 de diciembre de 1970), Allende dictó un decreto indultando a 43 violentistas de extrema izquierda, entre los que se encontraban los cuatro jerarcas del MIR que le habían ayudado a solucionar el espinudo problema con el Partido Comunista, además de los hermanos Rivera Calderón (de la Vanguardia Organizada del Pueblo, VOP), que al año siguiente asesinarían a Edmundo Pérez Zújovic. El decreto era ilegal, debido a lo cual fue rechazado por la Contraloría, pero Allende, recurriendo a un artilugio revelador de toda su filosofía política y jurídica –el "resquicio", con el que gobernaría a lo largo de todo su mandato–, obligó a cursarlo dictando un decreto de insistencia (mecanismo contemplado constitucionalmente solo para casos muy graves y urgentes).

Sus consecuencias se dejaron sentir rápidamente: en 1972, el cabo de Carabineros, Exequiel Aroca, fue muerto fuera de la sede del Partido Socialista de Concepción (ubicada en calle Castellón 376), por una bala disparada desde el

interior del establecimiento, quedando el asesinato hasta hoy en la más absoluta impunidad. La violencia cuasi institucionalizada fue uno de los efectos más dramáticos de esta grave ambigüedad, en especial en el sector agrícola, debido a la modificación introducida por Patricio Aylwin a la legislación sobre Reforma Agraria que aplicaba la UP, a objeto de hacerla “drástica, rápida y masiva”.[42] Los casos más conocidos fueron en contra de Rolando Matus, joven pequeño agricultor de Cautín; Domitila Palma, del fundo Brasil Sur de Lautaro, muerta de un infarto la noche en que fue asaltado el predio por el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR), encontrándose sola y enferma; y Jorge Baraona, conocido hombre público y agricultor de la zona de Santa Cruz, en circunstancias similares, además de muchos otros a lo largo y ancho del país.

En el sector de la derecha, la competencia entre los antiguos y nuevos economistas quedó de lado rápidamente ante la necesidad imperiosa de unirse que produjo el triunfo de Allende. Sabían que del programa de éste y sus proyecciones discrepaban tan categóricamente como lo hacía la gran masa anónima que seguía al PDC, sumados a los cuales formaban tan amplia mayoría que la UP no podría contradecirlos sin grandes resquebrajamientos sociales. Sabedores que un programa político y económico como el de la Unidad Popular caminaría eternamente por la cuerda floja, creyeron necesario continuar su labor de conformar un gran proyecto modernizador de la economía chilena, para tenerlo a la mano frente al camino cada vez más complicado del proyecto oficial. Los nóveles economistas se empezaron a agrupar en la SOFOFA, donde en 1971 ya habían creado un “Departamento de Estudios”. El grupo se consolidaba y fortalecía de manera simultánea a la desestabilización de la UP, por lo que luego del primer gran paro nacional, en 1972, fueron invitados por Emilio Sanfuentes a difundir sus opiniones a través de El Mercurio.

Paralelamente a la frustración del Congreso Nacional (el organismo donde oficialmente debían expresarse las mayorías políticas para impedir el avance de la minoría gobernante hacia la transformación nacional general), las ideas surgidas en torno a los gremios comenzaron a rendir sus frutos, descubriéndose muy luego vasos comunicantes que presagiaban la posibilidad de una futura acción conjunta. Guzmán se convirtió en la persona que mayor contacto tuvo con los dirigentes y bases gremiales a movilizar, manifestando nuevamente una

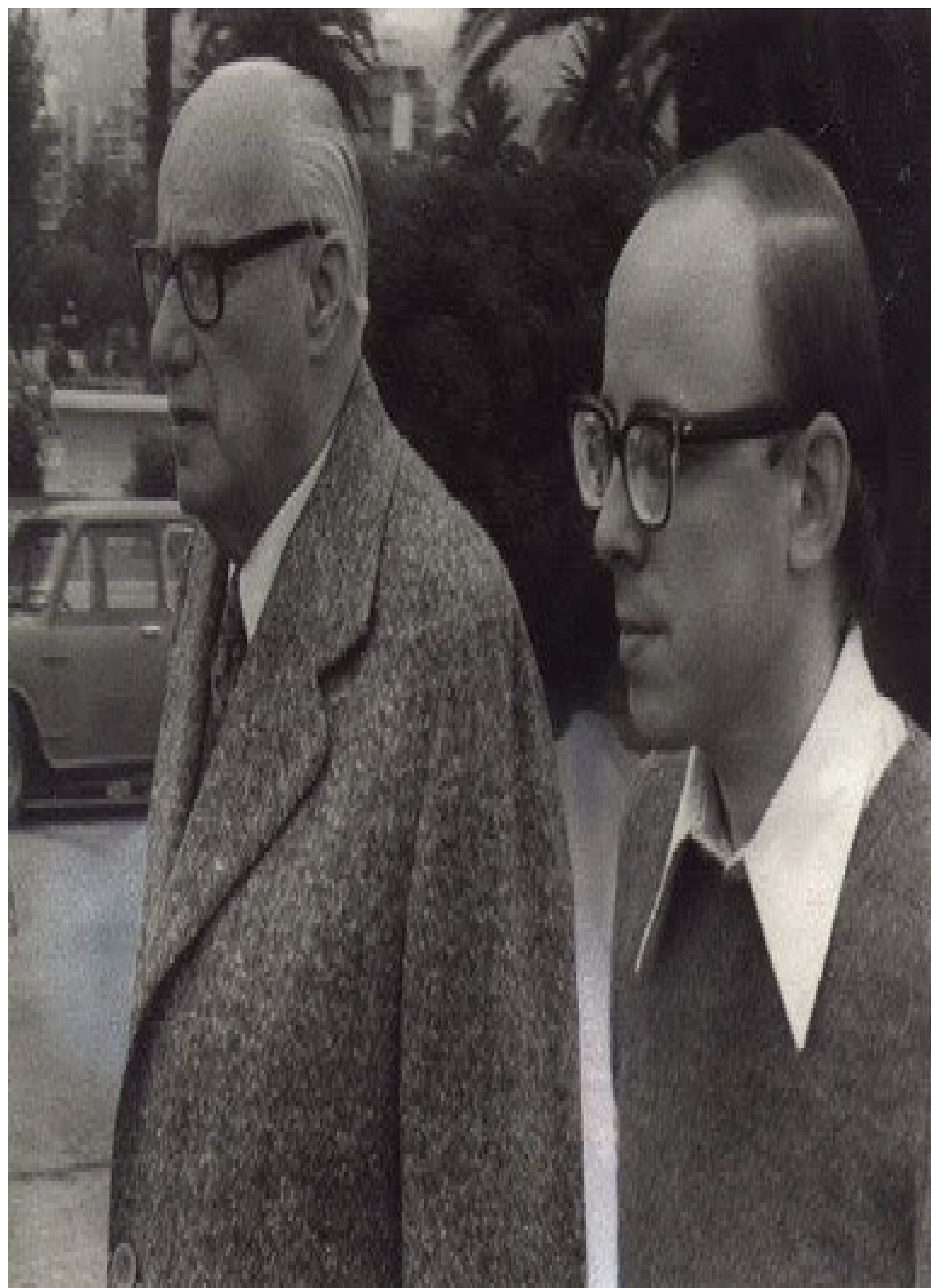
capacidad infinita para oír a cada uno su drama y dedicarle a cada cual el tiempo que requiriera, como si no hubiera tenido nada más que hacer. Logró granjearse la confianza y hasta la esquiva amistad de todos ellos, de manera que también se hizo cargo de la aún más difícil misión de coordinar a los casi diez grupos que se habían constituido para preparar progresivamente la paralización general del país, liderados por Jorge y Arturo Fontaine Aldunate (presidente de la Confederación de la Producción y del Comercio y subdirector de El Mercurio, respectivamente); Hernán Cubillos Sallato, vinculado a la Armada; Orlando Sáenz, Jefe de la SOFOFA; Benjamín Matte Guzmán, presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura; Rafael Cumsille, presidente del Comercio Minorista; Juan Jara Cruz, dirigente de los taxistas; Ernesto Cisternas, líder de los microbuseros; Julio Bazán, por los profesionales y León Vilarín, presidente nacional de los camioneros. Guzmán, no obstante sus 25 años de edad, terminó convertido en el articulador principal y cabeza intelectual y política más visible del ahora temible gremialismo nacional.

*

A través de su amistad con Jorge Alessandri, Jaime Guzmán evolucionó desde la admiración por su figura hacia una involuntaria pero casi inevitable imitación de los gestos, hábitos y hasta de las vestimentas del viejo expresidente. Desde luego, además de la afinidad política había formalmente otras, como la soltería, la hora de la siesta, el gusto compartido por igual entre la música selecta y las estufas, y, en general, los temas de conversación. Por su parte, además de la edad había también otras importantes diferencias, derivadas de una observación más liberal del mundo por parte del viejo líder que la que tenía el joven gremialista, graficada suficientemente por Alessandri cuando alguien significó en su presencia la falta total de relación que tenía una cosa respecto de otra, diciendo “esto es lo mismo que Jaime Guzmán en un prostíbulo”, a lo que éste contestó: “mal no le haría”.[43]

Pero las afinidades eran mucho más importantes que las diferencias, por lo que con el tiempo Guzmán empezó a mimetizarse con el personaje que siempre

había admirado. Y salvo por el sombrero, que Alessandri no dejaba y Guzmán nunca adoptó para evitar el frío de cuando tuviera que quitárselo, el joven veinteañero, cuya frente e incipiente calvicie evocaban a muchos las del exgobernante, adoptó progresivamente algunos gestos, abrigos y sobre todo la inseparable bufanda –sello de marca de Alessandri–,[44] que pasó desde entonces a caracterizarlos a ambos casi por igual. Con estas particularidades, Guzmán empezó a ser conocido pública y masivamente a través del programa de conversación A esta Hora se Improvisa, conducido en el Canal 13 por Jaime Celedón.



Guzmán relataba que el programa se encontraba demasiado desequilibrado en favor de la izquierda cuando buscaron agregarle a alguien que pudiera contrapesarlo. Por alguna razón, el rector de la Universidad Católica,[45] Fernando Castillo Velasco, propuso el nombre del joven Guzmán, que a primera vista parecía inaudito para todos quienes no lo habían visto en acción. Sin embargo, después de su primera aparición, con carácter de prueba, se quedó para siempre, transformándose en un temible polemista y convirtiendo al programa en una tribuna de vastas proyecciones para la difusión de su ideario y la posibilidad de frenar el avance de la Unidad Popular.

Muchas de sus presentaciones se han hecho memorables y han sido recogidas por el anecdotario y hasta la historia política de ese Gobierno, como cuando rebatió a un exasperado Hernán del Canto, ministro de Allende, terminando luego de una larga polémica enrostrándole al ministro que sus argumentos eran burdos, a lo que éste contestó "el burdo será usted"; o cuando enfrentó al sacerdote nicaragüense Ernesto Cardenal y su visión de Jesús y la Virgen, fusil en mano, reivindicando a los desposeídos latinoamericanos; o al abogado Manuel Irrázabal, quién llegó iracundo al programa exigiendo desmentir en pantalla una afirmación de Guzmán respecto a ciertos obscuros manejos de dinero por su parte. Guzmán comentaba que su amigo democratacristiano, Claudio Orrego, le gritaba "fue un knok out", cuando luego de sacar progresivamente recortes, uno tras otro, con la noticia que Irrázabal descalificaba como "prensa de momios", y luego de acreditarla con la prensa de izquierda, que Irrázabal continuaba desmintiendo, apostó su título contra el de su contendor a que exhibía el cheque mismo en cuestión, a lo que Irrázabal se negó, retirándose del set. A Guzmán le gustaba comentar que "tenía cuidadosamente ordenados los documentos en mi carpeta, partiendo por El Mercurio hasta la prensa más de izquierda". Y según el anecdotario del programa, Jaime Celedón habría preguntado más tarde a Guzmán si efectivamente tenía el documento que amenazaba exhibir en pantalla, y éste le habría reconocido que no.

*

Jaime Guzmán, en realidad, era un hombre de acción, por lo que no tuvo problemas para entenderse y dirigir a los grupos que se habían formado para enfrentar al Gobierno de Allende. El progresivo aumento de sus actividades hizo surgir la necesidad de una sede, para lo cual el empresario Andrónico Luksic proporcionó a Guzmán una casa abandonada en calle Suecia número 286, desde entonces y hasta hoy el asiento político de sus creaciones. Por su parte, el Consejo Directivo de la revista Portada había concebido la idea de transformarse en una edición de tipo periodística que entrara de lleno en la lucha ideológica que se avecinaba, por lo que Guzmán les ofreció el segundo piso de su flamante sede, que muy luego, a iniciativa también suya, pasaría a llamarse Qué Pasa. Había quedado constituida la matriz del centro de poder informal más exitoso de la época, desde donde se elaboraron y extendieron al resto del país las más importantes estrategias políticas, en todas las áreas, que a la postre terminaron cerrando definitivamente las puertas a la penetración marxista. Una de sus manifestaciones sería el gran paro de octubre de 1972, que el expresidente Eduardo Frei Montalva justificó como producto de "la desesperación y angustia de un pueblo que ve comprometidas las bases sobre las cuales sustenta su vida presente y su futuro".[46]

Mientras tanto, el presidente del Banco Central, Alfonso Inostroza, informaba que el país a fines de ese año tendría un déficit en la Balanza de Pagos cercano a los 350 millones de dólares, a lo que Frei Montalva respondía que en Chile se había producido "no una crisis, sino una verdadera catástrofe que nadie podía prever se produciría con tanta rapidez y tanta hondura... Sin inversión no hay crecimiento, y sin crecimiento habrá desocupación y miseria.... A veces, cuando observo cómo se insiste en esta situación, llego a pensar que algunas mentes están calculando que arrasar con el país es lo conveniente para construir lo que han concebido".[47]

Este paro llevó a Allende a la mayor extralegalidad de todas las que había promovido hasta la fecha, tan grave e importante para él que su término significaría también el de su mandato, y que Jaime Guzmán advirtió con consecuencias que el mandatario no podría remontar: Allende incorporó a las

FF.AA. a su gabinete, a objeto de hacerlas responsables, junto con él, de su gobierno. Y éstas, en efecto, con el general Carlos Prats en el Ministerio del Interior, que adquirió una serie de compromisos con los gremios, lograron detener momentáneamente el gran paro y permitir un transitorio desahogo para la autoridad, mientras los agitadores de la UP llamaban a los trabajadores de las empresas requisadas a organizarse en "cordones industriales" para defenderlas de cualquier intento de recuperación. Más tarde, conforme se agravaba la situación nacional, el mandatario obligaría a las FF.AA. a participar institucionalmente en su gobierno a través de los respectivos comandantes en jefe.

A la luz de los exitosos resultados obtenidos por Guzmán, la nueva generación de economistas –que mantenía ahora, además de la SOFOFA, una oficina en calle Nataniel 47–, empezó paulatinamente a trasladar también sus reuniones a la vieja casona de Suecia, a la fecha bullente de actividad política y gremial. Los documentos producidos en esta época fueron engrosando el ya voluminoso programa elaborado para la candidatura de Alessandri, que terminó conocido como "El Ladrillo" y, según algunos, fue remitido a la Armada por capítulos a partir de los primeros meses de 1973.

El 10 de enero de 1973, el ministro de Hacienda Fernando Flores –hoy próspero empresario en EE.UU.– anunció una medida tristemente célebre para cualquier país: el racionamiento. "Esta es una acción clara y definitiva –dijo el expresidente Frei Montalva– para el control totalitario del país. El pueblo de Chile no puede tolerar que se lo someta a esta dictadura sin regreso".[48] El 30 de enero de 1973 el ministro de Educación notificó a la ciudadanía, por cadena de radio y televisión, que se implementaría en Chile la Escuela Nacional Unificada (ENU). Su objetivo fundamental: transformar a cada chileno en actor base de los cambios sociales que afianzarán el sistema socialista de vida. La Conferencia Episcopal en pleno emitió una enérgica declaración en su contra: "Nos oponemos –dijeron los obispos– al fondo del proyecto, por su contenido, que no respeta los valores humanos ni cristianos fundamentales".[49]

La tensión social aumentaba de manera creciente, razón por la cual el gobierno llamó a la Democracia Cristiana a dialogar, conversaciones que al cabo de un día fueron suspendidas por Patricio Aylwin para siempre: racionamiento, desabastecimiento, mercado negro, violencia generalizada, 195,5 % de inflación y una enorme mayoría ciudadana resueltamente en contra de que se continuara con el experimento socialista, eran un argumento demasiado poderoso como para continuar con la asociación.

*

La extralegalidad, además, había llevado a Allende a un enfrentamiento personal e institucional con los restantes poderes y organismos del Estado: la Corte Suprema –que denunció el inminente quiebre de la juridicidad nacional–; el Congreso Nacional –que la UP se proponía reemplazar por una Asamblea del Pueblo en carácter de Cámara única–; y Contraloría General de la República –que declaró ilegales todos los decretos de requisiciones de empresas y aquel que establecía la más importante reforma constitucional promovida por Allende: la creación de las "tres áreas de la economía"–.

Su enfrentamiento con las FF.AA., igualmente, tenía raíces profundas. Ya a un año de acceder al poder, el 9 de octubre de 1971, todos los diarios publicaron una noticia que causó alarma pública: se había descubierto que a la edición inglesa del libro Conversaciones con Allende, de Regis Debray, se adjuntó una separata del MIR donde éste declaraba: "Formularemos una política para las Fuerzas Armadas, especialmente dirigida hacia los oficiales jóvenes, suboficiales y tropas. Nuestras demandas se concentrarán en los sueldos, gratificaciones, seguridad social, vivienda, relaciones con las altas esferas sociales y el derecho a voto, etc. Desarrollaremos nuestro trabajo de reclutamiento y penetración de las ramas, en la totalidad del país".

El caso se agravó todavía más, cuando, en consideración a las noticias según las cuales existía una gran cantidad de armas ilegales en el país, además del

sospechoso ingreso hacia fines de 1971 de 21.086 personas provenientes de países socialistas, aún sin aclarar, el Congreso, con el patrocinio de Juan de Dios Carmona, aprobó una nueva ley de control de armas. En virtud de ella, las Fuerzas Armadas quedaban facultadas para incautarlas de los diferentes "cordones industriales" donde se almacenaban. El MIR criticó duramente esta ley y se opuso a su cumplimiento. Más aún, desde mediados de 1973 inició una campaña personalizada en contra de ciertos uniformados que buscaba desarticular su estructura interna, consistente básicamente en desprestigiar de manera pública, con nombres y apellidos, a los oficiales tenidos por "golpistas", "sediciosos" o "enemigos del gobierno popular".

La acumulación de tensiones políticas, económicas y militares, sumadas a la imposibilidad por parte de los uniformados para expresar su malestar por alguna vía, hizo que la inquietud en los cuarteles se hiciera explosiva y que a veces hasta se desbordara: en junio de 1973 hubo un "cuartelazo" por parte de la Segunda División de Ejército, seguido pocos días después por un levantamiento militar al mando del coronel Roberto Souper Onfray –llamado "tanquetazo"–, que con gran expectación nacional e internacional atacó y bombardeó al Palacio de la Moneda y el edificio del Ministerio de Defensa. La acción fue sofocada por las propias unidades del ejército, mientras Allende llamaba a la ciudadanía a que se tomara "todas las industrias, todas las empresas... que esté alerta" y que –con prudencia– saliera al centro con cuanto elemento tuviera en sus manos, porque "si llega la hora, armas tendrá el pueblo".[50]

La situación había llegado claramente al período de su desenlace. El 29 de junio de 1973, superado transitoriamente el conflicto, Allende hizo su aparición al balcón de La Moneda rodeado por los comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y el Director General de Carabineros, a los que había llamado, ahora de forma institucional, a su gabinete. En este instante, para Jaime Guzmán, empezó en Chile de facto el gobierno militar: "el gobierno militar –recodaría después– no empezó en Chile el 11 de septiembre de 1973, sino el 29 de junio de 1973, cuando, producido el 'tanquetazo', el presidente Allende llamó a su gabinete a los cuatro más altos jefes de las Fuerzas Armadas y Carabineros. En ese momento, él conformó un gobierno de características militares en Chile... la única disyuntiva que cabía plantearse era si habíamos llegado a la imposición de

un Estado marxista respaldado por las Fuerzas Armadas chilenas, o si quien allí emergía al balcón como Presidente de la República era alguien que sólo podría durar unas pocas semanas o meses más, porque el gobierno militar ya había sido constituido en una realidad clara e indispensable...”.[51]

Paralelamente, había una decisión final de desactivar la eficacia de las FF.AA., desprestigiando a sus mandos, minando su obligación de obediencia y penetrándolas con revolucionarios y anarquistas. Se esperaba por los dirigentes y activistas de la UP que si éstas se decidían a actuar, lo hicieran al menos divididas y con graves conflictos internos, lo que parecían estar logrando. De hecho, su prestigio como garantes de la seriedad del Gobierno se empezó a resquebrajar severamente cuando, al no cumplirse ninguno de los acuerdos alcanzados con Carlos Prats, el 25 de julio de 1973 se inició un nuevo e indefinido paro nacional de los camioneros. Para agravar las cosas, al día siguiente moría el edecán naval del presidente de la República, capitán de navío Arturo Araya Peters, alcanzado por una sorpresiva ráfaga mientras se encontraba en el balcón de su casa, aumentando dramáticamente la inseguridad general y el ambiente de incertidumbre de la nación.

Pero los intentos de infiltración parecían estar produciendo sus resultados. El 7 de agosto de 1973, una declaración de la Armada señaló que había sido detectada “la gestación de un movimiento en dos unidades de la Escuadra, apoyados por elementos extremistas ajenos a la institución...”. Dos días después, Allende reestructuró su gabinete, cambiando a Prats –de su absoluta confianza– al Ministerio de Defensa, e incorporando al almirante Raúl Montero en Hacienda; al comandante en jefe de la Fuerza Aérea, general César Ruiz Danyau, en Obras Públicas y Transportes; y al general director de Carabineros, José María Sepúlveda, en el Ministerio de Tierras y Colonización. Al día siguiente, fue la Fuerza Aérea la que emitía su declaración, indicando que “en diferentes lugares del país han sido descubiertos extremistas vestidos con uniformes de las Fuerzas Armadas…”.

La tensión iba en aumento. El Mercurio del 17 de agosto de 1973, publicó las

expresiones que el presidente del Senado y ex presidente de la República, Eduardo Freí Montalva, estimó nuevamente necesario emitir sobre la gravedad general de la nación. Señaló que luego que el gobierno llevara al país a una catástrofe, ahora, “con un golpe de habilidad y audacia, utiliza a las Fuerzas Armadas para que se hagan cargo de este desastre y tengan que afrontar las consecuencias de una política funesta, en la cual no les cabe responsabilidad alguna”.

Aquel gobierno estaba claramente en su etapa final, sostenido sólo por los obligados pilares que para él representaban las FF.AA. Pero el 18 de agosto de 1973 se produjo un hecho de consecuencias trascendentales: el general César Ruiz Danyau, estimando imposibles de cumplir en el contexto nacional las metas que se había propuesto al asumir el Ministerio de Obras Públicas y Transportes, presentó su renuncia; y la opinión pública, poco después, se enteraba con gran desconcierto que junto con eso, por exigencia de Allende, el general Ruiz había tenido que renunciar también a la Comandancia de Jefe de la Fuerza Aérea. En el programa A esta hora se improvisa de Canal 13, en presencia del general Ruiz Danyau vestido ya –de forma simbólica– de civil, Jaime Guzmán hizo una histórica relación sobre la ilegitimidad de dicha exigencia por parte del Ejecutivo: “Estamos –dijo– ante el hecho más grave que se haya producido en la actual administración. El presidente de la República pone como condición, según desprendo de sus palabras, que para que una persona sea comandante en jefe de alguna rama de las Fuerzas Armadas debe ser ministro de su gabinete, en un gobierno eminentemente político. Es decir, el señor Allende cree que las Fuerzas Armadas son una especie de guardia pretoriana suya... nunca se había registrado un caso semejante. Incluso cuando hubo ministros uniformados, estos ministros salieron del cargo sin perder su pertenencia activa a las Fuerzas Armadas. Yo sostengo que aquí ha habido un engaño, porque si a usted, general, le ha dicho el presidente que tenía que dejar el cargo de comandante en jefe si usted no continuaba como ministro, porque él quería tener a los tres comandantes en jefe en el gabinete, él lo ha engañado a usted. Pero mucho más grave es que el presidente pueda llegar a considerar y a poner como condición a un comandante en jefe que integre el gabinete para poder seguir siendo comandante en jefe”.

Mucho más tarde Guzmán recordaría que con esto Allende dejaba inequívoco

"el plan final que se propone... y no es una casualidad que en esa sola semana, que va del 19 de agosto hasta el 23, en apenas cuatro días, el general Leigh asume en la Fuerza Aérea después de un tenso acuartelamiento; al día subsiguiente un grupo de mujeres, esposas de generales de ejército, van a la casa del comandante en jefe del Ejército, el general Carlos Prats, y le exigen a viva voz su renuncia, la cual se produce al día siguiente, y el día 23 de agosto, el jueves de esa misma semana, Salvador Allende nombra comandante en jefe al general Pinochet... Eso revela que el proceso fue extraordinariamente rápido, porque nos acercábamos ya a la hora crucial...".[52]

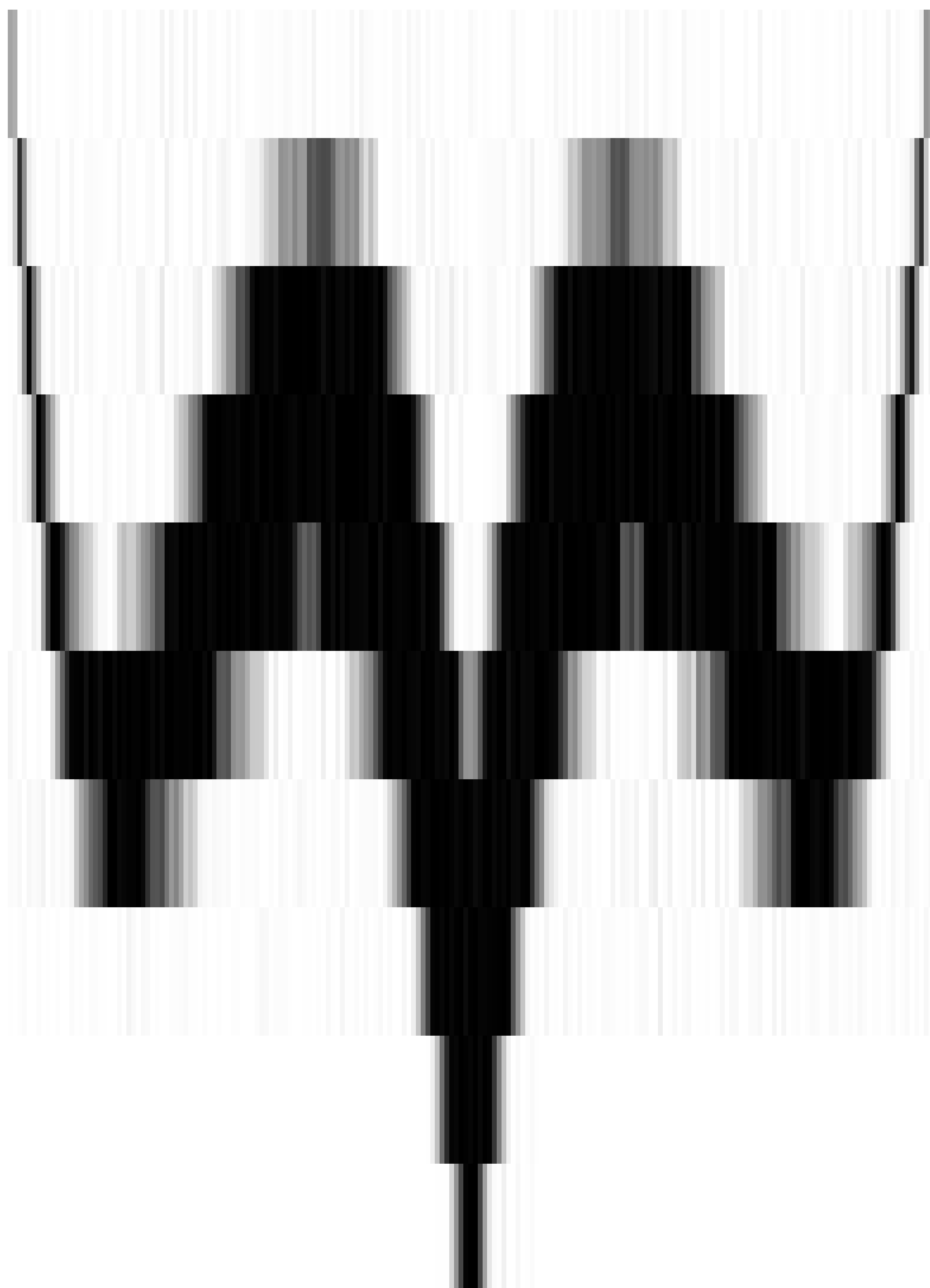
Mientras tanto, los implicados en el movimiento subversivo detectado en la Escuadra resultaron ser 23 tripulantes del crucero Almirante Latorre. Y de sus declaraciones aparecían implicados Miguel Enríquez, Carlos Altamirano y Oscar Guillermo Garretón, secretarios generales del MIR, del Partido Socialista y del MAPU respectivamente, por lo que la Fiscalía Naval ordenó la detención del primero y el desafuero de los dos últimos. Todos los partidos de la Unidad Popular, en declaración del 4 de septiembre de 1973, respaldaron a los marineros y dirigentes políticos comprometidos en la subversión. Y aunque Allende les pidió una aclaración, se negó a emitir juicios sobre el fondo de lo acontecido, pese a su gravedad, en su única y breve declaración a la prensa sobre la materia.

La caída de Allende se percibía en el ambiente, por lo que la tensión social aumentaba. Jaime Guzmán, en su rol de coordinador general de los gremios, que a esa altura se encontraban en abierta rebeldía en contra de la autoridad –enfrentando la extralegalidad con extralegalidad–, organizó el 10 de septiembre, en la Casa Central de la Universidad de Chile, el "Comando Multigremial de la Provincia de Santiago", destinado a aunar la acción de todos los gremios de la capital, en una lucha mancomunada y permanente por obtener la renuncia del Presidente de la República. En aquella oportunidad, Guzmán declaró: "la hora de la rectificación ya pasó, el gobierno debe irse, porque ha perdido la confianza del pueblo. Y la confianza, lo mismo que la honra, cuando se ha perdido, no se recupera jamás".[53]

Al día siguiente caía el gobierno y asumía una junta militar integrada por los comandantes en jefe de las cuatro ramas de las Fuerzas Armadas y el director general de Carabineros: general Augusto Pinochet Ugarte, por el ejército; almirante José Toribio Merino Castro, por la armada; general Gustavo Leigh Guzmán, por la aviación, y general director César Mendoza Durán, por las fuerzas de orden y seguridad públicas. “A su amigo y compañero de armas, Salvador, Comandante Fidel Castro”, rezaba una leyenda grabada en la metralleta con la cual se suicidó en el gran living de la Moneda, alrededor de las 14:00 horas, el ex presidente Salvador Allende Gossens. Dejaba a la nación sumida en una de las crisis más profundas por las que haya atravesado en toda su existencia como república independiente, cuyas graves consecuencias se extienden hasta nuestros días.



“A SU AMIGO Y COMPAÑERO DE ARMAS, SALVADOR, COMANDANTE FIDEL CASTRO”, REZABA UNA LEYENDA GRABADA EN LA METRALLETA CON LA CUAL SE SUICIDÓ EN EL LIVING DE LA MONEDA, ALREDEDOR DE LAS 14 HRS., SALVADOR ALLENDE GOSSENS.



La democracia fue destruida, en opinión de Jaime Guzmán, por la concurrencia de dos factores: “la demagogia como actitud generalizada de los grupos políticos, con muy honrosas excepciones, y la embestida marxista que se fue dando sistemáticamente a lo largo de varias décadas, hasta culminar con el advenimiento del gobierno de Salvador Allende”. Desde luego, la personalidad de éste fue el factor desencadenante al no poder o no saber imponerse a sus partidarios, ya sea porque era “un hombre débil –al decir de Paul Johnson– apoyado por una masa dividida y en parte revolucionaria que muy pronto escapó a su control”; o, en la opinión de Jaime Guzmán, que le reconocía habilidad y valentía, porque “lo perdieron su frivolidad, su generalizada ignorancia de los temas que debe abordar un gobernante y –sobre todo– una arrogante soberbia que no reconoció ni siquiera el límite moral del respeto que toda persona debe a su propia vida”.[54]

CAPÍTULO 4

OPERACIÓN ALBANIA V/S OPERACIÓN PRÍNCIPE

Los días 15 y 16 de junio de 1987, las estructuras del FPMR recibieron uno de sus golpes más duros dentro de la guerra privada e informal que sostenían con el otro extremo de la política chilena. La CNI, a través de una brigada especial que dirigía Álvaro Corbalán, descubrió y dio muerte a doce de sus miembros, incluido el "Comandante Ernesto" o "Comandante Bernardo", cerebro del atentado en contra del general Pinochet, en lo que fue conocido como la "Operación Albania".

Como era de esperar, la derrota militar tuvo al interior del movimiento subversivo iguales o aún más graves consecuencias políticas, por lo que tan solo un mes después se produjo su ruptura definitiva. Surgirían así el FPMR-Autónomo, dirigido por el ingeniero Raúl Pelegrín –"Comandante José Miguel"–, quien declaró a su movimiento en "Guerra Patriótica Nacional"; y el FPMR-Partido, conducido por el "Comandante Daniel Huerta", que buscaría aproximar sus acciones hacia posiciones más comprensibles por la comunidad. Y a objeto de enfatizar a la brevedad las diferencias, la facción autónoma, en represalia por lo ocurrido, dio inicio a sus acciones el martes 1 de septiembre de 1987, cuando el "Comandante Rigo", a la cabeza de un comando especializado, secuestró al coronel Carlos Carreño, subdirector de FAMAE, desde su casa en La Reina, en lo que sus autores denominaron como la exitosa "Operación Príncipe". La réplica, soterrada pero dura, llegó sólo una semana después, con la captura y desaparición de cinco miembros del FPMR como conjunto: Alejandro Pinochet, José Peña, Manuel Sepúlveda, Julio Muñoz y Gonzalo Fuenzalida, sin distinciones entre una u otra de sus nuevas facciones.

Por eso, la llamada telefónica a la prensa del 20 de enero de 1988, reivindicando para el FPMR-Partido el atentado ocurrido ese día en la Caja de Previsión de la Defensa Nacional de Valparaíso, fue inmediata y categóricamente desmentida por uno de sus voceros. El ataque consistió en una bomba dispuesta para

explotar a la hora de mayor concurrencia de personas inocentes, básicamente dueñas de casa, ancianos y niños, como efectivamente ocurrió, conmocionando al país una vez más. Pero era también muy significativa por el carácter institucional del lugar escogido, perteneciente a la Defensa Nacional, iniciándose con ella "la guerra de simbolismos". Como resultado del atentado, una persona murió y otras diecisiete quedaron gravemente heridas. La dinámica iba en ascenso por lo que, continuando con la escalada, el 28 de marzo de 1988, un grupo armado atacó con extrema violencia la Escuela Japón, a objeto de asaltar y robar un camión de la empresa de valores Brink's. Fueron repelidos de la misma forma, falleciendo dos personas, uno de cada bando. El FPMR-Partido volvió a ser imputado y si bien nuevamente lo negó, reconoció en cambio su responsabilidad en otro tipo de atentados que asolaban al país, dirigidos hacia las Municipalidades y ciertas empresas públicas o privadas.

A fines de mayo de 1988, el FPMR-Autónomo se aventuró sin éxito en un nuevo atentado, esta vez contra el fiscal militar Fernando Torres Silva, colocando una bomba imantada en su automóvil. Reconocería la facción luego tanto su autoría como su fracaso, por lo que inició a partir de ese momento una nueva estrategia, ahora fuera de la capital, reagrupando sus fuerzas en las proximidades de Pelarco, cerca de Talca.

Tres años después –el 01 de abril de 1991–, el FPMR consumaría el acto violentista más brutal de su existencia, tanto por la personalidad elegida como objetivo como por su absoluta indefensión: Jaime Guzmán.

REFORMULANDO A CHILE

Fue el general Gustavo Leigh quien llevó a Jaime Guzmán a estudiar, junto a otros especialistas, un nuevo texto constitucional, además de incorporarlo a un comité de opinión pública al que asistían entre otros Eduardo Boetch y Julio Martínez. También fue convocado por el nuevo ministro Secretario General de Gobierno, Pedro Ewing, para que le asesorara en las tareas relativas al apoyo civil de las nuevas autoridades, creando la Secretaría de la Mujer, la Secretaría de la Juventud y la Secretaría de Organizaciones Civiles. Ya en carta a su madre de octubre de 1973, Guzmán le indica que está trabajando full-time con el Gobierno, manteniendo aparte únicamente sus clases en la universidad: "Colaboro en una comisión destinada a redactar una nueva Constitución, y también en la organización de la propaganda y de la juventud, en la Secretaría General de Gobierno... A lo señalado agrego un permanente contacto con el Gral. Leigh".[55]

Es difícil saber, de una dilatada obra de gobierno, cual parte corresponde a cada uno de quienes fueron sus colaboradores. Pero en el caso de Jaime Guzmán es posible intentarlo, porque el novel asesor tenía ya una visión clara y completa del Chile del futuro, y el emergente gobierno fue solo la oportunidad histórica de proyectarla en normas e iniciativas que se tradujeran en soluciones nuevas para sus problemas de siempre. Pero para que esto fuera posible no bastaban su reconocida iniciativa y su versación jurídica, que varios más tenían. Se requería además de una perspectiva clara y aguda acerca de nuestra realidad como país, de nuestra configuración como sociedad y de nuestra idiosincrasia como nación. Por lo que, conceptualmente, su aporte más fecundo –en sus propias palabras– estuvo en la reformulación de "nuestra realidad institucional y de nuestro esquema económico-social",[56] que a la postre constituirían los legados más sólidos del Gobierno Militar.

Consultado acerca de la labor específica que realizaba, especialmente durante los

primeros años –que fueron los que popularizaron su imagen de “ideólogo”–, contestó:

“Hacía una cantidad de cosas bien variadas y no muy precisas. Era asesor del Gobierno en materias jurídico-políticas. Ustedes comprenden que la sola enunciación de la función resulta bastante indeterminada y el carácter de ese trabajo consistía en colaborar con los miembros de la Junta de Gobierno inicialmente, y después, con el Presidente de la República y con los miembros de la Junta, en distintas tareas en las cuales ellos pedían apoyo. Igualmente tuve un trabajo bastante estrecho con diversos ministros de Estado hasta 1982, en las áreas más variadas del gobierno”.[57]

Aunque Guzmán nunca lo dijo, no le era fácil, eso sí, imponer sus ideas en un ambiente donde lo descabellado parecía no tener límites para brotar copiosamente desde el fondo de la psiquis de iluminados y oportunistas, que llegaban sin pudor a rondar a los nuevos gobernantes. Todos querían convertirse en los cerebros grises, en los “Portales” de las nuevas autoridades. Desde la democracia “económica”, “funcional”, “jerarquizada”, pasando por el “sindicalismo político” hasta el “régimen de partido único”, anduvieron circulando como propuestas entre los pasillos del edificio Diego Portales, el nuevo palacio de gobierno.

A Guzmán, en cambio, que más que intelectual era un hombre de acción, su apego al Ius Naturalismo (Derecho Natural) no le impidió ser también partidario de la democracia liberal. Y esto, a pesar de tratarse de la forma de gobierno surgida de la Revolución Francesa, que vino a romper con el régimen político-teológico del medioevo, abriendo paso al racionalismo y la exaltación del hombre –en reemplazo de Dios– como el centro del universo, lo que desde luego no compartía. Su defensa, en consecuencia, se basaba sólo en razones operativas, de eficacia y no de legitimidad, pero un agudo sentido de la realidad le hacía ver de forma clara que no podía ser otro el sistema de gobierno que debía reelaborarse para Chile, aunque con importantes correctivos. Él mismo decía: “Si me inclino por la democracia como la forma normal de gobierno más

deseable para nuestra época, es por un firme convencimiento, pero que se mueve en el terreno de lo práctico”.[58] Esta evolución política del antiguo fiduciano se debió a que el poderoso sentido de la realidad del que estaba dotado le permitió ver en Chile como “anti-histórica toda hipótesis de volver a una democracia restringida”,[59] como algunos empezaban a propugnar, idealizando la época del sufragio censitario. De aquí también su progresivo alejamiento de quienes habían sido sus maestros de juventud en estas materias, quienes mantuvieron hasta el final de sus días una posición contraria a la democracia liberal de partidos políticos, con escaso sentido práctico y ninguna posibilidad de realización.

Para Jaime Guzmán, la democracia y el sufragio universal “tañen campanadas de alerta, tenues, pero siquiera audibles hasta para el más egoísta, recordándole que toda persona –por menospreciable que a alguien le parezca según erróneos criterios de este mundo–, al menos durante un día cada cierto tiempo, va a tener una palabra decisoria respecto del país, de cuyos efectos nadie podrá desentenderse”. Y aunque esta realidad haya sido utilizada como combustible para el odio social, pensaba que esa misma circunstancia –aunque fuera naciendo de un cálculo egoísta– planteaba el desafío de evolucionar hacia una mayor hermandad y amor entre los seres humanos, por lo que en su cultivo conducía a un resultado positivo. Por último, señalaba: “creo que la democracia posee el mérito de permitir la alternancia del poder con mayor fluidez que los otros sistemas, porque está precisamente ideada para eso...”.[60]

Pero para imponer estas ideas debió recurrir a una labor de convencimiento que no se podía reducir solo a la comisión para una nueva Constitución, sino que a las miles de formas que la vida cotidiana ofrece cada día para fortalecer la comunicación y, en general, trasmitir ideas y conceptos.

A este respecto de gran ayuda le fue su afición por los deportes, algo aparentemente extraño en Jaime Guzmán, dadas sus características usualmente incompatibles. Pero de alguna faceta de su personalidad emanaba una fuerte admiración por la destreza deportiva, cuya carencia no lo amilanaba para arbitrar

partidos de fútbol entre sus amigos, vestido de riguroso negro, o de buzo en el caso de hacer un poco de frío, ya que le permitía compatibilizar –decía– su gusto por el deporte con su férrea formación jurídica. Igualmente solía jugar tenis, donde su entusiasmo, muy por sobre sus condiciones, lo hacían discutir cada lanzamiento propio o contrario e irse con todo a la siga de una pelota que, a juzgar por sus raquetazos, parece que no veía.

Pero su principal "deporte" –además de gran utilidad para trenzar lealtades y lograr rápidos acuerdos– era la conversación. Aquí sí que estaba a sus anchas y podía hacer gala de condiciones excepcionales. Salvo por la connotación algo negativa con que equivocadamente suele asociarse hoy a la bohemia, podría decirse que esa era exactamente una de las virtudes de Jaime Guzmán. Ya que para que ella realmente exista se requiere de cultura, capacidad de conversación amena y gusto por trasnochar, en todo lo cual Jaime Guzmán podía llegar a ser un maestro.

Y Todas estas aficiones le sirvieron, en un momento u otro, para consolidar su círculo de amigos y para difundir su ideario y sus proyectos.

*

En todo caso, no cualquier democracia reunía para Jaime Guzmán las características necesarias para ser impulsada en Chile, y desde luego no la que se interrumpió en 1973. Ella sólo fue estable, a su juicio, mientras se mantuvo efectivamente restringida a ciertas personas, debido a que "todo el cuerpo elector se identificaba con el sistema porque disfrutaba de sus beneficios espirituales y materiales".[61] Pero con el advenimiento de la moderna sociedad de masas se incorporaron a la vida política personas que por el escaso o casi nulo beneficio que reportaban del sistema, no sentían explicablemente compromiso alguno hacia él. Quedando abierto el camino, entonces, para quienes querían utilizar el sistema democrático para destruir a la propia democracia, lo que constituía su gran debilidad. El salto de una democracia restringida a una de masas atenuó sus

efectos durante algunas décadas por el cohecho, que terminó recién en 1958, con la implantación de la cédula única. “Y desde ese mismo instante, don Salvador Allende y el marxismo-leninismo se empinaron por sobre el tercio del electorado, colocando una bomba de tiempo sobre el sistema mismo... Si de democracia seria y de sufragio puro hablamos –concluía– en 1973 se interrumpió entonces no una democracia de 150 años de tradición, sino tan solo una democracia de 15 años de una existencia marcada por la permanente inestabilidad y zozobra”.[62]

Por esto que Guzmán opinaba que la única manera de conferir a la futura democracia masiva chilena el indispensable cimiento de estabilidad, que necesitaba para su eficacia, era elevando significativamente nuestro desarrollo socioeconómico y sociocultural; y a ese propósito dedicaría todos sus esfuerzos en la colaboración incansable que prestó desde su génesis al régimen que se iniciaba. Porque “si uno propicia el advenimiento de un gobierno militar –explicaba– debe prestarle su concurso y su colaboración a las tareas que ese gobierno emprende, máxime cuando la realidad de lo ocurrido y las circunstancias que habían motivado su acceso al poder, demostraban que era necesaria una transformación muy profunda de nuestra realidad institucional y de nuestro esquema económico-social, para evitar que se repitiera el fenómeno sucedido, que fue ciertamente cruento y doloroso, como todos los cuadros objetivos de guerra civil”.[63]

Una cosa es tener alguna idea o sueño que se desee para el país en que se ha nacido, por lo general de gran altruismo, y otra muy distinta es poseer una concepción profunda y realista de la idiosincrasia nacional construyendo, a partir de ella, un proyecto susceptible de llevar a la realidad. Para esto último se necesitan capacidades intelectuales propias de las ciencias sociales y condiciones de liderazgo de las que muy pocos, como Jaime Guzmán, han dispuesto en sus vidas. Y a diferencia de los académicos y tratadistas que vuelcan sus conocimientos en ambientes herméticos para la gran mayoría –con frecuencia víctima de sus experimentos–, Guzmán se preocupó siempre de exponerlos pública y masivamente a objeto que dieran lugar al debate popular. Así lo hizo, desde luego, con sus apreciaciones acerca de Chile y los chilenos, que inspiraban sus convicciones políticas. “El sentido de libertad incompatible con toda tiranía,

y de altivez patria inconciliable con cualquier vasallaje –decía–; la búsqueda de una autoridad fuerte y severa, pero a la vez justa y humanizada; el respeto tolerante y la discrepancia pacífica y no totalitaria y, en fin, el hondo sentido jurídico a todo nivel, son algunos de los valores y caracteres que han sido constatados como tipificadores de nuestro ser nacional".

Advertía también claramente respecto de las fortalezas y debilidades chilenas, estimando que nuestro país, forjado entre guerras, catástrofes naturales y luchas, en medio de una geografía compleja, provista de riquezas abundantes pero esquivas, nos había dado un temperamento que le parecía templado "más bien por la fortaleza para enfrentar el infortunio, que por la sabiduría para disfrutar de la bonanza". En tal sentido, las constantes adversidades que jalonan nuestro devenir –señalaba– nos habían convertido en un pueblo apto siempre para resistir o construir, e indomable para no rendirse, y de allí la valía que el ser nacional reconocía a la solidaridad, al sentido hospitalario y al espíritu cívico o de servicio público, "diferentes en la apariencia de sus expresiones concretas, pero comunes en la importancia que confieren al destino del prójimo o del país, a los cuales los chilenos nos sentimos honradamente ligados". Pensaba que probablemente de allí también derivara que en Chile "la sencillez y la autenticidad hayan tendido a prevalecer por sobre el boato y las manifestaciones", y "que el aprecio que se dispensa a las personas esté mucho más ligado a lo que ellas son que a lo que tienen".

Recordaba en el mismo sentido la extraordinaria permeabilidad social de nuestra nación, cuya historia exhibía desde sus albores "a hombres de cuna modesta que alcanzaron las más elevadas posiciones políticas, económicas y sociales", lo que había sido favorecido en su opinión por las limitaciones materiales en que el país se ha desenvuelto durante la mayor parte de su existencia: "el predominio del mérito y del esfuerzo personal por sobre cualquier antecedente de linaje –afirmaba–, se ha visto abonado además por el carácter siempre advenedizo de éste, ya que las arduas condiciones de nuestra vida colonial trajo hasta acá a poquísimas familias de viejos abolengos españoles". En síntesis, tales eran las razones por las que a su juicio la esencia nacional se identificaba más "con el servicio sobrio y severo de nobles ideales del espíritu, que con el mero éxito material, llegando incluso a ser resueltamente crítico a éste si él amenazare

conducirnos a criterios materialistas". Testimonio elocuente de lo anterior, en su opinión, era la "mayor vibración en las fibras de la nacionalidad ante los héroes que inmolaron sus vidas en aparentes derrotas bélicas, que frente a los conductores que nos guiaron a ganar todas las guerras que hemos afrontado". [64]

Toda una visión, completa y coherente, de Chile y los chilenos. La cual, agregada a su poderosa sensibilidad, constituía un elemento fundamental en la difícil y pocas veces lograda tarea de extraer el alma de nuestra nacionalidad, a fin de encaminarla hacia formas jurídicas que equilibraran la indispensable libertad del hombre con sus necesarios límites; y a la vez, con el objetivo de hacer rendir al máximo nuestras extraordinarias virtudes sociales, minimizando hasta donde se pudieran nuestros también importantes defectos.

REFORMULANDO A LA DERECHA CHILENA

Jaime Guzmán no era partidario de hablar políticamente de “derecha”, por considerarlo “un término sobrepasado, hueco e irrelevante”; y lo mismo pensaba de las expresiones “centro” e “izquierda”. Prefería hablar de partidarios o adversarios de una “sociedad integralmente libre”. Y sobre esa base realizó el trabajo difícil y nunca antes logrado de concretar, en la práctica, una síntesis de los tradicionales pensamientos conservador y liberal chilenos, cuyo enfrentamiento había sido en buena parte la causa del progresivo declive en el ideario antes identificado con las posturas políticas de derecha. Y con ello, tal vez sin proponérselo, les otorgó además renovados bríos, adecuándolos fructíferamente a la realidad de nuestro tiempo.

Estructurado a partir de los escritos de Alberto Edwards, Francisco Antonio Encina, Jaime Eyzaguirre, Osvaldo Lira y Mario Góngora –fundamentalmente–, el pensamiento conservador chileno surgió en los albores del s. XX, y lo hizo fuertemente traumatizado por la experiencia seudoparlamentaria que siguió a la revolución de 1891.[65] El dominio pleno de los partidos políticos, que desde el Congreso paralizaban al Ejecutivo a través de la “rotativa ministerial”, llevó a los conservadores a rescatar frente a ella como una tabla salvadora lo que estimaban era el fondo más sustantivo de la obra portaliana: el “presidencialismo”, entendido como una genial recreación, bajo formas republicanas, de la vieja y universalmente respetada autoridad del monarca. Sería éste precisamente uno de los rasgos conservadores más arraigados en el pensamiento constitucional de Jaime Guzmán.

Según El Pensamiento Conservador en Chile de Renato Cristi y Carlos Ruiz (Editorial Universitaria, 1992), el punto de partida de la reflexión conservadora en nuestro país se encuentra en 1903, con la publicación por Alberto Edwards de su Bosquejo Histórico de los Partidos Políticos en Chile, donde critica duramente al régimen parlamentario de la época. Y luego –en 1928– cuando

entrega tal vez el discurso conservador mejor articulado y más influyente del siglo XX: La Fronda Aristocrática, por cuyo hilo conductor emergen las nociones de "continuidad histórica, autoridad y tradición, orden, legitimidad, nación y Estado nacional", que no dejarían de invocarse desde ese momento hasta nuestros días –ya sea para criticarlas o para asumirlas–, y que el Gobierno Militar incorporó desde el principio como parte integrante de su discurso y de su obra. Unido a este incipiente nacionalismo los conservadores desarrollaron también la idea del "corporativismo", como una forma más natural de organización política (a través de las agrupaciones de los trabajadores), que los extranjerizantes partidos y sus acuerdos de cúpula, alcanzados en el Congreso y por lo mismo desligados a veces de las diferentes realidades locales. Para su elaboración influyó, sin duda, la constatación por parte de sus autores del quiebre del consenso social a que llevaron en el norte las dramáticas condiciones de vida de los obreros del salitre, que se vio poderosamente favorecido por la insensibilidad de las instancias políticas, las cuales, en lugar de enfrentar el tema, lo postergaban del debate parlamentario bajo la peyorativa calificación de "la cuestión social", sin percibir la profundidad de la grieta que se estaba produciendo en la base de la sociedad chilena.

El primer gobierno de Carlos Ibáñez –que cuenta a Edwards como ministro– constituye un triunfo para las ideas conservadoras, y su caída su primer fracaso. El nacionalismo resurgiría luego con el nazismo, con el cual vuelve a desprestigiarse, para reaparecer entre nosotros básicamente con el segundo gobierno de Ibáñez, que tiene entre sus colaboradores a Jorge Prat, fundador de la revista Estanquero y uno de los más imaginativos exponentes del conservadurismo criollo. El corporativismo católico es revestido aquí de una interesante formulación social (que oponen al corporativismo estatal), retomando el ataque en contra del parlamentarismo y haciéndolo, además, extensivo al humanismo cristiano y al comunismo, que ya empieza a amenazar con seriedad las libertades públicas tradicionales. El padre Osvaldo Lira, especialmente, orienta su acción a refutar lo que percibe como un abandono de la doctrina social y política de la Iglesia por parte de Maritain –fundador del pensamiento democratacristiano mundial–, y de sus seguidores chilenos. Y a través de la revista Estudios, desarrolla la necesidad de contrarrestar subsidiariamente la acción creciente del Estado, proponiendo para ello fortalecer el rol de los organismos intermedios. Para la convergencia entre el corporativismo y el nacionalismo cobra importancia la síntesis conservadora del padre Osvaldo Lira,

elaborada durante la década del 40. Pero después de la derrota del fascismo en 1945 y la consolidación de la democracia liberal como único modelo político legítimamente aceptable, el corporativismo pierde toda influencia conceptual hasta la década del 60, en que renace en alguna medida –bajo bases y realidades muy distintas– con la fundación del Movimiento Gremial de Jaime Guzmán, en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Todos estos conceptos formarían parte del discurso y pensamiento político de Jaime Guzmán, pero adecuándolos a la turbulenta realidad de su tiempo mediante la incorporación, para su materialización, de la idea del desarrollo económico particular, extraído del pensamiento liberal y difícilmente digerible para los conservadores de cuño tradicionalista, partidarios del dirigismo centralizado.

*

Influyó, sin duda, en la evolución de Jaime Guzmán hacia el liberalismo económico, su opinión acerca de la importancia que había adquirido la producción de riqueza en el desarrollo de las sociedades modernas. Al respecto, fue impactado de forma muy positiva por el libro de Michael Novak, El Espíritu del Capitalismo Democrático, que al confirmar sus percepciones contribuyó activamente a difundir en Chile. Personalmente, guardo en mi biblioteca un ejemplar de los que remitió a sus amigos de Concepción.

Y como siempre, se preocupó de dejar testimonio público de sus ideas, explicando de la manera más didáctica posible las razones que lo llevaban a adoptar sus posiciones. Durante siglos –dijo– el crecimiento de la riqueza había sido muy lento y escaso. Los hombres se acostumbraron a mirar la riqueza de las naciones como algo fijo e inmodificable, frente a lo cual solo cabía escoger entre resignarse a que los ricos –unos pocos– siempre fueran ricos, y que los pobres, abrumadoramente mayoritarios, siempre fueran pobres, o bien luchar por revoluciones igualitaristas. De esta última opción habrían surgido las diversas formulaciones socialistas que culminaron en el marxismo. Pero las formas modernas de producción capitalista vinieron a demostrar que la riqueza de las naciones podía crecer en magnitudes extraordinarias y jamás antes soñadas:

“Recién entonces fue imaginable romper la disyuntiva entre el conformismo tradicional y el igualitarismo socialista, y luchar por un desarrollo económico-social capaz de eliminar la pobreza, sin falsas utopías igualitarias”. Tal era, a su juicio, el único camino realista para derrotar la pobreza, dentro de una sociedad fundada en la cooperación y armonía integradora de sus miembros, donde “en vez de procurar que no haya ricos, se combata para que no existan pobres”.[66]

De aquí que Guzmán incorporara al ideario del pensamiento conservador clásico el hoy indispensable objetivo del desarrollo económico, provocando con ello una evolución de tal magnitud, a veces incomprendida dentro del conservadurismo tradicionalista, que a juicio de estos últimos prácticamente lo desnaturaliza. Incluso hoy los viejos conservadores le reprochan haber llevado al Gobierno Militar hacia una política económica que califican de “neoliberal”, en lugar de mantenerlo en lo que hasta entonces era su tradición histórica: el dirigismo centralista desde la infraestructura del Estado.

De hecho, muy poco después de septiembre de 1973, la recién instalada Junta Militar de Gobierno se repartió las tareas de reconstrucción nacional, correspondiéndole a la Armada una de las áreas más difíciles: la economía. Y desconfiando de la información con que acudían prestos los políticos, el almirante Merino convocó al efecto a Roberto Kelly, exoficial de la Armada y su amigo personal, a través de quien había recibido gran parte del trabajo realizado por el grupo de economistas liberales que coordinaba Jaime Guzmán. Muchos de los nombres sugeridos por ambos asumirían luego cargos claves en la economía chilena, entre los cuales se encontraban Sergio de Castro, como asesor del ministro de Economía, y el propio Roberto Kelly en Odeplán. Miguel Kast –freísta desilusionado que en octubre de 1974 retornó de sus estudios en EE.UU.– asumió de inmediato la jefatura del Departamento de Estudios de Odeplán, desde donde insertó a los restantes sostenedores del pensamiento económico que se quería implementar. Casi conjuntamente fue llamado de España el recién nombrado general Sergio Covarrubias, designado en la jefatura del Estado Mayor Presidencial (hoy Ministerio Secretaría General de la Presidencia), quien supo aprovechar para el desempeño de sus propias funciones la habilidad intelectual de Guzmán, nombrado ya asesor personal de Pinochet, así como sus múltiples contactos en el mundo político y social.

*

Pero la síntesis doctrinal concebida por Jaime Guzmán no sería fácil de lograr ya que, una vez pasado el peligro marxista, la vieja controversia entre economistas liberales (nuevos) y conservadores (antiguos) se reavivó con los mismos o mayores bríos de antaño. Expresamente traído desde el extranjero para que asumiera de coordinador en materias económicas, Raúl Sáez –uno de los sostenedores de la visión económica conservadora clásica–, empezó de inmediato a manifestar sus críticas a muchas de las medidas adoptadas por los cada vez más influyentes “neoliberales”.

Guzmán estimó urgente articular una compatibilización conceptual entre el nuevo liberalismo económico y el viejo conservadurismo político, lo que habría sido imposible para cualquiera que no fuera él, especialista en armonizar el aceite con el vinagre de ser necesario, y hasta en darles una fisonomía propia, como si se tratase de la misma cosa, si eso permitía que apuntaran en la misma dirección. El resultado sería el texto político más breve y lúcidamente escrito de los últimos tiempos, donde manifestaba con claridad meridiana la fusión ideológica del nacionalismo, el corporativismo y la economía de mercado: la Declaración de Principios del Gobierno de Chile, obra suya personal publicada en 1974, que marca el inicio de su fructífera influencia civil y doctrinaria sobre el nuevo Gobierno Militar. Más aún, con el tiempo, el fundamento corporativista católico sería gradualmente desplazado por el propio Guzmán tanto del gremialismo como del proyecto militar mismo, para reemplazarlo por el ideario económico de la Escuela de Economía de la Universidad de Chicago, adelantándose a lo que haría luego el resto de Latinoamérica y hasta el mundo entero, lo cual con ligeros matices subsistiría sin mayores entredichos en la política económica chilena hasta octubre del año 2019.

En realidad, lo ocurrido con Guzmán es que se salió definitivamente de la línea de pensamiento conservadora para unirla con la tendencia liberal, del extremo opuesto, con el propósito de provocar, extrayendo lo mejor de cada cual, una

síntesis renovadora y futurista que las supera a ambas, convirtiéndolas en el único legado indiscutido del Gobierno Militar.

La síntesis liberal-conservadora de Guzmán no siempre fue muy clara en su continuidad, atravesando, como el país y su propia trayectoria, por tiempos buenos y malos. A comienzos de 1975, más aún, llegó a Chile la crisis internacional del petróleo, haciendo patente que no todo marchaba ni continuaría tan bien como parecía, lo que profundizó el conflicto conceptual interno, agudizándose aún más cuando Pinochet debió optar entre medidas correctivas paulatinas o una política de shock como las que impulsaban los economistas de Chicago, liderados por Jaime Guzmán, Sergio de Castro y el general Covarrubias.

La labor de convencimiento, desde luego, no fue fácil, debiendo Guzmán desarrollar una campaña incansable e intransable, en la que llegó incluso a distanciarse ideológica y personalmente de viejos amigos, como el padre Osvaldo Lira, siendo en cambio seguido por otros, como don Julio Philippi. Y tratándose de ideas algo académicas para los militares, debió además enfrentar con ellas una dura pugna tanto con los merodeadores del círculo de Pinochet como con sus adversarios al interior de él –quienes eran muy influyentes–. Aquello, que si bien le proporcionó uno de sus más resonantes triunfos, le acarreó también muchos de sus más poderosos enemigos, cuando en abril de 1975, en una tensa reunión en Cerro Castillo (Viña del Mar) Pinochet se inclinó por la política de shock, entregándole a Jorge Cauas, elevado a la calidad de "superministro", las atribuciones especiales que necesitaba para coordinar el que se preveía como un inevitable pero doloroso ajuste. De Castro asumió en economía, llevando a su equipo entre otros a Hernán Büchi, Martín Costabal y Felipe Lamarca.

*

Guzmán, consciente que no sólo con poderosas ideas se deben respaldar las

posiciones políticas, particularmente en un Gobierno Militar, se preocupó de proveer a las suyas de un convincente respaldo popular. Y sabiendo que las recientes medidas económicas provocarían los primeros síntomas serios de descontento, decidió organizar un movimiento de respaldo político al régimen, que aglutinara de forma preferente a la juventud. Además, junto a sus gremialistas había venido dando una sorda batalla con sectores nacionalistas y fascistoides por la hegemonía de la Secretaría Nacional de la Juventud, por lo que también necesitaba ahora, más que nunca, de una manifestación de fuerza. Surgió así el Frente Juvenil de Unidad Nacional, de una promisoria pero azarosa vida, que a la postre sería de dulce y agraz para su combativo fundador. Especialmente en 1976, con motivo de la quiebra de la Cooperativa de Ahorro y Préstamos “La Familia”, ya que entre los involucrados con algunos préstamos no devueltos se encontraba el novel organismo creado por Jaime Guzmán, no obstante demostrarse que el incumplimiento se debía a responsabilidades absolutamente ajenas a la suya.

Legalmente había sido constituida en octubre de 1975 por destacados miembros del Movimiento Gremialista de la UC, por lo que parecía para ellos llegada la hora de su declive. La defensa de los indignados ahorrantes fue asumida por Pablo Rodríguez Grez, ahora enconado adversario de Guzmán, viéndose en alguna medida comprometida la Fundación Azul, creada por él en 1974 para administrar colaboraciones económicas, y que funcionó en la misma sede de calle Suecia. Se decretó en su contra una orden de arraigo, para librarse de la cual debió y pudo demostrar judicialmente su total inocencia.

*

Afortunadamente, a mediados de 1976 la economía pareció estabilizarse, por lo que Cauas abandonó el Ministerio de Hacienda para dejárselo a de Castro, que con Baraona en Economía, Sergio Fernández en Trabajo y Roberto Kelly en Odeplán, adquirirían una influencia decisiva en las decisiones adoptadas por el Gobierno hacia el futuro. Los gremialistas y los economistas de Chicago habían recuperado, por ahora, todo su crédito, siendo otros los temas que pasaron a

agobiar a las autoridades: los DD.HH., el asesinato de Orlando Letelier en Washington y el atentado contra Bernardo Leighton y su esposa en Roma. Lo que llevaría a Guzmán, una vez más, a la palestra del debate, en esta ocasión no sólo para defender sino que también para criticar muchos aspectos del Régimen Militar, lo que volvería a debilitar su influencia al interior del sensible Gobierno. Otra vez recobraron alguna prestancia las ya desechadas posiciones de corte estatista, por lo cual la antigua pelea entre economistas liberales y conservadores de viejo cuño resultó ahora mucho más encarnizada, en la proyección política que adquirió desde entonces. Caricaturizados por la prensa como "duros" (nacionalistas que buscaban la aplicación férrea de la autoridad) contra "blandos" (gremialistas que buscaban acelerar la institucionalización), se dio enérgicamente en nuestro país un debate hasta fines de la década del 70, que amalgamó cuestiones de orden político, militar y económico. En él se entrecruzaban en diferentes direcciones las únicas dos opciones a que el rasgo fundacional del Gobierno Militar hacía posible aspirar: el corporativismo y dirigismo económico de los "duros", por un lado; frente a la democracia liberal y la economía de mercado propuesta por los "blandos", por el otro.

Hasta esa época, quienes propiciaban las ideas corporativas constituían un grupo heterogéneo que se difundía por la prensa a través de destacados columnistas de opinión, contando además con buenos contactos ante el presidente Pinochet y teniendo en el abogado Pablo Rodríguez Grez a un líder carismático e influyente. Las continuas referencias al modelo de Mussolini o de Franco (especialmente su sindicalismo vertical), e incluso de Perón, le daban un innegable brillo frente a los militares, máxime cuando lo hacían en un atractivo lenguaje nacionalista y emocional. Cosecharon incluso algunos triunfos, como la dictación en 1978 de un Decreto Supremo creando el "Consejo del Trabajo", que nunca funcionó, pero que resucitado en 1985 bajo la forma del "Consejo Económico y Social" lo haría hasta 1990. En ese contexto, resulta altamente probable que, de no mediar la intervención de los jóvenes economistas liberales, el gobierno se hubiera embarcado en la creación de "corporaciones" de trabajadores, concebidas como la forma de acceder al poder durante el Chile del futuro, y que se inclinara además por un modelo de economía dirigista y estatal, como muchos esperaban de militares con una poderosa jerarquía y no escasa tradición socialista.

Las tribulaciones económicas con que abrió la década del 80 sirvieron a muchos –por cualquier vía– para intentar destronar a los gremialistas, y sobre todo a su conductor, de la poderosa influencia que habían ejercido hasta la fecha en el hermético círculo del Gobierno Militar. Entre las variadas pugnas por las que debieron atravesar, incluido el intento de Mario Góngora (1981) por restablecer el prestigio del Estado con su obra Ensayo Histórico sobre la noción del Estado en Chile en los siglos XIX y XX, se cuentan los virulentos ataques de los autodenominados “nacionalistas”, también reflotados por la crisis. Sus invectivas se centraban más bien en lo personal, pero Guzmán rechazaba de forma categórica estos enfrentamientos por considerarlos “inconvenientes para la vida pública”, aunque no desconocía las diferencias conceptuales profundas, en especial respecto a la democracia “orgánica” o “corporativista” que aquellos sustentaban, y que Guzmán no consideraba efectivamente democráticas “sino en el nombre”.

En la fundamental decisión de Pinochet de optar definitivamente tanto por el sistema social de mercado en lo económico, como por la democracia liberal en lo político, estuvo poderosamente presente la influencia y el razonamiento de Jaime Guzmán, que ante la disyuntiva abandonó raudo –conjuntamente con sus gremialistas– las líneas centrales del pensamiento corporativista católico con que se había iniciado, para plegarse sin reservas a las nuevas ideas del neoliberalismo, el único que Guzmán visualizaba a la fecha con posibilidades de realización eficaz tanto en Chile como en el mundo. Por último, esta raíz corporativista del gremialismo desapareció definitivamente en 1983, cuando Jaime Guzmán decidió organizarse a través de un partido político.

Impulsaba a Guzmán, en esta evolución hacia las formas más clásicas de la organización política chilena, el convencimiento claro y definitivo, adquirido sobre la marcha y muy probablemente con la influyente opinión de don Jorge Alessandri, de que la democracia liberal, fundada sobre los partidos políticos, se encontraba demasiado arraigada en la conciencia nacional como para intentar reemplazarla con alguna probabilidad de éxito. Y en lo económico, la percepción no menos clara y hasta genial de que el capitalismo, mediante una reformulación que incorporara el ingrediente social (hoy llamado “economía social de mercado”), era la única manera de conjugar eficazmente en nuestro país la

defensa de la libertad con el progreso y la justicia social.

Tal vez la última referencia a elementos jurídicos corporativistas por parte de Guzmán se encuentre en su defensa de los CODECOS y COREDES, cuerpos de organización ciudadana en las comunas y regiones con un origen diferente al sufragio universal. El testimonio de su opinión se encuentra en el artículo "Unidad Armónica y no Contradictoria" que publicó en la Revista Realidad de la época. Sin embargo, ante la vorágine reformadora, luego de la llegada del gobierno de Aylwin, sería él mismo quien comunicaría a la prensa, el 26 de enero de 1990, su intención de presentar al próximo Congreso un proyecto de ley para que las elecciones municipales se realizaran por sufragio universal, lo cual implicaba reformar el sistema contemplado constitucionalmente y creado por él mismo.

*

A pesar de su aspecto físico característicamente intelectual, la formación constitucional de Jaime Guzmán se había ido produciendo "más por la vía oral –como bien ha dicho Arturo Fontaine–, por la vía del contacto directo con ciertos maestros y profesores, que a través de la lectura de los libros. En cierto modo, buscó tutores y guías"; así, en materias políticas "se dejó orientar por Jorge Alessandri, por Hugo Rosende, por Eduardo Boetsch", mientras que en asuntos constitucionales "sus maestros fueron Enrique Evans y Jorge Alessandri".[67]

Luego de la Declaración de Principios del Gobierno de Chile, que tiene el gran mérito de haberle dado una base doctrinaria inicial al Gobierno Militar, la labor de Guzmán se centró en la comisión encargada de redactar una nueva Carta Fundamental. Esta se constituyó ya en septiembre de 1973, y a medida que avanzaba en su trabajo fue aprobando las "Actas Constitucionales", que dieron marco jurídico a los primeros años de gobierno de las FF.AA. Contó, en especial al principio, con una amplia gama del pensamiento político chileno: "en la comisión original –señaló el propio Guzmán– participaban dos destacados

miembros del Partido Demócrata Cristiano, ambos profesores de derecho constitucional, don Enrique Evans y don Alejandro Silva Bascuñán; el primero de ellos había sido mi profesor –agrega– y yo había sido después su ayudante. Junto a ellos estaban además Jorge Ovalle, de la Democracia Radical; Sergio Diez y Gustavo Lorca, que habían sido parlamentarios por el Partido Nacional, y el presidente de la comisión, don Enrique Ortúzar y yo, que éramos independientes alessandristas. Después se incorporó Alicia Romo".

En 1977 renunciaron Evans y Silva Bascuñán, debido a "ciertas señales del Gobierno que ellos interpretaron como equívocas, o al menos perturbadoras para la claridad en cuanto al rumbo institucional que iba a seguir, y que comprometía de alguna manera la utilidad o la eficacia de la tarea que se estaba realizando". La Comisión se recompuso con Juan de Dios Carmona, que había sido democratacristiano, pero que respaldaba al régimen militar, "de modo que no significaba, desde un punto de vista de pluralidad política, lo mismo que don Enrique Evans o don Alejandro Silva". Y se incorporaron también algunos profesores de derecho constitucional sin afiliación política determinada, como Raúl Bertelsen y Luz Bulnes. Esta segunda etapa tuvo para Guzmán menos pluralidad desde el punto de vista ideológico, pero ofreció, en cambio, una gran riqueza en cuanto a intercambio de ideas. "Porque la experiencia del análisis constitucional –opinaba– me indicó que las grandes opciones al respecto no son equivalentes a las distintas posiciones ideológicas o político-contingentes".[68]

La línea central del pensamiento constitucional de Jaime Guzmán radicaba en el fortalecimiento del "presidencialismo", que emanaba de una crítica mayor a las concepciones clásicas de la Revolución Francesa. El "equilibrio de poderes" entre el Ejecutivo y el Legislativo que ésta impuso como división tajante, se encontraba a su juicio superada hasta por el constitucionalismo clásico; había derivado más bien en una "interrelación de funciones". En Chile, más aún, la experiencia del siglo XX había reiterado que el "equilibrio" que se le atribuía al Congreso frente al Gobierno no era tal, por cuanto tratándose de dos voluntades igualmente políticas, si éstas eran coincidentes, el Congreso no equilibraba al Ejecutivo, sino que lo respaldaba en todo; y si ellas eran divergentes, el Congreso se oponía a todo lo que pudiera, neutralizando más que equilibrando al Ejecutivo. Esto había llevado a que desde 1925 en adelante se robustecieran las

atribuciones gubernativas para conducir al Estado, especialmente en lo económico-social. “Tanto la Carta Fundamental promulgada ese año –recordaba–, como las reformas que en la materia se le hicieron en 1943 y 1970, se orientaron en la dirección señalada, siendo remarcable el hecho de que en todos esos casos, los Presidentes de la República que las impulsaron habían sido ardientes parlamentaristas u opositores a ampliar las facultades legislativas del gobierno”.[69]

Es interesante destacar que incluso durante los gobiernos democratacristianos de Aylwin –salvo su descabellada idea de volver al parlamentarismo– y Frei Ruiz-Tagle, cuyo partido criticó lo que denominaba el “cesarismo presidencialista” de la Constitución de 1980, nunca se intentó disminuir siquiera alguna de las facultades que Guzmán se preocupó de entregar al presidente fortalecidas en ella: la Potestad Reglamentaria, el régimen de las insistencias o las facultades legislativas exclusivas. E incluso el socialista Ricardo Lagos, con las extensas y profundas modificaciones a la Carta realizadas durante el tercer período de la Concertación –año 2005–, mantuvo este elemento. Como bien dijo el propio Guzmán: “Fue la dura experiencia del mando lo que los hizo cambiar”.[70]

Patricio Aylwin –yéndose al extremo– intentó reemplazar globalmente el régimen presidencial por otro que se aproximara al parlamentario, y Guzmán en persona asumió su defensa: “El presidencialismo es consustancial a nuestra historia y representa genuinamente la idiosincrasia de nuestro pueblo. El chileno siempre ha buscado en el Presidente de la República –sea quien fuere su titular– una instancia fuerte y justa, que actúe eficazmente como árbitro, por encima de meros intereses partidistas... Cambiar nuestro régimen presidencial por uno semipresidencial o bien parlamentario, sería dar un salto al vacío, sin arraigo alguno en nuestra tradición política”.[71]

Hasta sectores vinculados a los militares criticaron el presidencialismo de Guzmán, alegando que con la Constitución de 1980 el expresidente Allende habría logrado la erosión institucional que buscaba con mayor facilidad que con la de 1925. Para Guzmán esto no era así, porque ahora se habían creado

importantes contrapesos a la autoridad presidencial que lo habrían hecho imposible, ninguno de los cuales se encontraba presente en la Carta de 1925, por lo que el "cesarismo" de que hablaban sus opositores, en su opinión, no existía.

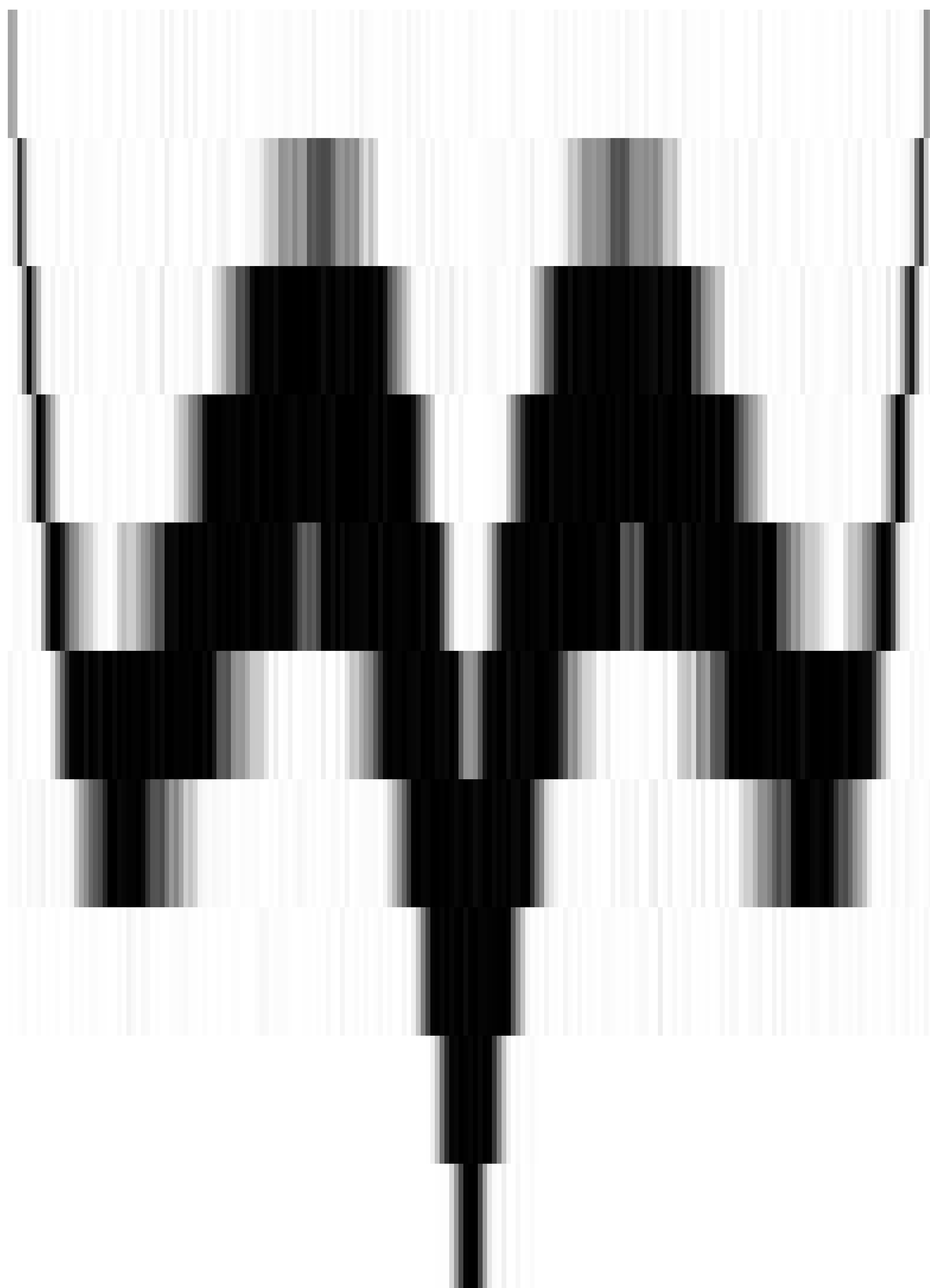
*

El aporte institucional de Jaime Guzmán se tradujo al final en una interesante reflexión acerca de las reformas necesarias de introducir a la Carta Fundamental, juntamente con una eficaz e incansable labor de difusión de ella a lo largo y ancho del territorio nacional, especialmente dirigida a los sectores más jóvenes. A su juicio una cosa era dictar una Constitución y otra muy distinta institucionalizarla, para lo cual resultaba determinante una clara explicación de lo que se estaba haciendo a quienes serían en definitiva los que tendrían que defenderla. Contribuyó sin duda a este propósito su poderosa vocación de maestro y su inagotable energía para recorrer el país, literalmente, del desierto a la Patagonia y de la cordillera al mar, cumpliendo su misión a través de seminarios, charlas y las más variadas reuniones, la mayoría de las cuales él mismo se encargaba de organizar.

Para Jaime Guzmán, el fondo del tema estaba en que el marco jurídico político chileno favoreciera –ya que era imposible aspirar a que lo garantizara– que en el país se conjugaran en la mayor armonía posible los valores de libertad, seguridad, progreso y justicia social. Para esto, aparte de crear los estímulos que impulsaran dichos propósitos, había que protegerse de los "antivalores" contrarios, que los destruían: el totalitarismo, la delincuencia (particularmente aquella de carácter terrorista) y el estatismo, respectivamente.



PARA JAIME GUZMÁN SE DEBÍAN CONJUGAR EN LA MAYOR ARMONÍA POSIBLE LOS VALORES DE LIBERTAD, SEGURIDAD, PROGRESO Y JUSTICIA SOCIAL.



Además de lo anterior, Guzmán introdujo conceptos nuevos y modernizadores al debate constitucional chileno, como la idea inédita de la autonomía de las sociedades intermedias y el rol subsidiario del Estado, o la también inédita incorporación a nuestro ordenamiento del denominado “Orden Público Económico”, encargado de reconocer jurídicamente la dimensión económica de la libertad del individuo, fortaleciendo al respecto el derecho natural “de” y “a” la propiedad, la libre iniciativa económica y la no discriminación en este campo por parte del Estado. O la no menos interesante reflexión acerca del concepto de “ciudadanía”, tradicionalmente asociada exclusivamente con el derecho a sufragio. Contra la mayoría de los constitucionalistas clásicos, Guzmán era partidario de entender que, para el constituyente de 1925, la ciudadanía era “una calidad o status que no se agota en el derecho a sufragio, pero que además tampoco lo presupone siempre y forzosamente, desde que las personas situadas en alguna de las realidades del Art. 8º (C.P.E. de 1925) seguían siendo ciudadanos y sin embargo no podían sufragar”.[72]

En general, fue Guzmán el responsable de las más trascendentales modernizaciones introducidas a la Carta de 1925 a través del anteproyecto redactado por encargo del Gobierno Militar, en lo que respecta a sus disposiciones de fondo, así como también en cuanto a la masificación de su debate. Más tarde, luego de su revisión por el Consejo de Estado y por la propia Junta Militar de Gobierno, dicho texto sufriría importantes modificaciones, no todas compartidas por Jaime Guzmán, como tampoco lo fueron por Jorge Alessandri –presidente del Consejo de Estado– quien incluso renunció por ese motivo a la presidencia del organismo.

Pero, a pesar de sus discrepancias con el texto constitucional finalmente plebiscitado, especialmente en lo que se refiere a las disposiciones transitorias –que no le correspondió analizar ni mucho menos redactar a la comisión que Guzmán integró–, su campaña en favor de que se aprobara la nueva Constitución propuesta a la ciudadanía fue decidida y eficaz. Su lucidez respecto de la necesidad de aprobar dicha Carta, a pesar de los reparos que se pudieran tener sobre aspectos circunstanciales de su contenido, quedó expuesto en su columna

en la revista Ercilla de la época:

“Hay quienes en estos días expresan su intención de votar que ‘no’ en el plebiscito que se avecina, para representarle al gobierno la existencia de una opinión pública vigilante ante cualquier tentación de aquél de interpretar un triunfo demasiado holgado como un ‘cheque en blanco’ hacia el futuro. En buen chileno, piensan que una ‘parada de carro’ al gobierno, contribuiría a hacerle ver el imperativo de que avance hacia un régimen progresivamente más jurídico e impersonal, temiendo por el contrario que una victoria gubernativa muy amplia podría resultar tentadora para el camino inverso.

Otros estiman que, con su voto negativo, al menos expresarían su disconformidad con ciertos aspectos del proyecto constitucional, y específicamente de la transición. (…) La aprobación del proyecto sólo marcará el cauce jurídico por donde discurrirá el devenir nacional, siempre abierto en su contenido a quienes deseen influir en el rumbo del país. En definitiva, las ideas creadoras y la movilización de voluntades serán siempre más decisivas que las leyes en la determinación del destino del país, condicionando con ello la acción de éste o de cualquier gobierno.

Pero, en cambio, el colapso derivado de una eventual mayoría del ‘no’, llevaría al país a un despeñadero. Nadie puede, por lo tanto, responsablemente votar que ‘no’ sin asumir las consecuencias de que éste triunfe, con los efectos descritos. Todo arrepentimiento o explicación tardía serían estériles”.[73]

EL PLEBISCITO CONSTITUCIONAL DE 1980, A LOS OJOS DE GUZMÁN

En el plebiscito que se realizó el 11 de septiembre de 1980 la Constitución fue aprobada por un 65,71 % de los electores, porcentaje al que se agregó el 1,33 % que votó en blanco. Jaime Guzmán, en un artículo de la revista Ercilla del 17 de septiembre de ese año, en lo sustancial, expuso las siguientes conclusiones del hecho, que hoy adquieren renovada vigencia para el proceso constituyente en curso:

“Existe clara y generalizada conciencia pública sobre la limpieza del acto electoral mismo.

Las objeciones por la ausencia de registros electorales previos se demostraron inconsistentes, ya que la computarización de todas las personas que sufragaron –debidamente identificadas a través de su carnet respectivo– permite formar un registro simultáneo o posterior del acto electoral, sancionándose así los casos aislados de quienes puedan haber incurrido en el delito de votar dos veces. El único objetivo práctico del empadronamiento electoral previo se obtiene pues por vía más expedita, la que además permite que el ciudadano vote donde quiera que se encuentre.

(…) En todo caso, los veedores que la oposición desplegó a través de casi todas las mesas, para fiscalizar el recuento público, son los mejores testigos de la honestidad de éste. La coincidencia entre las cifras entregadas por el gobierno, y las que transmitieron en forma previa y extraoficial las radios, incluidas las opositoras, dejó además una evidencia de veracidad en los cómputos que nadie puede negar de buena fe.

(…) Frente a la evidencia descrita, los intentos descalificatorios que subsisten, apuntan más bien al régimen de emergencia vigente, a sus limitaciones al derecho de reunión y a la presunta dificultad opositora para difundir sus puntos de vista.

Sin embargo, aun cuando el funcionamiento de partidos políticos o la realización de concentraciones masivas no aportan nada sustancial a la libre, secreta e informada decisión ciudadana en un plebiscito constitucional, tales instrumentos tuvieron para los opositores más limitaciones jurídicas que reales. Su acceso a la prensa y la radio fue además amplísimo, transmitiéndose casi diariamente por una red parcial de radioemisoras, que llegaba a todo el país, los discursos y puntos de vista de los dirigentes políticos y grupos constitucionales adversos al proyecto gubernativo. Sus documentos e inserciones de propaganda fueron íntegramente publicados en la prensa. Sólo la televisión escapó en medida sustantiva a lo señalado.

(…) La nueva institucionalidad, política económica y social ha quedado plasmada en sus bases esenciales al más alto nivel jurídico, demostrando nítidamente su coherencia en los tres campos señalados”.[74]

Guzmán expuso sus reflexiones y desafíos para esta nueva etapa en la revista Ercilla del 31 de diciembre de 1980:

“El plebiscito fue una clara reafirmación mayoritaria de apoyo al actual gobierno. Con todo, y contrariamente a lo que la oposición procuró sostener en la campaña plebiscitaria, la ciudadanía no extendió un ‘cheque en blanco’ a la autoridad gubernativa, sino que respaldó todo un camino político que la nueva Carta Fundamental diseña de manera nítida para el futuro próximo de Chile.

El contenido de la nueva democracia hasta la cual se encamina el gobierno militar, no admite ya lugar a divagaciones. La meta ha quedado delineada en forma precisa, con directas consecuencias políticas.

(…) Refutando a la oposición, que abogaba por un plazo breve, la ciudadanía respaldó la prolongación del actual gobierno por ocho años más, para que esa nueva democracia se afiance sobre bases estables.

Desmintiendo a su vez a los 'ultras' y fascistoides que rechazan toda fijación de plazos, el haber asumido uno preciso ha demostrado fortalecer la estabilidad gubernativa. Así, como en cada crisis seria vivida durante los últimos siete años, se especuló con un eventual término abrupto del gobierno militar –o al menos con una hipotética sustitución del Presidente Pinochet– ahora su permanencia hasta 1989 es una realidad fuera de toda discusión".

Sin embargo, el rumbo hacia adelante no se presentaba libre de escollos, y Jaime Guzmán percibía que debería defender su obra tanto de los opositores al Gobierno Militar, que buscarían insistentemente su fracaso, por un lado, como de los ultranacionalistas que aspirarían a perpetuarlo, de otro. Respecto a la oposición, estimaba que ella:

"(…) carece hoy de líderes, ideas y cohesión, su estrategia apuntará a crear conflictos en las áreas políticamente más sensibles, y a procurar dividendos de cualquier desgaste que el gobierno pudiere sufrir en un lapso cuya extensión conlleva ese riesgo.

Frente a ello, sólo un resuelto impulso a las modernizaciones, y una constante capacidad creadora para mantener la iniciativa política, librarán al gobierno de tal desgaste, y le permitirán además continuar renovando sus cuadros y su apoyo en las nuevas generaciones más jóvenes.

(…) Ante esto, sólo procederá recordar siempre que no hay beneficio sin costo. El afianzamiento de la estabilidad gubernativa requería el precio de un sólido esquema jurídico-político, que necesariamente limita más a la autoridad. Pero éste no es sólo el precio de dicha estabilidad, sino además la única vía para que el gobierno conserve su identificación con un pueblo celoso de la juridicidad, y cumpla su compromiso patriótico de legar a Chile un nuevo régimen político duradero, impersonal y portaliano".[75]

CAPÍTULO 5

SI GANA EL “SÍ” A PINOCHET…

A principios de junio de 1988, año en que se plebiscitaría el nombre del futuro Presidente, se detectó por Carabineros de Pelarco la presencia de personas armadas, extrañas al lugar, uno de los cuales disparó contra un policía que salvó providencialmente la vida. Era el FPMR-Autónomo que se reagrupaba en la Región de Maule después de participar en el atentado contra el general Pinochet. Buscaba comenzar desde allí una guerrilla rural y urbana, para lo cual había establecido casas de seguridad en Rancagua, San Fernando, Curicó, Talca, Linares, Chillán y otros poblados menores.

En junio de 1988 se produjeron dos hechos importantes, indicativos de la sorda pero cruenta guerra que estaba viviendo subterráneamente el país, a veces con completo desconocimiento de la ciudadanía común: Investigaciones detuvo a 17 jóvenes en el puerto de Valparaíso, muchos de ellos vinculados a la Universidad Católica de aquella ciudad e integrantes de la estructura del FPMR-Partido. Además, un día cualquiera fue asesinado en la calle el coronel de Ejército Miguel Rojas Lobos, cuya autoría se atribuyeron los Autónomos, acusándolo de haber dirigido la Operación Albania como jefe de la CNI en la zona sur del país, lo que no era efectivo, por lo que más tarde el FPMR-Partido sembró algunas dudas acerca del verdadero autor intelectual de los hechos.

El “Comandante José Miguel” comunicó a la prensa que en el plebiscito del cinco de octubre de ese año se registraría un fraude si ganaba el “SÍ”, aprobando la continuación de Pinochet, en cuyo caso se sentiría en libertad de acción para emprender “una fase superior de la lucha armada”. Pero a pesar del triunfo del “NO”, El FPMR-Autónomo decidió dar inicio de todas maneras a la que llamó “Guerra Patriótica Nacional”, por lo que el 21 de diciembre de 1988 piquetes de frentistas coparon los poblados de Pichipellahuén, Contulmo, Los Queñes y Cabildo, en las regiones de La Araucanía, Biobío, Maule y Valparaíso, respectivamente. El FPMR-Partido desmintió de inmediato su participación. Una

semana después, los líderes indiscutidos del FPMR-Autónomo, el “Comandante José Miguel” (Raúl Pelegrín) y la “Comandante Tamara” (Cecilia Magni), morían ahogados al cruzar el río Tinguiririca en la huida de los Queñes, según la versión entregada por Carabineros. La “Guerra Patriótica Nacional”, en su primera etapa, nacía frustrada.

La concentración de elementos subversivos en la zona sur del país llevó a las autoridades a concluir que el FPMR-Autónomo contaba con una importante retaguardia en Argentina, cuyas ramificaciones se extendían hasta Uruguay e incluso Brasil. Numerosos chilenos fueron detenidos en allanamientos efectuados en Mendoza, Neuquén, Córdoba, Rosario y Buenos Aires.

Mientras el 29 de marzo de 1989 fue declarado por la extrema izquierda como el “Día del Joven Combatiente” (en conmemoración por la muerte de dos jóvenes subversivos), el 11 de abril, luego de una dramática persecución por las calles de Talca, caían en las manos de Carabineros Juan Ordenes Narváez y Héctor Maturana Urzúa, dos importantes miembros del FPMR-Autónomo que habían participado en el atentado a Pinochet y se encontraban en la zona de Maule para el reinicio de su “Guerra Patriótica Nacional”. Y recién se descubrían indicios de la creación de un nuevo comando denominado “Raúl Pelegrín”, brazo armado de los Autónomos destinado a operaciones de alto riesgo, cuando –el 9 de junio de 1989– moría acribillado “El WalIy”, Roberto Fuentes Morrison, uno de los jefes del Comando Conjunto: agrupación de inteligencia del Gobierno Militar que operó en los años posteriores al 11 de septiembre del 73. Recibió catorce impactos de bala, siendo rematado por la espalda, en la nuca, por uno de sus asaltantes.

Poco después, el 20 de agosto de 1989, el Comando de Aviación del Ejército establecido en el Aeródromo de Tobalaba, recibió un ataque de elementos subversivos. Además de dañar un helicóptero utilizado por Pinochet, causaron con la balacera la muerte de un teniente de Ejército y de uno de los asaltantes; y esto marcó un momento de gran significación en la especialísima contienda de mensajes emblemáticos en que suelen transformarse los enfrentamientos de las

guerras informales. El atacante muerto resultó ser Roberto Nordenflych, “hijastro de Volodia Teitelboim, y, según la CNI, el segundo jefe del Autónomo”. Pero era además “uno de los mejores combatientes en la historia del FPMR, oficial de caballería blindada, graduado en Cuba, descendiente de la esposa de Diego Portales, de un camarada de Pancho Villa y de veteranos de la Guerra del Pacífico”.[76]

El 20 enero de 1990 se consumó lo que sus autores denominaron con razón como la “Operación Éxito”, consistente en la fuga desde la Cárcel Pública de Santiago, a través de un túnel que venían cavando desde hacía más de un año, de cincuenta presos por delitos políticos pertenecientes al FPMR y seguidores por igual tanto del “Comandante Daniel Huerta” como del “Comandante José Miguel”.

Cuando, un año después, el FPMR escala hasta las mayores alturas de su carrera delictual, la figura de Jaime Guzmán fue la que se instaló delante de sus planes y de sus armas. Al salir de la secretaría de estudios, donde había entrado luego de terminar su clase de Derecho Constitucional, había visto caminar delante de él a sus dos ejecutores. Al ingresar a la escalera, Guzmán dudó. Se detuvo en el segundo peldaño, mientras los individuos continuaban algo mecánicamente delante de él hasta el primer descanso, donde “El Negro” Ricardo Palma Salamanca, al no escuchar los pasos del senador, vuelve la cabeza para observar lo que ocurría. Lo sigue Raúl Julio Escobar Poblete, “Emilio”, y ambos cruzan por primera vez la mirada con la de su víctima, que los estaba observando, inmóvil. Jaime Guzmán giró rápidamente y volvió a entrar en la sala de profesores, pidiéndole a una secretaria que fuera a buscar a su chofer. Mientras, él llamaba a su jefe de gabinete, Cristián Pizarro, con quien confirma una entrevista para el diario La Nación. Cuando llegó el chofer del parlamentario, éste hablaba por teléfono con Eduardo Boetsch, más relajado, al cabo de lo cual bajaron juntos, en completo silencio, hacia los estacionamientos.

EL REGRESO DE LOS “SEÑORES POLÍTICOS”

Salvo por el brillo de su genio, que todo lo relegaba a segundo plano, pocas personas habrían sido más contraindicadas que Jaime Guzmán para levantar un liderazgo que rivalizara e idealmente se impusiera al vanidoso político chileno, siempre a la última moda y con trazas deportivas, la mayoría de las veces ridículamente, tratando de reeditar –en ocasiones convencido–, el paradigma de John Kennedy: el sueño personal del político latinoamericano.

Pero en su caso era al revés, a partir de su condición de friolento extremo que ya ocupaba un lugar destacado dentro de sus características más notables. El invierno era su maldición. De allí que sin remilgos exigiera en todas sus actividades interiores la presencia próxima de una eficiente estufa y, para salir al exterior, adoptara con gran satisfacción el sello alessandrista de una larga y gruesa bufanda, con varias vueltas alrededor del cuello, por encima del abrigo, cubriéndole todo el rostro –nariz incluida– y continuara elevándose muchas veces hasta la mitad de los anteojos, dejando solo lo justo para mirar. Y así andaba el líder. Forrado en un largo abrigo de cuyos bolsillos no sacaba las manos, la bufanda envolviéndolo como si un turbante le hubiera caído de lo alto dejando apenas una parte de los anteojos a la vista, bajo una calva brillante que coronaba la estrambótica figura. Así se desplazaba por los pasillos universitarios, las calles y las iglesias de su barrio.

Se sumaba a lo anterior la carencia del más elemental sentido de la moda. Como una chaqueta café, a cuadros, que usó desde la década del sesenta hasta que sus próximos le representaron, derechamente, que las solapas excesivamente grandes habían dejado de usarse hacía más de diez años y que el marketing exigía que la dejara si quería tener alguna remota posibilidad de que alguien votara por él.

A lo mejor por eso en una época decidió –siendo oportunamente disuadido– no usar más corbata. Acostumbraba asistir a los programas televisivos e incluso a dictar sus clases en la Universidad, vestido de sport. Y estaba seguro que si se acostumbraban a verlo siempre vestido de esa forma, a nadie le llamaría la atención y la gente terminaría aceptando que él fuera un académico, senador y hasta donde llegara, que no usaba ni usaría jamás terno ni mucho menos corbata. Para bien o para mal, la realidad le impidió cumplir con su propósito.

En cambio, por encima de todos sus desatinos sobre la moda, el sentido político no le fallaba. Una vez más las aprensiones expuestas por él fueron acertadas: no obstante los auspiciosos hechos políticos con que se iniciaba para el Gobierno la década del 80, ésta tuvo sin embargo un mal comienzo, debido a causas de carácter económico provenientes de EE.UU., que por problemas financieros propios vio disminuido el crecimiento de su economía del 5 % en 1978 al 0.4 % en 1980, subiendo apenas un reducido 1,9 % al año siguiente.

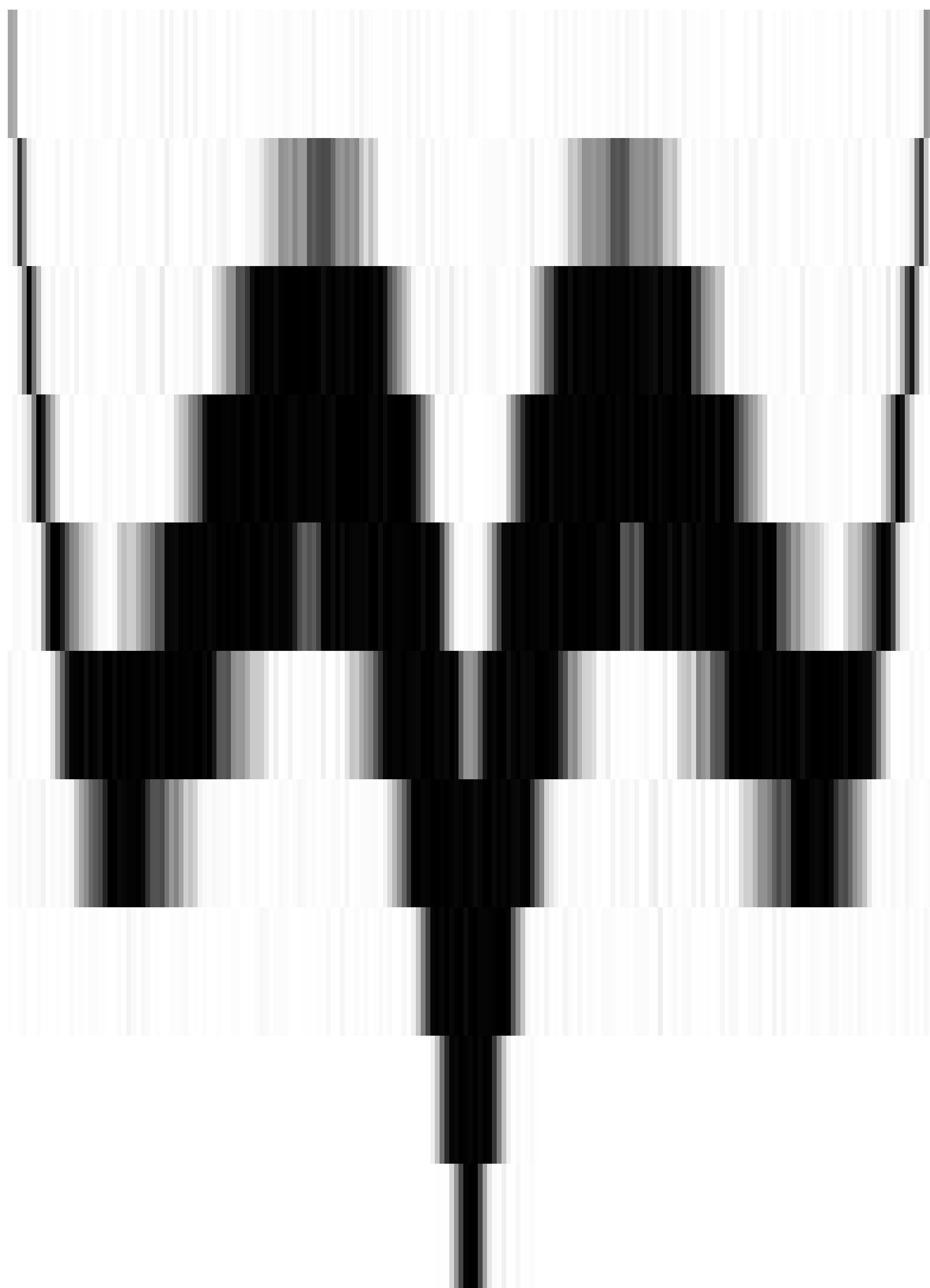
Todo esto produjo un desmejoramiento en los términos del intercambio comercial con Chile, que hizo necesario reducir el gasto público del país, lo que se podía hacer por la vía de la devaluación –que produce una merma brusca en el ingreso nacional– o a través de la disminución de los precios y salarios, que es el denominado “procedimiento automático”. Se optó por este último, aunque sin completarlo del todo debido a las variadas inflexibilidades que aún presentaba la economía, produciéndose una crisis cuyos efectos sociales empezaron a sentirse desde mediados de 1981; y como el ministro de Hacienda Sergio de Castro se aferrara al ajuste automático, negándose categóricamente a devaluar el peso chileno, el 22 de abril de 1982 Pinochet lo reemplazó por Sergio de la Cuadra, quien puso en práctica una devaluación del 18 %.

La medida se tradujo en una expansión de la deuda que provocó la inevitable quiebra de numerosas entidades financieras entre 1981 y 1983; y su grave secuela social, a su vez, trajo consigo nuevos y sucesivos cambios en el equipo financiero. Rolf Lüders siguió a de la Cuadra, en agosto de 1982, con una actitud inicial frente a los bancos extranjeros que no podían recuperar sus créditos, de

desentenderse del asunto, y aconsejarles que pusieran en práctica las disposiciones de la ley de quiebras. Esta sugerencia no fue del agrado de los banqueros acreedores, que prefirieron un planteo político. Y amenazado con el cierre de créditos al país, Lüders hubo de ceder, con lo que la deuda externa privada se fue estatizando, como pasó en otros países latinoamericanos. Fue así como, mientras la deuda pública externa subió al doble, la privada bajó a la cuarta parte.[77]



PARA LA MASA CIUDADANA HABÍA DOS GRANDES MÉRITOS EN EL GOBIERNO MILITAR: LA RECUPERACIÓN EXITOSA DE LA ECONOMÍA Y LA MANTENCIÓN DEL ORDEN PÚBLICO, EN UN CONTEXTO LATINOAMERICANO QUE PARECÍA FRACASAR EN AMBOS ASPECTOS.



Hasta la fecha, para la masa ciudadana había dos grandes méritos en el Gobierno Militar: la recuperación exitosa de la economía y la mantención del orden público, en un contexto latinoamericano que parecía fracasar en ambos aspectos. Todo ello había sido valorado en conciencia por los electores al momento de emitir sus preferencias en el plebiscito constitucional de 1980, y lo continuaban haciendo ante la disyuntiva de mantener su respaldo a la autoridad o pasarse lisa y llanamente a la oposición. Pero ahora, con motivo de la crisis económica, esos pilares parecían trastabillar seriamente y a los ojos de muchos comenzaban a derrumbarse. Después de tanto buscarlo, la oposición había encontrado por fin un flanco a través del cual entrometer una cuña entre el gobierno y el ciudadano común, aun cuando éste continuaba mirando, con vivo recelo, el advenimiento de buenas a primeras de los mismos políticos de siempre. Los "señores políticos" –al decir de Pinochet– continuaban cargando a los ojos de la ciudadanía con la responsabilidad del quiebre institucional de 1973 y aún parecía muy pronto para restablecerles el crédito ni mucho menos la confianza.

Pero lo cierto era que el descontento había crecido considerablemente en el país, y la oposición se expresaba ya no sólo desembozadamente por la prensa nacional e internacional, sino que también en las calles y por cualquier vía que le diera publicidad. Más aún, su llamado a una masiva resistencia civil estaba produciendo resultados: sus regulares jornadas de "protesta" contaban con amplia acogida en los sectores populares y provocaban una paralización general del país que daba la sensación de un grave quebrantamiento institucional y legal; exactamente lo que la oposición buscaba producir con ellas a objeto de justificar y prolongar el apoyo político y financiero recibido desde el exterior, además de fortalecer –internacionalmente– la imagen de una posible gobernabilidad futura y de una progresiva inviabilidad del régimen imperante.

El "lumpen", en asociación con el terrorismo político, se enfrentaba violentamente a las fuerzas del orden. En cada "protesta" un remanente de heridos y muertos horrorizaba a chilenos y extranjeros –con el consiguiente desgaste de la autoridad–, horadando la confianza y la paciencia de la ciudadanía. Dentro de este complejo cuadro, el gobierno debió adoptar una

actitud todavía más difícil: demostrar flexibilidad, pero sin alterar sus principios, leyes y plazos constitucionales, además de buscar la unión entre los sectores que lo apoyaban, trabados en una dura pugna por enrostrarse recíprocamente la responsabilidad de lo que estaba ocurriendo. En lo económico, no hubo mayores variaciones estratégicas. Carlos Cáceres, vinculado igualmente a los gremialistas, reemplazó a Lüders en el Ministerio de Hacienda, para despersonalizar el tratamiento del tema sin romper su línea matriz. Las novedades las hizo correr Pinochet por el lado político, trayendo al Ministerio del Interior a un antiguo conocido, que hasta ese momento había logrado mantener al margen de la contingencia nacional mediante la entrega de importantes responsabilidades diplomáticas, quien se encontraba entonces a cargo de la embajada de Chile en Buenos Aires: Sergio Onofre Jarpa.

Largamente vinculado a la derecha tradicional –sobre todo por ejercer la presidencia del Partido Nacional durante el gobierno de la Unidad Popular–, había sido regidor por Santiago y se le reconocía la condición de político “cazurro” y del viejo cuño, capaz de entenderse, probablemente, con los otros políticos que como él venían reviviendo cual ave fénix luego de la prolongada aplanadora militar. Era un golpe duro para Jaime Guzmán y sus gremialistas, que luego de siete años de colaboración leal y exitosa, pasaban por primera vez a la segunda fila del Gobierno de las Fuerzas Armadas; detrás –por añadidura–, de sus viejos adversarios de siempre, los cuales lograban por fin tomarles la delantera dentro de la difícil competencia por la influencia política gubernamental. Más aún, los antiguos resquemores –aún vivos– y sobre todo las temidas proyecciones futuras, hacían suponer que Jarpa trataría de marginar a Guzmán y a su grupo de cualquier protagonismo. Y el gobierno era, a la fecha, el único lugar que permitía gozar de alguna relevancia pública, a menos que se operara desde la oposición, lo que Jaime Guzmán jamás haría, salvo puntual y específicamente respecto de la actuación de Jarpa. En cuanto al proceso de transición iniciado por Sergio Fernández y continuado de muy distinta manera por Onofre Jarpa, expuso Guzmán su fundada crítica en el artículo El Camino Político, que constituye un testimonio notable respecto del rumbo por el cual Chile debió haber retornado a la democracia y que, de haberse explorado, el país se habría evitado muchos de los difíciles trances por los que debió atravesar.[78]

Por su parte, los empresarios que se habían endeudado en dólares se vieron en serios aprietos para enfrentar la nueva situación, agravada "por el alza de la tasa de interés en esa moneda y por las devaluaciones que se sucedieron tras la primera".[79] Las quejas contra el equipo económico arreciaron, para mayor mal de los gremialistas, sumándose ahora a ellas las del nuevo ministro del Interior, que instaba por medidas económicas de reactivación para disminuir las tensiones políticas y laborales, mientras buscaba una apertura con la oposición para atemperar las cruentas "protestas" que continuaban con un saldo inédito e insostenible de heridos y muertos.

Carlos Cáceres, en tanto, rechazaba enérgicamente dichas medidas "reactivantes" que a su juicio significarían un lamentable aumento de la inflación, muy perjudicial para la situación general del país, más allá de la coyuntura del momento. Una visión que los economistas de Chicago intentaban sostener a ultranza y que encontró siempre un importante respaldo doctrinario en los comentarios que Jaime Guzmán publicaba con regularidad en diferentes medios de comunicación (especialmente en la revista Realidad, fundada por él mismo en la tradicional sede de calle Suecia).

*

La era de Jarpa representa un período de diferentes matices dentro del Gobierno Militar. En su contexto, los dirigentes políticos de otrora, de uno u otro sector, levantaron definitivamente la cabeza. Y todos, en representación de sus desaparecidos partidos o movimientos, entraron enhiestos en la rueda de conversaciones iniciada junto con el estreno del ministro del Interior, en su no menos novedosa "apertura". Era, dentro de la realidad de la época, el personaje del momento. Y como se suponía, Jaime Guzmán y todos los que tuvieran algo que ver con él estaban, por ese solo hecho, excluidos del diálogo: la apertura tenía otros destinatarios.

Un mal momento para los llamados "Chicago Boys", ya que el modelo

económico que habían implementado en Chile –para mal y satisfacción de muchos a la vez– parecía finalmente tambalear de verdad. De igual forma lo era para Jaime Guzmán y los gremialistas, sindicados como el respaldo político de los primeros, durante el período en que mantuvieron un lugar preeminente en el centro del estrecho círculo gubernamental. El 19 de abril de 1983, Guzmán dijo en Concepción que, si bien una crisis económica como la que enfrentaba el país traía inevitables efectos en el plano de la adhesión política, lo importante era que las autoridades mantuvieran la serenidad para actuar conforme a los intereses generales de la nación, corrigiendo los errores que se hubieran cometido pero reforzando incluso su labor en la dirección iniciada, "en lugar de ceder a la cómoda tentación, en la cual tantos gobiernos han cedido, de actuar del modo que más conviene a sus intereses de popularidad".[80]

Las conversaciones políticas que se llevaron adelante por el ministro Jarpa fueron la oportunidad que muchos vieron para excluir definitivamente a Guzmán y a sus gremialistas de la esfera de influencia que habían ejercido ininterrumpidamente hasta esa fecha. Por primera vez aparecieron personajes nuevos en la noticia política chilena. Iban emergiendo a medida que evolucionaban las conversaciones del gobierno, particularmente con sus opositores, que se agrupaban ahora en la denominada "Alianza Democrática", antecedente inmediato de la "Concertación de Partidos por la Democracia", gobernante desde el término del Gobierno Militar hasta la primera década del nuevo milenio y predecesora de la actual "Nueva Mayoría".

Todo duró hasta el 25 de septiembre de 1983, cuando los diarios nacionales titularon con grandes relieves una noticia política muy especial: el día anterior se había constituido un movimiento nuevo, denominado "Unión Demócrata Independiente" (UDI), que aspiraba a ser la proyección hacia el campo de lo contingente y, eventualmente, hacia lo político partidista, de los principios y valores que habían inspirado hasta esa fecha la acción de gobierno de las Fuerzas Armadas y de Orden. Es decir, de lo mejor que éste había tenido, y lo que se asociaba en mayor medida con el aporte que a él habían prestado gremialistas y Chicago Boys. Lo dirigía el exministro del interior Sergio Fernández y su Comité Directivo lo integraban, además, Jaime Guzmán; el presidente del grupo "Nueva Democracia", Javier Leturia; el expresidente de la Cámara Central de

Comercio, Guillermo Elton; el exsecretario general de la Juventud, Luis Cordero; y el expresidente de FECECH, Pablo Longueira.

Conforme a su declaración de principios, estaba destinado a aglutinar a quienes compartieran los ideales de una sociedad libre y desearan avanzar hacia la plena democracia por el rumbo trazado constitucionalmente. La Unión Demócrata Independiente –expresó su presidente en el acto de lanzamiento– estaba abierta a todos los sectores; pero lo estaba en particular a quienes fueron independientes hasta 1973 y a las generaciones más jóvenes que se incorporaron después a la vida cívica nacional, así como a quienes lo hicieran en el futuro. El movimiento expresaba desde ya su aspiración de conformar un partido político cuando éstos se legalizaran, enfatizando su amplia disposición a confluir en ello con otros grupos o entidades políticas afines. Se trataba –expusieron sus dirigentes– de dar origen en el porvenir próximo a un gran partido que, ojalá, congregara o federara a todos los demócratas que se estimaran ubicados en el centro o la derecha del espectro político nacional. Y, en tal propósito, el movimiento declaraba su disposición a emprender desde ya las acciones conjuntas que fueran necesarias con dichos grupos afines, partiendo por tomar contacto directo y desde ese mismo momento con todos ellos.

Es decir, el nuevo grupo iniciaría por su cuenta una ronda de conversaciones, con miras a la próxima constitución de un partido político que proyectara la obra del Gobierno Militar más allá de la duración de éste. Toda una noticia que opacaba la iniciativa desplegada por el Ministro del Interior, dirigida especialmente hacia sus opositores. Nadie dejaba de saber, naturalmente, que el cerebro creador, inspirador y conductor de la idea de crear este grupo era Jaime Guzmán: su perspectiva de futuro, su visión del hombre y la sociedad, sus concepciones sobre la acción política y, en definitiva, su pensamiento personal, era lo que el movimiento expuso, plasmó en su Declaración de Principios y se aprontó a ejecutar desde ese mismo instante.

Debido a esto, el 26 de septiembre La Segunda publicó extensamente sus opiniones en una entrevista concedida por Guzmán en su departamento, donde

fue fotografiado junto al retrato de don Jorge Alessandri –dedicado a su “hábil” amigo–, cuyo modelo de acción republicana aspiraba a proyectar colectivamente a través de la UDI. En ella, además de precisar conceptos –como era su especialidad–, destacando la importancia de diferenciar con nitidez el “gremialismo” del movimiento en ciernes, insistió en la perspectiva unitaria que los inspiraba respecto de los otros grupos afines, en un claro llamado a aunar fuerzas, sin exclusiones, para enfrentar la acción política futura. Claramente se trataba de una advertencia al ministro Jarpa, en cuanto a que, si no los consideraba en las conversaciones que promovía desde el gobierno, quedarían él y su grupo como los divisionistas, mientras Guzmán y los suyos asumirían el rol de adalides de la unidad que todos los seguidores del Gobierno Militar –incluido éste– anhelaban.

Pero además, fruto de su gran percepción, Guzmán expuso en ella una certera radiografía del momento político que entonces vivía el país. Le parecía que un grueso sector del electorado tradicionalmente democratacristiano no se sentía interpretado con la posición asumida por su cúpula dirigente dentro de la Alianza. Creía que gran parte de él estaba mucho más cerca de posturas como las de Juan de Dios Carmona o William Thayer, exministros de Frei Montalva que apoyaban razonadamente al Gobierno Militar. Se basaba para esto en los resultados obtenidos por el Gobierno Militar, tanto en la consulta de 1978 como en el plebiscito de 1980, que a su juicio excedían con creces las posibilidades electorales de los sectores únicamente derechistas. Reconocía que se había producido un desgaste para los uniformados en el apoyo ciudadano, y adelantando lo que sería una frase sacramental de su grupo hacia el futuro, la relación de éste con el Gobierno sería desde entonces “de apoyo razonado e independiente de juicio”; es decir, buscarían afianzar su estabilidad, colaborar lealmente en sus iniciativas de bien público, pero aportando también una crítica constructiva en los casos que lo ameritaran. Esta última posibilidad, desde luego, iba subliminalmente dirigida más bien al ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa, que al gobierno mismo.

En cuanto a la aparente contradicción que significaba la participación de Sergio Fernández en un movimiento como éste, criticando ahora el escaso dinamismo del proceso de transición a la democracia de cuya génesis era el principal

responsable, decía que la respuesta había que buscarla en las circunstancias por las cuales Fernández había dejado el Ministerio del Interior, luego de un año de iniciada la transición. Es decir, habría habido un desacuerdo interno respecto del ritmo que se le debía imprimir al proceso, ya que el grupo de Guzmán –y Fernández mismo– eran partidarios de activar la transición, poniendo en rodaje a la mayor brevedad posible la totalidad de las instituciones creadas por el nuevo texto constitucional. Referente a las leyes políticas que quedaban aún por dictarse, cuya comisión redactora integraba juntamente con Sergio Fernández, Guzmán, con certera percepción, estimaba que la más compleja de todas era la Ley Electoral. La correspondiente a los partidos políticos –en la que todos tenían puestos los ojos– le parecía relativamente simple y de una importancia muy inferior. Porque era la Ley Electoral, a su juicio, la que determinaría el futuro de nuestra vida política, tal como efectivamente ocurrió: "Es ahí –decía, avizorando genialmente un porvenir aún distante– donde se toman las decisiones claves que van a gravitar en cuántos partidos tiendan a formarse, en la forma de actuar de esos partidos".[81]

Desde aquella época data su preocupación por crear el sistema electoral denominado "binominal", que le permitiría seis años después (en 1989) desplazar del Senado a Ricardo Lagos, dejando a la centroderecha en la posición expectable en que quedó luego de los comicios de ese año, el de mayor desgaste para el Gobierno Militar.

La UDI constituyó un golpe noticioso de proporciones mayúsculas, generando efectos a ambos lados del espectro político nacional. El 2 de octubre –entrevistado para La Tercera por María Eugenia Oyarzún– Jaime Guzmán delineaba más ampliamente aún los alcances de su nueva agrupación. Consultado sobre la popular afirmación de haber sido ellos los responsables de la conducción política del Gobierno Militar, así como de ser la rama política de los denominados "Chicago", hizo importantes puntualizaciones, que hoy constituyen historia: la conducción política –afirmó– había pertenecido siempre al presidente Pinochet, "pero si en ella hemos tenido y se nos asigna una colaboración importante, nos sentimos muy honrados, porque pensamos que habríamos contribuido a que el Gobierno tuviera en 1980, después de siete años de acción, el más alto porcentaje que ha tenido jamás Gobierno alguno como

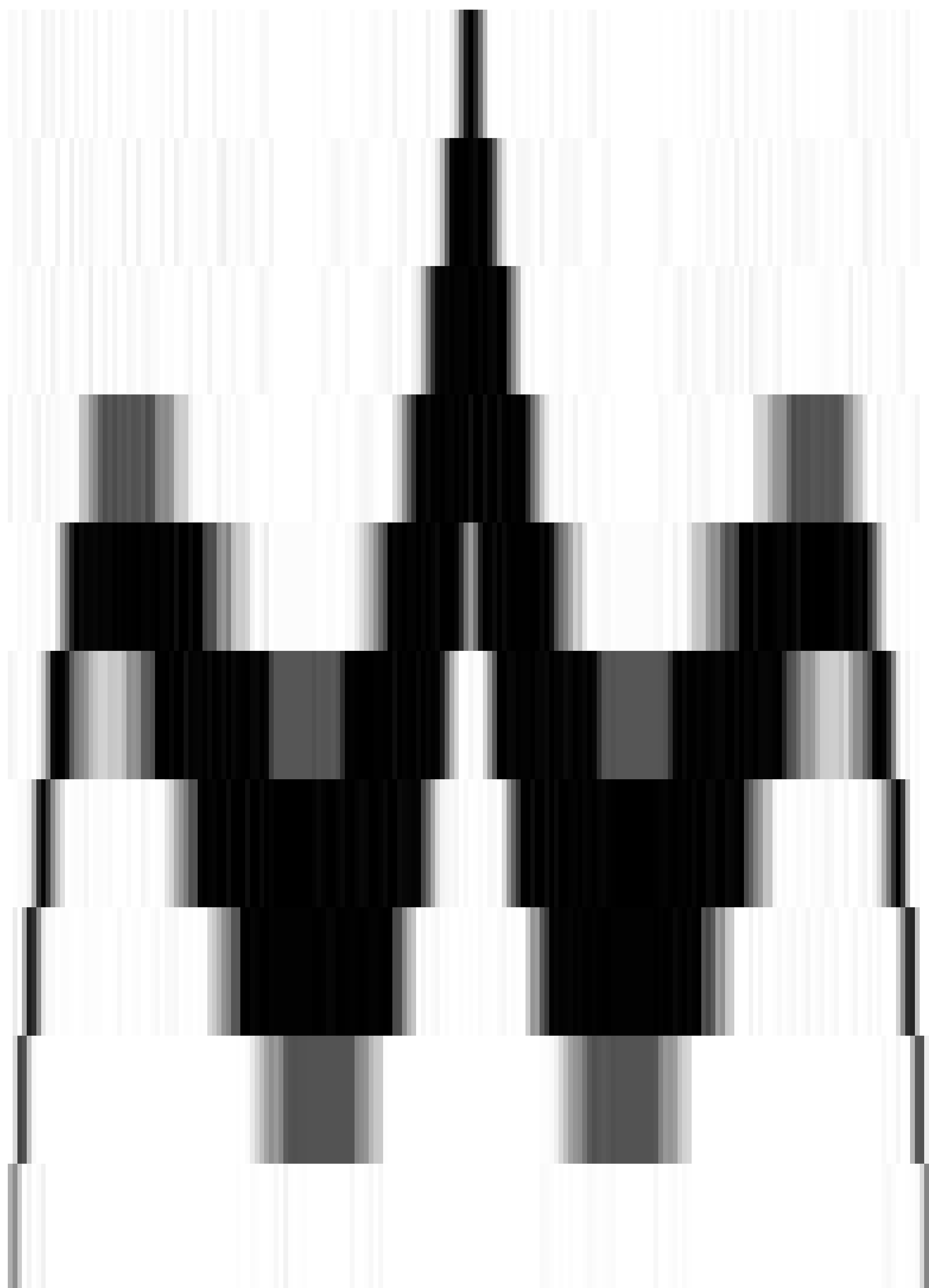
respaldo político”. Precisamente –expresaba– la mejor prueba del éxito macizo e indiscutible alcanzado por la gestión ministerial de Sergio Fernández, estaba en haber impulsado la Constitución, logrando que ella fuera aprobada por los dos tercios de la ciudadanía; y en cuanto al plano económico, señaló que la situación había sido distinta por la existencia de un equipo económico bastante autónomo dentro del Gobierno. Y justamente esa separación, vigente hasta hacía poco entre el ámbito económico y el político, había sido a su juicio uno de los aspectos más cuestionables del marco que imperó desde 1975 en adelante. Faltó allí una mayor integración –dijo– que aunara ambos aspectos en la gestión diaria, más allá de la mera congruencia en los conceptos generales.

Interesantes declaraciones, que dejan entrever la escasa posibilidad que tuvo de influir en la rectificación de los errores que el mismo Guzmán –sutil, pero regularmente– reconocía que el equipo económico había cometido en el manejo de la dura crisis. En todo caso –reclamaba– cuando al equipo económico le había ido bien, nunca nadie les dijo que quienes estaban en el área política, llamados gremialistas, eran el brazo derecho de dicho equipo: “Esta es una novedad que ha surgido solamente cuando las cosas económicas se empezaron a complicar, lo que ya me parece sospechoso como criterio de enfoque o análisis”.

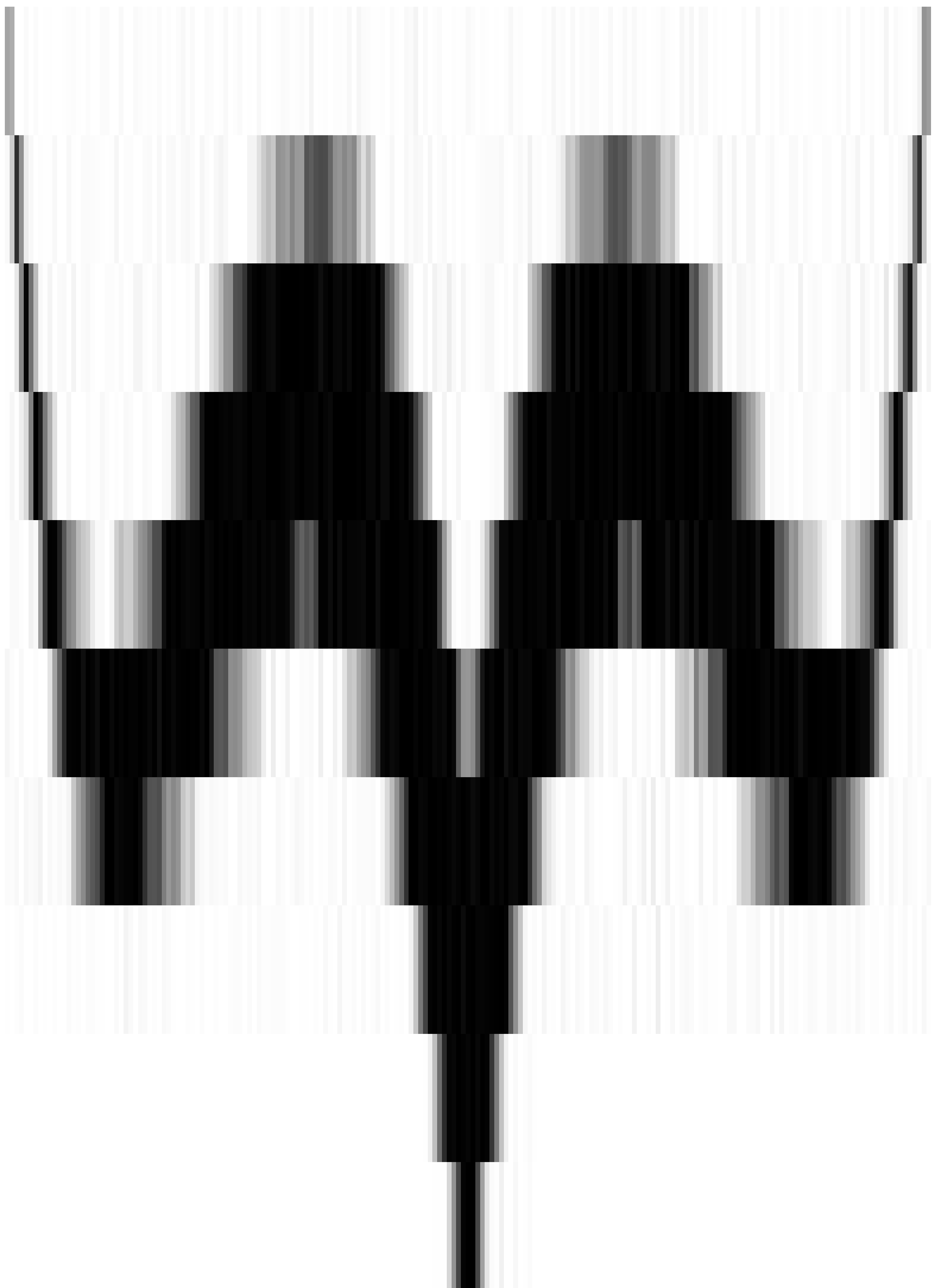
Llevado al tema específico de Sergio Onofre Jarpa, dijo que ellos apreciaban enormemente su personalidad política, considerando además que su gestión había sido en extremo positiva. Por eso la UDI respaldaba en forma resuelta y patriótica su labor. Con todo, era un hecho que ni su grupo ni él tenían una buena idea de los políticos de siempre, y mucho menos después de la manera como éstos se habían desenvuelto durante el mes y medio que llevaban de apertura política: “Creo que desafortunadamente este debate se ha acercado mucho a una chacota. Pienso que si los políticos tradicionales, excluyendo honrosas excepciones, se hubieran propuesto desprestigiar la vida democrática, no lo habrían conseguido mejor que con la forma que han actuado... La juventud debe tener conciencia que ésta no es la única posibilidad de una democracia y de un debate político. Y la UDI pretende contribuir, desde su perspectiva, a un debate completamente diferente, donde realmente las ideas primen por sobre las consignas”.[82]

Las expectativas depositadas en la gestión del nuevo ministro del Interior y sus conversaciones políticas estaban perdiendo rápidamente su atractivo original, percibiéndose su inminente fracaso. Esto fue especialmente claro cuando la oposición entendió las escasas posibilidades que tenía por esa vía de acortar el plazo de las autoridades políticas, o de disminuir sus facultades. Mientras tanto, las gestiones iniciadas paralelamente por Jaime Guzmán crecían en espectacularidad, transformándose claramente en el camino para lograr la unificación –y, por lo tanto, la proyección– de los sectores que apoyaban la obra del régimen militar.

Luego de expuesta con suficiencia su doctrina y de posesionarse de un lugar propio en el mapa político, Guzmán pasó a la acción. Una de sus aspiraciones fue la de captar para su causa al electorado que tradicionalmente había militado en los partidos democráticos de oposición a las FF.AA., depositando especial atención en la Democracia Cristiana, cuyos dirigentes habían decidido actuar dentro de la “Alianza Democrática” junto a elementos socialistas y marxistas, generando en sus bases una profunda decepción. Guzmán percibía que al militante de base le costaría entender que su partido arriesgara terminar una vez más entregando el poder al socialismo, pero ahora, además, estando asociado con él, como muy probablemente ocurriría de continuar fortaleciendo y prolongando la Alianza Democrática. Esta sería otra aprensión premonitoria.



JAIME GUZMÁN PERCIBÍA QUE LA DEMOCRACIA CRISTIANA ARRIESGABA TERMINAR UNA VEZ MÁS ENTREGANDO EL PODER AL SOCIALISMO, PERO AHORA, ADEMÁS, ESTANDO ASOCIADO CON ÉL. ESTA SERÍA OTRA APRENSIÓN PREMONITORIA.



*

Ni la izquierda ni la derecha quedaron indiferentes con el surgimiento de la UDI, acaso porque Jaime Guzmán cobraba con ella un dinamismo renovado y promisorio que lo colocaba, una vez más, a la vanguardia de los que buscaban impulsar el proceso institucionalizador chileno. El 12 de octubre de 1983, en la sección “opiniones” de la revista Hoy, Raimundo Valenzuela de la Fuente les dedicó el artículo: La UDI o los nuevos Políticos, que es suficientemente ilustrativo de la opinión de la izquierda y de la importancia atribuida a Guzmán y su gente en el advenimiento y acción del Gobierno Militar:

“Sorprende –señalaba– que quienes hicieran profesión de fe de ‘gremialismo’, ‘apolitismo’ y ‘antipartidismo’ se transformen, de la noche a la mañana, en ‘señores políticos’ […] ¿Quién podría pensar que éstos ‘señores políticos’ de la UDI, que nos ofrecen ‘un nuevo modo de hacer política’, son los mismos grupos elitistas y sectarios de la Secretaría Nacional de la Juventud y de Nueva Democracia, que durante estos años se han erigido en los únicos administradores del debate político y de la moral pública?; No fue el mismo Sr. Fernández, hábilmente asesorado por el Sr. Jaime Guzmán, quien en su fugaz desempeño como Contralor General de la República, cohonestó la llamada ‘consulta’ de 1978? […] ¿No fueron los mismos señores Fernández y Guzmán los que mediante la mecánica plebiscitaria y una ambigua legitimización electoral, elevaron a la cima del poder al general Pinochet?[83]

De sus grupos afines, sin embargo, provinieron las reacciones que más preocuparon a Jaime Guzmán, ya que contra lo expresado por él mismo, vieron en la reorganización de los antiguos gremialistas su sempiterno escollo para alcanzar alguna preeminencia, ahora dentro del cuadro político de apertura. Básicamente, sus críticas apuntaban a la incongruencia que habría existido en el señalado propósito de confluir en el futuro con otros grupos para la formación de un partido unitario, y la creación de un movimiento como la UDI, que lo hacía en torno a principios que abarcaban lo político, lo económico, lo social y lo

internacional, dejando poco o nada para que fuera aportado por el resto.

En La Segunda del 14 de octubre de aquel año, Guzmán se hizo cargo de estos argumentos, negando desde luego toda incongruencia, “ya que nuestro movimiento permitirá aglutinar desde ahora mismo a vastos sectores de independientes y de juventudes que no se sientan atraídos por convocatorias que perciban ligadas a esquemas partidistas pretéritos”. Agregaba que habían nacido en tomo a un conjunto de principios fundamentales “por estimarlo un elemento capital para el futuro éxito de las ideas que configuran una sociedad libre”, sin dejar de recordar que el arraigo de las ideas totalizantes que invadieron el país desde 1964 a 1973 se había debido, en buena parte, a que las corrientes de centro y derecha del mapa político de la época aparecieron cada vez más huérfanas de ideas: “más limitadas a simples ‘antis’. Más carentes de un proyecto doctrinariamente sólido y políticamente atractivo ...”.

“Las definiciones que allí asumimos –concluía con otra premonición– están abiertas al debate. Lo único que no se podrá es eludirlas o prescindir de ellas”.[84]

Y así efectivamente fue.

CAPÍTULO 6

PERCEPCIONES PREMONITORIAS

En los días posteriores al surgimiento de la UDI a la vida pública, ésta insistió, a través de sus diferentes voceros, que ya no le interesaba participar en el diálogo ministerial del que se hacía tanto caudal. Si bien él era positivo, no tenía carácter fundamental, puesto que lo verdaderamente importante era el despacho de las leyes políticas que estudiaban el Consejo de Estado y la comisión formada especialmente para ese fin. Serían éstas las que permitirían realmente alcanzar una base de acuerdo nacional que hiciera posible seguir avanzando hacia la democracia.

Jaime Guzmán comprendía, como pocos, la diferencia entre dictar una Constitución e institucionalizarla. Nada habría sacado con impulsar el difícil proceso de plebiscitar la Carta Fundamental, si no obtenía ahora que sus disposiciones se enraizaran suficientemente en el alma nacional, aspecto mucho más lento y complejo que el anterior, que requería poner en rodaje desde ya –antes de que terminara el Gobierno Militar– sus instituciones democráticas. Buscaba que cuando se sometiera a la venia de la ciudadanía ya formara parte integrante del alma colectiva, porque tanto las instituciones nuevas (CODECO, COREDES, Consejo de Seguridad Nacional, etc.) como las antiguas "renovadas" contemplaban importantes modificaciones para la convivencia cívica y necesitaban, para su éxito, ser puestas en funcionamiento por una autoridad política interesada en que éste se produjese. Y concretando, el 23 de octubre de 1983 reiteró a El Mercurio que su movimiento tenía una idea propia respecto de la instalación del Congreso, proponiendo además una integración que distaba de todas las sugeridas hasta ese momento: "En esencia –dijo– la idea consiste en lograr que ese Congreso pueda funcionar relativamente pronto, antes de la fecha originalmente prevista, ya que ello ayudaría a descomprimir las funciones políticas actuales y, además, permitiría un conveniente rodaje de las instituciones consagradas en el articulado permanente de la Constitución".

Estaba consciente, además, que bajo un régimen militar parecía poco posible una elección parlamentaria inmediata, pero tampoco le parecía factible un Congreso meramente designado, aunque fuera de transición. "De allí que convendría explorar una alternativa intermedia que propusiera una comisión mediadora o arbitral de un grupo reducido de grandes personalidades, que inspiren generalizada respetabilidad en todos los sectores nacionales".[85]

En tal caso, Guzmán era partidario de plebiscitar simultáneamente la idea de instalar un Congreso y la nómina de los integrantes propuestos, sin necesidad de la elección política y la campaña partidista agresiva que estimaba incompatible con el régimen militar. Tres días después, el 26 de octubre, la UDI propuso su fórmula para instalar el Parlamento antes del tiempo anunciado, con lo que logró retomar la delantera de Jarpa y del Gobierno mismo en las propuestas políticas tendientes a facilitar el consenso nacional que el país esperaba expectante de sus líderes.

La notable recuperación de la iniciativa política que significó para los antiguos "gremialistas" la formación de la UDI, así como sus audaces propuestas posteriores, les generaron una vez más una andanada de ataques provenientes no solo de la izquierda sino que también de la derecha, igual o más agresiva que aquélla. Más aún, los dirigentes de la derecha tradicional, agrupados como antiguos parlamentarios del ex Partido Nacional, les dirigieron sus ácidas críticas por voz de Domingo Godoy Matte, quien los hizo personalmente responsables del difícil momento por el que atravesaba la nación. Guzmán lamentó las discrepancias existentes entre las distintas fuerzas gobiernistas, expresando que resultaba profundamente contradictorio que quienes aparecían auspiciando un movimiento que denominaban de "Unidad Nacional", dedicaran parte importante de sus primeros esfuerzos solo a atacarlos.

"Los democrataindependientes –respondió en declaración pública– lamentamos hondamente esos ataques, tan injustos como inconducentes, pero declaramos que no nos dejaremos arrastrar a polémicas que solo tendrán por resultado fomentar o acentuar divisiones entre sectores ciudadanos que, por el contrario, deben

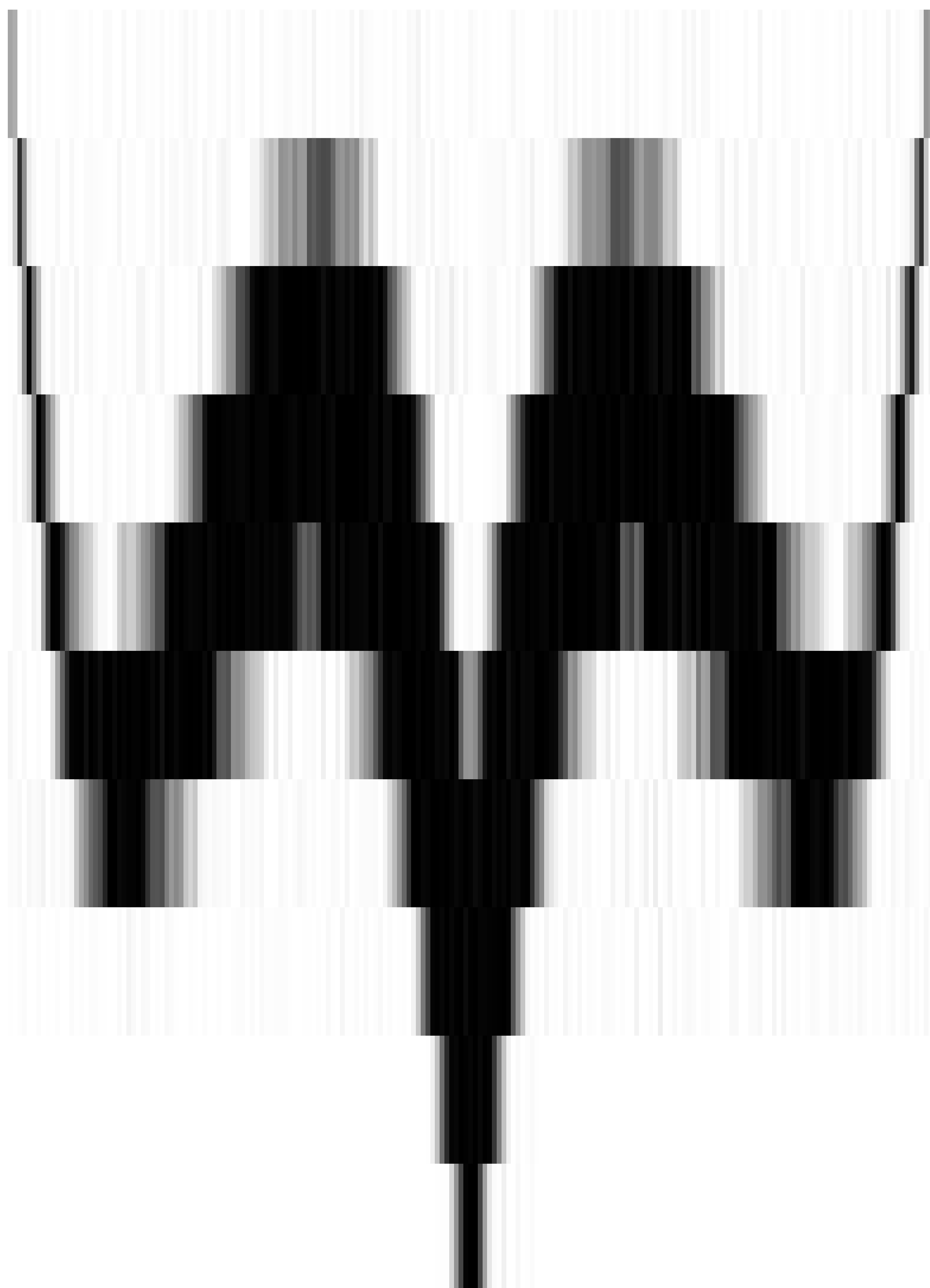
propender a la mayor unidad posible frente a los duros desafíos que Chile afronta".[86]

Nuevamente la bandera de la "unidad nacional" terminaba en manos de Guzmán, que con esta declaración dio por terminada definitivamente su polémica con la derecha tradicional, a pesar de que ésta no dejaba de criticarlo. Y sin que careciera de asociación –ya que él tampoco se había entendido con ese sector de la derecha– pasó en el acto a rendir un homenaje a don Jorge Alessandri, con motivo de cumplirse 25 años desde que asumiera la Presidencia de la República (03 de noviembre de 1958). Con gran significación, destacó los rasgos característicos de la acción pública del exgobernante y reiteró, una vez más, la necesidad de proyectar ese estilo hacia el futuro, como él y su grupo se proponían, alejándose cuanto se pudiera de los vicios de la política tradicional y de los políticos responsables de su desprestigio.

En la hora presente, la extraordinaria vigencia de Jaime Guzmán, a pesar de las décadas transcurridas desde su muerte, fluye de cada una de sus intervenciones de entonces. Porque tres días después, en un masivo acto realizado en Linares para dar a conocer las bases de la UDI, se refirió nuevamente a la relación de su movimiento con los demás partidarios del Gobierno Militar, manifestando opiniones que revelan la certera percepción con que visualizaba al Chile de hoy y la muy distinta actitud con que entendía, por aquel motivo, la misión de todos ellos en esos momentos: "Estimo –expresó– que para que una democracia sea estable es indispensable llegar a grandes y pocos conglomerados políticos. Y esta etapa intermedia de transición puede servir justamente para que esos grupos se formen y busquen a similares y no enfaticen las divergencias.... una de las cosas que destruyeron en mayor medida a la democracia chilena antes de 1973 fue la excesiva fragmentación entre grupos de tendencias afines que, en lugar de fortalecer los puntos en común, acentuaban las discrepancias".



“PARA QUE UNA DEMOCRACIA SEA ESTABLE ES INDISPENSABLE LLEGAR A GRANDES Y POCOS CONGLOMERADOS POLÍTICOS. UNA DE LAS COSAS QUE DESTRUYERON EN MAYOR MEDIDA A LA DEMOCRACIA CHILENA ANTES DE 1973 FUE LA EXCESIVA FRAGMENTACIÓN ENTRE GRUPOS DE TENDENCIAS AFINES QUE, EN LUGAR DE FORTALECER LOS PUNTOS EN COMÚN, ACENTUABAN LAS DISCREPANCIAS”.



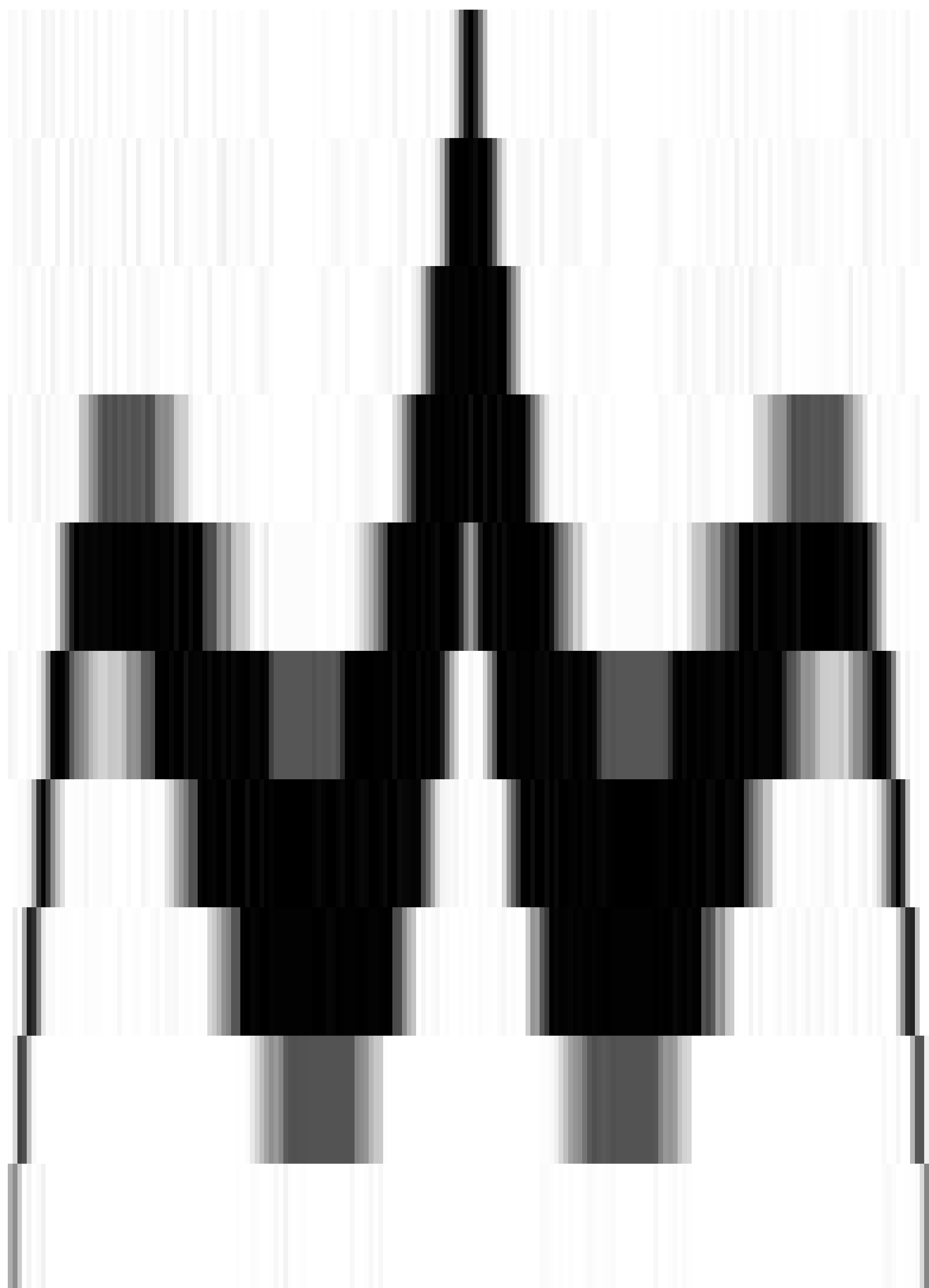
Guzmán empezaba a manifestar de manera insistente y reiterada la indispensable necesidad de que hubiera un cuadro político como el que llegó a existir en Chile, caracterizado por la presencia de solo dos grandes conglomerados. Aquello fue determinado por la Ley Electoral, encargada en esa época a una comisión integrada, entre otros, por el propio Guzmán, y de la cual fue su personal autor y redactor.

Y si impresionan por lo premonitorias las preocupaciones de Jaime Guzmán por configurar, ya en aquel entonces, el sistema electoral que hasta hace poco nos regía, el 18 de noviembre de 1983 la prensa dio a conocer una declaración pública de la UDI –redactada desde luego por Guzmán– en la que expresaba su posición frente a la concentración convocada para ese día por la opositora Alianza Democrática, y donde aborda temas que aparecen rodeados hoy de una vigencia todavía más asombrosa: "¿Porqué participan los comunistas –se preguntaba– en una concentración que no han convocado y cuyos organizadores dicen ser contrarios al comunismo? La respuesta a tal pregunta es, a la vez, muy importante y muy sencilla. Los comunistas se han plegado y se plegarán a las acciones de la Alianza Democrática (más tarde Concertación de Partidos por la Democracia) porque la plataforma de ésta les resulta extraordinariamente útil. Se repite así la vieja incapacidad de la dirigencia democratacristiana chilena –eje de la actual Alianza Democrática– para evitar que su acción política favorezca al marxismo y sea utilizada fructíferamente por los comunistas, aunque en teoría la democracia cristiana se proclame adversaria a ellos. Por eso, la Unión Demócrata Independiente (UDI) cree indispensable que la ciudadanía democrática reflexione sobre los alcances de lo que hoy propicia la dirigencia democratacristiana a través de la Alianza Democrática".[87]

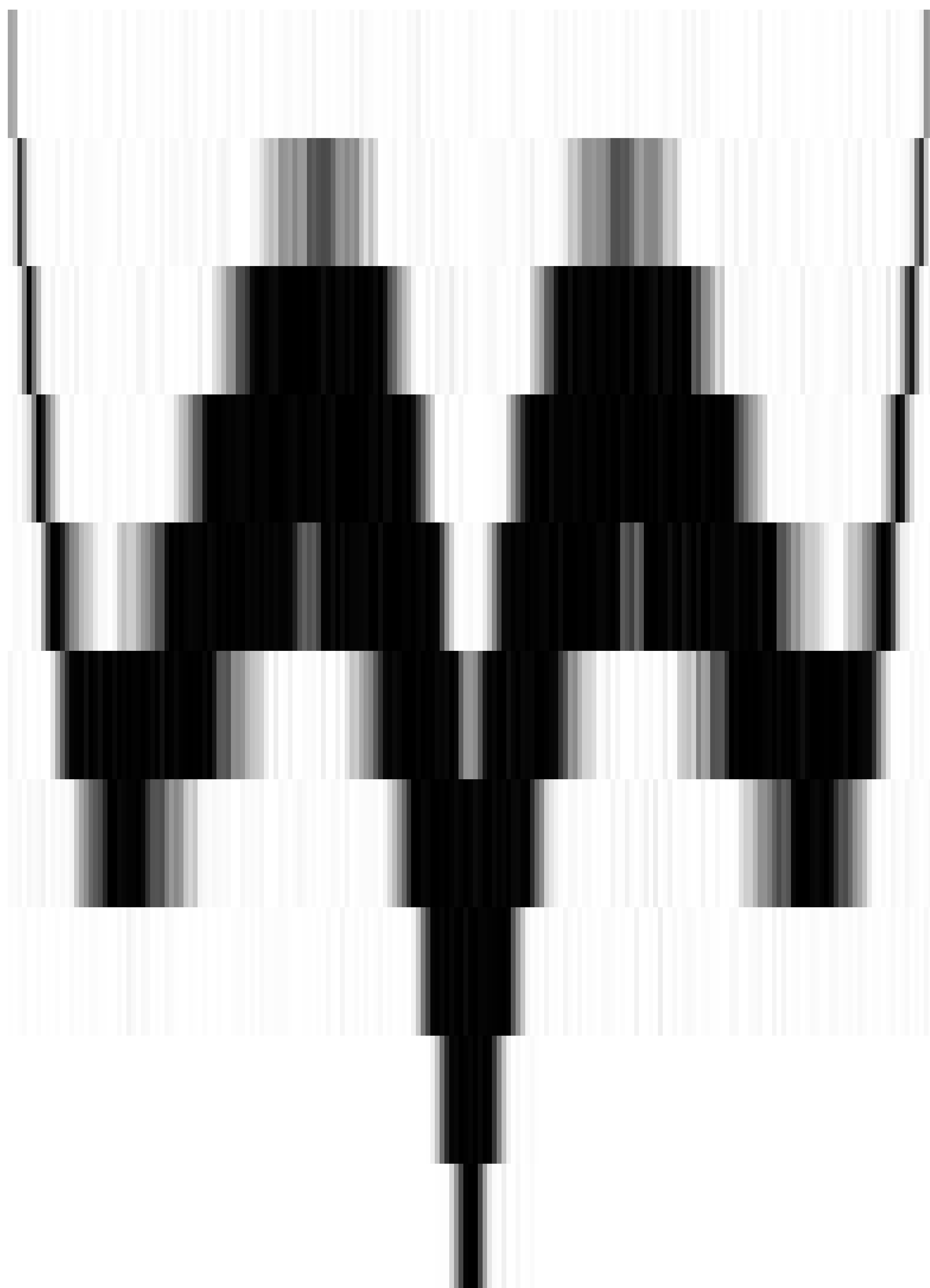
La historia muestra cumplidas las aprensiones manifestadas entonces por Jaime Guzmán, y casi con sus mismas palabras: las veces que el socialismo ha estado en el poder, primero con Ricardo Lagos, luego con Michelle Bachelet en dos ocasiones y hoy con Gabriel Boric, lo ha hecho siempre con los votos y participación activa en el Gobierno tanto de la Democracia Cristiana como del Partido Comunista, aunque este último nunca lo habría logrado por sí solo.

En cambio, Joaquín Lavín, adversario de Lagos en los comicios presidenciales de 1999-2000, y que estuvo a escasos puntos porcentuales bajo él, así como Sebastián Piñera en las dos elecciones en las que resultó vencedor, e incluso la reciente incursión presidencial de José Antonio Kast en 2021, atrajeron hacia su postulación una cantidad considerable de la votación democratacristiana de base, tal como Guzmán recomendaba a la cúpula directiva de la DC si no quería volver a apoyar el restablecimiento del socialismo, como efectivamente hizo.

El 22 de octubre de 1990, con motivo de la presentación de firmas que hicieron los comunistas al Registro Electoral para inscribirse formalmente como partido político, Guzmán señaló que siempre había estado en contra de su legalización, cuando el comunismo era una amenaza real no sólo para la sociedad chilena sino que para todo el mundo libre. “Hoy día –agregó– que es una pieza de museo, pienso que puede adornar de manera arqueológica el panorama de nuestro escenario cívico”.



EL 22 DE OCTUBRE DE 1990, CON MOTIVO DE LA PRESENTACIÓN DE FIRMAS QUE HICIERON LOS COMUNISTAS PARA INSCRIBIRSE FORMALMENTE COMO PARTIDO POLÍTICO, JAIME GUZMÁN SEÑALÓ QUE SIEMPRE HABÍA ESTADO EN CONTRA DE SU LEGALIZACIÓN.



No menor es la vigencia que ha tenido en la historia reciente su declaración del 30 de noviembre del 83, con motivo del "recrudecimiento de actividades foráneas destinadas a influir en los asuntos internos de nuestro país", la cual parece redactada para tiempos posteriores: "Resulta inaceptable y contrario a los principios del Derecho Internacional que gobiernos con los cuales Chile mantiene relaciones diplomáticas emitan periódicos pronunciamientos sobre el curso de nuestra política interna, cualquiera sea la intención que los guíe. Chile no es colonia de nadie y el pueblo chileno no aceptará jamás ser tratado como si lo fuera. Los veredictos de gobiernos extranjeros que se erigen en jueces del nuestro deben rechazarse como contrarios a la dignidad nacional".[88]

Pocos se imaginaban en ese momento que el país y Latinoamérica recibirían, asombrados e incrédulos, en un futuro no muy lejano, los requerimientos judiciales de tribunales europeos por eventuales hechos ocurridos en Chile y otros países, décadas antes. El caso de España, que por este motivo logró mantener detenido en Londres al General Pinochet por casi un año y medio, hizo resonar sus palabras como una advertencia dolorosamente vigente, por el peligro y la actualidad que todavía encerraban. Respecto a los incidentes ocurridos durante la insurrección chilena de octubre de 2019, todavía está por verse cuánta vigencia tengan estas palabras de Guzmán, especialmente considerando que Gabriel Boric anunció en el marco de su campaña que perseguirá la responsabilidad internacional de su predecesor, Sebastián Piñera.

*

A pesar de las agresiones recibidas por parte de los grupos afines desde el surgimiento de su movimiento, Jaime Guzmán no cejaba en reiterar su llamado a la unidad, empezando, además, a esbozar una agenda política paralela a la del propio Gobierno. Dentro de su continuo recorrido por el país, expresó en Antofagasta que "el momento actual requiere de unidad y patriotismo y no de divisiones y rencillas". Guzmán recordaba al efecto que su movimiento había manifestado desde su nacimiento un genuino propósito unitario, agregando que

"hoy reiteramos ese espíritu, porque se ha hecho cada vez más evidente que el país requiere una profunda renovación de sus hábitos cívicos, en lugar de reeditar viejas mezquindades personalistas o de grupos, que desgraciadamente hemos visto en nuestro escenario político, brindando un espectáculo deplorable que la opinión pública exige con razón que sea corregido". Terminó su intervención señalando que "precisamente porque la UDI tiene la conciencia de no haber incurrido en ninguna actitud que favorezca ese cuadro negativo, sino, por el contrario, porque ha sido invariablemente fiel a los postulados unitarios y renovadores que la inspiran, hoy se siente con la autoridad moral para representar legítimamente la señalada inquietud ciudadana y exhortar a que ella sea acogida".

Pocos días después, el 05 de diciembre, Guzmán insistía en que la instalación del Congreso conforme a la fórmula propuesta por la UDI le daría rodaje al sistema constitucional "con todos los poderes que ello involucra, especialmente la acción fiscalizadora del Gobierno y la publicidad de los debates legislativos". En caso contrario, "alcanzar un Congreso de acuerdo a las normas y reglamentos democráticos tomaría un tiempo relativamente largo, porque ello requiere contar con leyes políticas y todos los mecanismos administrativos para tales efectos".

Desgraciadamente, como en otros aspectos que hasta hoy lamentamos, en este tampoco fue oído, impidiéndose al país hasta 1989 disponer de un Congreso que facilitara y destraumatizara el traspaso del poder a las autoridades civiles definitivas.

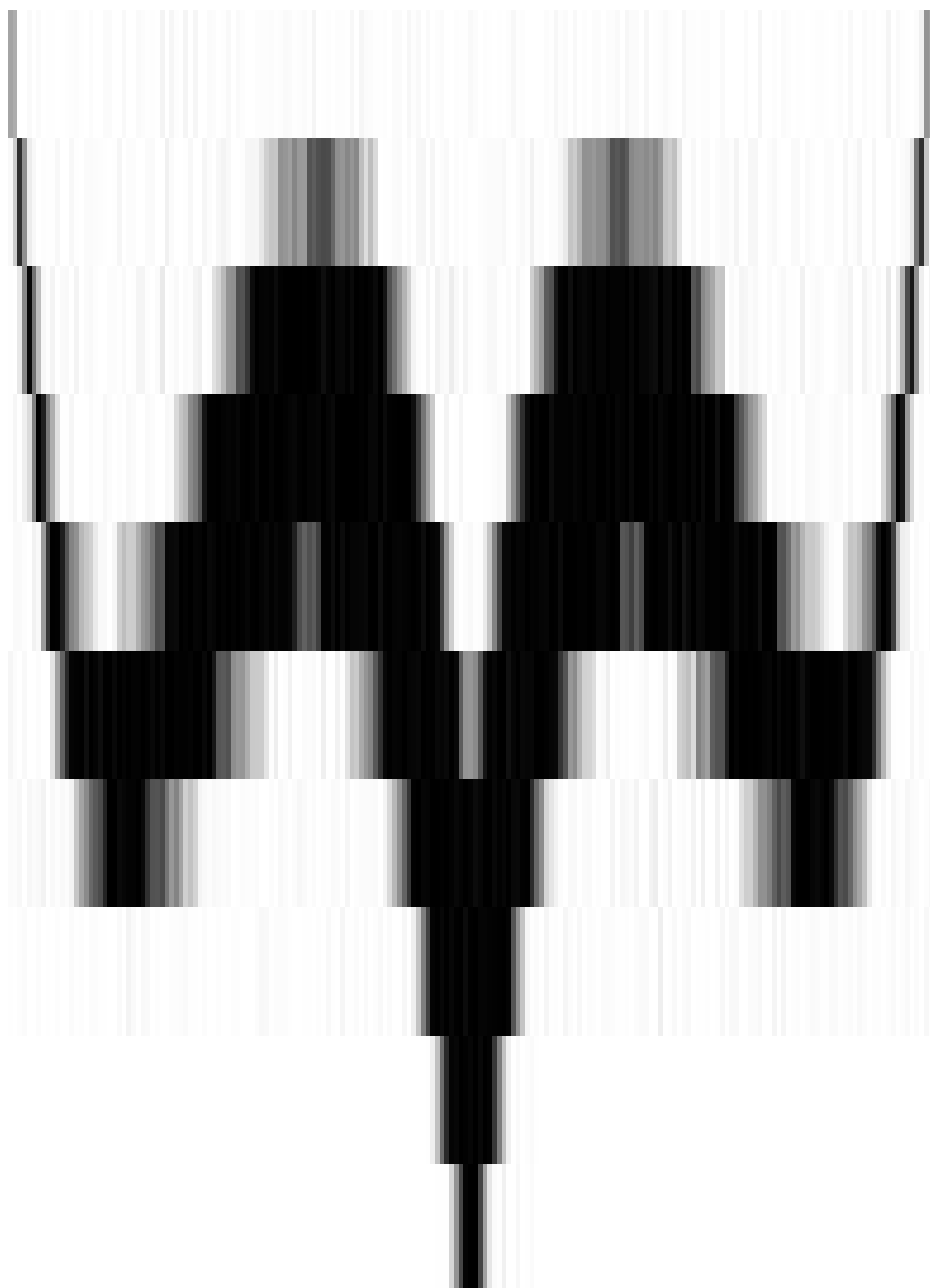
UN ADVERSARIO TEMIBLE EN SU CAMINO

Guzmán estaba convencido de que era posible vencer al violentismo intolerante por las vías del Derecho y de la justicia. No estaba de acuerdo –y nunca lo había estado–, con el uso de la fuerza, aparte de los casos especialísimos en que el ordenamiento jurídico la admite.

Se preocupó personalmente, por ese motivo, de crear un sistema que permitiera contar de manera permanente con un instrumento eficaz en contra de la violencia política. Pero como conocía bien la diferencia entre crear algo constitucionalmente y que aquello se institucionalizara, quiso además dar inicio al rodaje de su creación, presentando el primer requerimiento al Tribunal Constitucional en virtud del artículo octavo de la Carta Fundamental original, al objeto de que declarara la inconstitucionalidad del Movimiento Democrático Popular (M.D.P.), bajo cuyo nombre actuaba el Partido Comunista. Alegó en estrados personalmente el requerimiento y aun cuando, en su percepción, los ministros no estaban en disposición anímica de acogerlo, finalmente lo hicieron, si bien no se pudieron aplicar las sanciones pertinentes porque aún no se dictaba la Ley Complementaria que lo habría hecho posible. Por tal razón dedicó gran parte de sus esfuerzos futuros a obtener la dictación de su polémica ley, con lo que daría lugar más adelante a intensos debates, incluso al interior de la misma centroderecha.



LAS OBJECIONES DE JAIME GUZMÁN AL FUNCIONAMIENTO DE LA DINA, POCO CONOCIDAS POPULARMENTE, LE SIGNIFICARON LA ENEMISTAD MÁS TEMIDA DE LA ÉPOCA: LA DEL ENTONCES CORONEL MANUEL CONTRERAS.



Es importante destacar que Guzmán no sólo se oponía al violentismo si éste provenía de la extrema izquierda, sino que lo hacía con la misma decisión cuando era provocado por sectores vinculados al propio Gobierno Militar. Por ello, sus objeciones al funcionamiento de la DINA, poco conocidas popularmente sino hasta poco antes de su muerte, le significaron la enemistad más temida de la época: la del entonces coronel Manuel Contreras. Según una versión, la contradicción vital existente entre ambos surgió desde que se conocieron, episodio que manifiesta, además, la diferente estructura moral de cada uno: "Un día, a comienzos de julio de 1974, a eso de las once de la mañana, el coronel Manuel Contreras se hizo presente en la antesala de la oficina que el general Augusto Pinochet ocupaba en el edificio Diego Portales, indicando al oficial ayudante que necesitaba conversar de inmediato con el gobernante. Jaime Guzmán se encontraba esperando su turno para entrevistarse con Pinochet y, al darse cuenta de la exigencia perentoria de Contreras, le dijo con mucha cortesía: 'Perdón, coronel; yo estoy esperando hace media hora para conversar con el general Pinochet, y ...'. No pudo terminar. Con la mayor de sus furias, el coronel Contreras le gritó: '¡Qué se ha creído el mugriento! ¡Mándese a cambiar de inmediato de aquí!'. Rojo de indignación, Guzmán tomó el camino hacia el ascensor".[89]

Pero a pesar de esa temible enemistad y sin que ella le importara, Guzmán destinó en contra de sus procedimientos las mayores energías que tuvo, ejerciendo sobre el general Pinochet toda la influencia que le fue posible, aportando las razones y argumentos que estuvieron a su alcance con tal que desactivara el siniestro sistema de policía secreta montada por el mayor autodidacta en inteligencia militar que haya existido en Chile. La respuesta no se hizo esperar. Una campaña de desprestigio se montó en contra de Guzmán que no excluyó la injuria, la calumnia, la maledicencia y otros pecados y delitos aún mayores. Su teléfono fue interceptado y fueron menoscabadas su integridad, su soltería, su religiosidad, tanto como sus sobrias y hasta espartanas costumbres, sin que nada lograra mellar su respetabilidad a toda prueba. Sin embargo, no fue oído. Al contrario, Contreras ascendió a general, y sus acciones realizadas –con y sin conocimiento del General Pinochet– constituyen hoy el mayor lastre de todo el Régimen Militar, al punto de ensombrecer las mejores realizaciones de la época y amenazando incluso con adquirir un rol desorbitado en el severo y no

siempre justo juicio de la historia.

JAIME GUZMÁN Y LOS DERECHOS HUMANOS

De allí que, entre los aspectos más difíciles de enfrentar durante la transición a la democracia –en especial para los sectores civiles que habían colaborado con el Gobierno Militar–, estuviera el de los Derechos Humanos, tema recurrente que constituía el punto político más débil del periodo que terminaba. Guzmán lo abordó, como siempre, de manera directa y con independencia de juicio, pero sin perder su lealtad. "Levanté mi voz –dijo– para condenar las violaciones a los Derechos Humanos". Bajo este título, el 02 de abril de 1990, la Revista Hoy (de férrea oposición al gobierno de Pinochet) publicó una entrevista que le realizó Ana Rodríguez, en la que expuso su actitud sobre la materia al interior del gobierno militar.

No generalizar responsabilidades

A Jaime Guzmán no le parecía admisible –en primer término– generalizar una supuesta responsabilidad del Gobierno Militar respecto de todos los actos contrarios a los derechos humanos que hubieran ocurrido bajo su imperio. En muchas situaciones –agregó–, lo que cabría reprochar a ese gobierno es no haber tenido la diligencia y la eficacia suficientes para esclarecer hechos que aún permanecían en la nebulosa, pero sin que ello autorizara culpar al gobierno de su autoría. En todo caso "yo levanté mi voz en forma pública para condenar todos los hechos que significaran violación a los derechos humanos, fueran quienes fueran las víctimas, porque también las hay dentro de los miembros de las Fuerzas Armadas y Carabineros, y de civiles partidarios del gobierno militar, como el caso de Simón Yévenes, mártir de la UDI... Yo manifesté mi repudio a esos hechos, incluyendo el asesinato de Orlando Letelier, Tucapel Jiménez, de los jóvenes quemados, de los degollados...".

Se sintió odiado

Consultado Guzmán sobre si alguna vez se había sentido odiado, contestó que sí. ¿Por quién? Por sectores marxistas –confesó–, que se lo hacían sentir. En la campaña electoral lo había podido percibir en forma bastante clara respecto de algunos grupos de adversarios políticos. También mencionó que el 11 de marzo de 1990, cuando volvía a Santiago luego del cambio de mando, había sido víctima de un atentado por parte de turbas que portaban lienzos y banderas del PC, del MIR y de otros grupos.

"¿Eso se debe a que usted participó en un gobierno que les hizo daño?", le preguntaron. "No", contestó él, porque ese antagonismo lo había sentido exactamente igual incluso antes de 1973, en la campaña de don Jorge Alessandri, donde había vivido la odiosidad de los sectores marxistas de manera muy fuerte e igualmente agresiva. "Creo que obedece –concluyó– a una doctrina que inculca el odio como un elemento inherente a ella".[90]

Comisión "Verdad y Reconciliación"

Respecto de la Comisión de "Verdad y reconciliación", Guzmán aseguró que compartía su intención, pero no estaba seguro de que fuera lo más adecuado para lograr el objetivo propuesto. Es obvio que muchas de las personas inculpadas por ese tipo de denuncias "no van a aceptar una comisión que pretenda conocer de esas materias sin ser el tribunal de justicia competente". Además, no le parecía probable que fuera esclarecida la verdad sin la investigación necesaria y propia de un juicio, pero que, por otro lado, la amnistía tendía no solo a que no se sancionaran determinados hechos delictivos, sino que también a que ellos no fueran objeto de un proceso judicial. Nadie puede sostener –continuó Guzmán– que para perdonar se necesite conocer la identidad del culpable. "Quien afirma eso no desea perdonar, sino que mantiene un espíritu de venganza o rencor, consciente o subconsciente".

Más tarde profundizaría este tema con motivo de una entrevista que, a propósito del informe Rettig, Blanca Arthur tituló: La Otra Visión.[91]

Responsabilidad de la Unidad Popular

En opinión de Guzmán, lo ocurrido entre 1973 y 1974 fue en gran medida inevitable, lo que no significaba que fuera justificable. Pero el pueblo de Chile, a su juicio, llamó a instituciones entrenadas para la guerra, a fin de que asumieran el gobierno en un cuadro de guerra interna. Nadie podía dejar de prever lo que eso implicaba. De ahí la responsabilidad gravísima –reiteró– de quienes nos arrastraron a que el pueblo no tuviera otra alternativa que exigir esa intervención militar, aún a sabiendas de que ella iba a ser cruenta. La responsabilidad, por tanto, era de la Unidad Popular.

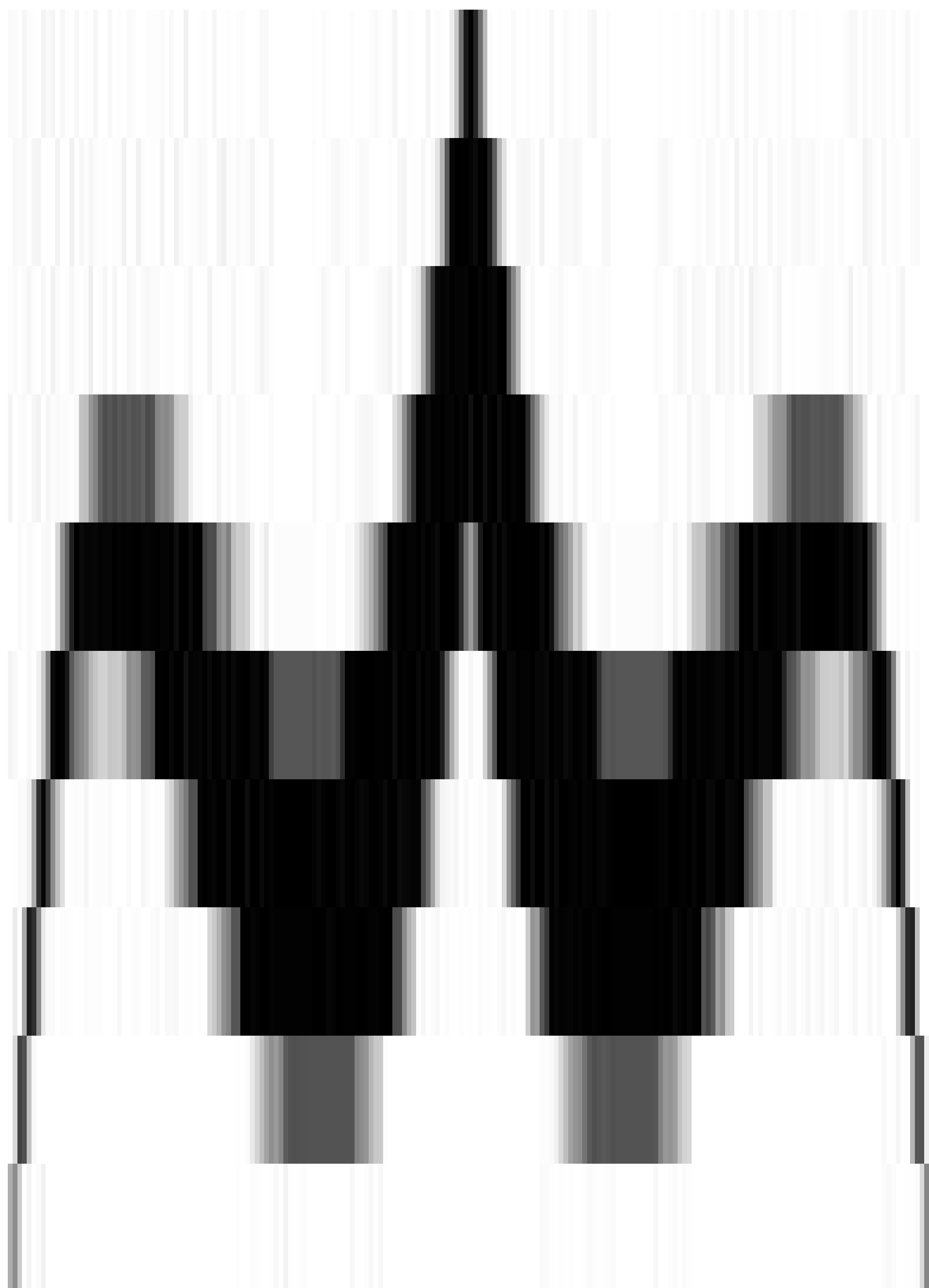
Consultado acerca de si la desarticulación del extremismo había que hacerla aún cuando el precio fuera la violación de los derechos humanos básicos, Guzmán expresó que ésta no podía hacerse a cualquier precio. “Sin embargo, quisiera hacer una reflexión que creo que cada chileno debiera meditar. El surgimiento de Sendero Luminoso ha cobrado ya 20 mil víctimas en Perú, lo cual implica violaciones a los derechos humanos acontecidas en plena democracia, que resultan muy superiores a las registradas en Chile durante el Gobierno Militar. ¿No es acaso evidente que aquellos gobiernos peruanos, que con su actitud débil o ineficaz han permitido esa realidad, son responsables de violar por omisión los derechos humanos en una medida muy superior a la que se imputa en Chile al gobierno anterior?”.

Responsabilidad de la DINA

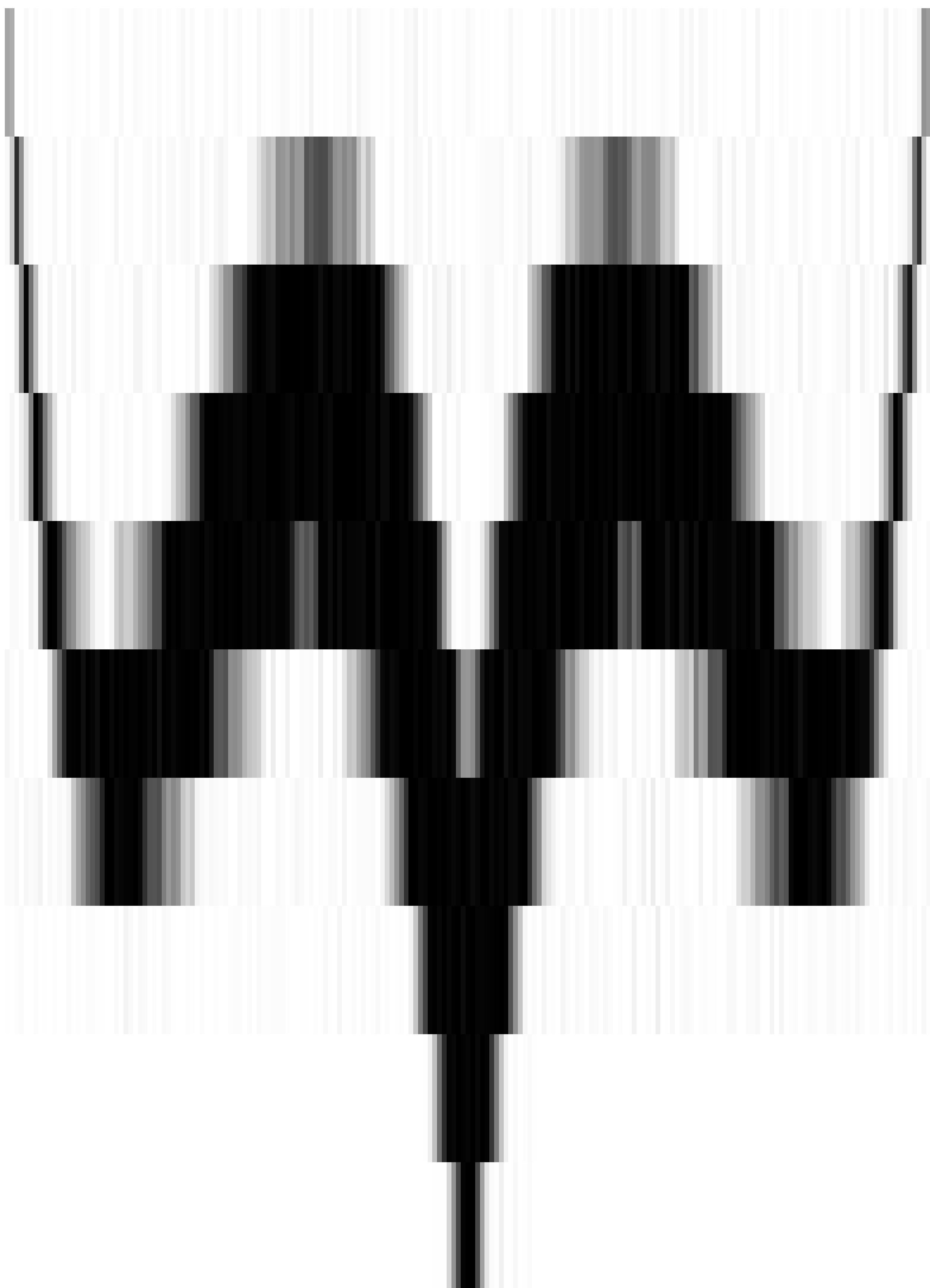
Con la descarnada franqueza que le era característica, Jaime Guzmán agregó que, empleando la misma claridad con que afirmaba que las transgresiones a los derechos humanos ocurridas entre 1973 y 1974 eran de responsabilidad principal de la Unidad Popular, creía “que las sucedidas en el período que va entre 1975 y 1977 son responsabilidad principal de la DINA”.

“Adquirí esa convicción moral –añadió– en esa misma época, porque a diferencia de muchos que hoy vociferan en ese tema, yo me inquieté prioritariamente por los derechos humanos desde el mismo 11 de septiembre de 1973.” Y en cuanto a la responsabilidad del General Pinochet en los actos de la DINA, Guzmán agregó que le era difícil saber hasta qué grado de detalle conocía él sus actividades. “Pero estoy cierto, porque conozco su valía moral, de que no puede haber aprobado ni respaldado ninguna conducta inhumana, cómo algunas de las cuales se recogen en el informe (Rettig)”.

Desde un punto de vista político, Guzmán pensaba que fue un error no haber disuelto la DINA a principios de 1975, en vez de hacerlo a mediados de 1977. ¿A que lo atribuía? A que no era fácil saber –dijo el líder gremialista– qué elementos debía desmontar el presidente para lograr que la disolución de la DINA se diera en condiciones que no implicaran que grupos de ex integrantes de aquel organismo empezaran a actuar al margen del aparato institucional.



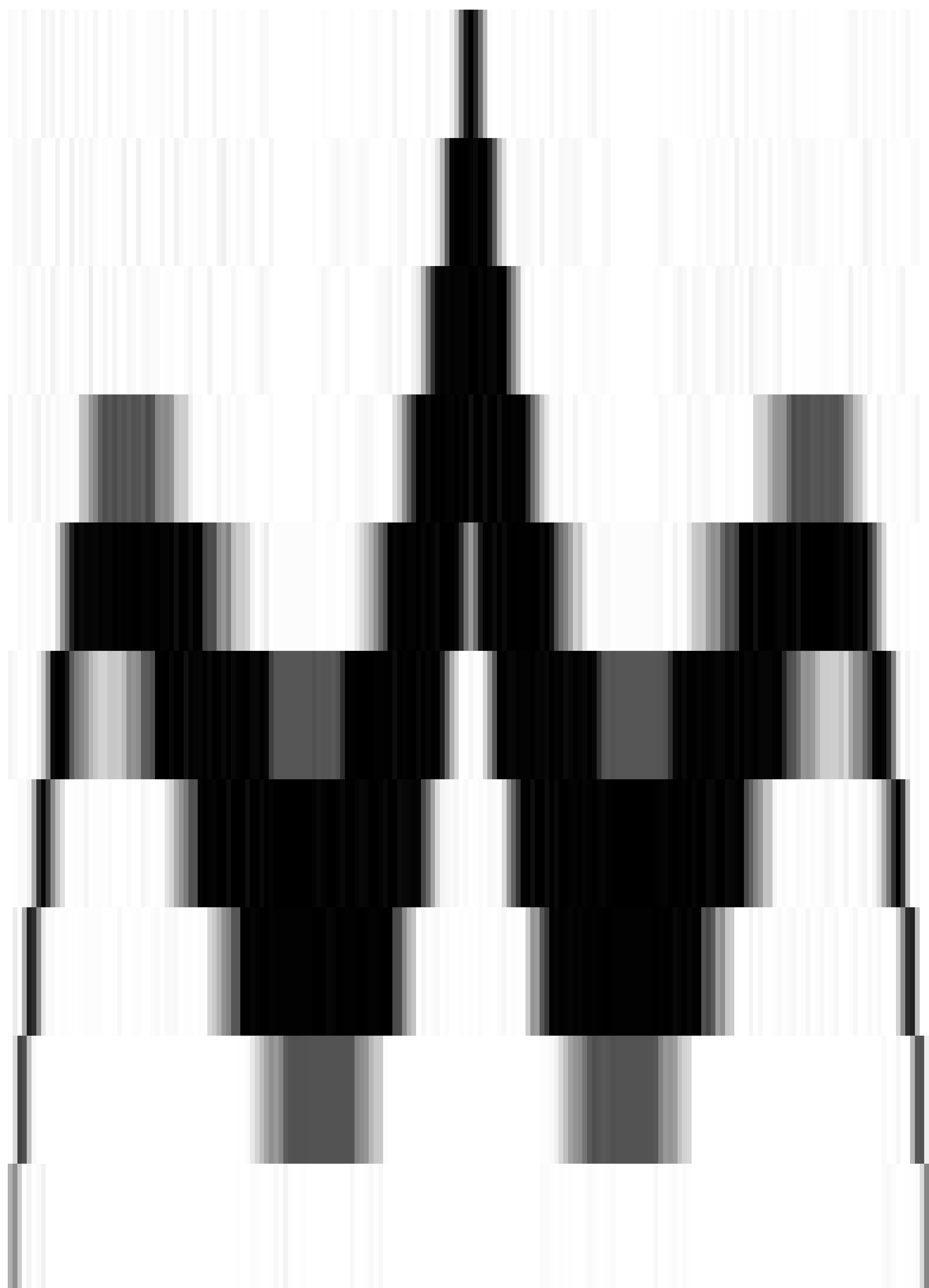
DESDE UN PUNTO DE VISTA POLÍTICO, GUZMÁN PENSABA QUE FUE UN ERROR NO HABER DISUELTO LA DINA A PRINCIPIOS DE 1975.



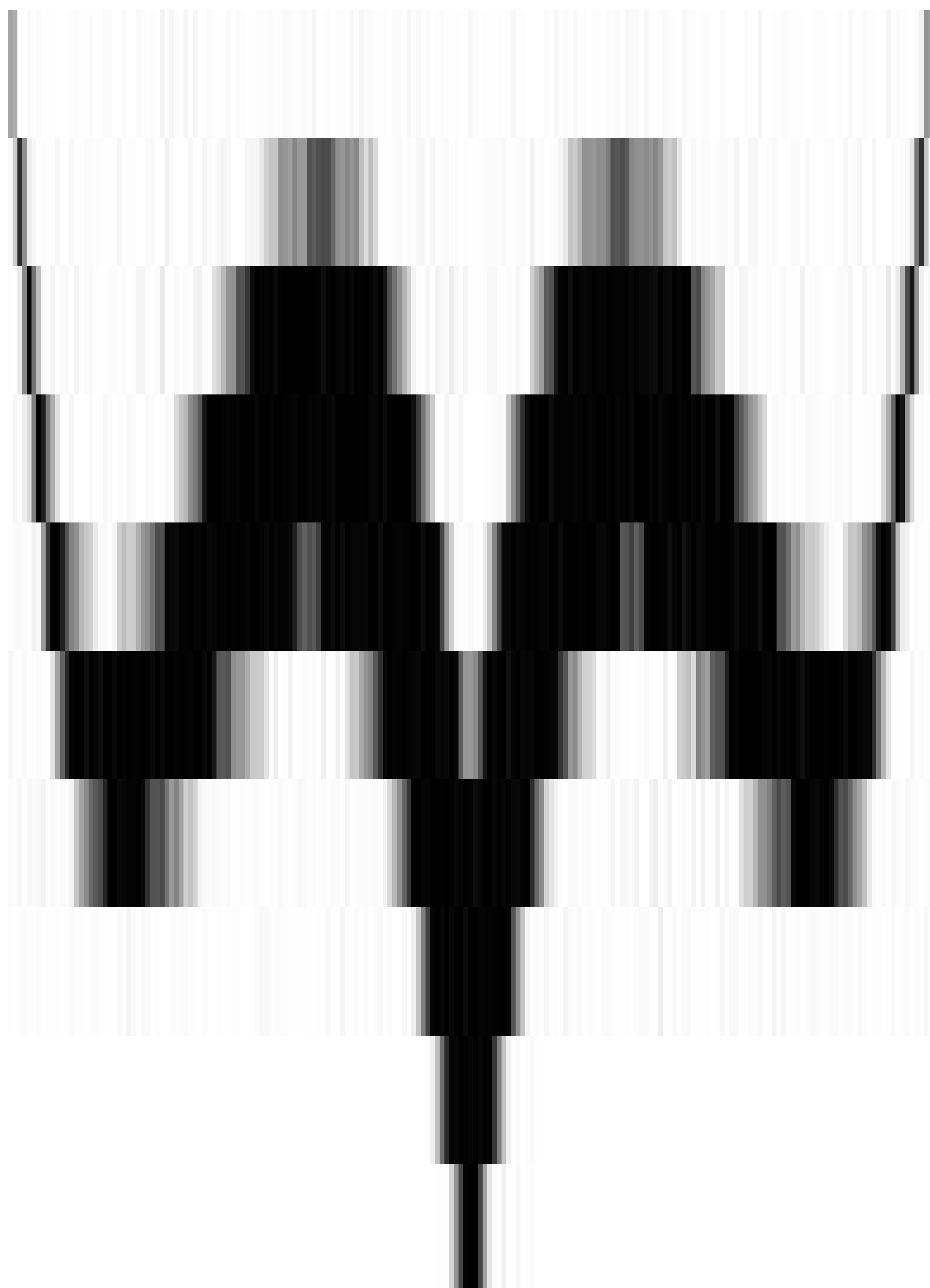
“Por eso –recapitulaba– si cupiera adjudicarle al General Pinochet la responsabilidad por haberse demorado en disolver la DINA, también hay que atribuirle el mérito de haberla disuelto en forma adecuada”.

Su propia responsabilidad

En cuanto a su personal responsabilidad por estos hechos, debido a que nunca dejó de colaborar con el régimen, Jaime Guzmán expresó que lo había reflexionado mucho en su oportunidad, “en conciencia y delante de Dios”; y siempre concluyó que su deber moral era permanecer en el gobierno, para colaborar en un proceso de normalización y de institucionalización que permitiera superar los excesos en materia de derechos humanos, y contribuir a que el régimen culminara en una plena democracia, como en 1973 se lo habían propuesto las Fuerzas Armadas. “Creo que el desenlace –precisó– demuestra que no estuve equivocado”.



JAIME GUZMÁN CONCLUYÓ QUE SU DEBER MORAL ERA PERMANECER EN EL GOBIERNO PARA COLABORAR EN UN PROCESO QUE PERMITIERA SUPERAR LOS EXCESOS EN MATERIA DE DERECHOS HUMANOS Y RETORNAR A LA PLENA DEMOCRACIA.



Guzmán afirmó que nunca había eludido reconocer aquellas fallas que por acción u omisión había cometido, pero que “felizmente en el tema de los derechos humanos no encuentro en mi conducta nada reprochable, ni por acción ni por omisión. Incluso, puedo afirmar que procuré mitigar o aliviar los dolores de aquellas personas que recurrieron a mí y que abarcaban la mayor variedad del espectro político de la Unidad Popular... Lo logré en numerosas oportunidades, gracias a lo cual conservo testimonios de cartas y de regalos realmente emocionantes.”

“Tengo, entre otros recuerdos conmovedores, diversas cruces que los detenidos hicieron en las cárceles como fruto de un proceso de depuración, de conversión y de ofrecimiento de los dolores que estaban viviendo”.

¿Compartía su dolor, aunque estimara que eran los responsables de lo que estaba ocurriendo en Chile? “Profundamente –contestó Guzmán– y lo sigo compartiendo”.

“El dolor de cualquier persona ha sido motivo de un requerimiento ineludible a mi conciencia moral y a mi sensibilidad, separándolo por entero del análisis político que uno haga sobre los orígenes o responsabilidades en el sufrimiento”.

Por último, consultado si con el informe Rettig se llegaría finalmente a la reconciliación, expresó que tenía profundas dudas. “Creo que la reconciliación entre las personas se produce habitualmente sobre la base de superar las causas que las han generado, y no hurgando en ellas”.

VIO VENIR SU PROPIA MUERTE

Una de las percepciones premonitorias más impactantes que se dejaron caer sobre Jaime Guzmán hacia el final de sus días fue la relativa a su propia muerte.

Muchos de sus más cercanos lograron darse cuenta de este fenómeno, con motivo de la poderosa espiritualidad que se despertó en él, aún por sobre la que ya le era característica, a medida que se acercaba al final de su existencia. Los temas de sus conversaciones habituales se acentuaron en este sentido, como por ejemplo, su notable preocupación por la parusía (segunda venida de Cristo a la tierra), entre otras que denotan un acercamiento particularmente notable hacia el aspecto trascendente de nuestro paso por este mundo.

No es imposible, incluso, que en este tiempo se desarrollara en él –o se reactivara– una especie de predisposición para asumir el rol de mártir que tanto admiraba en los primeros cristianos, los cuales, siguiendo el ejemplo de su Maestro, ofrendaban sus vidas materiales en aras de un propósito superior a la simple existencia humana. La persistencia de cierto deseo de venganza que Guzmán observaba en algunos sectores de la izquierda con motivo de las graves consecuencias a que condujo el quiebre institucional, pudieron haber originado en él –pienso– una vocación de martirio con fines de expiación y purificación social. La disposición a desempeñar ese rol pudo estarse gestando en su interior con el objetivo de facilitar una mayor tranquilidad en los espíritus nacionales, la cual hiciera posible el ambiente de reencuentro tan anhelado por la comunidad nacional, hasta entonces inalcanzable en un clima político cruzado por una transversal actitud de revancha. Y si la izquierda tenía en Allende al mártir de 1973, que el resto lo tuviera en él, regando con su sangre la tierra chilena para hacer germinar el fruto todavía lejano de la reconciliación.

Se fortalece esta tesis cuando se constata la absoluta y progresiva despreocupación que adquirió por su seguridad personal, la que se fue acrecentando a medida que el tiempo se le agotaba. Era claro que su vida corría peligro y lo fue aún más después de asumir personalmente la defensa de la ley antiterrorista –debatida en el Congreso días antes de su asesinato–, la cual buscaba sancionar duramente a quienes atentaran contra la vida de sus semejantes. Su hermana Rosario ha declarado que en un almuerzo familiar, poco antes de su muerte, pudo apreciar en él una serie de mensajes subliminales que daban cuenta de su despedida: los abrazos más expresivos, los silencios más extensos, las emociones más espontáneas y vivas, fueron allí signos inequívocos de que se encontraba atravesando por momentos tan cruciales para su vida como podían ser los de su término inminente. Algo semejante expresó Andrés Chadwick: a la salida de una misa a que lo acompañó por esos días, Guzmán le expresó que en la prédica, como nunca antes, había percibido la presencia constante de la muerte.

Sin duda que Jaime, como lo hizo también en cada momento con su vida, estaba ahora dedicado a darle igualmente a su muerte el carácter trascendente sin lo cual nada, para él, tenía sentido. Y lo encontró, estoy seguro, siguiendo los pasos de Jesús –o Cristo, como le gustaba llamarlo–, entregándose como Él a su propia muerte, casi voluntariamente, para purificar y salvar con ella la vida de los demás.

OTRA REVOLUCIÓN EN MARCHA

El 21 de marzo de 1990 –a solo diez días de asumir Patricio Aylwin para dar inicio al primer gobierno elegido democráticamente después del régimen militar–, dos jóvenes que vestían ropas deportivas ingresaron con paso gimnástico y ademanes gentiles a la oficina 412 del edificio ubicado en Luis Thayer Ojeda 95, lugar dónde se encontraba la oficina de corretajes del excomandante en jefe de la Fuerza Aérea, Gustavo Leigh Guzmán. Nada parecía fuera de lo normal hasta que, de manera imprevista, extrajeron sendas armas de nueve milímetros cada uno y se introdujeron violentamente a las dependencias donde se encontraba Leigh con su socio, el general Enrique Ruiz. Y antes que alcanzaran a reaccionar, uno de los jóvenes disparó a quemarropa al cuerpo y rostro del exmiembro de la Junta Militar, mientras el general Ruiz, que intentó intervenir, recibía un impacto en el pecho que lo desplomaba a tierra de manera instantánea. Ambos agresores salieron después del edificio con la misma tranquilidad con que habían ingresado, sin que prácticamente nadie se percatara de lo ocurrido.

El 10 de mayo del mismo año, otros dos jóvenes que vestían ahora uniformes escolares, repitieron el modus operandi, esta vez contra el coronel (r) Luis Fontaine Manríquez, en los instantes en que el taxi en que viajaba junto a su secretaria se encontraba detenido frente a un semáforo. De un instante a otro la ventana trasera derecha saltaba en mil pedazos por una descarga que daba de lleno en la espalda y cabeza del exjefe de la Dirección de Comunicaciones de Carabineros (DICOMCAR), mientras otro individuo que se acercó en ese instante disparaba a su secretaria, desapareciendo los asesinos inmediatamente entre la multitud.

Los atentados contra Leigh y Fontaine –igual que el año anterior, contra Roberto Fuentes Morrison– tenían un sello de venganza y provocación que no compartían todos los miembros del FPMR, a la fecha dividido por profundas

pugnas internas entre el FPMR-Autónomo “Raúl Pelegrín”; el FPMR-Autónomo Dirección General “FRAC”; y el FPMR-Autónomo-Ejército Popular de Liberación Nacional “EPLN”. El año 1990 terminó con brutalidad. En medio de los violentos mensajes y simbolismos propios de la guerra subversiva e informal desatada en Chile, se sucedieron sorpresivos ataques a objetivos norteamericanos, dejando heridos a “marines” o a jugadores de béisbol, por lo que algunos ven en esto la conducción del “Chele”, formado militarmente en Cuba. Además, a mediados de diciembre de 1990, se produjo un violento asalto al Museo de Talca, cuya finalidad fue apoderarse del Acta de la Independencia que se custodiaba en el lugar, lo cual podía asociarse con el hurto en 1980 de la Bandera de la Independencia desde el Museo Histórico Nacional, tendiendo todo ello a darle un carácter patriótico a la acción de estos grupos subversivos. En los días posteriores se sucedieron los enfrentamientos y las detenciones propios de las pesquisas, resultando allanadas numerosas casas de seguridad del FPMR entre Talca y Chillán.

El país, que estaba tensionado por la próxima entrega del informe Rettig, se conmocionó aún más por la denuncia por parte de Carabineros de un posible plan para asesinar a los ministros de la Corte Suprema, descubierto a partir de una de las tantas balaceras callejeras en las que resultó muerto un policía. El FPMR-Autónomo, a pesar de sus fraccionamientos varios, era dirigido eficazmente por Galvarino Apablaza, “Comandante Salvador”, su jefe indiscutido, lo que movilizaba regularmente a las fuerzas policiales a lo largo y ancho de todo Chile para desentrañar los planes e, idealmente, dar con los responsables de los atentados terroristas que se sucedían en el territorio nacional.

Y la ciudadanía se conmovió todavía más cuando, para proveerse de recursos, el 23 de enero de 1991 los hermanos Pablo (Yakuka) y Alexis Muñoz Hoffman, junto a un tercero, asaltaron un camión de la empresa Prosegur en el Campus Oriente de la Universidad Católica, logrando un botín de siete millones de pesos. En el escape, Carabineros hirió a uno, mientras los otros dos se refugiaban en la casa de un particular, el abogado Erik Riveros Barros, de la comuna de Ñuñoa, tomándolo de rehén junto a su esposa y los tres hijos del matrimonio. Luego de largas negociaciones –y tras liberar a la familia–, los asaltantes salieron al descubierto, siendo abatidos por tiradores escogidos del GOPE, ante la mirada

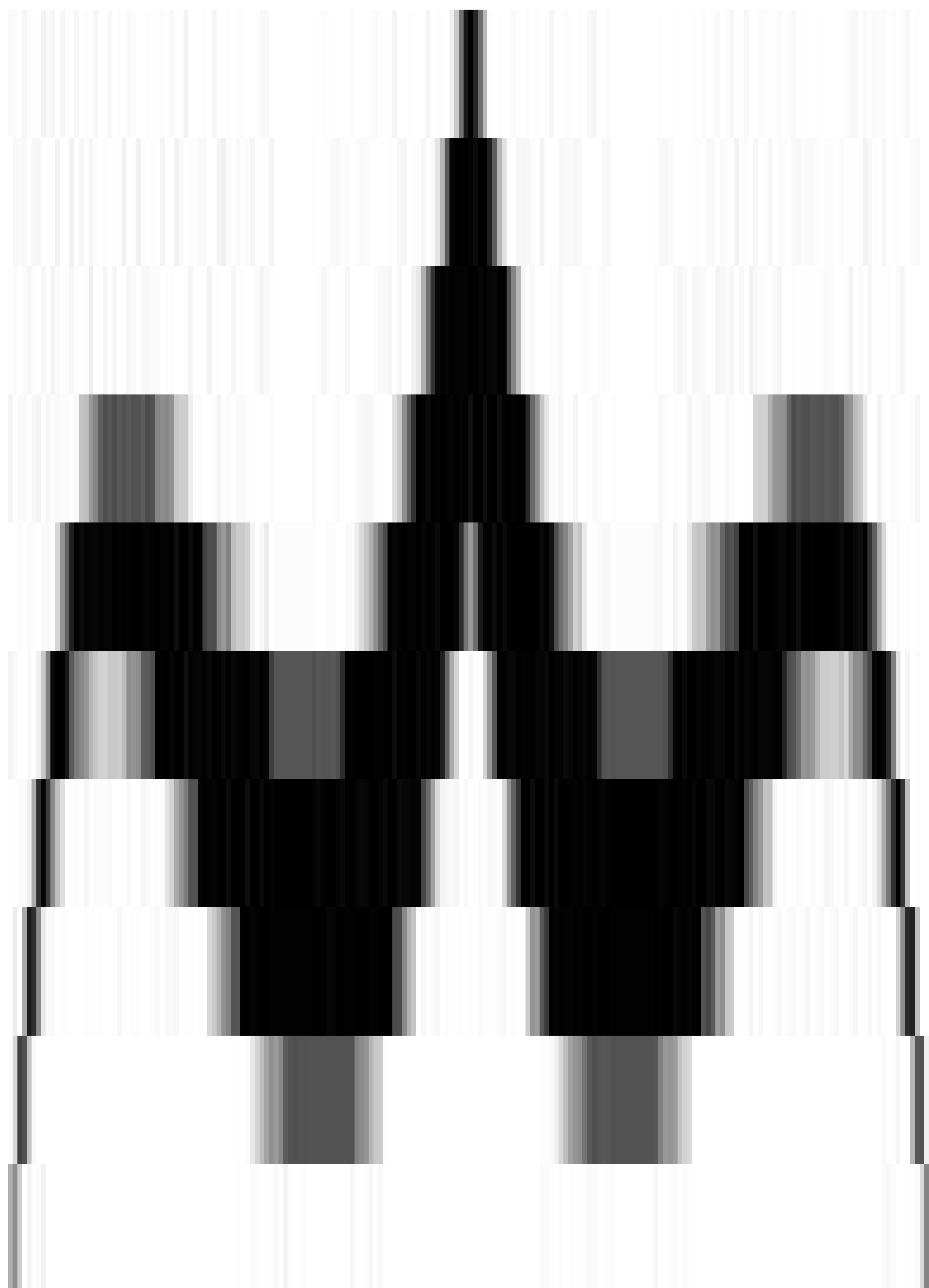
atónita de miles de espectadores que observaban la escena por televisión. En los funerales de los frentistas habló Vassilly Carrillo, uno de los fundadores del FPMR y a la fecha vocero FPMR-Autónomo.

Por su parte, en un allanamiento efectuado el 03 de febrero de 1991 en la población Cancha Rayada de Talca, se descubrió una escuela de guerrillas en una casa que habían arrendado Reinaldo Cortés Valenzuela y Pablo Muñoz Hoffman. Eran momentos en los que el país se veía convulsionado por una inesperada maraña de organizaciones terroristas, algunas desconocidas entre sí y otras enfrascadas en conflictos internos entre ellas mismas, al parecer más motivadas por los botines que obtenían que por la abstracta "Guerra Patriótica Nacional" declarada y emprendida. Uno de los que sí creía en ella era "Ramiro" (Mauricio Hernández Norambuena), a quien, por lo mismo, en las primeras semanas de 1991 se le encargaron las dos misiones más graves de su vida: secuestrar a Cristian Edwards del Río (hijo de Agustín Edwards Eastman, dueño del periódico El Mercurio), dadas las grandes necesidades de fortalecimiento económico del movimiento, y "ejecutar" a Jaime Guzmán Errázuriz, para atribuirse un objetivo lo más ampliamente representativo de lo mejor y de mayor contenido que hubiera tenido el Gobierno Militar. Algunos ven también en esto la mano de "El Chele" y sus extendidos contactos hacia la cúpula más alta del régimen cubano-castrista.

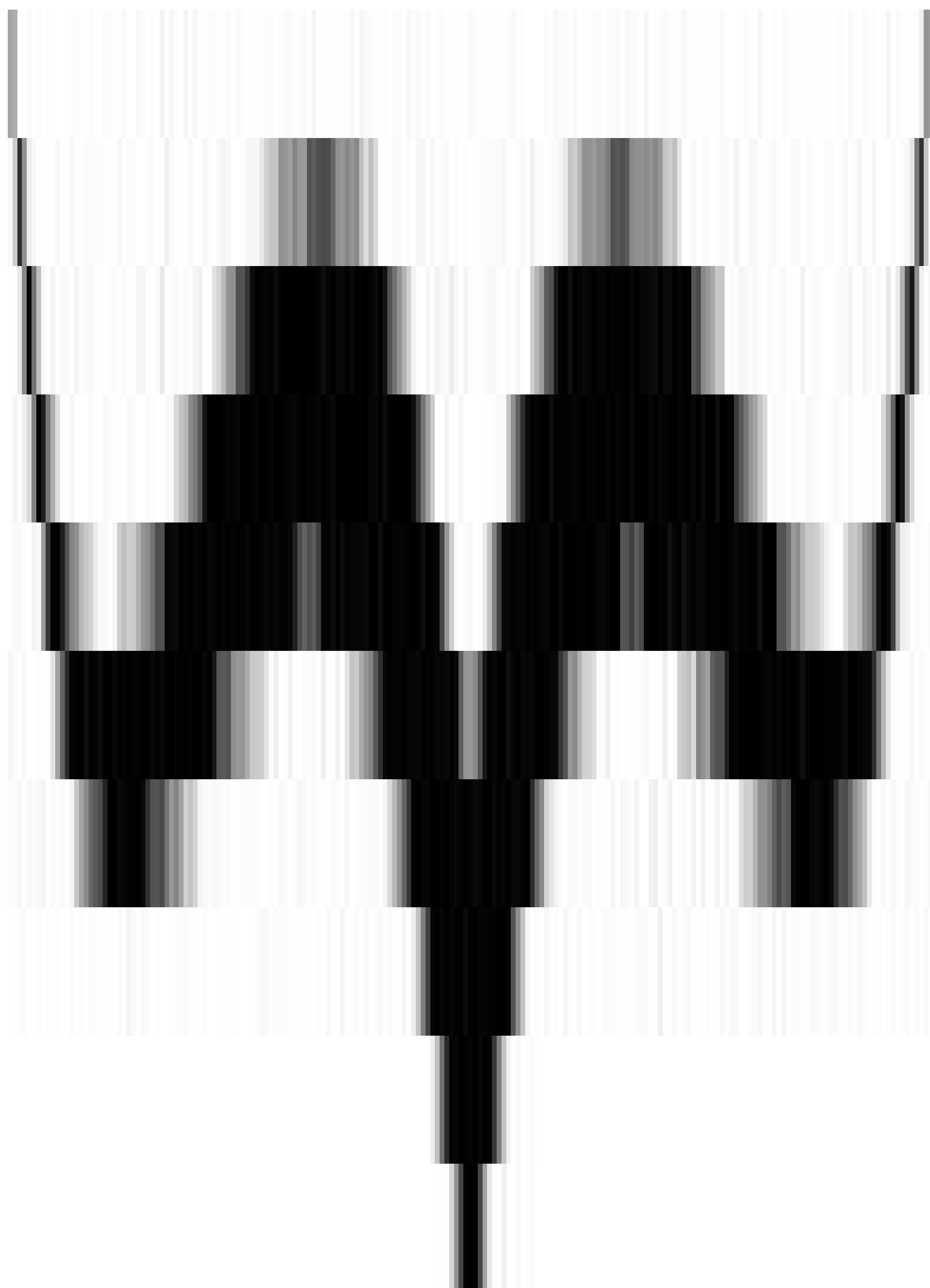
*

El día de la muerte de Jaime Guzmán, "El Negro" y "Emilio", después de verificar personalmente su presencia en el segundo piso del Campus Oriente de la UC, continuaron por la escalera hacia el primer piso, justo en el momento en que Guzmán se detenía al inicio de ella y, tras observarlos un instante, regresaba a la sala de profesores. Sabían que los había visto y algo sospechaba. Después de todo, dos días antes, en los disturbios del "Día el Joven Combatiente" de Villa Francia –en conmemoración de la muerte de los hermanos miristas Eduardo y Rafael Vergara Toledo, ocurrida el 29 de marzo de 1985 por agentes de la CNI–, se habían repartido panfletos con el rostro del general (r) Manuel Contreras y de

Jaime Guzmán, ambos cruzados por una X. Hacía mucho tiempo, más aún, que los organismos de seguridad le venían advirtiendo acerca de la posibilidad de un atentado en su contra, ofreciéndole vigilancia, pero él se había negado sistemáticamente, pretextando no querer dejar a ninguna familia sin su padre.



HACÍA MUCHO TIEMPO QUE LOS ORGANISMOS DE SEGURIDAD LE VENÍAN ADVIRTIENDO ACERCA DE LA POSIBILIDAD DE UN ATENTADO EN SU CONTRA, OFRECIÉNDOLE VIGILANCIA, PERO EL SE HABÍA NEGADO SISTEMÁTICAMENTE, PRETEXTANDO NO QUERER DEJAR A NINGUNA FAMILIA SIN SU PADRE.



Al salir a la calle, los dos frentistas divisaron a Ximena –Marcela Mardones, del grupo de apoyo– en la esquina de Regina Pacis con Battle y Ordóñez, donde debían consumar la ejecución, lo que significaba que la huida estaba expedita.

CAPÍTULO 7

LA DEBACLE DE RENOVACIÓN NACIONAL

No obstante las múltiples expresiones de unidad que, con miras a la futura constitución de un partido político unitario, manifestaba reiteradamente Jaime Guzmán –y por su instrucción, quienes le rodeaban–, éstas nunca dejaron de ser vistas con reticencia por las restantes agrupaciones que apoyaban al Gobierno Militar. Sin embargo, el 08 de enero de 1987, el movimiento Unión Nacional, que encabezaba Andrés Allamand, dio a conocer a la opinión pública un llamado que efectuaba –en su concepto– a los sectores de derecha y que denominaba "el imperativo de la unión".

Estaba dirigido al Partido Nacional (PN), a la Unión Demócrata Independiente (UDI), al Frente Nacional del Trabajo (FNT) –movimiento más nominal que efectivo, cuyo nombre evocaba la antigua raíz corporativa de su conductor, el exministro del Interior Sergio Onofre Jarpa–, y a la totalidad de los ciudadanos independientes que adhirieran a los principios esenciales que todos ellos compartían. Buscaba la creación de un nuevo y único partido político, diferente a los movimientos existentes hasta la fecha, a los cuales pretendía fusionar, aspirando también, como siempre, a integrar a los sectores tradicionalmente lejanos a la política partidista y, desde luego, a parte importante de las bases seguidoras de la DC. Puntualizaban desde ya que deliberadamente no hacían su propuesta en forma privada, debido a su convencimiento de que el fracaso en los acercamientos anteriores se había debido precisamente a que se efectuaron al margen de la opinión pública y sin comprometer activamente a las bases.

Para la UDI, de reciente y exitoso estreno en sociedad, la fusión con la Unión Nacional, el Frente Nacional del Trabajo y especialmente con el Partido Nacional, era algo difícil de digerir. Desde que sus miembros aparecieron por primera vez en la vida pública chilena lo habían hecho precisando que se distinguirían todo lo que pudieran de la llamada "derecha tradicional", de la cual el resto de los convocados descendían. No se identificaban con su trayectoria,

ésta no había dejado nunca de criticarlos duramente y, siendo sinceros, todos sabían que las diferencias eran recíprocas, debido a lo cual la fusión se les representaba a estas alturas como extremadamente peligrosa y forzada.

Y si bien el adalid de los que criticaban a los políticos tradicionales –y en particular a los de derecha– había sido precisamente Guzmán, su gran percepción del ambiente en que se movía le impidió hacer valer por ahora sus argumentaciones, limitándose tan solo a expresar que si los querían integrar a ellos, el llamado no debería dirigirse a "la derecha" sino "a los partidarios de una sociedad libre", que era entre quienes se encontraban. Acto seguido, inició un vasto programa de consultas a las directivas regionales de la UDI, aun sabiendo que el ambiente general en su movimiento era el de aceptación. Conforme a su particular capacidad de reacción, tan solo dieciséis días después dio a conocer a la Unión Nacional su voluntad de acoger la propuesta, ratificada ya por todas las directivas locales del país y confirmada en un ampliado nacional realizado especialmente para ese fin.

La declaración –redactada por Jaime Guzmán, que la entregó personalmente en la casa de Andrés Allamand– proponía, eso sí, para materializar la fusión, que se designara de común acuerdo una directiva provisoria encabezada por una figura independiente, que brindara plena e igual garantía a ambos movimientos. Expresaba, además, en uno de sus puntos, "su entusiasta coincidencia con un procedimiento de gestación del nuevo partido que otorgue gravitación decisoria a las bases que lo compongan, conforme a procedimientos de democracia interna como los que sugiere la convocatoria que aquí respondemos".[92] Ambos aspectos tendrían importancia más tarde –por su incumplimiento–, cuando fue necesario revisar la oportunidad y conveniencia de haber procedido a una unificación con estas características. Suscribieron la respuesta aceptando la fusión, además de Jaime Guzmán, como Secretario General, una Comisión política integrada por Guillermo "Willie" Arthur, Ignacio Astete, Jaime Bulnes Sanfuentes, Juan Antonio Coloma, Luis Cordero, Herman Chadwick, Andrés Chadwick, Guillermo Elton, Maximiano Errázuriz, Ignacio Bastarrica, Sergio Fernández F., José Tomás González B., Carlos Goñi, Rodrigo Gutiérrez, Inés Hurtado, Cristian Leay, Javier Leturia, Pablo Longueira, Jorge Monckeberg, Jovino Novoa, Alicia Soto y Eduardo Silva.

Cuando esto ocurría con la UDI, Sergio Onofre Jarpa daba a entender –todavía a título personal– que también estaría dispuesto a incorporarse a la nueva agrupación, mientras el Partido Nacional entraba en conversaciones por su cuenta con personas que alguna vez habían sido del Partido Liberal, y no aparentaba estar muy convencido. Debido a esto y enfrentada a los desafíos electorales del futuro, la vieja y otrora combativa colectividad logró sólo agonizar por un breve tiempo antes de desaparecer definitivamente por inanición. Finalmente, el Frente Nacional del Trabajo acogió oficialmente el llamado que Jarpa había adelantado a título personal, constituyéndose desde entonces la estructura del nuevo partido: Jaime Guzmán vicepresidente, junto a Andrés Allamand (de Unión Nacional) y a Juan de Dios Carmona (del Frente Nacional del Trabajo). Jarpa quedó por el momento solamente integrando la comisión política, pero luego sería un vicepresidente con expectables posibilidades dentro de la directiva. Como presidente provisional fue designado el abogado –para muchos desconocido– Ricardo Rivadeneira Monreal, quién al parecer reunía los requisitos para mantener el difícil pero indispensable equilibrio de fuerzas que se debería promover desde dicho cargo, y que la UDI había exigido para acceder a la fusión.

Después de prorratearse los cargos de la directiva central y de cada una de las regiones entre las tres colectividades –lo que revelaba que éstas subsistían íntegramente–, los augurios eran buenos, pero las aprensiones también. Había conciencia clara de que el camino de "Renovación Nacional" no sería fácil. En su columna de La Tercera del 08 de febrero de 1987, Guzmán –consciente de la necesidad de enfatizar la armonía– reiteraba que el clima en que se había producido la fusión contrastaba con las divisiones y pugnas en que últimamente habían naufragado la generalidad de los conglomerados políticos, provocando un explicable desencanto en la ciudadanía: "La confluencia de tres movimientos que han sabido superar diferencias menores o específicas –insistía–, para robustecer concordancias más amplias y esenciales, interpreta así el sentimiento de la opinión pública".[93]

Y el 08 de marzo, entrevistado por María Eugenia Oyarzún para La Tercera,

Guzmán hizo nuevamente importantes precisiones acerca de Renovación Nacional y su rol probable dentro del futuro político chileno. Respondiendo a lo que en su opinión podría ofrecer a la ciudadanía el nuevo partido, expuso que, en primer lugar, “una prueba tangible de haber sido capaz de superar las diferencias de matices que existían entre los movimientos que lo conformaron, en aras de reforzar sus concordancias sustancialmente mayores y más fundamentales. La opinión pública se ha manifestado frustrada por la excesiva fragmentación del panorama político... hemos recogido un clamor ciudadano, interpretando a vastos sectores independientes que reclaman alternativas unitarias y canales más amplios para incorporarse ellos mismos al quehacer político”.[94]

Al día siguiente –el 09 de marzo de 1987– fue en La Nación, entrevistado por Cecilia Álamos, donde complementó y amplió sus impresiones. Frente a la contradicción que podría significar el deseo de asumir un nuevo estilo de hacer política con la presencia en Renovación Nacional de varios dirigentes tradicionales, señaló que, en general, los políticos que integraban Renovación Nacional se caracterizaban por haber sido los más ajenos a esas prácticas: “por ello considero de gran importancia el cuidar que nuestro partido no se vea invadido por otro género de políticos tradicionales, muy desprestigiados y desprestigiantes, que simbolizan los vicios que queremos corregir. Ello fundamenta el acuerdo inicial adoptado por la directiva de R.N., en el sentido de que quienes hayan sido dirigentes o exdirigentes de otros movimientos políticos distintos a los que se fusionaron, deberán requerir el acuerdo del 75 por ciento de la comisión política para poder incorporarse”.[95] Consultado si, a su juicio, en eso caían los dirigentes del Partido Nacional, señaló que “caen claramente algunos de los personajes, pero no todos”, procurando siempre dejar expresamente fuera de la crítica a Carmen Sáenz.

*

El 29 de abril de 1987, Renovación Nacional se constituyó oficialmente como partido político, firmando la escritura respectiva e iniciando raudamente el proceso de recolección de firmas a lo largo y ancho del país, con la conciencia

generalizada de que se estaba dando vida a una colectividad de gigantescas posibilidades e insospechadas proyecciones, y por lo mismo, de no menos poder. La Declaración de Principios fue redactada por el exsenador Pedro Ibáñez y el propio Jaime Guzmán.

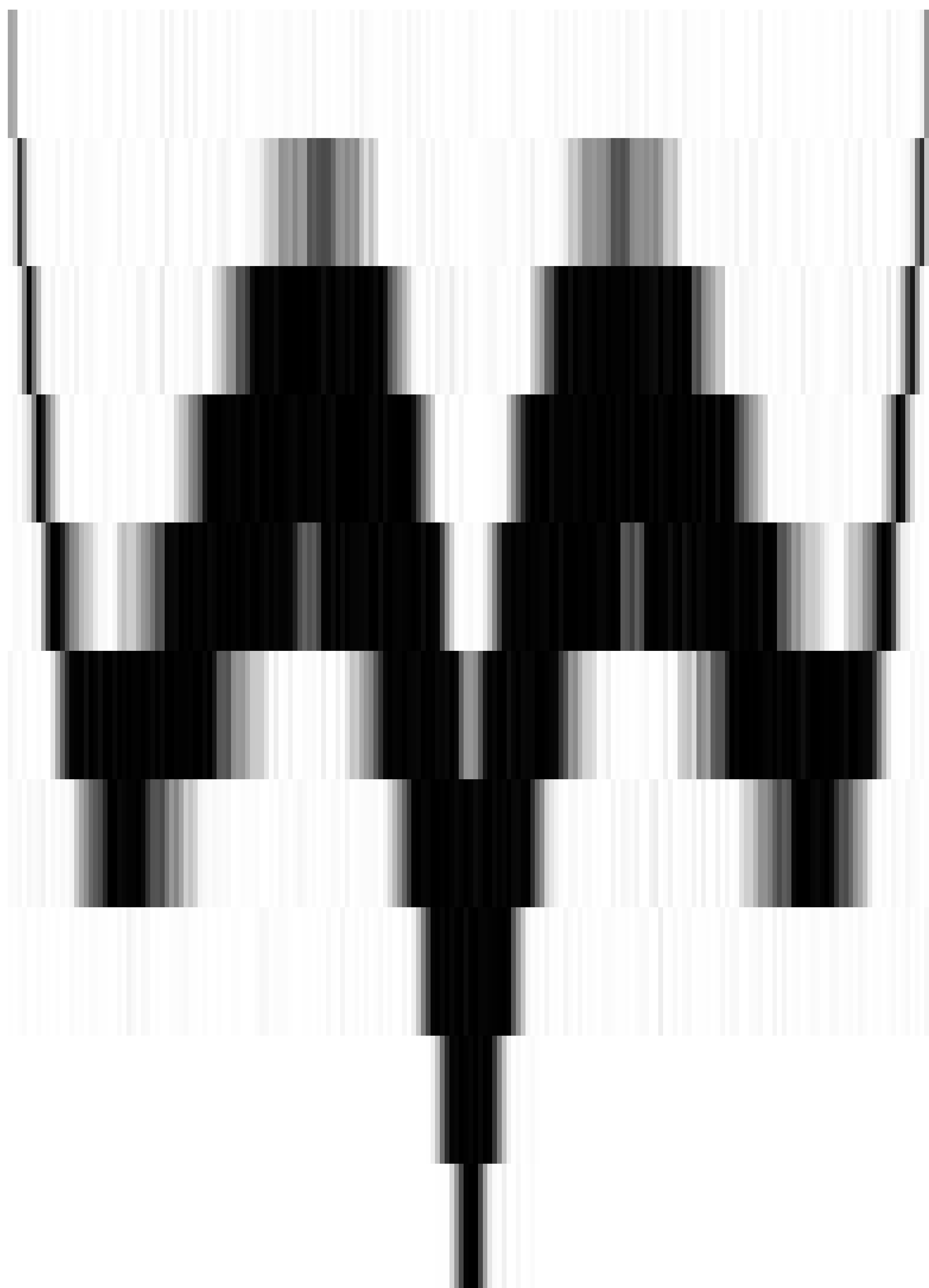
A fines de mayo de 1987 –luego de cuatro meses de efectuado el llamado para integrarse a Renovación Nacional–, el Partido Nacional contestó poniendo una serie de condiciones que fueron estimadas como inaceptables por todos. Guzmán –que captó desde el principio el propósito de sus dirigentes de conservar para sí el prestigio histórico de ese partido–, denunció, para terminar con el tema, que nadie debía caer "en el engaño de creer que el Partido Nacional, que utiliza hoy ese nombre, corresponde realmente a la colectividad que existió en Chile hasta 1973, que presidió don Sergio Onofre Jarpa". No tenía nada que ver con ella "por cuanto los dirigentes más representativos que tuvo el Partido Nacional, encabezados por el propio señor Jarpa, están hoy día junto a nosotros y a muchos elementos alessandristas independientes y de variados sectores nacionales, conformando Renovación Nacional". La actitud del Partido Nacional fue el primer obstáculo, no obstante, que se presentó para la tan esperada unidad plena de todos los sectores de la centro-derecha.

La idea que Guzmán tenía respecto a la necesidad de consagrar un sistema de defensa jurídica en contra del totalitarismo y, específicamente, del marxismo, fue tal vez la causa siguiente de debate interno, aunque oportunamente superado. A instancias de él mismo, la colectividad planteó un requerimiento al gobierno para que hiciera efectiva la sentencia obtenida por la UDI, donde se declaraba inconstitucional al Movimiento Democrático Popular (MDP), reiterando Guzmán sus aprensiones acerca del ritmo impreso por el gobierno a la transición y –contra importantes opiniones dentro de las propias FF.AA.– volvió a recalcar que, a su juicio, el exilio "debía terminarse totalmente". La defensa frente al totalitarismo –decía– no debía centrarse en una inconveniente prórroga, indefinida y automática, de los estados jurídicos de excepción, condenando además moralmente los excesos de la autoridad o la violencia de los grupos paralelos a ella, de signo opuesto al marxismo, pero que se veían favorecidos por semejante situación.

En cambio, consciente de que la futura estabilidad democrática dependería de la creación de un sistema que pudiera ser protegido en forma tanto política como jurídica, sostuvo una pública polémica sobre el artículo octavo de la Constitución –del que era personalmente autor– con Patricio Aylwin, tal vez sabiendo que era un punto de fricción incluso dentro de los propios partidarios del Gobierno Militar. Discrepancia que, para peor, se proyectaba también al interior de Renovación Nacional, ya que los integrantes de la antigua Unión Nacional tampoco lo compartían. Se empezaban a insinuar algunos síntomas de desentendimiento dentro del flamante partido, que los opositores a él se encargaban de interpretar, difundir y amplificar. El análisis político de la Revista Hoy del 06 de julio de 1987 señaló que, “con el correr del tiempo –aminorada la algarabía– han comenzado a aflorar las discrepancias entre grupos que tenían perfiles muy delimitados...”.[96]



LA IDEA QUE JAIME GUZMÁN TENÍA RESPECTO A LA NECESIDAD DE CONSAGRAR UN SISTEMA DE DEFENSA JURÍDICA EN CONTRA DEL TOTALITARISMO Y, ESPECÍFICAMENTE, DEL MARXISMO, FUE CAUSA DE DEBATE AL INTERIOR DE RENOVACIÓN NACIONAL.



Por su parte, Guzmán recordaba que hasta esa fecha los pronunciamientos de RN habían sido adoptados por la unanimidad de la comisión política: “pues no ha encarado definiciones concretas más allá de las formulaciones teóricas de su declaración de principios”. Pero a la fecha la dificultad se encontraba precisamente en el artículo octavo de la Constitución y la petición efectuada por ese partido al gobierno para que dictara una ley que lo reglamentara. En efecto, había llamado ya la atención de los analistas que Sergio Fernández, quién había firmado en su oportunidad la declaración de fusión con Renovación Nacional, posteriormente y a propósito de unas controvertidas declaraciones de Ricardo Rivadeneira, señalara públicamente su intención de no incorporarse a él, mientras la ex Unión Nacional –encabezada por Andrés Allamand– declaraba al interior de éste su disconformidad con las disposiciones constitucionales de que era autor Jaime Guzmán, las cuales proscribían al marxismo de la vida cívica nacional.

Mientras esto ocurría, el gobierno renovó su gabinete designando precisamente a Sergio Fernández, de nuevo, como Ministro del Interior, con lo que dentro del mismo partido quedaban Allamand, que no concordaba con el artículo octavo de la Constitución ni menos con la idea de que se le reglamentara, y Jaime Guzmán, autor de dicho artículo y coautor junto a Fernández del proyecto de ley que lo reglamentaría. Renovación Nacional, ante esta designación ministerial, declaró oficialmente que “mantendrá invariablemente su posición de independencia frente al gobierno”. Pero Jaime Guzmán expresó que su nombramiento era muy esperanzador y, a mayor abundamiento, en su columna de La Tercera del 12 de julio de 1987, entregó su opinión sobre el nuevo ministro, insistiendo en la necesidad de aplicar las disposiciones permanentes de la Constitución y, en particular, el artículo octavo.[97]

Claro que no sólo esta norma de la Constitución Política era un punto de fricción al interior de Renovación Nacional. También lo era el sistema que la Carta contemplaba para la sucesión presidencial, a través de un plebiscito, donde la ciudadanía se pronunciaría sobre la proposición que al efecto le harían los Comandantes en Jefe de las FF.AA. y el Director General de Carabineros. Ahora

era Jarpa el que se oponía, para quien “naturalmente, hay una serie de razones que nos podrían llevar a la conclusión final de que es mucho mejor una elección conjunta de presidente y Congreso, como lo hemos venido señalando reiteradamente algunos miembros de Renovación Nacional”. Otro sector, que encabezaba Jaime Guzmán, defendía la fórmula constitucional del plebiscito, por lo que la Comisión Política emitió una declaración pública que confirmó la discrepancia interna al dejar abierta la posibilidad de que se pudiera apoyar una u otra alternativa, en su momento, ya que esto no envolvía un asunto de principios. El acuerdo dejó en claro su propósito –casi único– de no resquebrajar la difícil unidad interna del partido.

En la posición de Jaime Guzmán estaba envuelta su irrestricta lealtad hacia el gobierno de las FF.AA., porque no obstante haber sido permanente partidario de audaces pasos para fortalecer la institucionalidad, sabía a ciencia cierta que no existía ninguna posibilidad de que el gobierno cambiara su criterio plebiscitario. Por eso, el 31 de julio de 1987, en la ciudad de Osorno, expresó que “hay resistencia a adoptar, por parte del Gobierno, una medida de esta naturaleza”. Pero su lealtad no era incondicional, por lo que no dejaba de criticar actitudes que estimaba equivocadas por parte de las autoridades. Así, por ejemplo, el 25 de septiembre del mismo año, en Punta Arenas, dijo que los “Comités Independientes” que impulsaba el gobierno no constituían “respuesta suficiente al desafío del momento actual; los estimo respetables –puntualizaba–, siempre que no induzcan a confusión ni retraigan la afiliación a los partidos políticos de aquellos ciudadanos con responsabilidad cívica. Favorecer cualquier confusión como la que señalo es no entender nada de las exigencias del momento”. Insistió también en el tema del exilio: “he reiterado desde hace tiempo que las circunstancias que justificaron esa dura realidad, como efecto que históricamente siempre han acarreado las guerras civiles, ya se encuentran superadas, motivo por el cual el exilio debiera haber tenido o tener muy pronto una solución total, sin excepciones”.

Hasta el propio Guzmán, dos años antes, había opinado que la fórmula plebiscitaria no le parecería adecuada en el caso de que el actual presidente postule a la reelección. Pero, debido a su inquebrantable lealtad, llegado el momento no solo apoyó la voluntad del general Pinochet, en el sentido de que su

nombre fuera propuesto plebiscitariamente al país, sino que contribuyó de manera determinante a una definición de Renovación Nacional en su favor. Contribuyó también, sin duda, la opinión finalmente favorable de Jarpa, a pesar de que originalmente había sido partidario de una elección abierta. Así, el 12 de octubre de 1987, los diarios nacionales publicaron una declaración enviada por Jaime Guzmán a los medios de comunicación donde indicaba que "salvo la ocurrencia de hechos hoy imprevisibles, es una realidad que la próxima sucesión presidencial se definirá en un plebiscito, conforme lo establece la Constitución Política vigente. Quienes han auspiciado o auspician una reforma constitucional para sustituir dicho procedimiento por el de elecciones abiertas, han debido o deberán muy pronto reconocer la evidencia de lo que señalo".

Pero el germen de la discordia estaba sembrado. "Pinochet sí o no –decía Andrés Allamand– es una pregunta frecuente para decidirse a ingresar o no a esta colectividad". Nadie parecía entender nada de lo que estaba pasando: "el presidente Pinochet bajo ninguna circunstancia debiera ser candidato como comandante en jefe del Ejército, ya que ello involucraría irremediablemente a las FF.AA. en una contienda político-electoral", insiste Allamand. Pocos meses antes, William Thayer había declarado que, entre elecciones libres, sea con un candidato civil o con Pinochet, y un plebiscito con Pinochet, esta última era "la menos deseable de las tres posibilidades". Y Francisco Bulnes señaló también que ésta era "la peor de todas las fórmulas", siendo "absolutamente contrario" a dicha idea. "Si Pinochet perdiera –razonaba–, y a mi juicio perderá, no habría sólo un candidato derrotado: las derrotadas, las rechazadas por el país serían esas Fuerzas Armadas y de Orden, lo que puede traer consecuencias catastróficas", agregando sus dudas respecto a que el régimen militar pudiera seguir imperando por unos quince meses después de su derrota. Incluso, estando completamente descartada la elección abierta, juntamente con Pedro Ibáñez, Rivadeneira y otros empezaron a promover la idea de un plebiscito con candidato civil, que "pudiera dar garantías de ecuanimidad a todos los sectores democráticos y producir un alto grado de consenso nacional". Todos hablaban en nombre del partido. Juan Luis Ossa dijo que éste se negaba a "darle un cheque en blanco a nadie". Alberto Espina, por su parte, planteó –en una publicitada reunión con pobladores el 30 de noviembre– que solo a las bases les correspondía decidir esta cuestión y que el partido debería hacer ver a los miembros de las FF.AA. la necesidad de que el candidato concitara el apoyo no sólo de los gobiernistas, sino que también de otros partidarios de una sociedad libre. Es decir, planteaba aún la posibilidad de

que el mecanismo no fuera el plebiscito y que el candidato no fuera Pinochet.

Pero en cuanto a las consecuencias venideras, fue Guzmán, una vez más, el que visualizó el futuro exactamente como se produjo: la ciudadanía logrará diferenciar adecuadamente –dijo– a la persona del general Pinochet, en cuanto candidato, de las instituciones nacionales a que pertenece y ninguna de estas catastróficas aprensiones se producirán con su eventual derrota plebiscitaria (la que ya se había hecho evidente prácticamente para todos). Así, logró un acuerdo con Jarpa tanto respecto de esta materia como de la ley 18.662 que reglamentó el artículo octavo de la Constitución –el otro punto de discordia– y su patrocinio conjunto ante la comisión política de RN permitió que ésta se pronunciara mayoritariamente en su favor, con sólo dos abstenciones y los votos negativos únicamente de Andrés Allamand, Juan Luis Ossa y Alberto Espina. A partir de ese momento, Jaime Guzmán asumió personalmente la defensa de dichas disposiciones constitucionales y del acuerdo político de su partido que las respaldaban, las que reflejaban, en realidad, su propio pensamiento, sosteniendo con Ricardo Lagos –entonces dirigente del partido socialista– una de las principales polémicas públicas sobre la materia.

*

El 04 de diciembre de 1987 Renovación Nacional culminó su proceso para constituirse oficialmente como partido político, inscribiéndose con 61.167 firmas, casi el doble de las exigidas por la ley. Era, por lo tanto, un partido poderoso y gravitante… o podía llegar a serlo. Pero la sombra de la división estaba latente y se había manifestado incluso en el propio proceso de obtención de firmas, a través de una sorda pero recia competencia entre los diferentes grupos que se fusionaron. Venía generándose desde arriba, para distribuirse luego hacia todas las regiones del país, donde tales dificultades prácticamente no existían.

Al acto de inscripción del partido concurrió la directiva en pleno, oportunidad en

la que Jaime Guzmán señaló a la prensa que éste era “un anuncio del signo de victoria que espero marque el devenir de nuestro partido”. Y consultado acerca de si ello significaría un apoyo al “Sí” en el próximo plebiscito, dijo que “efectivamente, podría canalizarse por esa vía”. Andrés Allamand, en cambio, ante la misma pregunta, contestó que las grandes definiciones programáticas y las líneas políticas de la colectividad surgirían de la Convención Nacional, donde se elegirían las directivas definitivas. Y dos días después, entrevistado por el diario La Época, pronosticó erradamente que, si fuera Pinochet el candidato y terminaba derrotado en su calidad de Comandante en Jefe “no creo que pueda aplicarse la Constitución en términos de convocar a una elección un año más tarde. No van a existir condiciones políticas para eso, porque se va a producir un vacío de poder y una deslegitimación del sistema”. Afortunadamente, nada de esto ocurriría.

Las diferencias al interior de Renovación Nacional eran graves, pero aún no llegaban a su máxima expresión. Solo tres días después –el 09 de diciembre– lo harían. Ese día el país entero y el partido mismo experimentaron una sorpresa mayúscula: intempestivamente, Ricardo Rivadeneira, su presidente, renunció. Y lo hizo de la peor manera posible, si se considera que había sido instalado allí por el mérito casi único de ofrecer garantías de aparente ecuanimidad a todos los grupos concurrentes. Renunció formulando algunas opiniones políticas que, aparte de estar alejadas de la realidad a esas alturas y de vulnerar el acuerdo de su propia colectividad, en los aspectos más álgidos de la discrepancia ahondaban –lejos de atenuar, como era su obligación– la fuerte tensión existente: “En cuanto a la contingencia política inmediata –afirmó– me he inclinado por una elección abierta para elegir al próximo Presidente de la República…”, agregando que “en el evento de ser designado candidato el general Pinochet, conviene que afronte el plebiscito como civil”; y acto seguido, entregó el partido a las manos de Sergio Onofre Jarpa, cabeza de uno de los grupos fusionados, por añadidura el minoritario.

Y si bien el expresidente de la tienda señalaba que sería la comisión política, al día siguiente, la que debería ratificar dicha situación, había dejado a Jarpa en una posición inmejorable para que ello así ocurriera. Con su renuncia y de la manera como lo hizo, Rivadeneira rompió el difícil equilibrio que su nominación había

hecho precariamente posible. Pero la situación no era independiente de las trizaduras internas. Como señaló con gran acierto María Eugenia Oyarzún en La Tercera el 10 de diciembre de 1987, si bien Rivadeneira había anunciado previamente su dimisión ante el Consejo General, donde deberían elegirse las autoridades definitivas del partido, el adelantamiento de ella tenía su trasfondo: aparte del triunfo ya evidente de la posición que buscaba apoyar al candidato que propusieran los Comandantes en Jefe y el Director General de Carabineros, para el pronunciamiento plebiscitario de la ciudadanía, denotaba también la pugna pública de dos de sus vicepresidentes (Andrés Allamand y Jaime Guzmán).

Extraña la postura de Rivadeneira. Contrasta con otros casos de situaciones políticas adversas mucho más graves, como la de Jorge Alessandri, quien renunció con el razonamiento contrario a la presidencia del Consejo de Estado, cuando se produjeron discrepancias con el Gobierno Militar respecto del texto constitucional que él había contribuido a redactar. Ante la posibilidad de que en el plebiscito de 1980 no se aprobara la Constitución, cuestión probable por las disposiciones transitorias que él no compartía, desistía de la renuncia y se hacía cargo en lo que le correspondiera de la situación que –por voluntades ajenas a la suya– se pudiera producir; es decir, conservaba su responsabilidad para el escenario más difícil. A Rivadeneira, en cambio, la posibilidad de una situación política que no compartía (la aprobación por RN de un plebiscito con Pinochet como candidato, siendo Comandante en Jefe), pero que en alguna medida sí era de su responsabilidad –al menos en lo que sucedía al interior de RN, puesto que él lo dirigía–, abandonaba el partido, no obstante la previsible consecuencia que su conducta traería: su inminente e inevitable quiebre. Siguiendo esa línea de análisis, Ricardo Rivadeneira habría continuado dirigiendo a Renovación Nacional por el breve tiempo que le quedaba tan solo en el caso de haberse producido un entorno político que él considerara apropiado y con el cual estuviera de acuerdo; o sea, únicamente en el ideal, para él, de los escenarios, exactamente al revés del patriótico ejemplo de Jorge Alessandri.

La Directiva Central se reunió para analizar la proposición que debía hacer sobre su sucesión –de acuerdo con los estatutos– a la Comisión Política. Andrés Allamand y Gonzalo García se mostraron explícitamente favorables a la nominación de Jarpa como nuevo presidente del partido. Guzmán manifestó de

inmediato su oposición. Adujo que, dada la forma en que las circunstancias precipitaron la fusión de los tres movimientos que dieron origen RN, no se había producido todavía una suficiente amalgama para que el jefe de uno de ellos asumiera la presidencia, sin provocar una innecesaria y seria desconfianza frente al proceso de elecciones internas que se avecinaba. Se convino en una nueva reunión para la mañana siguiente y en convocar a la Comisión Política para la tarde de ese día 10 de diciembre.

Para que no le quedara nada por hacer, Guzmán decidió informar privada pero expresamente al propio Jarpa, en la mañana del 10 de diciembre, de lo que todo el país sabía: aunque pareciera ridículo a esas alturas, le comunicó personalmente que quienes provenían de la ex-UDI no concordaban con su eventual designación y que les parecía que el equilibrio inicial de la Directiva Central debía mantenerse, buscando a una persona que no hubiese sido dirigente –menos aún la máxima cabeza– de ninguno de los tres movimientos que se fusionaron para formar RN. Jarpa le agradeció su franqueza y le señaló que esa decisión lo liberaba de la ingrata y pesada carga que para él significaba integrar la Directiva Central, máxime la presidencia del partido, reiterándole una afirmación que había hecho en la reunión anterior, en el sentido de que no tenía ambición ni deseo alguno de acceder a dicho cargo.

En ese entendido y con una fácil solución ad portas, se integraron a la reunión de la Directiva Central, donde informaron de esta conversación, ante lo cual Gonzalo García insinuó el nombre de Helmut Brüner como posible presidente del partido. Jarpa respondió que prefería no entrar en opiniones sobre esa ni ninguna otra proposición de nombres alternativos, porque ello llevaría a tener que emitir juicios sobre las mayores o menores cualidades de cada uno, lo que le resultaba ingrato. Sugirió, por lo tanto, que se conversara el tema directamente en la Comisión Política, obviando la exigencia estatutaria de que la Directiva Central llevase una propuesta específica ante ella. Guzmán aceptó convencido de que en la Comisión Política se explorarían los nombres que lograsen suscitar el consenso que todos manifestaban desear, para luego requerirle a esa persona su aceptación. Pero tan pronto se inició la sesión fue propuesto el nombre de Sergio Onofre Jarpa, sucediéndose con un claro acuerdo previo las intervenciones para apoyarlo de quienes provenían de la ex Unión Nacional y del ex Frente Nacional

del Trabajo. De nada sirvieron las argumentaciones contrarias de los que provenían de la ex-UDI, ni de algunos miembros sin filiación política previa como Rafael Vicuña y Ernesto Silva. Más aún, haciendo inequívoca la falta de voluntad para explorar un nombre de consenso que solucionara el problema, Francisco Bulnes pidió que se votara pronto, zanjando el debate. Guzmán, en un intento final que impidiera lo que a esas alturas ya parecía inminente, propuso hasta el nombre del presidente del Tribunal Supremo, Walter Siebel, pero fue descartado de plano.

Contra lo acordado, se votó el nombre de Jarpa, que alcanzó 14 votos a favor, faltándole dos para el quórum de dos tercios requeridos por el estatuto. Hubo nuevas votaciones sin que se alterara sustantivamente la situación, por lo que Guzmán planteó que se continuara la sesión al día siguiente, aprovechando el tiempo intermedio para buscar un nombre de unidad que se pudiese proponer sobre la base de su previa aceptación. Los miembros de la Comisión Política que apoyaban a Jarpa se negaron rotundamente, dramatizando en torno a que si esa misma tarde no salían con un presidente la situación de la colectividad se haría virtualmente insostenible ante la opinión pública. Es decir, se pretendía colocar a la Comisión Política ante la artificiosa y falsa disyuntiva de elegir a Jarpa o causarle un daño irreparable al partido. “Tanto el Sr. Jarpa como mis actuales acusadores –diría Guzmán, más tarde, en su defensa– me imputan un supuesto ‘chantaje’. Si yo quisiera seguirles en su lenguaje, creo que tal palabra resultaría aplicable a la situación en que fue colocada la Comisión Política ese día 10 de diciembre”.[98]

Accediendo a una solicitud de los partidarios de Jarpa, se procedió a repetir la votación por si había algún cambio, el que efectivamente se produjo en una persona, con lo cual el candidato alcanzó 15 votos, faltándole uno para el quórum requerido. En ese momento William Thayer pidió que se aceptara computar el voto del propio Jarpa en su favor, sin obligarlo a votar expresamente por él mismo, lo que Guzmán aceptó como signo de caballerosidad y buena disposición, esperando que el injusto desequilibrio que se producía con su presidencia al interior del partido no influyera en el proceso eleccionario de las autoridades definitivas. El triunfo, en todo caso, fue celebrado. Por la noche, en una comida a la que no asistió la UDI, el nuevo presidente fue homenajeado por

sus seguidores.

*

Enero de 1988 no fue tranquilo para Renovación Nacional. Los diferentes grupos que lo integraban, sus dirigentes nacionales, regionales y locales, así como cada uno de sus militantes –sin excepción– estaban con la mente puesta en las próximas elecciones. Y Jaime Guzmán, por cierto, no era la excepción. Aumentaba la incertidumbre la posición que en definitiva asumiera el partido respecto del próximo plebiscito presidencial, ya que la Comisión Política de RN aprobó un voto de apoyo a la proposición que hicieran las FF.AA. y el Director General de Carabineros, pero condicionado a quién fuera la persona del candidato propuesto. El 28 de enero de 1988 se constituyó oficialmente en colectividad política de carácter nacional, mediante una resolución del Servicio Electoral que ordenaba la inscripción en las, entonces, trece regiones del país. El mes de febrero tampoco fue relajado. El diario La Época –como buen opositor– fue el que describió más descarnadamente la situación, señalando que la misma sumatoria de fuerzas que había permitido en diciembre elegir a Jarpa como presidente (Unión Nacional y FNT) se aprestaba ahora para competir por el control del partido. Y entre declaraciones y preparativos, el 15 de febrero comenzó el proceso eleccionario para integrar los Consejos Regionales, siendo San Felipe la primera ciudad que convocó a votar, entre desesperados intentos de la mesa directiva por evitar que dichas elecciones se llevaran a cabo. Por alguna razón, que reflejaba la situación extraordinariamente tensa que se vivía al interior de la novel colectividad, prefería la conformación de listas unitarias donde estuvieran representados los tres sectores.

El 19 de febrero, para que los confundidos espectadores comprendieran algo, La Segunda publicó el siguiente cuadro, conteniendo las discrepancias públicas de los dos grupos que se disputaban la hegemonía del naciente pero explosivo partido político:

▪

EX-UDI

Apoyo decidido a la Constitución del 80

Que el partido asuma una postura más cercana al gobierno de la que actualmente

Apoyar la candidatura de Pinochet, para que sea él quien gobierne en el próximo

Que el trabajo por el "Sí" en el plebiscito se coordine con todos los sectores que

Separación clara del Partido Nacional

Que el nuevo presidente de Renovación Nacional sea elegido de acuerdo a la vot

Que se produzca una renovación de dirigentes para que entre gente nueva y darle

▪

Jarpa insistía en que no era su ánimo participar en ese momento como candidato a la presidencia partidaria. Pero nadie desconocía que si “todo el mundo se lo pedía” aceptaría asumir nuevamente el cargo que tanto descartaba: “Gonzalo Eguiguren –comentó la prensa– lo dijo en el pasillo de Renovación Nacional en la mañana de ayer”. Y lejos del proyecto unitario original, el triunfo en los Consejos Regionales quedó convertido en la única posibilidad de alcanzar la mayoría suficiente como para imponer después, en el Consejo General de mayo de 1988, a las directivas nacionales completas: Comisión Política, Tribunal Supremo, Directiva Nacional y Presidente –lo más importante– del explosivo partido, al que aún le quedaba por adoptar muchas de sus más importantes definiciones de fondo: el plebiscito, su candidato, el que eventualmente apoyaría la centro-derecha en la elección posterior a que se llamaría en el caso de perderse el plebiscito, y los postulantes al Congreso.

El 4 de marzo ya la carrera por los Consejos Regionales estaba en tierra derecha, con conatos de violencia verbal y física incluidos. La tensión crecía conforme se acercaba el plazo final, debido a la posibilidad de que se presentaran inscripciones “sorpresa” de último momento, como efectivamente ocurrió: a primera hora del último día se inscribió la nómina de Francisco Bulnes en Providencia, en tanto que la lista contraria, presidida por Cristian Irarrázabal, lo hacía pasadas las 20.00 horas. Cerca de esa hora también presentaban sus listas Jorge Swett y Miguel Otero, en Las Condes, donde había gran agitación.

El 7 de marzo, a las 21 horas, finalizó en todo el país el trámite de inscripción de listas. El Tribunal Supremo debió sesionar todas las semanas y el jueves 10 de marzo emitió una declaración pública advirtiendo que “cualquier exceso en que incurran militantes o grupos de afiliados, será sancionado disciplinariamente”.[99] El panorama confrontacional y agresivo de la capital distaba mucho del que manifestaron los tres grupos al momento de aceptar su fusión, o del que existía en los restantes puntos del país: “La Región Metropolitana, al parecer, no tiene tanta capacidad de acuerdo como las provincias. En la primera existe mayor cantidad de distritos donde se presentarán dos opciones para el votante. De los 20 sectores en que fue dividida, 14 presentarán dicha característica, y en solo

seis no se realizarán votaciones, ya que hay una sola lista... En el caso de las provincias, en sólo 10 distritos se realizarán votaciones y en los 23 restantes el acuerdo permitirá que la lista única forme parte inmediatamente del Consejo Regional”.[100]

*

Y así como en enero de 1987 la ciudadanía se había visto sorprendida por el llamado de Unión Nacional a conformar una sola colectividad de centro-derecha y, en diciembre de ese año, experimentó una sorpresa todavía mayor con la insólita renuncia de Ricardo Rivadeneira, el 17 de marzo de 1988, con no menor asombro, se enteró de una grave denuncia de Jaime Guzmán: culpaba a la mesa directiva de serias irregularidades en el proceso eleccionario interno, de ausencia de garantías, de transparencia, de consenso y de eficacia, pidiéndole su renuncia en pleno, partiendo por la de su presidente, Sergio Onofre Jarpa.

La declaración fue entregada por Jaime Guzmán en una conferencia de prensa a la que convocó para las 16:30 hrs. en la tradicional casona de calle Suecia (ahora sede de la UDI), cuando se efectuaba una reunión de la mesa directiva presidida por Jarpa, a la que informó previamente sobre la exposición que efectuaría. El local estaba invadido por una gran cantidad de adeptos a la corriente ex-UDI que copaban la sala de reuniones, pasillos y escaleras, gritando en favor de su movimiento; y cuando Guzmán apareció irrumpieron en consignas de apoyo hacia su persona, por lo que éste debió leer su declaración interrumpido por cientos de voces que coreaban: “Se siente... se siente... Jaime presidente”. La declaración rezaba:

“En relación a las elecciones internas de Renovación Nacional –dijo–, convocadas para esta semana, me hago un deber declarar lo siguiente:

1.- En la mayoría de las provincias del país y en algunas zonas de Santiago, se llegó a listas unitarias que hacen reglamentariamente innecesario realizar elecciones.

2.- En otras se ha producido una legítima contienda entre dos listas. Bajo diversas nominaciones, esas listas responden básicamente a los diversos movimientos que se fusionaron para conformar Renovación Nacional, como unánimemente lo han difundido los medios periodísticos.

Por un lado, están las listas vinculables a la alianza entre el ex Frente Nacional del Trabajo (que dirigía el Sr. Sergio Onofre Jarpa) y la ex Unión nacional (que presidía el Sr. Andrés Allamand), mientras que por la otra parte postulan listas vinculadas a la ex Unión Demócrata Independiente, UDI, que me correspondió encabezar.

3.- Entre las irregularidades, creo necesario destacar que las listas de la alianza entre los sectores vinculables al ex Frente Nacional del Trabajo y la ex Unión Nacional, procedieron en los últimos días a imprimir folletos en que se pretende cambiar unilateralmente los lugares originalmente fijados para la votación, conforme a los reglamentos, con la consiguiente confusión para los afiliados que deben votar.

Entre las diferencias, creo inevitable señalar que después de 15 días en que el presidente del Partido, don Sergio Onofre Jarpa, no citó a la directiva en momentos tan fundamentales para que ésta condujera el proceso electoral, recién lo hizo en el día de ayer. Sin embargo, desgraciadamente él postergó la solución de problemas tan básicos como ratificar los locales de votación y hacerlos públicos, como asimismo resolver otras cuestiones igualmente esenciales para que la elección pudiera realizarse en forma adecuada, pese a mi reiterada solicitud de que la Directiva Central se abocara de inmediato a ello.

4.- Como consecuencia de esos y otros antecedentes, los responsables de las listas contendientes en la Región Metropolitana han llegado a la conclusión de que no están dadas las condiciones para verificar esta semana el conjunto de las elecciones de dicha región, razón por la cual éstas deberían postergarse.

5.- Teniendo presente que dicha postergación seguiría distrayendo el esfuerzo del partido en sus elecciones internas, en circunstancias en que resulta indispensable poner el mayor y más inmediato esfuerzo de Renovación Nacional en trabajar por el triunfo del "Sí" en el plebiscito presidencial, los responsables de las listas vinculadas a la ex-UDI han aceptado una fórmula de acuerdo con los representantes de las listas contendoras que significa que –en la Región Metropolitana– un total de 81 consejeros nacionales se determinarían por los sectores relacionados con la ex-UDI, un total de 41 se determinarían por la alianza de los sectores ligados al ex-Frente Nacional del Trabajo y a la ex Unión Nacional, y un saldo de tres restantes que serían personas de común acuerdo por las partes.

6.- Los responsables de las listas vinculadas a la ex-UDI han aceptado esta fórmula –y personalmente he concurrido a redactarla– no obstante que ella no satisface razonables expectativas de los candidatos de esas listas, en aras de fortalecer la unidad del partido y de no deteriorar seriamente sus importantes proyecciones futuras.

Sin embargo, para que tal objetivo se cumpla, estimamos indispensable lo siguiente:

a) Que la actual directiva presente su renuncia en pleno.

b) Que los responsables máximos de cada una de las dos listas contendientes antes mencionadas designen un vicepresidente, en forma libre y no sujeto a veto

de la otra parte.

c) Que entre ambos se busque un Presidente y un Secretario General del partido de efectivo consenso y eficacia, circunstancia que hoy ostensiblemente no existe. Conformada esa mesa, se procuraría la ratificación del actual Tesorero.

d) Que los integrantes de la nueva directiva asuman el compromiso de aceptar e impulsar que ella fuese oficialmente elegida por el próximo Consejo General, incluyéndose allí el tercer vicepresidente que consagran los Estatutos

A mi juicio, lo anterior es la única fórmula posible para evitar una grave trizadura en Renovación Nacional. Por el contrario, estoy cierto que si dicha proposición es acogida, nuestro partido puede salir robustecido de esta crisis y afianzarse como la colectividad moderna, eficiente y renovada que se aspiró con su formación y que sigue animando mis mejores afanes".[101]

La comisión política, en sesión extraordinaria, emitió una declaración oficial en la que deploraba lo expuesto por Guzmán e indicaba que había resuelto enviar los antecedentes al Tribunal Supremo. Asistieron a la reunión Sergio Onofre Jarpa –que la presidió–, Andrés Allamand, Gonzalo García, Tásilo Raisseneger, Francisco Bulnes, Pedro Ibáñez, William Thayer, Juan de Dios Carmona, Aquiles Cornejo, Carlos Alberto Cruz, Lucía Maturana, José Rafael Vicuña, Alberto Espina, Gonzalo Eguiguren, Mario Cáceres y Juan Luis Ossa.

Los líderes de la ex-UDI restaron importancia a dicho acuerdo por no considerar representativa la reunión en la que él se adoptó. Esa noche sesionó también en reunión extraordinaria el Tribunal Supremo, mientras los gremialistas llamaban a no votar en las elecciones por falta de garantías. Al día siguiente El Mercurio publicó una entrevista a Jaime Guzmán, acerca de lo ocurrido:[102]

– ¿Por qué, si había prosperado ya un acuerdo global para la Región Metropolitana, vinculó su concreción a la renuncia de la directiva?

Por una razón muy sencilla en la que concordamos con todos los responsables de las listas vinculables a la ex-UDI. El acuerdo nos reconoció dos tercios de los consejeros nacionales de la Región Metropolitana que, si bien no satisfacía nuestras expectativas, nos permitiría asegurar la mitad del consejo general del partido, órgano que deberá elegir la próxima directiva nacional.

Es evidente que, si en un partido hay dos tendencias repartidas en mitades, lo único razonable y posible es generar una directiva nacional de consenso. Estimamos que si había un acuerdo de cúpula para toda la Región Metropolitana, sin votación de las bases por razones ajenas a nuestro deseo y voluntad, pero fundadas en la invocación a la unidad, ésta debía extenderse a la directiva nacional. Nuestra proposición es y sigue siendo un acuerdo más amplio que la sola Región Metropolitana y que tienda a una directiva nacional de consenso.

– El ex senador Francisco Bulnes señaló ayer que la proposición suya iba contra la democracia interna que establece la ley de partidos y que incluso sería inconstitucional:

Creo que él no leyó con suficiente detenimiento mi declaración. Yo no he planteado jamás que la nueva directiva nazca a partir de dos personas, sino del conjunto de los responsables máximos de las dos tendencias que han contendido en el proceso electoral interno a través del país. Y jamás hemos propuesto que ella se le pretenda imponer al consejo general, sino que se le proponga a éste con la expresa mención de que el poder resolutivo le corresponde a dicho consejo.

Lo que no me parece congruente es que la alianza FNT-UN haya propiciado y respaldado un acuerdo de cúpula que excluía a última hora las elecciones internas en toda la Región Metropolitana, y ahora invoque la democracia interna para negarse a que ese acuerdo se procure hacer extensivo a la directiva nacional. Yo abogué reiteradamente por elecciones donde no hubiera acuerdo espontáneo, pero en la Región Metropolitana eso se imposibilitó por lo que antes señalé. Ante ello, estimamos que el consenso debía abarcar a la directiva nacional. En consecuencia, la imputación de don Francisco Bulnes debería dirigirse a otro miembro de la directiva, pero de ninguna manera a mí.

– Sin embargo, de su proposición queda claro que para la UDI el nombre de Jarpa no es el indicado para presidir una directiva de consenso. ¿A qué se debe ese criterio?

A que independientemente de los grandes méritos y cualidades de don Sergio Onofre Jarpa, que somos los primeros en reconocerle, consideramos que él no encarna el estilo de renovación política que nuestro partido debe afianzar hacia adelante.

– ¿Qué valor atribuye al acuerdo de la Comisión Política respaldando a la actual directiva nacional?

La de una explicable reacción inicial, pero que no va ni podía ir al fondo del problema.

– ¿Cuál es la posición del sector que Ud. lidera frente a las elecciones internas que en la práctica se están llevando a cabo en la Región Metropolitana, a pesar de que las listas vinculadas a la ex UDI no participen?

Cualquier elección interna en una región en que no participa un sector al que los contendientes han reconocido representar a los dos tercios de la militancia del partido, como es nuestro caso, carece de todo efecto político real.

– ¿Pero entonces cree que Renovación Nacional está quebrada?

No. Sin duda estamos en una crisis grave, pero confío que con el patriotismo y desprendimiento de todos los dirigentes máximos podamos superarla.

Ese mismo día, entre actos de violencia física que desbordaban toda posibilidad de control, el Tribunal Supremo debió emitir una declaración para defenderse a sí mismo, calificando de “falsas y tendenciosas” las declaraciones de dirigentes diciendo que el Tribunal no cumplía sus funciones, las cuales agravaban a su juicio “infundadamente la situación por la que atraviesa el partido”. Agregaba que velaría por el correcto desarrollo de las elecciones y que no vacilaría “en ejercer de oficio todas las atribuciones disciplinarias que le competan contra quienes correspondan”.[103] Juntamente con estos apercibimientos, anunciaba que próximamente se reuniría para pronunciarse sobre la proposición de Jaime Guzmán, enviada a ese organismo por la comisión política.

El 19 de marzo terminaron las elecciones con violencia y confusión generalizadas por igual. “Comprendo y comparto –dijo Guzmán en su columna de La Tercera[104], donde además fue entrevistado por Patricia Escalona[105]– el desencanto que muchos militantes y simpatizantes de Renovación Nacional deben experimentar ante la crisis que actualmente afecta al partido... Sin embargo, no resulta realista pretender que en las organizaciones políticas no surjan problemas internos similares a los que se dan en cualquier agrupación humana”. Agregando que: “tratándose de un partido político, pienso que ello –además– debe realizarse de cara a la opinión pública en los aspectos fundamentales, sin perjuicio de la reserva y prudencia que convenga mantener sobre asuntos internos más específicos”.

¿Buscaba Jarpa su propia nominación para el próximo plebiscito presidencial que se efectuaría constitucionalmente a nivel nacional? La oposición –por supuesto– tenía sus interpretaciones. En el comentario político de La Época del 20 de marzo (que fue dedicado casi íntegramente a este tema), se vinculaba todo el problema a las perspectivas del próximo plebiscito: "Para los ex-UDI –señalaba– el control del partido por el jarpismo y su aliado temporal (Andrés Allamand) significa un peligro de alto voltaje: el condicionamiento del 'Sí' en el plebiscito y la eventual creación de una atmósfera en la que Jarpa aparecería como el candidato inevitable". Y concluía con una interrogante interesante de destacar referente a la designación del nombre a plebiscitar: ¿Conoce Jaime Guzmán esa decisión –se preguntaba– o su cercanía? Para luego contestarse certeramente que "si la conoce, quiere decir que el candidato ya ha sido acordado. Y que es Pinochet, de civil o como quiera que se vista".[106]

¿Serían el próximo plebiscito y el nombramiento de Pinochet como su candidato en calidad de Comandante en Jefe del Ejército "las razones", conocidas de la directiva, de que Guzmán había hablado reiteradamente, que no podía dar a conocer y en cuyo apoyo prefería desarticular RN antes que dejarlo en manos de quienes pudieran negarle su respaldo? ¿Conocía Rivadeneira desde el principio esta posibilidad, adelantando por ese motivo su renuncia al no compartir semejante escenario?

Teniendo en cuenta la lealtad de Jaime Guzmán hacia la persona del General Pinochet, pienso que sí. Sin lugar a dudas, el temor de que Jarpa apoyado por Allamand –y, en alguna medida, por el propio Rivadeneira– generaran un ambiente adverso a la candidatura de Pinochet en el plebiscito, fue una de las razones por las que Guzmán se opuso con tanta tenacidad a que la presidencia de Renovación Nacional quedara en sus manos. Y también por otras buenas razones, como su convencimiento de que en ese instante no había nadie del sector que pudiera obtener más votos que el gobernante en ejercicio, aunque aún así no fueran suficientes, como efectivamente sucedió.

Importa mencionar además que trascendió, con las reservas del caso, que el exsenador DC Jorge Lavandero habría señalado que Jarpa –en la ronda de conversaciones que inició al ser designado Ministro del Interior por Pinochet– manifestó a los opositores con quienes se reunía su intención de reemplazarlo en la Presidencia de la República.

Y ésta –de ser ciertos los trascendidos– habría sido la mejor sino la única posibilidad que pudo habérsele presentado para alcanzar ese propósito.

*

La crisis había llegado a su punto más álgido y se aproximaba al desenlace. El sector de los ex-UDI emitió una declaración pública leída a la prensa por Jovino Novoa, insistiendo en la reestructuración de la mesa directiva, la que más tarde sería complementada por otra de Hernán Larraín, hasta que el 21 de marzo se dieron a conocer los resultados oficiales.

El mismo día que Jaime Guzmán participaba en un acto masivo organizado por los ex-UDI en la sede de Suecia, para celebrar el triunfo de Francisco Bartolucci sobre Raúl Urrutia en Valparaíso, un grupo de dirigentes del partido enviaba una carta al Tribunal Supremo formulando cargos y pidiendo las máximas sanciones en contra del fundador del gremialismo. La firmaban Pedro Ibáñez, Francisco Bulnes, Juan Luis Ossa, Patricio Mardones, Renato Gazmuri, William Thayer, Gonzalo Eguiguren, Patricio Huneuss y Miguel Luis Amunátegui.

¿Estaban ellos también –o algunos– dispuestos y hasta en campaña de frustrar el plebiscito de Pinochet? Al menos se habían manifestado públicamente en su contra, con una extraña persistencia, integrando todos el círculo de Jarpa. ¿Habrían visto más probable la cancelación del plebiscito sacando a Jaime Guzmán de en medio? ¿Era éste un motivo oculto en el libelo acusatorio? En él,

luego de describir desde su perspectiva lo ocurrido, concluían solicitando que “ese H. Tribunal Supremo aplique a don Jaime Guzmán Errázuriz el máximo de las sanciones que contemplan los Estatutos, considerando la gravedad de su conducta, el perjuicio que ella ha ocasionado al partido y la circunstancia agravante de su alta posición dentro del partido y de su larga experiencia política, de las cuales debe deducirse que tal conducta –reiterada en el tiempo– no obedeció a un impulso irreflexivo sino a un cálculo premeditado”.[107]

Dos días después, el 23 de marzo, un integrante del Tribunal Supremo, Bernardo Larraín, apareció en la prensa comentando negativamente el hecho que debía juzgar y dando a la publicidad las sanciones aplicadas, aún sin notificar a los afectados, que se enteraron de ellas por sus declaraciones. A Longueira se le removía del cargo directivo que ocupaba y se le inhabilitaba por un año para optar a otro, lo que debía hacerse efectivo de inmediato. Le fue notificada legalmente al día siguiente.

En cuanto a Jaime Guzmán, se le daba un plazo para que hiciera sus descargos, cumplido lo cual el Tribunal se volvería a reunir para emitir un pronunciamiento. El sábado 26 de marzo, al mediodía, Jaime Guzmán hizo llegar sus descargos a la sede central de calle Suecia. El Tribunal Supremo se constituyó en sesión extraordinaria a las 18:00 hrs. para conocerlo. Eran 25 carillas donde, con el brillo y la lógica implacable que le eran características, Guzmán partía recordando que para la existencia de un debido proceso era necesaria la imparcialidad del Tribunal, por lo que recusaba a Bernardo Larraín por haber “prejuzgado” acerca del caso.

Acto seguido, solicitaba que se declararan inhabilitados para conocer y fallar la causa todos los miembros del H. Tribunal que, examinando su conciencia, estimaran que tenían algún grado de animosidad, antipatía, rechazo o conflicto contra él, atendida la carta que le había hecho llegar el presidente del mismo, Walter Siebel, en la cual le señalaba que los miembros del Tribunal Supremo se encontraban indignados con él por lo acontecido.

Refutaba luego cada una de las acusaciones, para extenderse finalmente sobre el fondo, donde reconocía que el problema tenía parte importante de su origen en la designación de Sergio Onofre Jarpa como presidente del partido, luego de la "intempestiva" renuncia de Ricardo Rivadeneira. Primero, porque allí quedó en evidencia la coalición ex UN-FNT, que no tenía voluntad de consenso con la ex-UDI. Segundo, porque era claro que dicha alianza giraba en torno a la presidencia de Jarpa. Y tercero, "porque allí quedó definitivamente minada la confiabilidad en las declaraciones del Sr. Jarpa sobre su supuesta falta de ambiciones de ser presidente del partido. Quien admite ser elegido en segunda votación, debiendo computarse su propio voto para alcanzar el quórum requerido y sin importarle romper el consenso que inspiró la formación de la Directiva Central inicial del partido, tiene evidentemente una clara ambición de acceder al cargo en cuestión".[108]

A continuación, se refirió al tema de las elecciones internas y de sus bandos, haciendo una extensa reseña de las diversas irregularidades producidas en el proceso electoral, especialmente en la zona de Santiago, solicitando por último, en su defensa, la citación de los siguientes testigos sobre los hechos referidos: Gonzalo García, Rafael Vicuña, Carlos Alberto Cruz, Ernesto Silva, Andrés Chadwick, Juan Antonio Coloma, Cristian Leay y Francisco Bartolucci.

El lunes 28 de marzo, Francisco Bartolucci, en su calidad de presidente electo de Renovación Nacional Valparaíso, hizo una nueva proposición al partido para superar la crisis que, como antes la de Hernán Larraín, tampoco fue acogida. Al día siguiente, 29 de marzo, surgió una nueva propuesta, esta vez de parte de los integrantes independientes de la Comisión Política de Renovación Nacional. La firmaban Juan de Dios Carmona, Lucía Maturana, Mario Cáceres, Carlos Alberto Cruz y Ernesto Silva. Proponían conformar un Comité Unitario. El día 30 Jaime Guzmán emitió una declaración apoyando la propuesta de los independientes: "Como vicepresidente de Renovación Nacional –señaló– me hago un deber en manifestar mi pleno apoyo a la declaración formulada por un grupo de miembros de la Comisión Política del partido que no han participado en la contienda electoral interna y que difundiera ayer don Juan de Dios Carmona".

Esta proposición –como las anteriores– tampoco tuvo acogida, pero dejó en evidencia que los órganos del partido tuvieron a su alcance las más diversas posibilidades, incluso aceptadas por Jaime Guzmán de antemano, para solucionar la crisis sin causar mayores consecuencias que las ya producidas, y que no quisieron aceptarlas, continuando rumbo a la expulsión de Guzmán con la fijación obsesiva del que ya tiene su decisión tomada. El desatino inicial de Rivadeneira se proyectó así a la mayoría del Tribunal Supremo, con la facilidad con que suelen funcionar las cosas bien organizadas. Y sin que ninguno de los sentenciadores se declarara inhabilitado por haber manifestado opinión negativa previa respecto del inculpado, o los hechos que juzgaban, el 21 de abril Renovación Nacional emitió una declaración pública informando que, por cuatro votos contra tres, había acordado expulsar de la colectividad a Jaime Guzmán, quien había sido notificado por cédula el día anterior en la tarde, a través de un Notario Público, y que la sanción debía cumplirse de inmediato.

Existía un voto de minoría que discrepaba de las conclusiones mayoritarias, sostenido por Guillermo Elton, Willie Arthur y Guillermo Pümpin, todos vinculados a la facción de Guzmán, lo que confirmaba la división en bloques existente dentro de cada instancia del partido, así como el trasfondo político más que jurídico del problema. Ese mismo día Guzmán convocó a una conferencia de prensa para entregar su versión acerca de lo ocurrido. Es la siguiente:

“1) El fallo de mayoría viola gravemente los estatutos de Renovación Nacional, ya que su artículo 42 dispone que la remoción de cualquier miembro de la directiva central del partido sólo puede adoptarse a proposición de los dos tercios de la comisión política, circunstancia que en mi caso no ha ocurrido. Así lo señala, por lo demás, el voto de minoría de 3 de los 7 miembros del tribunal de Renovación Nacional, precisando que la medida adoptada en mi contra es jurídicamente nula.

Por otro lado, al aplicar una sanción que, conforme a los estatutos de Renovación Nacional, no puede ser adoptada por el tribunal del partido, los

cuatro miembros de éste que concurren a dicho fallo han infringido el número tercero del artículo 19 de la Constitución Política de la República, en lo que se refiere a las exigencias del debido proceso.

Al incurrir en tales conductas ilegitimas e inconstitucionales, el tribunal de Renovación Nacional ha pasado a ser una instancia cuya mayoría no ofrece garantía alguna de idoneidad para los afiliados. La crisis del partido ha alcanzado así dimensiones generalizadas e irreparables.

2) La opinión pública tiene perfectamente claro cuál sector se demostró mayoritario en las elecciones internas de Renovación Nacional. Sin embargo, quienes son minoría entre los afiliados han decidido valerse de su mayoría en el tribunal del partido, demostrando estar dispuestos a utilizarla sin limitaciones para imponerse por secretaría frente a quienes representamos a la mayoría de las bases de la colectividad.

Con esto culmina un conflicto cuyos alcances son mucho más profundos que los que algunos le atribuyen y que exceden a una mera lucha por la conducción del partido y por la vigencia en él de la democracia interna.

Incluso, quienes se sintieron inicialmente desconcertados ante mis denuncias públicas sobre la actual directiva de Renovación Nacional, ya empiezan a comprender –o comprenderán muy pronto– que mi actitud ha tenido y tiene muy sólidas razones al servicio de los intereses superiores del país en esta hora.

En todo caso, quienes desde la formación de la UDI constituimos ya una fuerza política de indiscutible arraigo popular y vigor generacional, no seremos nunca doblegados por una maniobra del peor estilo político tradicional.

Los propósitos que inspiraron el origen de Renovación Nacional han sido defraudados por los exponentes de esos vicios politiqueros. Pero eso no impedirá que sepamos encontrar el camino que encauce y proyecte nuestros ideales en el presente y el futuro de Chile.

En esa responsabilidad, cuyos fundamentos son eminentemente morales y patrióticos, no claudicaremos jamás".

Numerosas expresiones de solidaridad con Jaime Guzmán fueron entregadas a la prensa después de su expulsión, iniciándose un proceso de masivas desafiliaciones a la colectividad. Finalmente, y luego de terminados todos los hechos, Guzmán declaró a la revista Cosas que se sentía entusiasmado con la idea de estar fuera de "estériles pugnas internas dentro de un partido paralizado". Y respecto del costo de imagen que pudo haberle significado, dijo que esas preocupaciones se las dejaba "a los políticos tradicionales y a los de nuevo cuño que estudian el marketing de su imagen para gusto del Departamento de Estado norteamericano y de los sectores periodísticos y publicitarios".

¿Estaba EE.UU. interesado en evitar el plebiscito de Pinochet? ¿Lo había manifestado a quienes buscaron quitarle el apoyo del partido más importante de su sector? ¿Sería por ese motivo que ellos hicieron todo lo posible por colocar a Sergio Onofre Jarpa a la cabeza de RN y por sacar de él a Jaime Guzmán?

Agregó Guzmán, además, que no habría continuado en el partido "si me hubieran aplicado cualquier sanción antijurídica, aun cuando ella no hubiese sido la expulsión". Consultado sobre si su salida constituía una victoria de Jarpa, señaló que no le parecía, "porque se ha quedado con un partido disminuido que no solo ha perdido a su sector mayoritario, sino también a quienes le daban mayor vitalidad y renovación. Se ha quedado con el mismo Partido Nacional de 1973, además, sin la fracción que encabeza Patricio Phillips". Y respecto de su propia situación, contestó que la UDI se sentía fortalecida "al haber acreditado ser mayoría" incluso frente a la coalición hecha por Jarpa y Allamand para

enfrentarlos.

Por último, ante la pregunta de si se había cometido una injusticia con su expulsión, opinó: “una injusticia monstruosa, que sólo pudo realizarse violando los estatutos y la Constitución Política de la República”.[109]

CAPÍTULO 8

INVESTIGACIONES INFRUCTUOSAS

El vehículo de Jaime Guzmán abandona la sede universitaria, dobla a la derecha y se aproxima lentamente al paradero de Battle y Ordóñez con Regina Pacis, donde es detenido por la luz roja del semáforo. Guzmán viene sentado adelante, en el asiento del copiloto, y a través del vidrio resaltan desde afuera los gruesos marcos de los anteojos bajo la calva característica. Está con la vista perdida en el tumulto de estudiantes que esperan locomoción en el paradero, entre los cuales se encuentran "El Negro" y "Emilio" –Ricardo Palma Salamanca y Raúl Julio Escobar Poblete, respectivamente– con el pulso, el corazón y las sienes latiendo intensamente. Los dos saltan al unísono hacia el automóvil, extrayendo de su cintura sendas armas. "Emilio" apunta a la cabeza de Guzmán a menos de ochenta centímetros de la ventana, mientras éste gira levemente la vista y lo mira a los ojos, reconociéndolo.

*

El asesinato que está por consumarse tiene antecedentes. A inicios de 1991, el Mapu-Lautaro programaba reiniciar sus actividades distribuido en los frentes norte, centro y sur del país, ante lo cual la Policía de Investigaciones de Santiago aceleró la búsqueda de lautaristas en las Villas Tokio, Francia, O'Higgins, Santa Olga, Santa Adriana, La Victoria, La Legua y otras, mientras en el sur, diversas informaciones indicaban que el Lautaro dirigiría sus operaciones hacia las Regiones del Biobío y La Araucanía.

Grande fue la sorpresa cuando, el 15 de marzo de 1991, un comando de las Fuerzas Rebeldes y Populares Lautaro (FRPL) asesinó en pleno centro de Concepción al prefecto Héctor Sarmiento. Se trataba del jefe de la V zona de Investigaciones, por lo que todo parecía indicar que los atentados durante ese

año tendrían a dicha policía en la mira, con la relevante carga simbólica que aquello involucraba. De allí que nadie sospechara que la siguiente víctima sería el senador de la UDI Jaime Guzmán, absolutamente fuera de toda lógica dentro de semejante contexto. Salvo porque, casi tres meses después del 01 de abril de 1991 –fecha fijada para su asesinato–, el Presidente Aylwin y Fidel Castro se reunirían en la Cumbre Iberoamericana de Guadalajara (el 26 de junio de 1991). Allí reanudarían las relaciones consulares y comerciales entre ambos países, que resultaban fundamentales para la quebrada economía cubana y a las que el senador Guzmán se oponía tajantemente.

*

La muerte de Guzmán encontró al general Horacio Toro –Director General de Investigaciones a esa fecha– exigiendo nuevos y urgentes recursos para restablecer la disminuida eficacia de su institución. Por lo que el 09 de septiembre de ese año y tras una nueva sorpresa, ahora con el secuestro de Cristian Edwards, decidió crear una unidad operativa especial para enfrentar la subversión, articulándola con la Prefectura Investigadora de Asaltos (PRIA) y con las dos Comisarías de Inteligencia Policial (COIPO), encargadas de combatir los asaltos y el narcotráfico respectivamente, a esas alturas las mayores espinas del Gobierno de Aylwin. La nueva organización se llamó Brigada Investigadora de Organizaciones Criminales (BIOC), y el general Toro dejó a su cabeza al jefe de la Brigada de Delitos Sexuales de Concepción, el subcomisario Jorge Barraza Riveros.

En la madrugada del 12 de febrero de 1992, tras cobrar el rescate y, según algunos, previo acuerdo con el Gobierno a través de la “Oficina” que dirigía Marcelo Schilling, “Ramiro” liberó a Cristián Edwards en calle Vicuña Mackenna, huyendo luego con su grupo a Maitencillo y, más tarde, a un camping en Colliguay, donde el comisario Barraza los logra filmar. Alguien les sopló que estaban bajo la mira de la BIOC, separándose de inmediato con destinos diversos, tras lo cual el FPMR prácticamente desaparece de la acción.

Después de muchas tentativas frustradas, Ricardo Palma Salamanca fue detenido en Santiago el 25 de marzo de 1992 por un comando conjunto de agentes de la BIOC, el Grupo Operativo Táctico (GOT) y la Brigada de Homicidios (BH), aparentemente con motivo de informaciones entregadas a las autoridades por cercanos suyos. Mauricio Hernández Norambuena –autor intelectual del asesinato de Guzmán–, retornó a Santiago en abril de 1992, donde se enteró de la detención de Palma Salamanca, logrando escabullirse de la policía con el nombre de Miguel Ángel Osorio Vergara.

Los peritajes determinaron que la pintura de un vehículo abandonado por Sergio Olea Gaona –a la postre radicado en España– en un enfrentamiento callejero con Carabineros y la del taxi usado para asesinar a Jaime Guzmán, eran del mismo tipo que la encontrada en el taller del padrastro de Olea, por lo que Investigaciones dirigió contra él todas sus sospechas. Entregó los antecedentes al Ministro en Visita Guillermo Navas y al Ministro del Interior Enrique Krauss quien, con resultados más efectistas que efectivos, decidió solicitar a Navas su procesamiento. El resultado fue el esperado: Gobierno e Investigaciones parecieron estar haciendo bien las cosas. Desde ese momento la policía chilena, la asesoría jurídica del Ministerio del Interior y de la familia Guzmán continuaron su trabajo en España, donde lograron detener a Olea y solicitar la extradición, que un año y medio después, cuando ya el Ministro Navas había dejado el caso por haber accedido a una vacante en la Corte Suprema, sería también ratificada por el Consejo de Ministros Hispano.

Pero en Chile, meses antes, esa línea investigativa ya había empezado a decaer. En enero de 1992, al filtrarse a través de diputados de la UDI dos documentos secretos de Investigaciones impartiendo instrucciones para vigilar cuarteles militares, políticos de todas las tendencias, empresarios, sacerdotes, etc., violando flagrantemente los derechos y garantías constitucionales de todos ellos, se generó un conflicto de grandes proporciones que culminó con la renuncia tanto del encargado de la Jefatura de Inteligencia Policial (JIPOL), Guillermo Mora –autor de los documentos filtrados–, como del propio general Horacio Toro. En su reemplazo asumió Nelson Mery, quien no era partidario de la autonomía que había adquirido la BIOC, por lo que empezó a recortarle progresivamente sus recursos.

*

En agosto de 1993, dentro de las diligencias por el secuestro de Cristian Edwards, Investigaciones detuvo en Curanilahue a Mauricio Hernández Norambuena, jefe operativo del FPMR-Autónomo, alias “Ramiro”, “Braulio”, “Miguel” o “El Abuelo”, donde además se encontraron huellas de “El Chele”, todo lo cual desencadenó importantes cambios en la aproximación judicial y policial sobre el caso Guzmán. Por sus fuertes vínculos, se acumularon ambos expedientes en manos del Ministro Alfredo Pfeiffer y, en lo policial, una extraña, poderosa y soterrada pugna al interior de Investigaciones quedaría al descubierto: la operación de captura, que se produjo por agentes de la Comisaría Investigadora de Asaltos (CINA), de la Brigada de Homicidios (BH) y de la Brigada de Inteligencia Policial (BIP), dependientes todas de la plana mayor de Investigaciones, no fue puesta en conocimiento de la BIOC, creada por el exdirector Toro precisamente para combatir la subversión y dirigida, hasta entonces, por el Comisario Jorge Barraza. Éste, considerando que poseía pruebas suficientes, quiso detener a “El Chele”, pero se le impidió hacerlo por el nuevo director –Nelson Mery– que en cambio lo trasladó al Departamento de Información de Inteligencia.

Barraza, respondió elaborando un preciso informe conteniendo sus personales impresiones respecto de la ausencia de toda responsabilidad, por parte de Olea Gaona, en el asesinato de Jaime Guzmán. Lo entregó personalmente al ministro Pfeiffer quien, el 13 de octubre de 1993, revocó por ese motivo el procesamiento decretado a petición del Gobierno en contra de Sergio Olea Gaona.

Y todo volvió a fojas cero.

TRANSITANDO POR LA TRANSICIÓN

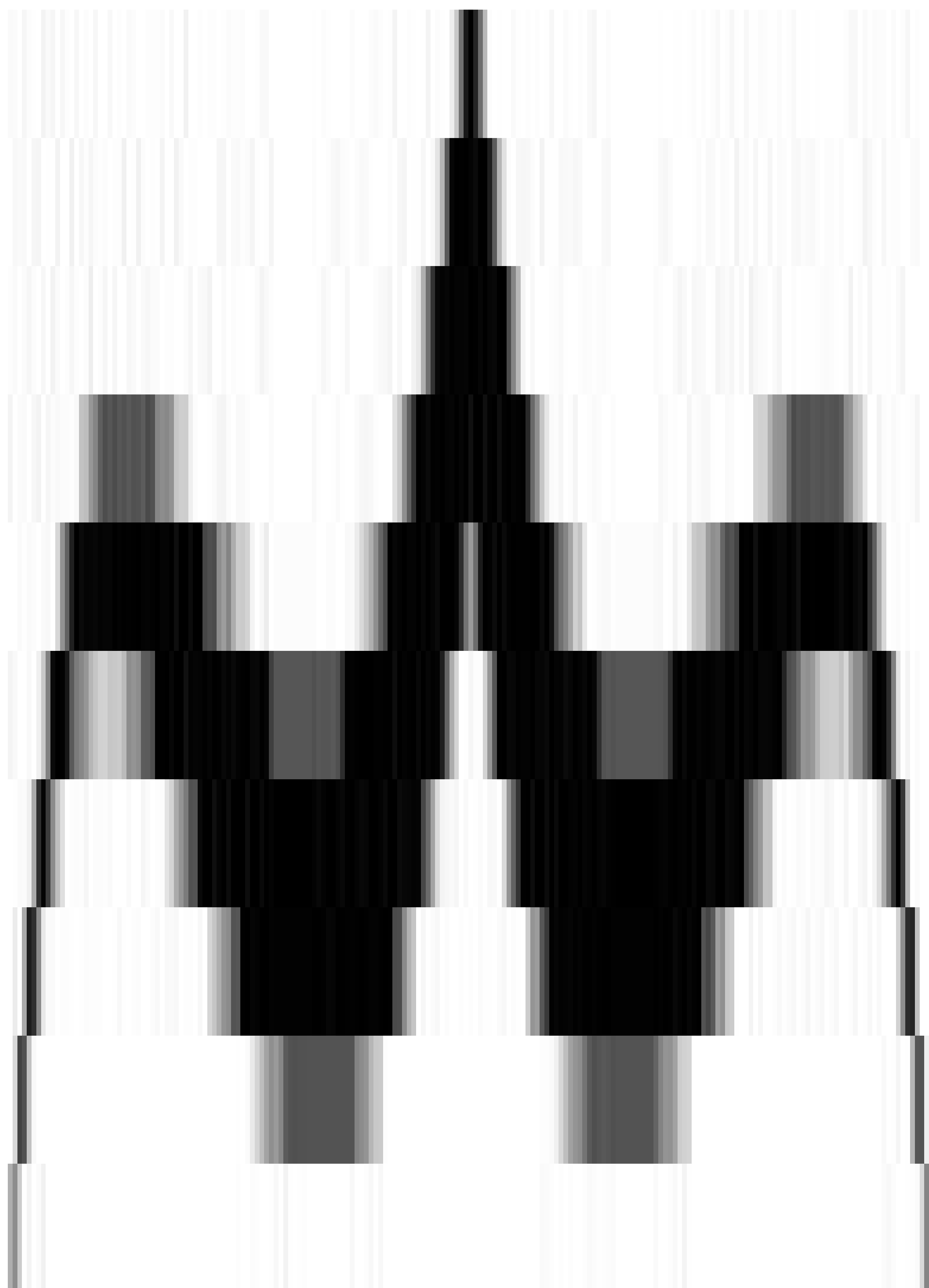
Antes de cumplirse un mes de la expulsión de Jaime Guzmán de Renovación Nacional –la noche del 10 de mayo de 1988– se reunieron más de un millar de profesionales en los salones del Círculo Español. Oficializaban la formación del movimiento “UDI por el Sí”, punto de partida de lo que sería el partido Unión Demócrata Independiente. En sus premonitorias palabras, Guzmán visualizó a Ricardo Lagos como el abanderado del NO, respaldado por la democracia cristiana, con toda la secuela de grandes proyecciones que eso podía traerle. “Estamos simplemente reconociendo un hecho objetivo –dijo–, que la debilidad de la dirigencia demócrata cristiana ya ratificó al adelantarse a elogiar la intervención del mencionado dirigente marxista”.

Más tarde, una vez designado Augusto Pinochet como el nombre a plebiscitar el 05 de octubre de 1988, el trabajo que desarrolló Guzmán en su favor fue leal, comprometido y de la mayor eficacia posible. De allí que, a los pocos días del triunfo del NO (44 % para Pinochet), Jaime Guzmán señaló a la revista Cosas que había escuchado la explosión de alegría del adversario con gran serenidad; con la paz interior “de quien sabe que ha actuado con lo mejor de sí mismo al servicio de una causa que lo merecía”. Respecto de su ánimo, dijo estar “muy optimista y lleno de una mística redoblada. Hemos dado una batalla en torno a una causa que interpreta plenamente nuestros valores morales e ideales cívicos, y eso es lo más importante”.[110] Sin embargo, así como había sido un resuelto partidario de que Pinochet fuera el propuesto para el plebiscito, declaraba ahora que se oponía con la misma firmeza a que fuera candidato en la elección abierta que vendría como consecuencia de su rechazo, idea que algunos ya proponían.

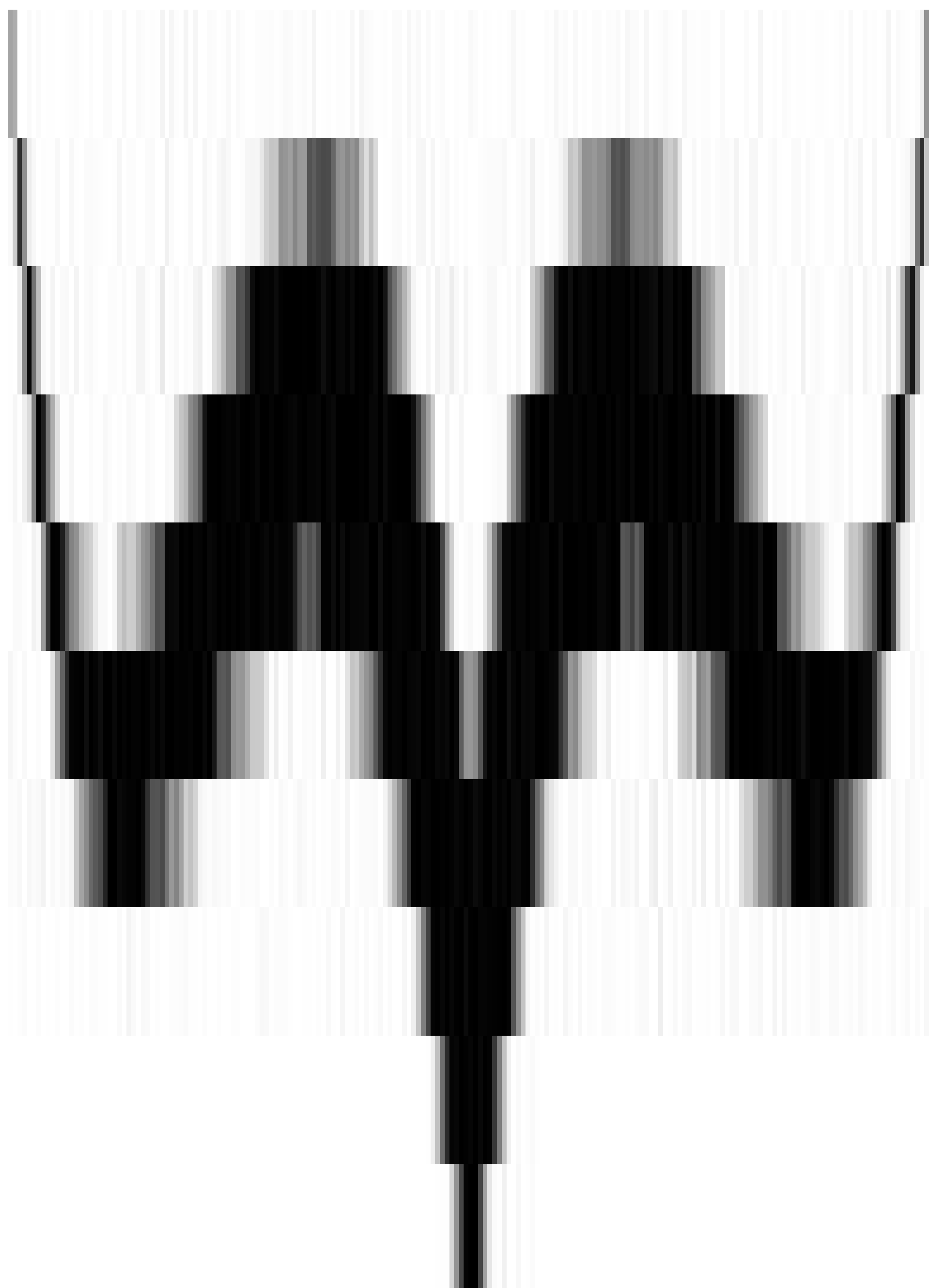
Acto seguido volvió a la acción. El 22 de octubre de ese año organizó la firma ante Notario de la escritura y el acta que darían origen a la formación de la UDI como nuevo partido político. La ceremonia se realizó –por cierto– en la sede tradicional de los gremialistas, ubicada en calle Suecia 286, oportunidad en la

cual fue reinaugurada. Longueira destacó “nuestro compromiso personal irrenunciable de no descansar hasta ver convertido nuestro partido en la fuerza política más sólida y grande de nuestra patria”. El documento de constitución era suscrito por Jaime Guzmán, presidente; Jovino Novoa, Francisco Bartolucci, Eugenio Cantuarias, Julio Dittborn y Joaquín Lavín, vicepresidentes; Pablo Longueira, secretario general; y Arturo Matte, tesorero. El Tribunal Supremo estaría conformado por Fernando Rozas Vial, Víctor Vial del Río, Sergio Gutiérrez Irarrázabal, Ernesto Illanes Leiva y José Miguel Olivares Padilla. La recolección de firmas a lo largo del país, bajo la personal conducción de Jaime Guzmán, se realizó de manera organizada e incansable, mientras continuaba influyendo en la política contingente en forma muy superior a sus ex correligionarios de RN.

Jaime Guzmán pensaba que si la Concertación ganaba la próxima elección presidencial gobernaría a lo menos tres períodos: dos encabezada por un DC y uno por un socialista. Y con la mente puesta en esa posibilidad y la nueva realidad bipartidista de la centroderecha, la UDI emitió una declaración pública haciendo presente su disconformidad con la Ley Electoral que se tramitaba por la Junta de Gobierno –en cuya génesis había participado el propio Guzmán–, buscando ahora aceptar los pactos electorales entre partidos afines que esa ley no permitía. El comunicado de Guzmán señalaba que la UDI había acordado “expresar oficialmente su desacuerdo con el proyecto gubernativo del sistema electoral parlamentario que actualmente está conociendo la H. Junta de Gobierno, y solicitar audiencias a los señores miembros de ésta, para exponer los fundamentos de nuestros reparos y la solución alternativa que sugerimos… La UDI –agregó, ratificando su postura de siempre– comparte la idea de elegir dos diputados por cada distrito electoral, a fin de tender a que se configuren grandes bloques o tendencias que aglutinen al electorado... [pero] … el proyecto en trámite, al prohibir los pactos electorales, arriesga una distorsión grave en los parlamentarios que resulten elegidos por cada bloque, facilitando que dos partidos de un mismo bloque elijan los dos diputados en un distrito sin tener la votación global que así lo amerite”.



JAIME GUZMÁN PENSABA QUE SI LA CONCERTACIÓN GANABA LA PRÓXIMA ELECCIÓN PRESIDENCIAL GOBERNARÍA A LO MENOS TRES PERÍODOS: DOS ENCABEZADA POR UN DC Y UNO POR UN SOCIALISTA. EN EFECTO, ASÍ OCURRIÓ, CON PATRICIO AYLWIN, EDUARDO FREI Y RICARDO LAGOS.



De cara a la próxima elección presidencial, Guzmán anunció una consulta a cerca de 30 mil militantes sobre posibles candidatos presidenciales. Y manifestando permanentemente el espíritu conciliador que siempre lo animó, dijo que tanto Hernán Büchi como Sergio Diez contaban con las simpatías de la UDI, y hasta Sergio Onofre Jarpa –propuesto por algunos de RN– le parecía interesante de analizar. Más tarde, ante la excesiva demora de Büchi en decidir su aceptación o rechazo, Jaime Guzmán declaró a la prensa del 02 de abril de 1988 que había llegado la hora de que "Büchi responda si acepta o no", a lo que el aludido respondió favorablemente, trabajando Guzmán en su campaña con la eficacia y perseverancia que ponía en todas las tareas que emprendía. Enfatizando su ánimo conciliador, como presidente del nuevo partido se preocupó especialmente de incorporar a gente nueva y sin participación en la pugna de la que recién salían, siendo Joaquín Lavín su principal "adquisición" del momento. Y preparando el camino para las futuras e inevitables alianzas con RN, le otorgó un rol protagónico dentro de su flamante colectividad. El 08 de enero de 1989 Lavín entró en acción: "si ambos partidos (UDI y RN) nos unimos a nivel nacional –señaló–, es posible enfrentar con éxito los procesos electorales".

La antigua "corriente de opinión" cambió al estatus de "partido político" en tiempo récord: el 01 de febrero de 1989 Guzmán entregó más de sesenta mil firmas al Servicio Electoral para legalizarse como partido político a lo largo de todo Chile. En la oportunidad, su presidente explicó que "aunque la ley otorga un plazo de siete meses para que cada partido político reúna el número de afiliados necesario a fin de constituirse como tal, la Unión Demócrata Independiente (UDI) ha resuelto dar ese paso a poco más de dos meses de iniciado dicho proceso jurídico". Hizo notar que sin perjuicio de que continuarían incrementando el volumen de su militancia, la cifra presentada les acreditaba "entre los partidos políticos más grandes del país".

Requerido por las consignas que gritaban jóvenes militantes en las afueras del Servicio Electoral, proclamando a Hernán Büchi como Presidente de la República, dijo que él era "uno de los más bien recibidos dentro de la UDI y el

que despierta mayor entusiasmo dentro de los posibles candidatos que se advierten en perspectiva".

*

No obstante los reiterados llamados a la unidad que continuaba haciendo, así como la constatación de que sólo una coordinada acción conjunta permitiría a los dos partidos de centroderecha mantener alguna prestancia en un período que se presentía adverso, Jaime Guzmán debió frustrar nuevos intentos de aislamiento de parte de sus socios, propiciando además un pacto entre ambos que continúa vigente hasta nuestros días.

Porque las negociaciones para un eventual pacto electoral entre RN y UDI –que Jaime Guzmán había hecho posible obteniendo la reforma a la Ley Electoral– habían quedado suspendidas, para reiniciarse luego sólo entre Renovación Nacional, la Democracia Radical y el Partido Nacional, denominados a sí mismos como "el triángulo". Ante la inminencia de que un partido solo no podría en la práctica subsistir, la agrupación tripartita buscó originalmente el aislamiento de la UDI, el que Guzmán rompió, enviándole una propuesta que Fernando Maturana, su coordinador, no pudo menos que calificar de "importante". El 10 de abril, las directivas de RN, el PN y la DR determinaron responder positivamente al llamado de la UDI para incorporarse a las conversaciones, ascendiendo de "triángulo" a "cuadrilátero". Más tarde, el Partido Nacional y la Democracia Radical se desvincularían para ir en lista con Avanzada Nacional y el Centro Democrático Libre, con los cuales desaparecerían para siempre. RN y la UDI, en cambio, agrupados bajo la lista "Democracia y Progreso", se proyectaron hacia el futuro con el rol decisivo que mantienen hasta hoy, en lo que luego se denominó "Alianza por Chile", "Chile Vamos" y que en las pasadas elecciones presidenciales de 2021 conocimos por el nombre de "Chile Podemos Más", integrando a los nuevos partidos de la centro-derecha Evolución Política (Evópoli) y Regionalista Independiente (PRI).

Dentro de este nuevo pero difícil cuadro político, Guzmán fue designado candidato a senador por la circunscripción correspondiente a Santiago Poniente, lo que para muchos resultaba un verdadero suicidio político. Máxime si su compañero de lista sería el dirigente de Renovación Nacional Miguel Otero, y los adversarios de ambos Ricardo Lagos y Andrés Zaldívar, dos figuras de la Concertación con importantes proyecciones presidenciales.

Cuando su madre preguntó a Jaime Guzmán si acaso sabía las muy escasas posibilidades que tenía de ser elegido senador por donde había sido designado, tratando de que intentara cambiarse a una circunscripción más favorable, él le contestó: “De lo que sí estoy cierto es que, de todos nosotros, el que más preparado está para perder soy yo… A los demás, la derrota podría afectarlos mucho”.

Y si bien en las elecciones del 14 de diciembre de 1989 el triunfo de Patricio Aylwin sobre Hernán Büchi no significó una gran sorpresa, sí lo fue –y mayúscula– la elección de Jaime Guzmán, desplazando no solo a su compañero de fórmula, sino que al propio Ricardo Lagos, convertido hasta ese momento en una carta de triunfo segura para todos los partidos de la izquierda.

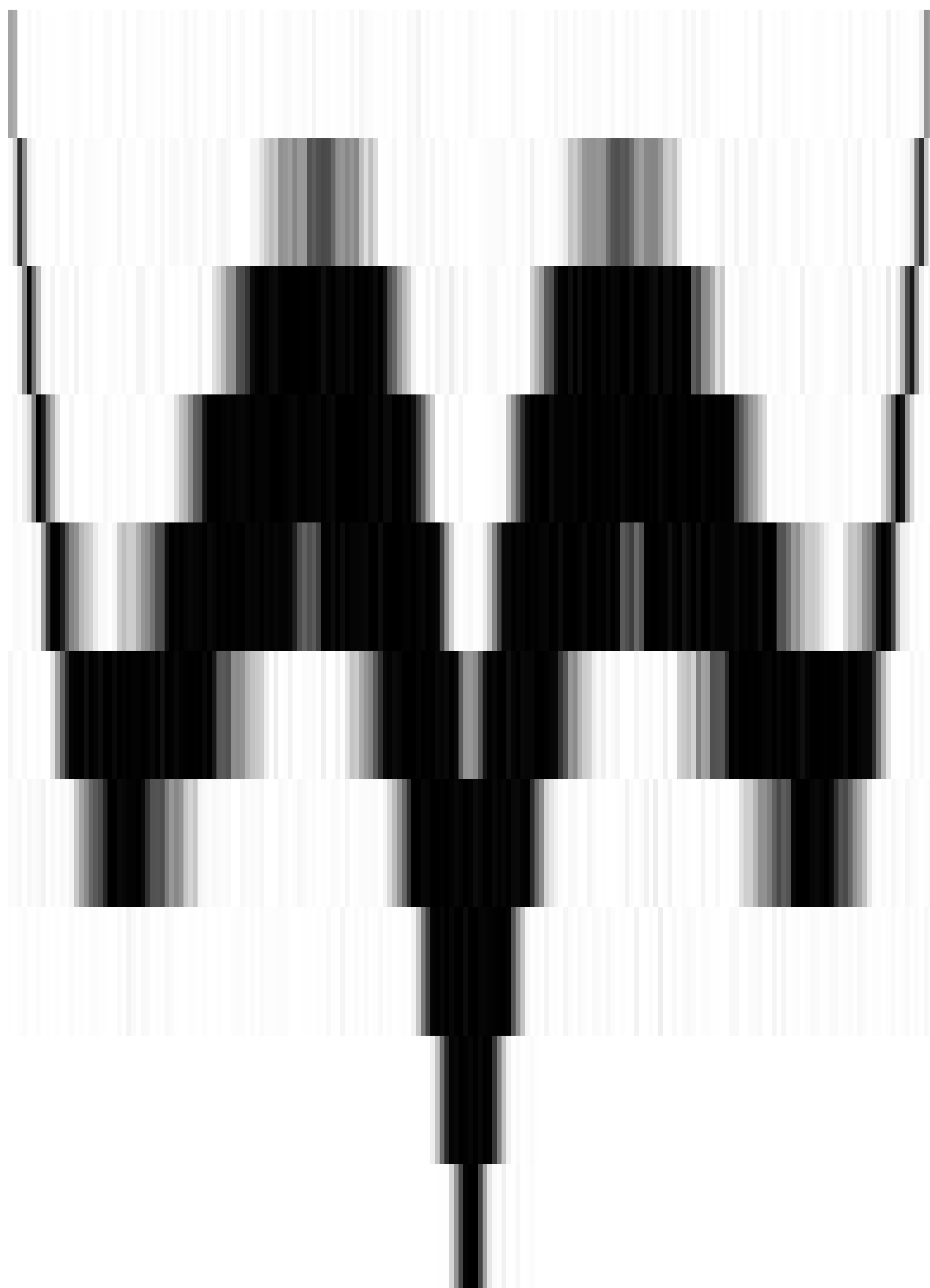
*

En el consejo General de la UDI, celebrado el 06 de agosto de 1989, Jaime Guzmán, consciente que la necesidad de renovación de los dirigentes lo alcanzaba también a él, y manifestando con ello una ausencia de ambiciones similar a su consecuencia política –prácticamente inéditas en Chile–, renunció a la presidencia de su partido. Dejó en su reemplazo a Julio Dittborn, para cuyos efectos presentó una lista única a la asamblea. Éste, mucho más tarde, reconocería que su designación había sido obra exclusiva de Jaime Guzmán.

No se apreciaba, sin embargo, el mismo espíritu en sus aliados naturales, donde una vez transcurrida la estratégica alianza del momento se rechazó una convivencia política estable con la UDI, como la que se necesitaba. Sergio Onofre Jarpa –electo senador por la séptima región–, señaló a la prensa del 19 de diciembre de ese año que con la UDI se había formado solamente un pacto de carácter electoral, que había concluido conjuntamente con los comicios del 14 de diciembre. O sea, terminado el proceso electoral, las relaciones entre Renovación Nacional y la UDI también finiquitaban. Hacia atrás de las palabras de Jarpa estaban los viejos resquemores de siempre, y hacia delante, el nuevo diseño político del país, que al apreciarse en toda su extensión aparecía para él con ribetes contradictoriamente promisorios, dominado por una gran cantidad de parlamentarios que, habiéndose presentado al electorado como independientes, después de electos se habían inscrito en RN: Sebastián Piñera –proveniente de una familia vinculada a la Democracia Cristiana–, a la postre dos veces Presidente de la República. También figuraban Julio Lagos, Alberto Cooper, Sergio Romero, Bruno Siebert y Sergio Diez. Y eso le entregaba a RN una nueva oportunidad para intentar aislar a la UDI y a Jaime Guzmán de las próximas negociaciones por las mesas del Congreso.



UNA GRAN CANTIDAD DE PARLAMENTARIOS, HABIÉNDOSE PRESENTADO AL ELECTORADO COMO INDEPENDIENTES, DESPUÉS DE ELECTOS SE HABÍAN INSCRITO EN RN. ENTRE ELLOS ESTABA SEBASTIÁN PIÑERA –PROVENIENTE DE UNA FAMILIA VINCULADA A LA DEMOCRACIA CRISTIANA–, A LA POSTRE DOS VECES PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.



Participar en bloque en las negociaciones parlamentarías parecía una estrategia más que evidente, puesto que maximizaría las posibilidades de ambos conglomerados. Por eso, el 27 de diciembre de 1989 la UDI envió una carta redactada por Jaime Guzmán a la directiva de Renovación Nacional, proponiéndole formalmente "la conformación de una alianza política que, en torno a los propósitos y logros alcanzados por Democracia y Progreso, fortalezca las ideas y los proyectos que compartimos en bien de Chile". Pero ante la sorpresa de algunos, también formalmente, RN rechazó la proposición. Frente a ello, la UDI anunció el 12 de enero del 90 que, así las cosas, "seguiría su propia estrategia política, con total independencia".

Y contra todo lo imaginable, Guzmán entró en conversaciones con las autoridades recién elegidas (sus opositores) para conformar junto a ellas, entonces, las mesas del primer Congreso Nacional tras el retorno a la plena democracia. Y lo hizo de manera increíblemente hábil, con un sentido de la realidad nunca visto hasta ese momento en su sector, cuyos traumas negociadores logró vencer por primera vez en el siglo, bajo la moderna formulación de una vieja sentencia: si no puedes enfrentar a tus adversarios con tus actuales aliados, únete a aquéllos, pero sin perder tus principios, sino que mejorando las posibilidades de defenderlos. Porque Andrés Zaldívar, ante la eventualidad de que un acuerdo con los aliados suyos –los sectores de izquierda– resultara mucho más difícil o imposible, había solicitado el respaldo de todas las colectividades políticas para hacer recaer la presidencia del Senado en un democratacristiano. Y esto fue acogido por la UDI, apoyando para este cargo a Gabriel Valdés, pero exigiendo como contrapartida importantes presidencias y vicepresidencias para sí, entre estas últimas la del propio Senado.

Es decir que, por arte del birlibirloque, Jaime Guzmán había quedado con expectables posibilidades para enfrentar a la Concertación, como único vocero de la centroderecha, en las complicadas negociaciones que se iniciaban por las mesas del Congreso. En caso contrario, habría tenido que concurrir a ellas con el resto de los dirigentes de RN, que en tales circunstancias habrían resultado más difíciles. La declaración pública donde Guzmán se los comunicó –entregada

previamente a sus destinatarios en privado– fue leída a la prensa el 27 de enero de ese año:

“En relación al planteamiento formulado por el presidente del Partido Demócrata Cristiano, Andrés Zaldívar, en que pide oficialmente el respaldo del resto de las colectividades políticas para que quien presida el Senado sea un representante de ese partido, la directiva de la UDI acordó lo siguiente:

1.- Estamos dispuestos a apoyar esa fórmula en el entendido que, en el resto de los cargos de las mesas de ambas cámaras, así como en las presidencias y en la integración de las diferentes comisiones tanto del Senado como de la Cámara de Diputados, se alcance un debido equilibrio entre los partidos que concurran a este acuerdo, el que esperamos sea lo más amplio posible.

2.- La decisión antes mencionada ya ha sido comunicada al presidente del Partido Demócrata Cristiano, señor Zaldívar.

3.- Para llegar a esta conclusión la UDI ha tenido presente la conveniencia para el país de alcanzar un acuerdo de consenso sobre la integración de las mesas del Congreso y de sus comisiones. Asimismo, el realismo político indica que de no alcanzarse ese consenso la Concertación obtendría, en una elección confrontacional, la totalidad de la mesa de la Cámara de Diputados y la presidencia de todas sus comisiones.

En cuanto al Senado el desenlace sería incierto, debido a que los senadores designados han señalado que no actuarán como bloque, y no pueden considerarse adscritos a ninguno de los conglomerados político-partidistas”.

A los días siguiente fundamentó los alcances de su decisión, indicando a la prensa que en sus negociaciones buscó un equilibrio en ambas cámaras: “la elección del presidente del Senado no puede enfocarse aisladamente… debe tenerse claro que si no se lograse un consenso mayoritario y global al respecto, la Concertación podría quedarse con el presidente y los dos vicepresidentes de la Cámara de Diputados, como asimismo con la presidencia de todas las comisiones de dicha rama del Congreso, ya que tiene la mayoría suficiente para ello”. Respecto del Senado, y constatando que la presidencia quedaría entregada a la votación de los designados, reflexionó –con notable sentido de la realidad– que “sería profundamente inconveniente pretender forzar un alineamiento de los senadores que no provienen de elección popular, en torno a un dilema exclusivamente político partidista, más aún en su primera actuación dentro del Senado”.[111]

Jaime Guzmán rompía así con viejos traumas y corregía, además, los endémicos vicios que habían impedido desde siempre toda negociación eficaz a los distintos sectores de la derecha: por primera vez se maximizaban las posibilidades del sector, aún desde la minoría numérica en que se encontraban. Y consideró en ello –además– generosamente a Renovación Nacional, no teniendo problemas para responder personalmente a sus dirigentes las observaciones, críticas e injurias que le lanzaron cuando volvieron de vacaciones y se dieron cuenta de lo que había ocurrido.

Así, en conferencia del 03 de marzo de 1990, debió puntualizarles una vez más que el acuerdo entre la UDI y la Concertación tenía sólo un carácter administrativo, para el buen funcionamiento del Congreso; que tan sólo buscaba que todos tuvieran en sus mesas directivas y en sus comisiones una presencia acorde al resultado obtenido en las urnas; y a objeto de no romper el “frente de oposición unido”, que estimaba indispensable llevar adelante junto a RN, incluso se mostraba por completo dispuesto a cederle alguna parte de los cargos que había obtenido en la negociación, porque en ella no había velado únicamente por los intereses de la UDI sino que “de todas nuestras ideas y de todo el sector político al cual pertenecemos”. Lo anterior, eso sí, aclarándoles que primero conversaría sobre esos cargos con los independientes. Y ese sería, finalmente, el diseño parlamentario con el cual se abordaría uno de los aspectos más difíciles

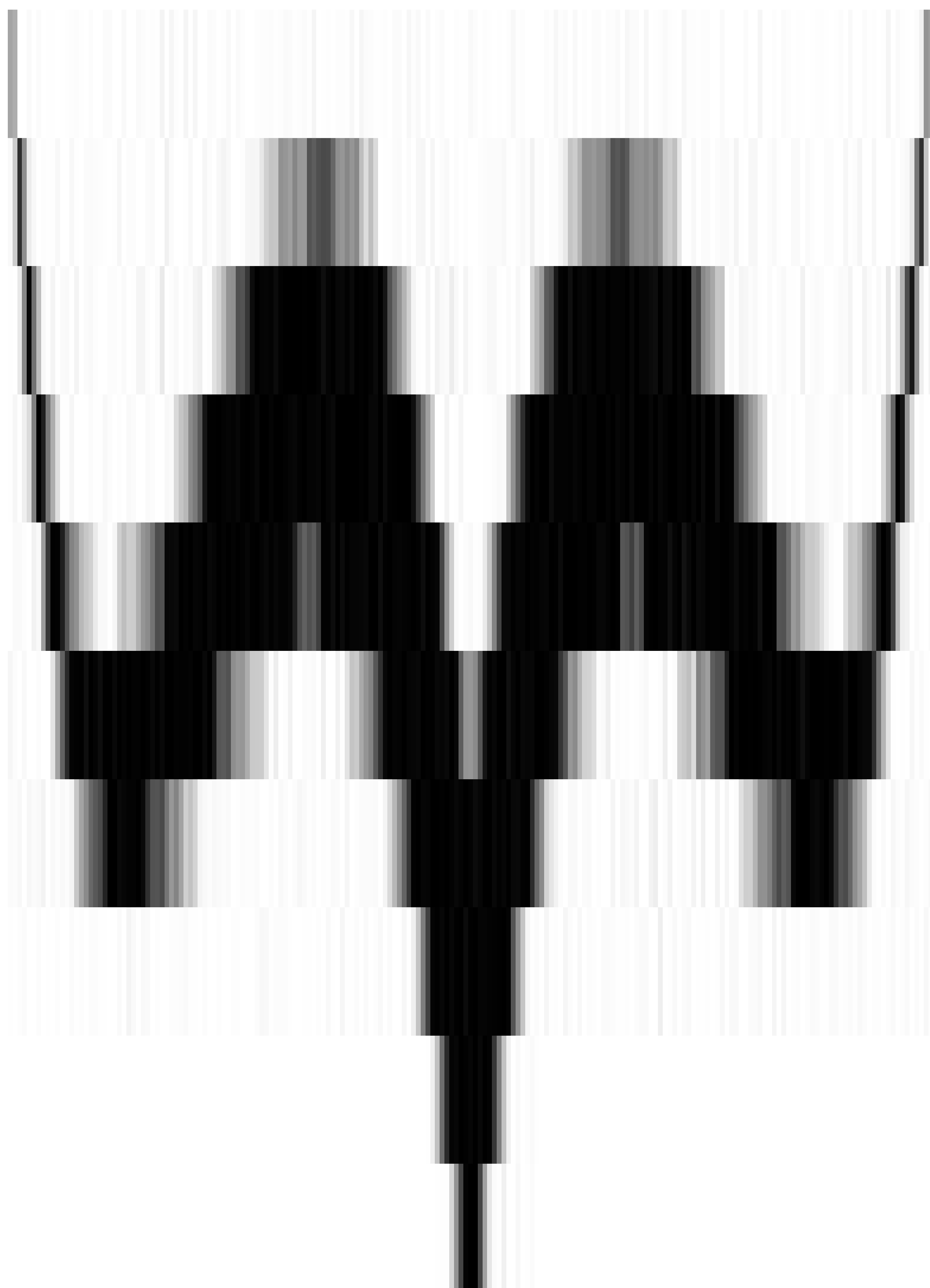
del período que se iniciaba: la transición.

Pero no solo desde Renovación Nacional recibió un diluvio de críticas. También el Gobierno Militar –no obstante la lealtad con que lo había defendido hasta las últimas consecuencias durante su mandato– lo acusaba ahora de haber entregado el Congreso, a través del presidente del Senado, a la Concertación. Pero Guzmán, enfrentando la confusión, contestó a todos que era “absolutamente engañoso” afirmar que la UDI hubiera “entregado a la Concertación la presidencia del Senado, como si ella correspondiese a nuestro sector…”. Ahí estaba su error, puesto que el pacto Democracia y Progreso no había obtenido votos como para aspirar a ella. Debido a esto, reiteró, consideramos “que lo más lógico, prudente y democrático, es que el Senado comience su funcionamiento con un presidente de la Concertación y un vicepresidente del Pacto Democracia y Progreso, como se ha logrado”. Ese era el fundamento del apoyo de la UDI a Gabriel Valdés como presidente del Senado y del apoyo de la Concertación a Beltrán Urenda como su vicepresidente.

Y, contra todo pronóstico, la persona de Gabriel Valdés en la presidencia del Senado y del General Pinochet en la Comandancia en Jefe del Ejército (ambas sostenidas y defendidas públicamente por Jaime Guzmán, enfrentando incluso a importantes dirigentes tanto de la DC como de su propio sector) resultaron determinantes para superar los momentos más difíciles de dicho periodo. En muchas publicaciones surgidas más tarde, después de ocurridos los hechos, suelen enumerarse a diferentes personajes de la política chilena como “artífices” de la transición a la democracia en nuestro país, entre ellos al propio Valdés e incluso al General Pinochet. Es probable que algunos de ellos, como estos dos últimos, realmente lo hayan sido. Pero impresiona observar cómo la pasión política del momento enceguece hasta al mejor inspirado, ya que muy pocas veces se menciona entre ellos el nombre de Jaime Guzmán, a quien se debe verdaderamente que el escenario político de la transición y sus protagonistas hayan sido los que la hicieron posible.



MUY POCAS VECES SE MENCIONA ENTRE LOS ARTÍFICES DE LA TRANSICIÓN EL NOMBRE DE JAIME GUZMÁN, A QUIEN SE DEBE VERDADERAMENTE QUE EL ESCENARIO POLÍTICO DE LA TRANSICIÓN Y SUS PROTAGONISTAS HAYAN SIDO LOS QUE LA HICIERON POSIBLE.



En la Revista Hoy del 02 de abril de 1990, recordando que el ministro Cáceres y otros representantes del Gobierno de Pinochet no habían opinado igual que él respecto de la negociación, Guzmán reflexionó: "pienso que estaban profundamente equivocados. (…) Ojalá, concluyó –sabiendo que había hecho uno de los aportes más importantes al nacimiento de la nueva democracia chilena– que a la luz de los resultados hayan captado la magnitud de su error".[112]

*

La espectacular negociación no solo relegaba a segundo plano a Renovación Nacional, sino que demostraba en Guzmán una flexibilidad que nunca se esperó de él. Un interesante comentario del diario La Época del 02 de febrero del 90, por ser un medio contrario a la UDI, resultó bastante decidor: "Al César lo que es del César, la Unión Demócrata Independiente, UDI, ha sorprendido en días recientes con una postura política ágil, sin complejos, realista". En la UDI "no es que piensen desconocer a los ídolos del pasado, sino que mirar el futuro con mayor realismo. Lo hecho, hecho está, y la historia pondrá las cosas en su lugar, cuando corresponda". Siendo un movimiento que se gestó en el gremialismo de la Universidad Católica –afirmaba– "el hecho es que obtuvo sorprendente y en cierto sentido inexplicable apoyo en modestos sectores poblacionales. Y hacia ese sector continúa dirigiendo sus esfuerzos".[113]

La línea orientadora con que Jaime Guzmán había dotado a su movimiento y a su vida empezaba a rendir frutos precisamente cuando todos creían que naufragaría: terminado el respaldo del Gobierno Militar, enfrentando a sus adversarios en un período propenso para ellos. Pero Guzmán estaba preparado. Es más, contra lo que pensaban muchos, su trabajo había sido realizado precisamente para cuando este momento llegara, que era el instante en que empezaría a escribir su propia historia. Y lo estaba haciendo con una eficacia nunca antes vista en los sectores vinculados a la derecha y muy pocas, en general, en la historia política chilena.

Con gran justicia, admiración por algunos y hasta pánico por otros, que nunca lo vieron venir, Jaime Guzmán, el abogado esmirriado, prematuramente calvo y punto menos que ciego, estaba labrándose un lugar de privilegio en uno de los pasajes más difíciles de nuestra vida como nación independiente. Aquello empezaba a granjearle un sano y público renombre, aún entre algunos de sus adversarios, pero también obscuros sentimientos en personajes de diferentes sectores, incluido el suyo propio.

EL RECORRIDO FINAL

Jaime Guzmán ve el arma apuntándole a través del vidrio de su auto y no alcanza a reaccionar. Los dos frentistas gatillan a lo menos seis veces y el senador se desploma entre un ruido ensordecedor que ahoga de forma aterradora el bullicio del momento. Guzmán ve todo negro, mientras un dolor intenso le revuelve las entrañas. Algunas de las personas que esperan en el paradero se lanzan al suelo, presas del pánico, mientras otros quedan paralizados de pavor. El senador, con el rostro sereno y el cuerpo atravesado por las balas, se reclina suavemente hacia su chofer que no logra salir de la parálisis. Los atacantes huyen cruzando Battle y Ordóñez hacia Regina Pacis, mientras "Emilio" cubre su retirada disparando varios tiros al aire, con los que logra prolongar el asombro reinante. Abordan como relámpagos el taxi Opala robado tres días antes por Miguel Ángel Peña Moreno, "Simón", que lo había dejado casi a una cuadra de distancia, alejándose a toda la velocidad que pudieron hacia la calle Holanda.

"¡Lléveme al Hospital Militar!", alcanzó a decir Jaime Guzmán a su chofer, mientras intentaba cubrir con sus manos la sangre que manaba de sus heridas, apretando al mismo tiempo fuertemente su ensangrentado rosario. "El que disparó es la misma persona que vi dentro de la Universidad", le agregó, sin dejar de rezar el rosario... "apúrese, Lucho".

El chofer se dirigió a la sede de la UDI, en Suecia 286, para pedir ayuda.

*

Juan Marco Gutiérrez Fischman, "El Chele" –del cual nunca más se ha vuelto a saber–, era un oficial de las FF.AA. de Cuba y sobrino político de Fidel Castro,

agente del G-2 cubano,[114] grupo que al fallecimiento de Jaime Guzmán era dirigido por Manuel Piñeiro, encargado de las acciones en el exterior.

En Chile, el director de Investigaciones, Nelson Mery, mantuvo un año en su poder, sin entregar al Tribunal, el video obtenido por Barraza del “Chele” en Colliguay, después del asesinato de Guzmán y el secuestro de Cristian Edwards.

El ministro instructor Alfredo Pfeiffer renunció a la causa alegando presiones políticas, además de amenazas, por lo que le sucedió la ministra Raquel Campusano, quien en diciembre de 1996 sometió a proceso al director de Investigaciones, Nelson Mery, y al secretario del Consejo Coordinador de Seguridad Pública (la “Oficina”), Marcelo Schilling, por actuaciones de ambos relativas al caso que caían en obstrucción a la justicia. El abogado Davor Harasic –del Consejo de Defensa del Estado (CDE)– alegó en la Corte de Apelaciones para que se confirmara el procesamiento, que fue revocado debido a que ese delito –en su cuestionable opinión – no podían cometerlo los funcionarios públicos. El asunto llega a la Corte Suprema, pero el CDE decide no hacerse parte, por lo que Harasic, estimando inaceptable esa decisión y después de nueve años de servicio, renuncia al Organismo.

*

En la mañana del primero de abril de 1991, día del asesinato de Jaime Guzmán, el penquista Pedro Páez viaja desde Concepción a Santiago para asistir a las 19:30 horas a la reunión de la comisión política de la UDI, de la que es integrante. Va muy preocupado por un artículo de El Mercurio del día anterior, donde se menciona que el senador Guzmán es el mayor enemigo del general Manuel Contreras. Páez piensa para sí mismo “van a matar a Jaime” y cree necesario advertírselo. Se encuentra brevemente con Guzmán a la hora de almuerzo, después de la misa en recuerdo de Simón Yévenes, y quedan de volver a verse en la tarde, a la hora de la reunión, en la sede de la UDI. Páez llega puntualmente, quiere plantear el tema. Pero minutos antes de la hora

acordada ingresa corriendo el chofer del senador, gritando que le han disparado. Páez y el chofer bajan desde el segundo piso de la casona de Suecia corriendo, seguidos de Juan Díaz. Subieron al Subarú Legacy y partieron abriéndose paso a gritos por entre el pesado tránsito de esa hora. En otro auto les seguían Joaquín Lavín y Pablo Longueira. Páez va sentado en el asiento trasero derecho, sosteniendo por la espalda a Guzmán, para mantenerlo erguido. Más tarde diría: "la serenidad de Jaime y sus manos negándose a soltar el rosario me convencieron que ya había sido recibido por la Virgen, Ella ya lo tenía en sus brazos". Varias veces debieron detenerse para golpear a los vehículos que los antecedían ante la desesperación de ver desangrarse al senador y no lograr avanzar las escasas cuadras que los separaban del Hospital Militar.

Alrededor de las 19 horas Jaime Guzmán ingresó a la Unidad de Tratamiento Intensivo, donde, a los pocos minutos, arribó el General Pinochet y los principales líderes nacionales, tanto de gobierno como de oposición. Afuera, una multitud se empezaba a reunir, conmocionada por lo que había ocurrido. A las 21:35 horas fallecía Jaime Guzmán. El General Pinochet se retiró exteriorizando un gran dolor en el rostro, mientras el sacerdote Luis Eugenio Silva entregaba a la prensa la mala noticia. Su amigo y exprofesor, el capellán del Hospital Militar Florencio Infante, le había impuesto minutos antes la extremaunción. Las honras fúnebres de Jaime Guzmán atrajeron la atención de la ciudadanía en pleno, que concurrió masivamente a la capilla ardiente instalada en la Iglesia de la Gratitud Nacional, en una de las expresiones de aprecio y dolor más extraordinarias que se hayan manifestado a una figura política e intelectual en el último tiempo.

*

El día 30 de diciembre de 1996, los únicos dos detenidos por el asesinato de Jaime Guzmán escaparon cinematográficamente de la Cárcel de Alta Seguridad (CAS), subiéndose a un canasto sostenido por una cuerda desde un helicóptero, el que no recibió ni un solo disparo durante toda la maniobra. Luego, los frentistas huirían fuera del país. Ricardo Palma Salamanca y Mauricio Hernández Norambuena llegaron a Cuba –desde donde se registran sus llamadas

telefónicas a Valparaíso–,[115] y luego cada uno siguió huyendo. Palma Salamanca ("El Negro") hoy se encuentra en Francia, donde consiguió el estatus de refugiado político y fue visitado por nuestro actual presidente, Gabriel Boric. Mauricio Hernández Norambuena ("Ramiro"), por su parte, fue arrestado en Brasil por el secuestro de Washington Olivetto en 2001, un importante publicista, siendo extraditado a Chile en 2019 con una rebaja de su condena de dos cadenas perpetuas a 26 años de cárcel. "Emilio" – Raúl Julio Escobar Poblete –, hoy se encuentra condenado en México a sesenta años de cárcel por secuestro; mientras que Marcela Mardones, quien hizo el seguimiento de la rutina del senador, fue detenida en Chile y condenada a diez años y un día en 2017.

Nelson Mery continuó como Director General de Investigaciones hasta 2003. El Director de Gendarmería, Claudio Martínez, fue ascendido por el expresidente Eduardo Freí Ruiz-Tagle a la agregaduría de España, admitiendo en 2019 mediante una carta en El Mercurio[116] que hubo injerencia política en la fuga de la Cárcel de Alta Seguridad al flexibilizar las medidas de vigilancia por presiones del Congreso. Marcelo Schilling, ex Secretario de La Oficina, fue promovido a la embajada de Francia, siendo electo diputado de la República por el Partido Socialista por tres periodos consecutivos, entre los años 2010 y 2022.

CAPITULO 9

EL SENADOR JAIME GUZMÁN

Jaime Guzmán, como buen solterón, era una persona de costumbres y mañas muy fuertemente arraigadas, como la de asistir imperdonablemente a misa todos los días y estar ahí –al menos– para la consagración, lo que decía haber respetado incluso en países donde no existía la religión católica.

Otras las había heredado de su amistad con Jorge Alessandri, entre las cuales tal vez la más difundida sea la de dormir siesta. Y esta costumbre llegaba a tales extremos que todas las actividades que se le organizaban contemplaban el tiempo suficiente para que cumpliera con esta "tradición", o Guzmán simplemente no aparecía. Hasta que llegó al Senado, donde los horarios de las sesiones se habían fijado según criterios de buen funcionamiento, complemente ajenos al sueño que tuvieran los parlamentarios. Pero cuando Guzmán se enteró que tendría que estar en su escaño a las tres de la tarde, en un gesto muy suyo, pidió una audiencia al presidente del Senado, Gabriel Valdés, para explicarle que a esa hora todavía estaría durmiendo y solicitarle, por lo tanto, que abriera las sesiones a las cuatro, tiempo suficiente para alcanzar a despertar. Valdés, que también dormía después de almuerzo, no sólo encontró justificada la petición, sino que además conveniente, por lo que accedió gustoso. Desde entonces las sesiones del senado de Chile comienzan a las cuatro de la tarde.

Pero dentro de ese horario, su vitalidad no tenía parangón. Guzmán empezó el año 1990 con una gran actividad, preocupado fundamentalmente de la relación cívico-militar y de la pacificación de los espíritus, dentro del máximo de justicia y equidad que fuera posible. Con el propósito de exponer sus planteamientos, el 12 de abril de 1990 ofreció una conferencia de prensa donde confirmó que había iniciado conversaciones con personeros de Renovación Nacional tendientes a estrechar lazos y unir criterios sobre estos puntos. Planteó, además, frente a la violencia política, que ésta tenía que ser entendida "como una realidad" en la cual nadie podía lanzar la primera piedra y de la que ningún chileno estaba "libre

de culpa". En ella –dijo– estaban envueltos todos los sectores nacionales, mostrándose contrario a la dictación de una nueva ley de amnistía general, como había empezado a hablarse para cubrir los casos de violaciones a los derechos humanos ocurridos con posterioridad a 1978 desde ambos bandos. Se pronunció, en cambio, a favor de que fueran los tribunales los que resolvieran la materia, aplicando la legislación vigente a todos quienes no se encontraran cubiertos por la ley de amnistía de 1978 y, por cierto, aplicando ésta a quienes sí lo estuvieran.

En los temas institucionales no dejaba de confirmar su obra, reiterando su defensa del presidencialismo frente a declaraciones provenientes del partido democratacristiano, que insistían en caminar hacia un régimen parlamentario: "Estoy seguro –afirmó– de que la evaluación oportuna de la Carta Fundamental vigente aconsejará defender el presidencialismo frente a las iniciativas que desean destruirlo o reemplazarlo".[117]

Seguía inquebrantable en su propósito de corregir los vicios de la política chilena, ahora desde su rol de parlamentario, que le estaba permitiendo no solo cambiar el estilo de hacer política en Chile –como siempre se había propuesto– sino también el modo de hacer oposición. Por eso no tenía problemas tanto para criticar a sus adversarios, en aquello en que a su juicio se encontraran equivocados, como en admitir el mérito de sus aciertos, lo que ya estaba siendo reconocido públicamente. Cuando, en otros tiempos, la prensa se solazaba y enriquecía publicando casi exclusivamente insultos y agresiones entre los políticos, el 01 de agosto de 1990, La Nación hizo notar que Jaime Guzmán alabara las afirmaciones de Aylwin, en cuanto a que no aceptaría juicios populares en el país. Guzmán dijo que las opiniones emitidas por el Jefe de Estado eran encomiables por su tino, realismo y prudencia; y agregó –más aún– que el Presidente había interpretado con ello el sentimiento mayoritario de los chilenos dentro de la línea de moderación y de unidad nacional que prevalecía en el país.

Pero eso no le impedía criticarlo con la misma intensidad, aún en temas que le podían traer consecuencias graves. Porque también se había propuesto usar su

nuevo cargo para enfrentar la violencia, cuyo germen había descompuesto la convivencia chilena hacía dos décadas, desencadenando el largo episodio político del que recién veníamos saliendo. No dejó, por lo mismo, de vincular sus opiniones sobre la materia con el pasado político que le servían de antecedente y, sin temor de ninguna naturaleza –o, más bien, entregado al resultado que fuera–, empezó a emitir opiniones especialmente peligrosas frente a temas que otros preferían eludir.

Así, el 18 de agosto de aquel año 1990, Guzmán sentenció en la prensa que el terrorismo respondía "a una desviación moral y política", y creía importante recalcarlo, porque a raíz del asesinato de dos jóvenes carabineros perpetrado la semana anterior por el Frente Lautaro, el Presidente Aylwin había sostenido que ello sólo podía provenir de "mentes afiebradas o víctimas de desequilibrios". Para Jaime Guzmán, si bien muchos de los miembros de las organizaciones terroristas podían tener esos rasgos, constituía un grave error del Presidente reducir sus motivaciones a meros desequilibrios sicológicos, porque aparte de que eso se prestaba para que algunos pretendieran atenuar la responsabilidad de los autores de los atentados, tal enfoque era francamente equivocado. Jaime Guzmán pensaba que el terrorismo que afectaba a Chile implicaba también un "desquiciamiento político", porque se practicaba por entidades que proclamaban su orientación marxista "con rasgos anarquizantes". Y era esa desviación moral y política –en su concepto– la que explicaba que los terroristas llegaran a los altos niveles de disciplina y entrenamiento que exigían las organizaciones en las que actuaban. Recordó, como fundamento de su afirmación, que en el acto del Teatro Cariola, en donde el MIR celebró su vigésimo quinto aniversario, los centenares de miristas presentes ovacionaron "al Frente Manuel Rodríguez y al Frente Lautaro",[118] aplaudiendo una alusión al asesinato del coronel Roger Vergara, cometido hacía una década.

Desde el otro extremo, pero de manera igualmente peligrosa, el 26 de agosto se preocupó de destacar la figura del General Pinochet en su columna de La Tercera, con motivo de cumplir 17 años como Comandante en Jefe del Ejército: "Soy uno de los millones de chilenos que tiene múltiples motivos de imperecedera gratitud hacia el general Pinochet. Gratitud por haber encabezado la liberación de la patria amenazada en 1973. Gratitud por haber conducido el

gobierno más realizador y modernizador que Chile ha tenido en este siglo. Gratitud por haber sabido evitarnos una guerra inminente con Argentina, sin ceder ni un milímetro del territorio nacional. Hoy esa gratitud –acompañada de la consiguiente admiración– se extiende al ejemplo moral que él sigue brindando, al continuar ejerciendo la máxima jefatura del Ejército para afianzar nuestra democracia”.[119]

*

Pero fue, tal vez, la labor legislativa de Jaime Guzmán –a pesar de lo breve– la que más dolió a sus adversarios. Porque, sospechando que Aylwin intentaría indultar terroristas, el 07 de octubre de 1990 anunció públicamente su decisión de impulsar un proyecto de ley que modificara la manera de otorgar los indultos particulares por parte del Presidente de la República, proponiendo –como siempre había sostenido– que además de la voluntad del ejecutivo se requiriera el acuerdo de un órgano colegiado independiente, que sería una “Comisión Nacional de Indultos”. Recordaba que antes de la Carta de 1925, ninguna otra había entregado al Presidente esta facultad, a su juicio resabio monárquico que la experiencia aconsejaba limitar.

Se opuso también de forma activa a la eliminación de la pena de muerte, por estimar que ella contribuía a disuadir el delito en un país de las características del nuestro. “Estoy convencido –argumentó– que abolir totalmente la pena de muerte en este momento incentivaría el atentado contra la vida y la seguridad personal de muchos inocentes”.[120] De hecho, pocos días antes, en su columna de La Tercera del 23 de septiembre, había ya entregado su punto de vista sobre la materia y, luego, lo haría en extenso por otros medios, construyendo y difundiendo un fundamento de fondo sobre la pena de muerte, en un nuevo y arriesgado enfrentamiento personal con el terrorismo, que esperaba ansioso su eliminación.

Pero su misión, además de peligrosa, sería difícil. En el ánimo contrario al suyo,

buscando un pretendido “acuerdo marco”, el ejecutivo impulsó en ese momento las llamadas “leyes Cumplido”, cuyo contenido Guzmán rechazaba. No obstante, haciendo honor al compromiso de colaborar con todos los gobiernos, ellas resultaron aprobadas también con el voto de la Unión Demócrata Independiente, pero introduciéndole importantes modificaciones que compensaran la inconsistencia del ministro Francisco Cumplido frente a la delincuencia y el terrorismo.

A la presión ejercida sobre los parlamentarios de gobierno por los beneficiarios de las rebajas de penas que se habían ofrecido durante la campaña, Jaime Guzmán opuso la reciedumbre de su coherencia política. El 17 de noviembre de 1990 señaló a la prensa que, entre las modificaciones logradas antes de dar su conformidad a dichas leyes, había estado la eliminación de prácticamente todas las rebajas de penas, “ya que lo contrario habría implicado una señal de debilidad frente al terrorismo y la violencia”; debieron suprimir además varias disposiciones destinadas a beneficiar “indebida y discriminatoriamente a los mal llamados presos políticos”, como la que pretendía que cada año de privación de libertad se les computara por tres; o la posibilidad de que los tribunales pudieran reemplazar sus penas privativas de libertad por la de extrañamiento; o un recurso extraordinario de revisión respecto de sentencias ya ejecutoriadas. Todas incluidas por presiones sobre el presidente Aylwin y su ministro de justicia, Francisco Cumplido, no obstante ser claramente antijurídicas. Y se habrían transformado en ley de no ser por la acción de Jaime Guzmán y su decisión resuelta de no transar jamás en esos temas.

*

Se podrá estar o no de acuerdo con sus ideas, pero nadie puede negar la consecuencia de sus acciones y la reciedumbre de sus convicciones. Incluso los afectados por éstas, quienes no se lo perdonaron, agregándoselo a su ya abultada cuenta personal con el objetivo de cobrárselo en la primera oportunidad que se les presentara. Y ésta llegó con la discusión de una ley que, a juicio del senador, era todavía más discriminatoria, pasando injustamente en su opinión por sobre el

resto de la población penal y desde luego de la ciudadanía civil: la del indulto específico para terroristas.

Y así como ahora aceptaba la legalización del partido comunista, puesto que ya no representaba un verdadero peligro para el país, se oponía en cambio a que el Presidente pudiera indultar terroristas, que sí lo representaban. Pero para hacerlo, el gobierno debía modificar previamente el artículo noveno de la Constitución –de que era autor el mismo Guzmán–, cuya discusión tuvo lugar en los últimos días de enero de 1991, contando con la categórica y única oposición de la Unión Demócrata Independiente, encabezada por Jaime Guzmán en persona. Acaso por intuirlo, leyó el discurso con el cual fundamentó su negativa ante el Senado como si lo hubiera estado dirigiendo a la ciudadanía –que eran sus verdaderos destinatarios– más que a los senadores que le oían. Explicó que el indulto del proyecto contemplaba solo a quienes fueran condenados por delitos terroristas cometidos antes del 11 de marzo de 1990; es decir, sólo durante el Gobierno Militar. Pero incluso a éstos, en cuanto estuvieran privados de libertad por razones únicamente políticas –como se quería presentar el asunto, mal llamándolos “presos políticos”–, igual los podía indultar el Presidente con motivo de otra reforma a la que sí había prestado su apoyo la UDI.

Jaime Guzmán expresaba regularmente –y lo reiteró en aquella oportunidad– su propósito de contribuir de la manera más eficaz a la reconciliación nacional. En esta inspiración –explicó– su partido apoyó el denominado “acuerdo marco” que al respecto se había alcanzado en la Cámara de Diputados. Pero mientras aquél abarcaba equilibradamente los diferentes delitos cometidos durante el gobierno anterior, sin distinciones de grupos, este proyecto sólo beneficiaba a los responsables de delitos terroristas, sesgando así su alcance a un único bando de aquellos en que se había dividido la patria. En síntesis, mientras en el “acuerdo marco” el Congreso Nacional y todos los partidos asumían directa y plenamente su responsabilidad, este proyecto delegaba esa responsabilidad en el criterio casuístico y exclusivo del Presidente de la República. Afirmó el senador: “Intuyo que más pronto que distante habremos de abordar el desafío de superar –de modo global y definitivo– los hondos quiebres que el último cuarto de siglo provocó en nuestra convivencia... Pero las mismas razones que nos impulsaron y nos impulsarán a ello nos obligan, en cambio, a rechazar un proyecto como el

que hoy debatimos, que se aparta de los requisitos más elementales para ser considerado un instrumento eficaz, equitativo y prudente hacia una auténtica reconciliación nacional”.[121] Y concluía señalando que no podía plegarse a una iniciativa que lanzaba, además, una señal pública equívoca, de debilitamiento jurídico frente al terrorismo.

Pero la señal fue dada y la reforma se aprobó en el Senado, constituyendo uno de los primeros antecedentes parlamentarios en la espiral que habría de llevar a Guzmán a la historia y a la muerte.

El problema de la violencia pasó a ser una lacra particularmente grave en Chile, transformándose para Jaime Guzmán en un tema recurrente y casi obsesivo. Se refirió a él en su columna de La Tercera del 17 de enero de 1991, donde recordó que todos los sectores políticos admitían cierta responsabilidad compartida en la destrucción del régimen democrático, pero puntualizaba que había una prioritaria y muy especial: “Nuestra democracia llegó a su colapso –dijo– con un ingrediente particularmente grave, que fue el cuadro de guerra civil al que la Unidad Popular arrastró deliberadamente a Chile... con abundante armamento ingresado ilegalmente al país, configuraban lo que el expresidente Eduardo Frei llamó ‘un ejército irregular’ o paralelo, en su célebre carta a Mariano Rumor, en noviembre de 1973... Se explica así –concluía– que en el referido documento el expresidente Frei expresara textualmente, establecido ya el régimen militar, que ‘la responsabilidad íntegra de lo ocurrido –y lo decimos sin eufemismo alguno– corresponde al gobierno de la Unidad Popular instaurado en el país’”.

Incluso en la entrevista de María Eugenia Oyarzún para La Tercera del 27 de enero de ese mismo año, donde se contienen prácticamente las últimas opiniones suyas acerca de la identidad de su partido, mencionó su “firme actitud frente a la delincuencia y el terrorismo”, la cual interpretaba –en su opinión– “un extendido anhelo ciudadano que los políticos suelen no acoger, como lo acaban de demostrar al aprobar la reforma constitucional que permite el indulto presidencial a terroristas”. Y sin ningún descanso ni temor, el 31 de marzo reiteró ante la prensa su rechazo absoluto a las reformas constitucionales que

impulsaban los diversos dirigentes de la antigua Concertación.

Pero el tema de la inseguridad no se agotaba ni solucionaba únicamente con el análisis histórico. Por eso, en su columna del 03 de marzo de 1991 en La Tercera, Guzmán se refirió al "reinado actual" de la violencia y a la amenaza terrorista del momento, visualizando –con claridad proyectable hasta nuestros días– la manera como este grave problema se vivía por el ciudadano común. Desde su rol de senador por Santiago Norponiente –dijo– le correspondía constatar en el terreno la progresiva angustia e inseguridad del mundo poblacional frente a la violencia: "Son innumerables los atracos, robos, violaciones y hasta crímenes –denunció– que ni siquiera alcanzan a recogerse y divulgarse por los medios periodísticos". Expresó que existía temor de hacer las denuncias por parte de la ciudadanía, tanto por las posibles represalias como por la sensación generalizada de carecer ello de verdadera eficacia.

Y relacionando una serie de hechos que evidenciaban el recrudecimiento de las acciones de neto corte terrorista, criticaba una vez más al gobierno de Aylwin por haber "propiciado rebajas de penas para delitos de violencia; permitir que los mal denominados 'presos políticos' utilicen las cárceles como recintos propagandísticos o reformar la Constitución para permitir el indulto de terroristas".[122] Todos estos hechos –acusó– constituían por parte de la autoridad señales confusas y equivocadas.

Bandas de maleantes "imponen en las poblaciones su propio toque de queda", denunciaba el 04 de marzo de 1991. Sugirió al respecto que se adoptaran fórmulas de estímulos prácticos a toda persona que entregara datos concretos y fidedignos tendientes a pesquisar tanto hechos delictuales como terroristas. "Esta posición nuestra no se refiere solo, ni preponderantemente, al ámbito de lo político. Nos preocupa la amenaza terrorista que hoy se observa en Santiago y otros lugares del país... Nos preocupa que la propia policía haya señalado que lo descubierto en Conchalí, con motivo del enfrentamiento entre elementos del Frente Manuel Rodríguez y un carabinero asesinado, era una verdadera escuela de guerrilla. Y junto con la dimensión terrorista, nos preocupa aún más el

verdadero reinado de la delincuencia que se ha impuesto en las poblaciones". Añadió, con la aguda percepción de la realidad que lo caracterizaba, que a su juicio existían claramente vasos comunicantes entre la delincuencia y el terrorismo "lo cual confiere al tema una unidad inseparable".[123] Y eso, una vez más, era exactamente lo que sucedía.

*

El 23 de marzo de 1991 Jaime Guzmán expuso ante el Congreso Pleno por última vez. Lo hizo para fundamentar su voto negativo al proyecto de reforma constitucional que habilitaba al Presidente de la República para indultar a terroristas. Estaba consciente del riesgo que ello implicaba, por lo que prohibió que alguien más de su partido se pronunciara públicamente por el rechazo. No quería arriesgar a nadie. Él, en cambio, reiteró su convencimiento absoluto de que la reforma era profundamente grave e inconveniente para el país, representando "un gigantesco error" del cual tal vez muy pronto deberían arrepentirse los propios sectores que la estaban aprobando, porque el terrorismo era aún una amenaza latente: "...el año transcurrido desde marzo de 1990, fecha en que asumió el nuevo gobierno, nos demuestra, en forma tan elocuente como dramática, que la amenaza terrorista sigue vigente".

La UDI votaba en contra, en consecuencia, de dicha reforma constitucional, porque le parecía que ella envolvía "una pésima e incomprensible señal para el país, en momentos en que el recrudecimiento terrorista y de la delincuencia común reclamaban una actitud particularmente firme y sin equívocos de parte de todas las autoridades".

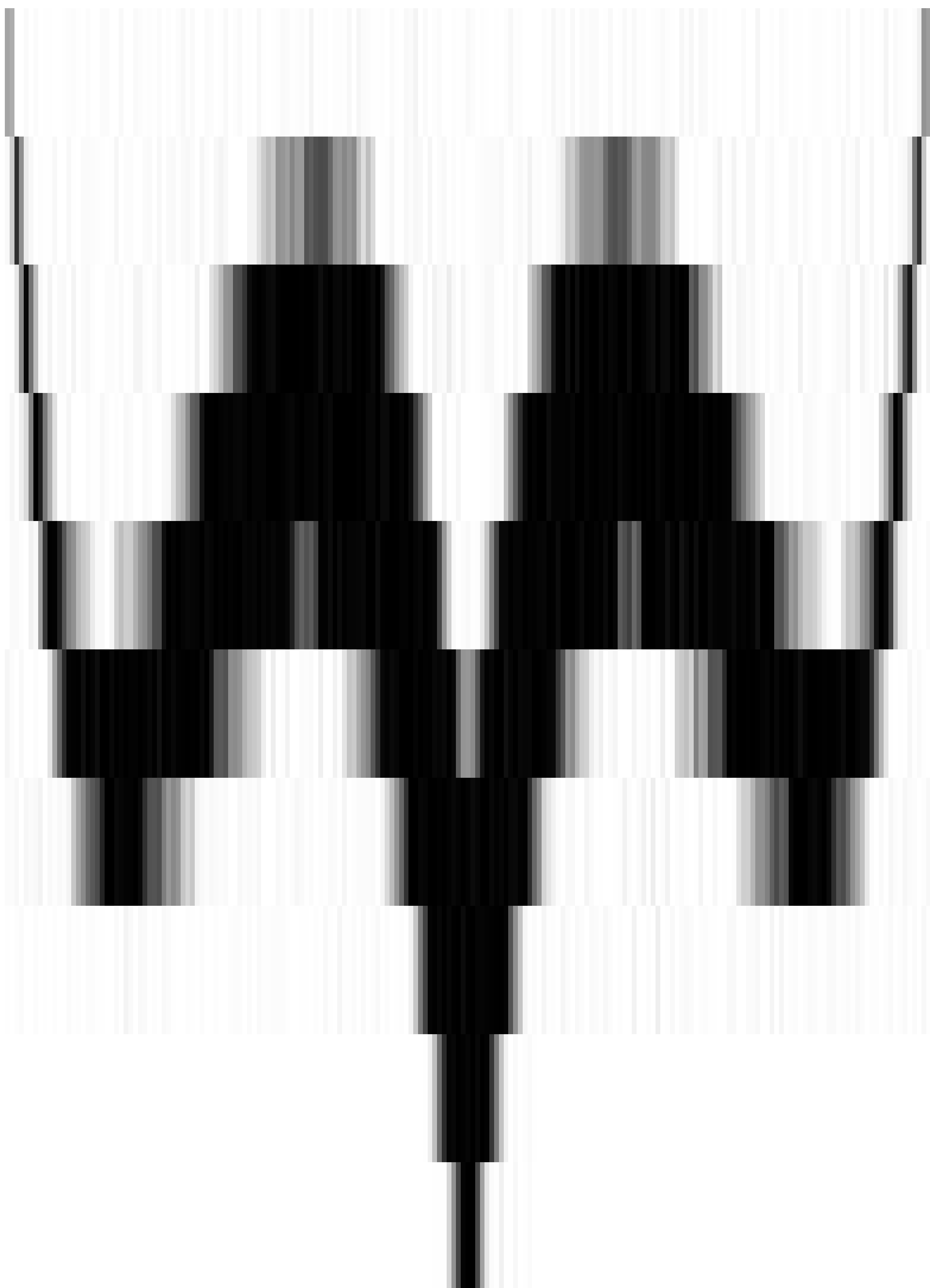
Por lo tanto –indicó, concluyendo con sus palabras y eventualmente con su vida– "voto que no".[124]

El 01 de abril de 1991, a la salida de sus habituales clases de Derecho Constitucional en el Campus Oriente de la Universidad Católica de Chile, siendo las 18:30 horas y encontrándose desprevenido y sin custodia, el automóvil del senador fue interceptado por dos terroristas, mientras su chofer se encontraba detenido en el semáforo de la calle Batle y Ordóñez (hoy "Jaime Guzmán Errázuriz" en su honor) con Regina Pacis, descerrajándole una descarga a quemarropa que le quitaría la vida poco después en el Hospital Militar.

Al día siguiente, un individuo que se identificó como "Carlos", en llamada telefónica a Radio Minería, aseguró que el FPMR había sido el autor del atentado. Encontraba así la muerte el más grande restablecedor de los valores y la consecuencia entre las palabras y la acción, en cuanto orientadores de la conducta pública o privada. Asesinado –como injusta paradoja– por defender democráticamente en el Congreso Nacional lo que creía necesario para la democracia misma, que él había contribuido incansablemente a restablecer.



ENCONTRABA ASÍ LA MUERTE EL MÁS GRANDE RESTABLECEDOR DE LOS VALORES Y LA CONSECUENCIA ENTRE LAS PALABRAS Y LA ACCIÓN, EN CUANTO ORIENTADORES DE LA CONDUCTA PÚBLICA O PRIVADA.



Sus asesinos escaparon luego con facilidad de una cárcel de alta seguridad creada para ellos por los gobiernos de la Concertación, y uno escribió un libro sobre el acontecimiento que ha sido muy leído tanto en Chile como en el extranjero. Pero no son ni podrán nunca ser libres. Están sentenciados a la peor de las condenas, la de sus conciencias, y deambularán con ella a lo largo de sus vidas como por la más inexpugnable de las prisiones. Y así será mientras no se arrepientan de haber privado de la vida a quien había hecho de ella un ejemplo de servicio a Chile y a los chilenos, incluidos ellos mismos, que de no haber existido la posibilidad del indulto que su importante víctima trató de evitar, probablemente no habrían incurrido en el grave delito que cometieron.

Jaime Guzmán fue un hombre de bien, dotado de un talento intelectual superior, que habiendo podido aprovechar para sí mismo puso al servicio de la comunidad nacional debido a su gran vocación de servicio público e ilimitado amor por Chile. Pero su obra ya ha germinado y se encuentra en cada rincón del país donde haya un hombre o una mujer dispuestos a luchar hasta la muerte por su libertad, la de su familia y la de su patria.

Por eso, como él mismo dijo con cierta premonición frente al atentado que costó la vida a Simón Yévenes –el dirigente poblacional de la UDI convertido en el mártir que le precedió–, hoy puede estar seguro, en el gozo de Dios desde donde nos contempla, que su sacrificio no fue en vano. Porque Jaime Guzmán fue asesinado, pero no ha muerto, ya que los mártires no mueren, sino que su sangre fecunda la tierra para hacer brotar frutos que acaso ellos mismos nunca soñaron.

BIBLIOGRAFÍA

BASSO PRIETO, Carlos (2013): “Los informes secretos de la CIA sobre Jaime Guzmán”. Disponible en: https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2013/11/05/los-informes-secretos-de-la-cia-sobre-jaime-guzman/

BRAVO LIRA, Bernardino (1986): Régimen de gobierno y partidos políticos en Chile 1924-1973 (Santiago, Editorial Jurídica de Chile, segunda edición).

CARRASCO DELGADO, Sergio (1982): “El arzobispo Crescente Errázuriz. La no intervención del clero en política”, Revista Atenea, Universidad de Concepción.

CASAS, Juan Carlos (1991): Nuevos Políticos y Nuevas Políticas en América Latina (Buenos Aires, Editorial Atlántida).

CASTRO, José Manuel (2016): Jaime Guzmán, ideas y política 1946-1973, Volumen I (Santiago, Ediciones Centro de Estudios Bicentenario).

CONFERENCIA EPISCOPAL, “La polémica en torno al proyecto de Escuela Nacional Unificada en el Chile de Salvador Allende” (11 de abril de 1973).

CORVALÁN, Luis (1977): Informe al Pleno del Comité Central del Partido

Comunista de Chile (Santiago, Editorial Colo-Colo).

DIARIO DEL SENADO, (30/11/1972) sesión 46, extraordinaria.

EL MERCURIO, (23/10/1983)

EL MERCURIO, (13/03/1988)

EL MERCURIO, (18/03/1988)

EL MERCURIO, (19/08/1990)

EL MERCURIO, (10/03/1991)

EL MERCURIO, (27/09/2000)

EL MERCURIO, (20/08/2019)

EL SUR, (03/04/2001)

ESCALONA, Patricia (1988): “Jaime Guzmán y el terremoto en Renovación

Nacional: No discuto por cargos o cuotas de poder”, La Tercera, entrevista a Jaime Guzmán (20/03/1988).

FONTAINE TALAVERA, Arturo (1991): “El pensamiento de Jaime Guzmán”, Revista de Estudios Públicos n. 42.

GARAYAR CROPELLI, Miguel (1987): “Hipertrofia del crecimiento urbano chileno”, Revista Geográfica de Chile Terra Australis n.30

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1962): “¡Viva Franco, arriba España!”, Revista Escolar n. 436

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1962): “Don Pablo Correa de Brito. Revolución y Contrarrevolución: bolchevización de Brasil”, Revista Escolar n. 437

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1972): Revista Política y Espíritu n. 337.

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1972): La Iglesia chilena en el debate político (Santiago, Editorial Portada).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1980): “La definición constitucional”, Revista Realidad n. 3.

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1980): “A los que juegan con dinamita”,

Revista Ercilla.

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1980): “Conclusiones del plebiscito”, Revista Ercilla.

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1980): “Reflexiones y desafíos ante una nueva etapa”, Revista Ercilla.

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1982): “El sentido de la transición”, Revista Realidad n. 38.

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1983): “Democracia Cristiana chilena”, Revista Realidad n. 53.

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1983): “Aporte de la UDI”, La Segunda (14/04/1983).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1983): “Alianza Democrática del centro-izquierda a la izquierda”, La Segunda (26/09/1983).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1986): “Riqueza y distribución”, La Tercera (27/07/1986).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1987): “Renovación Nacional”, La Tercera (08/02/1987).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1987): "Retorno de Sergio Fernández", La Tercera (12/07/1987).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime, Declaración Pública, (17 de marzo de 1988).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1988): "Grave crisis pero remontable", La Tercera (20/03/1988).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime, Réplica al Tribunal Supremo de Renovación Nacional, (abril de 1988).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1990): "Defendamos el presidencialismo", La Tercera (14/07/1990).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1990): "El ejemplo de Pinochet", La Tercera (26/08/1990).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1990): "Intervención: Modificación de Código Penal y de Justicia Militar y de otros textos legales en lo relativo a la pena de muerte", Diario de Sesiones del Senado, sesión n. 4, ordinaria (10/10/1990).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1991): "Reinado delictual y amenaza terrorista", La Tercera (03/03/1991).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1991): "Fundamentación del voto: reforma constitucional sobre indulto en el caso de delitos terroristas", Diario de Sesiones del Senado, sesión n. 46, ordinaria (23/03/1991).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (1991): "Intervención: Indulto, amnistía y libertad provisional", Diario de Sesiones del Senado, sesión n. 29, ordinaria (08/01/1991).

GUZMÁN, Jaime (2005): "Discurso a Comando Multigremial de la Provincia de Santiago", en BARRA, Alfredo, Las dos caras del golpe (Santiago, Editorial Puerto de Palos).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Jaime (2011): Escritos personales (Santiago, Editorial Fundación Jaime Guzmán, quinta edición).

GUZMÁN ERRÁZURIZ, Rosario (1991): Mi hermano Jaime (Santiago de Chile, Editorial VER).

ILLANES, Juan Pablo (1987): "Líderes políticos de cara al futuro", Revista de Estudios Públicos n. 42.

JOBET, Julio César (1971): El Partido Socialista de Chile (Santiago, Editorial Prensa Latina, segunda edición).

JOHNSON, Paul (1989): Tiempos modernos (Buenos Aires, Editorial Javier Vergara).

KORRY, Edward (1998), “Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos. Una retrospectiva política y económica (1963-1975)”. Disponible en: https://www.cepchile.cl/cep/site/docs/20191014/20191014092350/revista_estudic

LA ÉPOCA, (20/03/1988)

LA TERCERA, (08/03/1987)

LA TERCERA, (24/01/1988)

LA TERCERA, (04/03/1991)

LA NACIÓN, (09/03/1987)

MONTERO, Esteban (1990): “Jaime Guzmán: La UDI protagónica”, Revista Ercilla

MOVIMIENTO GREMIAL UC (1967): A la Escuela de Derecho. Declaración de Principios.

MOVIMIENTO GREMIAL UC (1968): Por una reforma universitaria e independiente

MOVIMIENTO GREMIAL UC (1971): El gremialismo y su postura universitaria en 24 preguntas y respuestas.

NAVARRO DE ADRIAENSENS, José María (1990): Temas lingüísticos y literarios (Madrid, Academia Nacional de la Historia).

OLIVERA, Lilian (2012): Asesinato en Campus Oriente (Santiago, Editorial Jaime Guzmán).

ONOFRE JARPA, Sergio (1983): "UDI propicia profunda renovación de personas y estilo político", La Tercera (12/10/1983).

RODRÍGUEZ, Ana (1990): "Jaime Guzmán: 'Levanté mi voz para condenar las violaciones a los Derechos Humanos'", Revista Hoy n. 663.

ROJAS, Alejandro (1987): La transformación del Estado. La experiencia de la Unidad Popular (Santiago, Editorial Documentas).

RUIZ-TAGLE, Pablo (2016): Cinco repúblicas y una tradición (Santiago, LOM Editores).

SALAZAR, Manuel (1994): Guzmán. Quién, Cómo, Por qué (Santiago, Editorial BAT).

SALAZAR, Manuel (2019), “La operación de Patria y Libertad para entrenar paramilitares en Argentina”. Disponible en: https://interferencia.cl/articulos/la-operacion-de-patria-y-libertad-para-entrenar-paramilitares-en-argentina

SAN FRANCISCO, Alejandro (2016), Historia de Chile 1960-2010, tomo 2 (Santiago, CEUSS).

SANTELICES, Manuel (1988): “Jaime Guzmán, presidente de la UDI por el Sí: ‘Difundí la verdad de los hechos sin temor a las reacciones’”, Revista Cosas n. 302.

SANTELICES, Manuel (1988): “Jaime Guzmán, presidente de la UDI: ‘El Gobierno no tiene ninguna obligación de hacer concesiones constitucionales como resultado del plebiscito’”, Revista Cosas n. 314.

TRIBUNAL SUPREMO RENOVACIÓN NACIONAL, Declaración Pública, (10 de marzo de 1988).

TRIBUNAL SUPREMO RENOVACIÓN NACIONAL, Declaración Pública, (18 de marzo de 1988).

TRIBUNAL SUPREMO RENOVACIÓN NACIONAL, Resolución, (21 de marzo de 1988).

UNIÓN DEMÓCRATA INDEPENDIENTE, Declaración Pública (1 de noviembre de 1983).

UNIÓN DEMÓCRATA INDEPENDIENTE, Declaración Pública (18 de noviembre de 1983).

UNIÓN DEMÓCRATA INDEPENDIENTE, Declaración Pública (30 de noviembre de 1983).

UNIÓN DEMÓCRATA INDEPENDIENTE (1987), "Respuesta de la UDI a una convocatoria de unidad" (Archivo FJG).

VALENZUELA, Raimundo (1983): "La UDI o los nuevos Políticos", Revista Hoy.

---

1. Obras publicadas por el autor: El Extravío histórico chileno, Ediciones Cerro Negro, Concepción, Chile, 1999; ¿Por qué murió Jaime Guzmán?, Ediciones Cerro Negro, Concepción, Chile, 2001; La rebelión de Miguel. Novela, CHIADO BOOKS, Barcelona, España, 2018; “Desiderátum telúrico de Chile”, III Antología de Poesía Hispanoamericana Contemporánea: Y lo demás es silencio, CHIADO BOOKS, Barcelona, España, 2019; El amor en tiempos del Coronavirus, CHIADO BOOKS, Barcelona, España, 2021.

2. José Manuel Castro en Jaime Guzmán, ideas y política 1946-1973, Volumen 1, hace un recuento de los libros publicados sobre el político, y “entre los relevantes” enumera el primero de 1994, por el periodista Manuel Salazar, Guzmán, Quién, cómo, por qué; el segundo el año 2000 por Renato Cristi, El pensamiento político de Jaime Guzmán, Autoridad y libertad, publicada en una versión ampliada el 2011; el tercero el 2006 por Belén Moncada, Jaime Guzmán, el político de 1964 a 1980; el cuarto el 2013 de Cristián Gazmuri, ¿Quién era Jaime Guzmán? A los que se suman el de Rosario Guzmán, Mi hermano Jaime; Angel Soto, La noción de poder en el pensamiento político de Jaime Guzmán; y Alejandro San Francisco “Jaime Guzmán” en la colección Chilenos del Bicentenario de El Mercurio. El de Guillermo Fernández, de mayo de 2001, viene a ser el tercero publicado sobre el personaje.

3. Jaime Guzmán Errázuriz, Discurso en funeral de Miguel Kast, septiembre de 1982.

4. Jaime Guzmán Errázurz, “Riqueza y distribución”, La Tercera, 27 de julio de 1986.

5. Jaime Guzmán Errázuriz, Escritos personales, 5ta edición, ed. JGE, 2011, 130.

6. Jaime Guzmán, Discurso en funeral de Miguel Kast.

7. El Centro Roberto Bellarmino fue un centro de estudios jesuita fundado por Roger Vekemans en abril de 1957, pensado como plataforma de influencia social y política. Hoy el edifico es parte de la Universidad Alberto Hurtado. Alejandro San Francisco, director general, Historia de Chile 1960-2010, tomo 2, CEUSS, 2016, 391 y siguientes.

8. Rosario Guzmán, Mi hermano Jaime, 1era edición, Ed. VER, 1991, 114.

9. La Nación, 9 de marzo de 1987.

10. Manuel Salazar, Guzmán. Quién, Cómo, Por qué, Ed. BAT, 1994, 243.

11. Sergio Carrasco Delgado, “El arzobispo Crescente Errázuriz. La no intervención del clero en política”, en Revista Atenea, Universidad de Concepción, 1982, 119 y siguientes.

12. Rosario Guzmán, Mi hermano Jaime, 66-67.

13. Jaime Guzmán Errázuriz, “¡Viva Franco, arriba España!”, Revista Escolar n. 436, septiembre de 1962, 15.

14. Jaime Guzmán, “¡Viva Franco, arriba España!”, 17.

15. Jaime Guzmán Errázuriz, “Don Pablo Correa de Brito. Revolución y Contrarrevolución: bolchevización de Brasil”, Revista Escolar n. 437, octubre de 1962, 7.

16. Jaime Guzmán, Escritos personales, 27.

17. Carlos Basso Prieto, “Los informes secretos de la CIA sobre Jaime Guzmán”, El Mostrador, 5 de noviembre de 2013.

18. Paul Johnson, Tiempos modernos, Edit. Javier Vergara, 1989.

19. Diálogo que sostuvo el embajador Edward M. Korry (embajador de EE.UU. en Chile desde 1967 a 1971) con el historiador Joaquín Fermandois y con Arturo Fontaine Talavera, director del CEP, los días 16 y 21 de octubre de 1996 en el

Centro de Estudios Públicos.

20. Miguel Garayar Copelli, “Hipertrofia del crecimiento urbano chileno”, Rev. Geográfica de Chile Terra Australis, n 30, 1987, 125-130.

21. Jaime Guzmán, Escritos personales, 130-131.

22. Episodio recordado como el “naranjazo”, fruto de la victoria del candidato a diputado socialista Oscar Naranjo Arias en la elección complementaria realizada en 15 de marzo de 1964, a menos de 6 meses de la elección presidencial de aquel año, que motivó a la derecha a apoyar al candidato demócratacristiano Eduardo Frei Montalva.

23. Bernardino Bravo Lira, Régimen de gobierno y partidos políticos en Chile 1924-1973, 2da edición, Edit. Jurídica de Chile, 1986.

24. Movimiento Gremial UC, A la Escuela de Derecho. Declaración de Principios, 1967, 2.

25. MG UC, A la Escuela de Derecho.

26. Movimiento Gremial UC, Por una reforma universitaria seria e independiente, agosto de 1968.

27. Jaime Guzmán, Escritos personales, 40.

28. Movimiento Gremial UC, El gremialismo y su postura universitaria en 24 preguntas y respuestas, 1971.

29. MG UC, El gremialismo y su postura universitaria.

30. El Sur, 3 de abril de 2001.

31. Basso Prieto, “Informes secretos de la CIA”.

32. Edward M. Korry, “Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos. Una retrospectiva política y económica (1963-1975)”, Revista de Estudios Públicos n. 72, primavera de 1998, 17-74. Disponible en https://www.cepchile.cl/cep/site/docs/20191014/20191014092350/revista_estudic

33. Hermógenes Pérez de Arce en El Mercurio, 27 de septiembre del 2000.

34. Julio César Jobet, El Partido Socialista de Chile, 2da edición, Ed. Prensa Latina S.A., 1971, citado en Archivo de Allende, 171.

35. Luis Corvalán. Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile, Ed. Colo-Colo, 1977. Citado en Alejandro Rojas. La trasformación del Estado. La Experiencia de la Unidad Popular, 1era edición, Ed. Documentas, 1987, 36.

36. Propiedad agrícola del expresidente Alessandri en la zona de Malloco, donde los fines de semana se reunía con un pequeño grupo de sus relaciones.

37. Jaime Guzmán Errázuriz, “La Iglesia chilena en el debate político”, Visión Crítica de Chile, ed. Portada, 1972, 305.

38. Publicada bajo el nombre de “Democracia Cristiana chilena”, Revista Realidad n. 53, año 5, octubre de 1983.

39. Basso Prieto, “Informes secretos de la CIA”.

40. Alejandro Rojas, La trasformación del Estado, 27.

41. Alejandro Rojas, La trasformación del Estado, 52.

42. Diario de Sesiones del Senado, sesión 46°, extraordinaria, jueves 30 de noviembre de 1972.

43. Anécdota muy repetida entre los amigos de ambos.

44. Es más, el concepto “momio” proviene de la gran bufanda de Alessandri, “que le hacía parecer una momia vendada” y que se le daría, originalmente, a sus partidarios y, luego, a los derechistas en general. Cf. José María Navarro de Adriaensens, Temas lingüísticos y literarios, Academia Nacional de la Historia, 1990, 217.

45. Recordemos que, en aquellos años, la estación televisiva era de propiedad de la Pontificia Universidad Católica de Chile y grababa sus transmisiones en un galpón ubicado en la casa central de Alameda 340, donde hoy en día se emplazan las facultades de Medicina y Periodismo.

46. Reproducido en Política y Espíritu, n. 337, octubre de 1972.

47. Eduardo Frei Montalva, comentario en Canal 13, 22 de octubre de 1972.

48. Cf. Manuel Salazar, “La operación de Patria y Libertad para entrenar paramilitares en Argentina”, Interferencia, 19 de agosto de 2019.

49. Conferencia Episcopal del 11 de abril de 1973, referenciado en Pablo Berchenko, “La polémica en torno al proyecto de Escuela Nacional Unificada en el Chile de Salvador Allende”, América: Cahiers du CRICCAL n. 21, 1998, 223.

50. Salvador Allende en cadena radial, 29 de junio de 1973.

51. Entrevista de Juan Pablo Illanes, Revista de Estudios Públicos n. 42, 519.

52. Revista de Estudios Públicos, n. 42.

53. Jaime Guzmán Errázuriz, “Discurso a Comando Multigremial de la Provincia de Santiago”, 10 de septiembre de 1973, en Las dos caras del golpe, Alfredo Barra, 2005, 23.

54. La Tercera, 24 de enero de 1988.

55. Jaime Guzmán, Escritos Personales, 91.

56. CEP, Líderes políticos de cara al futuro: Jaime Guzmán, entrevista transcrita, 1987.

57. CEP, Líderes políticos de cara al futuro.

58. Jaime Guzmán, Escritos Personales, 115.

59. Jaime Guzmán, Escritos Personales, 131.

60. Jaime Guzmán, Escritos Personales, 127.

61. Jaime Guzmán, Escritos Personales, 130.

62. Jaime Guzmán, Escritos Personales, 130.

63. Jaime Guzmán, Escritos Personales, 171.

64. Jaime Guzmán Errázuriz, “El sentido de la transición”, Revista Realidad, año 3, n. 38, 1982.

65. Algunos autores, como Pablo Ruiz-Tagle, sostienen que la llamada “república parlamentaria” chilena comenzó antes, con las reformas introducidas a la Constitución portaliana de 1833 los años 1871, 1873 y 1874 mediante las cuales “se refuerza la división de poderes a favor del Congreso y la figura autoritaria presidencial entra en tensión con el Parlamento, de una manera que permanece sin resolución hasta la guerra civil de 1891”, en Pablo Ruiz-Tagle, Cinco repúblicas y una tradición, LOM, 2016.

66. Jaime Guzmán Errázuriz, “Riqueza y distribución”, La Tercera, 27 de julio de 1986, para todas las citas del párrafo.

67. Arturo Fontaine Talavera, “El pensamiento de Jaime Guzmán”, Revista de Estudios Públicos n. 42, 1991.

68. CEP, Líderes políticos de cara al futuro, para todas las citas del párrafo y el anterior.

69. Jaime Guzmán Errázuriz, “La definición constitucional”, Revista Realidad, año 2, n. 3, 1980, 32-33.

70. Jaime Guzmán, “La definición constitucional”.

71. Jaime Guzmán Errázuriz, “Defendamos el presidencialismo”, La Tercera, 14 de julio de 1990.

72. Comunicación al autor de 18 de noviembre de 1979.

73. Jaime Guzmán Errázuriz, “A los que juegan con dinamita”, Ercilla, 03 de septiembre de 1980.

74. Jaime Guzmán Errázuriz, “Conclusiones del plebiscito”, Ercilla, 17 de septiembre de 1980.

75. Jaime Guzmán Errázuriz, “Reflexiones y desafíos ante una nueva etapa”, Ercilla, 31 de diciembre de 1980, para esta cita y la anterior.

76. Manuel Salazar, Guzmán, 64.

77. Juan Carlos Casas, Nuevos Políticos y Nuevas Políticas en América Latina,

Ed. Atlántida, 1991, 350-353.

78. Realidad, año 3, n. 38, julio de 1982.

79. Casas, Nuevos Políticos y Nuevas Políticas.

80. El Sur de Concepción, 19 de mayo de 1983.

81. “Alianza Democrática del centro-izquierda a la izquierda”, La segunda, 26 de septiembre de 1983.

82. “UDI propicia profunda renovación de personas y estilo político”, La Tercera, 12 de octubre de 1983, para esta cita y las anteriores.

83. Raimundo Valenzuela, “La UDI o los nuevos Políticos”, Hoy, 12 de octubre de 1983.

84. Jaime Guzmán Errázuriz, “Aporte de la UDI”, La Segunda, 14 de octubre de 1983.

85. El Mercurio, 23 de octubre de 1983. Para esta y citas anteriores.

86. Unión Demócrata Independiente, Declaración Pública, 1 de noviembre de 1983.

87. Unión Demócrata Independiente, Declaración Pública, 18 de noviembre de 1983.

88. Unión Demócrata Independiente, Declaración Pública, 30 de noviembre de 1983.

89. Manuel Salazar, Guzmán, 119-120.

90. . Ana Rodríguez, “Jaime Guzmán: ‘Levanté mi voz para condenar las violaciones a los Derechos Humanos’”, Hoy n. 663, 2 de abril de 1990. Para esta y las citas anteriores.

91. El Mercurio, 10 de marzo de 1991, para todas las referencias que siguen.

92. Unión Demócrata Independiente, Respuesta de la UDI a una convocatoria de unidad, Archivo FJG, 1987.

93. Jaime Guzmán Errázuriz, “Renovación Nacional”, La Tercera, 8 de febrero de 1987.

94. La Tercera, 8 de marzo de 1987.

95. La Nación, 9 de marzo de 1987.

96. Hoy, 6 de julio de 1987

97. Jaime Guzmán, “Retorno de Sergio Fernández”, La Tercera, 12 de julio de 1987.

98. Jaime Guzmán Errázuriz, Réplica al Tribunal Supremo de Renovación Nacional, abril de 1988.

99. Tribunal Supremo Renovación Nacional, Declaración Pública, 10 de marzo de 1988.

100. El Mercurio, 13 de marzo de 1988.

101. Jaime Guzmán Errázuriz, Declaración pública, 17 de marzo de 1988.

102. El Mercurio, 18 de marzo de 1988.

103. Tribunal Supremo Renovación Nacional, Declaración pública, 18 de marzo de 1988.

104. Jaime Guzmán Errázuriz, “Grave crisis pero remontable”, La Tercera, 20 de marzo de 1988.

105. Patricia Escalona, “Jaime Guzmán y el terremoto en Renovación Nacional: No discuto por cargos o cuotas de poder”, La Tercera, entrevista a Jaime Guzmán, 20 de marzo de 1988.

106. La Época, 20 de marzo de 1988.

107. Tribunal Supremo Renovación Nacional, Resolución, 21 de marzo de 1988.

108. Jaime Guzmán Errázuriz, Réplica al Tribunal Supremo de Renovación

Nacional, abril de 1988.

109. Manuel Santelices, “Jaime Guzmán, presidente de la UDI por el Sí: ‘Difundí la verdad de los hechos sin temor a las reacciones’”, Cosas n. 302, 28 de abril de 1988.

110. Manuel Santelices, “Jaime Guzmán, presidente de la UDI: ‘El Gobierno no tiene ninguna obligación de hacer concesiones constitucionales como resultado del plebiscito’”, Cosas n. 314, 13 de octubre de 1988.

111. Esteban Montero, “Jaime Guzmán: La UDI protagónica”, Ercilla, 31 de enero de 1990.

112. Hoy, 2 de abril de 1990.

113. La Época, 2 de febrero de 1990.

114. El G-2 es la Dirección de Inteligencia cubana, también conocida como DI, la cual forma parte del Ministerio del Interior de ese país.

115. Lilian Olivera, Asesinato en Campus Oriente, Ed. JGE, 2012, 119.

116. El Mercurio, 20 de agosto de 2019. https://www.elmercurio.com/blogs/2019/08/20/71828/Hernandez-Norambuena.aspx

117. Jaime Guzmán Errázuriz, “Defendamos el presidencialismo”, La Tercera, 14 de julio de 1990.

118. “Referidas al acto del MIR: Guzmán refutó opinión de S.E. sobre terroristas”, El Mercurio, 19 de agosto de 1990. Para todas las referencias en el párrafo.

119. Jaime Guzmán Errázuriz, “El ejemplo de Pinochet”, La Tercera, 26 de agosto de 1990.

120. Jaime Guzmán Errázuriz, “Intervención: Modificación de Códigos Penal y de Justicia Militar y de otros textos legales en lo relativo a la pena de muerte”, Diario de Sesiones del Senado, sesión 4°, ordinaria, 10 de octubre de 1990.

121. Jaime Guzmán Errázuriz, “Intervención: Indulto, amnistía y libertad provisional”, Diario de Sesiones del Senado, sesión 29°, ordinaria, 8 de enero de 1991.

122. Jaime Guzmán Errázuriz, “Reinado delictual y amenaza terrorista”, La Tercera, 3 de marzo de 1991.

123. “Afirmó senador Jaime Guzmán: ‘Delincuentes imponen propio toque de queda’”, La Tercera, 4 de marzo de 1991, 11.

124. Jaime Guzmán Errázuriz, “Fundamentación del voto: reforma constitucional sobre indulto en el caso de delitos terroristas”, Diario de Sesiones del Senado, sesión 46°, ordinaria, 23 de marzo de 1991, 14.